LA A EN LA MUÑECA



La marca que nadie buscó

Serie Nora Vidal • Libro 2

HELENA MONTERO

La A en la muñeca

La marca que nadie buscó

Helena Montero

La A en la muñeca

La A en la muñeca
Lo hago un domingo
Cinco y catorce
El cuaderno rosa
Nueve años
El nombre prestado
Llovizna en Ribadesella
El silencio de la librera
Veintiséis cuadernos
Diez años
Mireia
La llamada de la madre
Tres
Doce años
El director
Lo que no cuadra
Cuenca
San Lorenzo
La librería cerrada
Diecisiete años
Detención de Bau
La libreta
Las dos lo visteis
El portal
Ana
Andrés Moral
Segovia
Veintidós años
Lo que él creía
Rosa
Identificaciones
Interrogatorio
Ribadesella
Domingo en Segovia
Lavapiés

Sé lo que viste en la esquina

La A en la muñeca

La A en la muñeca

La marca que nadie buscó

Serie Nora Vidal · Libro 2

Helena Montero



© 2026, Helena Montero

© 2026, Ediciones Birondón, por la presente edición

Primera edición: junio de 2026

Ediciones Birondón

Madrid (España)

Diseño de cubierta: Ediciones Birondón

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales, es pura coincidencia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación de la autora o se usan de manera ficticia.

Aviso sobre el uso de inteligencia artificial: en la producción editorial de este libro (corrección, edición y diseño) se han utilizado herramientas de inteligencia artificial generativa como apoyo. La creación de la trama, los personajes y la narrativa ha sido responsabilidad de la autora.

ISBN tapa blanda: **9798198161368**

Nota al lector

> El caso principal de esta novela tiene principio y cierre propios y puede leerse de forma independiente. Algunos hilos personales de la inspectora Nora Vidal vienen de antes y siguen después: forman parte del recorrido largo de la serie.
>
> Aborda violencia institucional, desaparición de menores, abuso de poder y autolesión infantil, tratados de manera contenida.
>
> Si lo deseas puedes leer el primer libro de la serie:
>
> **La hermana que nadie buscó: Lo que el río no devuelve (Nora Vidal nº 1)**
>
> Helena Montero
>
> https://www.amazon.es/dp/B0GY8Y217W

https://www.amazon.es/dp/B0GY9QZQ2L

Disponible en Kindle y tapa blanda

UN THRILLER PSICOLÓGICO SOBRE LA INFANCIA ROBADA Y LAS MARCAS QUE NO SE BORRAN

¡ÚNETE A LA COMUNIDAD DE EDICIONES BIRONDÓN!

Si has llegado hasta aquí es porque la historia de Nora Vidal te ha atrapado. No dejes que acabe aquí. Apúntate a nuestra **newsletter** y recibe:

→ Avisos de pre-lanzamiento de nuevos libros
→ Primeros capítulos inéditos antes que nadie
→ Relatos cortos exclusivos
→ Acceso anticipado a sorteos y eventos
→ Recomendaciones de otros thrillers que no te puedes perder

Todo directo en tu bandeja de entrada. Sin spam. Solo cuando tengamos algo que valga la pena.

Escanea el código, rellena el formulario y forma parte.

Prólogo

Lo hago un domingo

—Diario de Amalia, 8 años—

Hogar San Marcos. Domingo.

Lo hago un domingo porque los domingos no hay casi nadie.

Tengo ocho años. Hace catorce días que estoy aquí. Mi cama es la del fondo, junto a la ventana. Por la ventana se ve un patio pequeño con dos bancos y una pared de ladrillo. Cuando llueve, en el patio se forma un charco grande junto al banco de la izquierda. Ahora no llueve. Hace frío.

Hoy la directora no está. Los domingos viene la señora Pili, que es mayor y se queda dormida en la sala con la tele puesta. La señora Pili tiene tres niñas que cuidar conmigo y nos deja jugar en el patio o en el dormitorio si no gritamos. Yo he dicho que iba al baño y la señora Pili ha dicho «vale, niña».

He ido a la oficina.

La oficina es donde firma el hombre. La puerta no se cierra con llave porque la señora Pili no se acuerda de cerrar puertas.

Dentro de la oficina, debajo del teléfono, hay una cajita con un abrecartas. Lo he visto otras veces cuando me han llamado para firmar. La punta es como un cuchillo pero no del todo, porque los cuchillos cortan las dos caras y el abrecartas solo corta una.

He cogido el abrecartas. Lo he puesto en mi bolsillo. He vuelto al baño.

En el baño hay un pestillo. Lo he puesto.

Me he sentado en el suelo. Me he subido la manga del jersey. He apoyado el brazo derecho en la rodilla, con la muñeca para arriba.

Y entonces lo he hecho.

Quería hacer una A. La A es la primera letra de Amalia. También quería que fuera la primera letra de mi nombre de ahora, porque el de antes ya no me servía. La A se hace con dos rayas que bajan y una raya en medio. Yo solo iba a hacer la primera raya. Después la otra. Después la del medio. Pequeñas. Que no se vieran mucho. Pero que se vieran.

La primera raya me ha dolido más de lo que pensaba.

Pensaba que iba a doler como cuando te haces una herida con la esquina de un papel. Esas casi no duelen. Pensaba que sería así. No es así.

Ha salido sangre.

No mucha, pero más de la que yo había pensado. Se ha hecho una bolita en la piel y luego ha bajado por el lado de dentro del brazo y ha caído al suelo.

He pensado que me iba a desmayar pero no me he desmayado.

He apretado un trozo de papel encima hasta que ha parado. He limpiado el suelo.

He dejado el abrecartas escondido detrás de la cisterna.

He vuelto al dormitorio. La señora Pili dormía. Las otras niñas estaban en el patio. Me he tumbado en la cama con el brazo cerca del cuerpo para que no se notara nada. Me he dormido un rato.

Cuando me he despertado, la raya estaba seca.

Era pequeña. Un centímetro. Curvada un poco hacia abajo. Como si fuera el palo izquierdo de una A. Yo había pensado que lo iba a hacer recto pero la mano se me había movido.

He pensado en si seguía o no seguía.

He pensado mucho rato. Mientras la señora Pili nos daba la merienda, mientras la señora Pili nos hacía rezar antes de cenar (yo no rezo pero muevo los labios), mientras me lavaba los dientes. Y todo el rato mientras pensaba, me tocaba la raya por encima de la manga sin que nadie me viera.

He decidido seguir.

He vuelto al baño después de cenar. La señora Pili otra vez en la sala con la tele. He cogido el abrecartas de detrás de la cisterna. Me he sentado en el suelo otra vez.

Esta vez ha sido mejor.

He hecho la otra raya, la de la derecha, con cuidado. Me ha dolido pero ya sabía cuánto. He apretado menos. No ha salido sangre apenas. Una gota.

Después he hecho la de en medio. Esa ha sido la más fácil porque ya no me importaba dolerme.

Cuando he terminado, había una A.

No es bonita. Está torcida. La raya de la izquierda es más larga que la de la derecha. La del medio no toca bien las otras dos. Pero es una A. Si te paras a mirarla y sabes que es una A, la ves.

He limpiado el abrecartas. Lo he escondido en otro baño, en una repisa detrás de la tapa de una cisterna.

Me he vuelto a la cama. No me he subido la manga. No la voy a subir delante de nadie.

He pensado, antes de dormir, por qué lo he hecho.

He pensado que no es porque quiera que me encuentren si me pierdo. Si me pierdo, no van a venir a buscarme con un papel para identificar el cuerpo, eso pasa en las películas pero no a las niñas como yo. Las niñas como yo no se pierden. A las niñas como yo las

llevan a otro sitio. Y en el otro sitio, si te llevan, te llaman por otro nombre o por el mismo y nadie sabe ni le importa.

Lo he hecho para mí.

Para que cuando un día yo me mire la muñeca, sea de noche o sea de día, esté donde esté, y vea la A, sepa que esta soy yo. Que aunque me pongan otro nombre o aunque me cambien de casa o aunque pasen los años, la A va a estar ahí. Y mientras esté la A, voy a saber yo. Aunque no lo sepa nadie más.

He apagado la luz.

He cerrado los ojos.

La A me dolía un poco. Me dolían las dos rayas y la del medio. Pero no era un dolor que asustara. Era un dolor que estaba ahí y que sabía por qué estaba.

Mañana vuelvo a clase. La señorita Encarna viene el martes y a lo mejor le pido un cuaderno. He pensado que escribir lo que pasa puede ser bueno. La señorita Encarna me ha dicho una vez que escribir ayuda. Yo no sé si ayuda pero quiero probar.

Si escribo, voy a escribir todo. Lo de hoy también.

Lo de hoy lo voy a contar tal como ha pasado.

Lo voy a contar para mí.

Para saber yo.

Capítulo 1

Cinco y catorce

Se despertó antes del despertador, como la semana anterior y la anterior a esa. En la mesilla, el móvil marcaba las cinco y catorce. Nora no necesitó mirarlo para saberlo.

La mujer del sueño llevaba un vestido amarillo pálido y una flor blanca pequeña en la oreja izquierda. No había hablado, nunca hablaba, pero esta vez había girado la cara hasta que Nora pudo verle los ojos. Castaños. Más oscuros de lo que se esperaba en alguien con aquella ropa. Después había desaparecido del sueño sin transición, como si la hubieran sacado del encuadre.

Nora se incorporó y puso los pies en el parquet frío. En el piso de al lado, alguien descargaba el váter. Lavapiés a las cinco y catorce no dormía del todo; siempre había un turno que cerraba o un turno que empezaba.

En la mesilla, sobre el móvil, un cuaderno de espiral. Estaba abierto por la última página escrita. Una palabra, en mayúsculas, centrada: AMALIA. Debajo, nada. Nora no recordaba haberlo escrito. Lo recordaba, en realidad —lo había escrito hacía dos noches, cuando el sueño había empezado a repetirse—, pero la mano que lo había escrito ya no le pertenecía del todo. Era una mano de las cinco y catorce.

La palabra no había salido de la nada. Nora lo sabía, aunque todavía no conseguía precisar de dónde. En quince años de oficio había aprendido que su cabeza, a las cinco y catorce, no inventaba: rescataba. Lo que aparecía en el cuaderno era material antiguo —algo leído en alguna parte, alguna vez, y archivado sin abrir— que la asociación entre el sueño repetido y la mujer del vestido amarillo estaba empujando hacia arriba. Trabajo de archivo interior, no profecía. Lo que tenía que hacer ahora era encontrar el original.

La mejor hipótesis sobre el detonante, mientras se ataba los cordones, era una circular interna que había pasado por su mesa tres semanas atrás sobre el rediseño del archivo central de expedientes de

menores, con un anexo que listaba centros cerrados pendientes de revisión. El Hogar San Marcos, Madrid, figuraba en la primera columna. Nora había leído el anexo sin detenerse en él. Su cabeza, a las cinco y catorce, sí.

Cerró el cuaderno y lo dejó bocabajo.

En el baño se echó agua en la cara y se quedó mirándose en el espejo. Treinta y ocho años. El pelo corto, un poco de gris en las sienes que no se molestaba en teñir. Una camiseta interior desgastada, pegada al cuerpo. Bajo la clavícula derecha, la cicatriz fina del invierno anterior, casi borrada; solo una línea más clara que la piel. La miró sin pensar en ella. Aquel caso había cerrado en diciembre —la periodista Ana Roldán recuperada del Manzanares después de once días de cautiverio a manos de un secuestrador que la había usado como moneda de cambio en una investigación sobre fraude bancario; el hombre, detenido y procesado; la periodista, viva, con una costilla rota y la cabeza en otro sitio; Nora, con una cicatriz cosida por las urgencias del Clínico una madrugada de diciembre y con cuatro meses sin dormir más de cinco horas seguidas—. Una herida que la Nora de antes habría llamado heroica y que la Nora de ahora consideraba apenas un coste razonable.

Se lavó los dientes. Se ató el pelo, que empezaba a necesitar un corte. Nadie lo notaría, porque no había nadie para notarlo, y ella tampoco lo notaba la mayoría de los días. Lo notó ese.

En el salón se puso las mallas negras y las zapatillas. Se ató los cordones dos veces: la primera lazada le había quedado floja, o así lo había sentido; quizá lo que estaba flojo no era el cordón. No desayunó. Hacía once días que no desayunaba antes de correr, y otro tanto que corría más de la cuenta.

El reloj del padre seguía en el estante, sobre la foto enmarcada de Sara. Aquella mañana lo miró; no lo hacía casi nunca. Era una pieza muerta, un metal caro con un mecanismo que nadie había querido arreglar. En la foto Sara tenía once años y una sonrisa con un diente de menos. El reloj tenía la hora en que las agujas se habían parado una tarde de octubre de 1998.

Nora no lo cogía nunca. Sabía dónde estaba la inscripción del fabricante, detrás, una palabra en caracteres finos que se habría borrado con el roce si alguien lo hubiera llevado puesto los últimos veintisiete años. Nadie lo había llevado puesto.

Cerró la puerta con dos vueltas y bajó los cuatro pisos a pie.

La ciudad olía a hormigón mojado y a gasoil. Había llovido un poco durante la noche, una llovizna de esas de marzo que no termina de mojar pero se queda en las aceras. Nora cruzó la plaza de Lavapiés, que a esa hora era de los kurdos que abrían el colmado y de los últimos que volvían de Candela. Los barrenderos limpiaban un perímetro pequeño alrededor del contenedor que alguien había vuelto a volcar. Nora pasó sin saludar.

Vivía en esa plaza desde hacía quince años. Saludaba poco. Si saludaba, tendría que hablar, y las conversaciones de la plaza a las seis de la mañana se reducían a pronósticos, quejas y preguntas por los hijos que otros tenían y ella no. Pasar de largo era más simple.

Bajó por Embajadores, dobló en Ronda de Toledo y empezó a correr desde el puente. El Manzanares llevaba poca agua —marzo seco— y olía a alcantarilla. La ribera estaba vacía a esa hora. Nora corría bien, respiraba bien, y eso no la consolaba. En diciembre había corrido veinte kilómetros dos días antes de subirse al muro de un cordón policial con una costilla fisurada, y había bajado con el caso medio resuelto y la costilla peor.

Corrió por el paseo vacío. Dos ciclistas la pasaron en sentido contrario, con luces rojas parpadeando. Un hombre dormía sobre un banco envuelto en cartones hasta la barbilla. En los primeros años de inspectora Nora habría parado a ver si respiraba. Ya no. Los que dormían al raso respiraban casi siempre; los que no, lo avisaba otro antes del mediodía. Siguió.

Al kilómetro ocho empezó a llover de verdad. Una lluvia fina que no merecía el nombre de lluvia. Nora siguió. Al doce pasó por delante del tramo del paseo que ya no tenía cinta amarilla pero todavía tenía, en el bordillo de hormigón, una raya blanca de cal que nadie se había

molestado en borrar. Tres meses desde diciembre y la cal seguía ahí. No se pasaba tiempo limpiando rastros en los paseos del Manzanares cuando no se iba a abrir turismo por la zona.

No paraba a recordar —estaba corriendo—, pero el cuerpo recordaba por su cuenta. Las rodillas, el hombro derecho, la costilla izquierda que había tardado seis semanas en volver a ser costilla. Nora no tenía supersticiones sobre los cuerpos. Los cuerpos sabían cosas; las sabían mal, pero las sabían.

Se detuvo. Se inclinó con las manos en las rodillas. Dejó caer dos gotas de sudor sobre la raya blanca, que no se movió. El sudor de una inspectora que había corrido doce kilómetros no era suficiente para reactivar cal vieja.

Se incorporó. Caminó tres pasos hasta la barandilla y miró el río. El Manzanares llevaba el color que se le suponía, un verde oscuro con reflejos amarillos de las farolas que todavía no se habían apagado. Había una bolsa de plástico enganchada en una rama de chopo, al otro lado. Nora pensó en Ana Roldán sin querer pensar en Ana Roldán. La periodista no la había llamado en tres meses y el silencio había sido un alivio. Pensó en llamarla aquella tarde. Lo pensó y lo descartó. Lo que iba a hacer no se contaba.

La mujer del sueño tenía un nombre escrito en un cuaderno que Nora no recordaba haber escrito. El nombre no estaba en ningún expediente abierto. Buscar a alguien sin expediente era, como mínimo, perder el tiempo. Como máximo, un problema disciplinario. Sobre todo si la persona que se iba a buscar resultaba no existir.

Nora sacó el móvil del bolsillo del pantalón. La pantalla se mojó con la llovizna en dos segundos. Abrió la carpeta de notas. Había escrito una línea la noche anterior, después del sueño de la noche anterior. Solo una línea. Decía: *Mirar archivos de menores. Acogidas voluntarias. 1996-2000.*

No había añadido por qué. Sabía por qué.

Tres semanas de sueños no eran duelo del caso anterior. Los duelos profesionales hacían ruido al principio y se callaban; no se intensificaban. Esto se intensificaba.

Esto era de otra cosa. Llevaba veintisiete años soñando intermitentemente con Sara —Sara niña, siempre Sara niña, con la camiseta de tirantes blanca y el pelo cortado a navaja— y la mujer del vestido amarillo no era Sara. Tampoco era la Sara que habría sido a los cuarenta y un años. Pero ocupaba en su cabeza el mismo lugar exacto del que Sara salía siempre, ese borde donde se guardan los muertos sin enterrar. Era como si su cabeza, después de cerrar el caso Roldán tres meses atrás y de dejar libre el espacio que ese caso había ocupado durante un año, hubiera abierto en silencio una carpeta vieja con material nuevo dentro. La carpeta tenía la letra de su padre.

Había una entrada antigua que podía explicarlo, si lo de explicarlo importaba. Octubre de dos mil dos, hoja suelta del padre dentro del sobre marrón que guardaba Lola, margen derecho de la página donde anotaba un caso de Servicios Sociales que la unidad no llevó nunca. Una sola palabra en el margen, sin desarrollar, sin contexto: Amalia. Nora la había leído una vez, en julio de dos mil once, la semana siguiente al funeral de su padre, mientras hojeaba la libreta entera y el sobre con el café de la mañana y los ojos todavía hinchados. La había pasado de largo porque era una de las muchas anotaciones marginales sin completar que llenaban las hojas sueltas y porque, esa semana, ella ya no buscaba palabras: buscaba a su padre. La palabra se le había quedado guardada en algún sitio sin pedir permiso. Catorce años después, cuando el caso Roldán cerró, había salido.

Volvió el móvil al bolsillo. Se quedó un momento más mirando la barandilla, mirando el agua, mirando la bolsa en la rama.

En el sueño de aquella noche, la mujer había girado la cara. Hasta entonces, durante once días, no lo había hecho. Nora podía convencerse de que el sueño estaba elaborándose y pronto se iría. Podía también aceptar que su cabeza estaba buscando y que lo que buscaba empezaba a responder.

Eligió la segunda. La primera no tenía nunca razón.

Miró el reloj de la muñeca —el suyo, el que funcionaba—. Las seis y cuarenta y dos. Había corrido doce kilómetros en una hora. Si daba la vuelta ahora, llegaba a casa a las siete y veinte, con tiempo para ducharse y llegar a Canillas a las ocho y veinte, media hora antes que nadie. Diez kilómetros más y llegaría tarde.

Dio la vuelta. Corrió los diez kilómetros más.

Los últimos cinco los corrió peor. Le dolía una pantorrilla y el paso empezó a perder ritmo; lo notaba en la respiración antes que en las piernas. No ralentizó. Llegar peor no era castigo, era contabilidad: si pensaba con el cuerpo, pensaba menos con todo lo demás.

Al volver se duchó con agua fría. El calentador del edificio tardaba y Nora llevaba quince años sin pedir presupuesto para cambiarlo; le parecía, vagamente, que el agua fría era una disciplina útil. No se lavó el pelo. Se secó y se vistió con los vaqueros de trabajo y la camisa azul oscuro, la que usaba los días en que no quería que la mirara nadie. En el armario había tres idénticas. Había sido una compra de un sábado, en el Primark de Gran Vía, el año en que decidió que no pensaba gastar más tiempo en decidir qué ponerse.

Se hizo café. No desayunó. Se quedó de pie junto a la ventana de la cocina, con la taza en las dos manos. Enfrente, en el tercero izquierda del edificio opuesto, un hombre mayor con un jersey de rayas había encendido la lámpara de la sala y estaba leyendo. Nora le había visto encender esa lámpara cientos de mañanas. El hombre, algunas veces, la saludaba desde el cristal con una mano. Ese día no miró. Nora tampoco esperó a que mirara.

El cuaderno seguía sobre la mesilla, cerrado y bocabajo. Nora lo llevó a la mesa del salón y lo abrió por la página de AMALIA. La hoja tenía las líneas pequeñas de los cuadernos escolares antiguos. El nombre ocupaba el centro, escrito con la letra que Nora ponía cuando no pensaba en cómo la escribía —más derecha que de costumbre, más estrecha—. Una letra que, ahora que la miraba, le parecía la del padre.

Sostuvo el cuaderno un momento. Pesaba lo que pesa un cuaderno de espiral, nada. Lo pesaba distinto.

Arrancó la página con cuidado, por el corte de espiral. La dobló dos veces, pequeña. La metió en el bolsillo interior de la chaqueta, el que no se abría al agacharse. Miró sus propias manos antes de cerrar la chaqueta. No vio nada que no conociera. Las manos eran las suyas; lo que hacían con el papel era nuevo.

En el estante, la foto de Sara. El reloj del padre. Nora los miró. No les dijo nada. A los muertos no se les habla. Se les busca.

Antes de salir, cambió la posición de la foto medio centímetro hacia la izquierda. No supo por qué. La dejó así.

Cogió las llaves. A las ocho y diecinueve salió del portal. La llovizna se había vuelto lluvia fina. Canillas estaba a cuarenta y cinco minutos en metro con transbordo. Nora no cogió el metro. Cogió el coche.

Capítulo 2

El cuaderno rosa

Nora llegó a Canillas a las nueve menos tres minutos. Había tardado cuarenta minutos desde Lavapiés por culpa de una retención en la M-30 a la altura de Príncipe Pío. En la mano, la taza de cartón del café que se había hecho antes de salir y que se había quedado frío antes de llegar a O'Donnell.

En marzo, a las nueve, Madrid seguía gris: una luz baja y plana que no terminaba de abrir la mañana del todo. Había pensado dos cosas mientras conducía: que tenía que pedirle a Lena un favor que Lena no le iba a dar gratis, y que no sabía qué iba a decirle a Sergio cuando preguntara por qué.

Firmó la entrada. Subió a la tercera planta. El despacho que compartía con Sergio estaba encendido.

—Buenos días —dijo Sergio desde la mesa de la izquierda. No levantó la vista del ordenador.

—Buenos.

Nora dejó la taza sobre la mesa, colgó la chaqueta del respaldo. La chaqueta caía con un peso pequeño en el bolsillo interior —la página doblada, que Nora había notado contra el costado cada vez que se inclinaba al aparcar—.

Sergio tecleó un par de cosas, guardó lo que tenía abierto y giró la silla.

—¿Qué tal el fin de semana? —preguntó.

—Corto.

—Los míos siempre lo son.

Nora no le devolvió el tópico. Se sentó. El despacho olía a moqueta vieja, a papel, a café recalentado. En la pared, entre los archivadores

metálicos, un póster descolorido de una campaña antigua contra la violencia de género que nadie había retirado. En el armario, dos camisas de Sergio siempre de repuesto, por los operativos que se alargaban.

Sergio abrió un cajón. Sacó un sobre marrón, de los institucionales, cerrado con clip. Lo dejó sobre la mesa de Nora.

—Lo que pediste la semana pasada. Me lo mandaron ayer tarde.

Nora tomó el sobre. Pesaba lo que pesaban cien folios mal fotocopiados.

—Gracias.

Sergio no se movió. Seguía apoyado en la silla. Nora abrió el sobre lo justo para ver que contenía lo que tenía que contener: los registros genéricos de movimientos de menores entre 1996 y 2000, tabulados por comunidad autónoma. La petición que Nora había tramitado una semana antes, a nombre de un caso de expediente inactivo que le daba cobertura formal. Sergio había tenido que firmar el traslado interno.

—¿Es algo del caso del río? —preguntó Sergio. Lo decía sin nombres. El caso del río era el de diciembre —la periodista Ana Roldán recuperada del Manzanares con una costilla rota, un secuestrador detenido y procesado, los reportajes de prensa a los que Nora no había contestado—. Tres meses después seguía siendo el último que habían cerrado los dos.

—Cabos sueltos.

—¿Tres meses después del cierre?

—Ayuda tenerlos cerrados.

Sergio dejó pasar la respuesta. No le creía. Nora lo sabía. Sergio no preguntó más.

—Voy a bajar a IAF a las once y media —dijo Nora—. Tengo que preguntarle a Lena una cosa.

Nora cogió el café frío, bebió un trago, lo dejó. Se dio cuenta de que Sergio había llenado la cafetera del despacho hacía poco —la luz roja encendida, el gorgoteo terminando—. Sergio la miraba. Nora cogió una taza limpia del estante y se sirvió café caliente. Dejó el de cartón sobre la mesa para tirarlo después.

—Gracias —dijo.

—Nada.

Fue un gesto pequeño y dos gestos al mismo tiempo: una amabilidad entre compañeros de despacho, y Sergio diciéndole —sin decirle— que había notado que no se cuidaba.

Sergio dio por zanjada la conversación y volvió al ordenador. Tenía el pelo más gris de lo que Nora recordaba de la última vez que había mirado —aunque había mirado dos veces ese trimestre, y las dos veces tarde—. La camisa, planchada. El cuello, doblado correcto. Sergio se cuidaba. Nora lo anotó como si fuera un dato, no una comparación.

Guardó el sobre en el cajón de su mesa. Dio una vuelta a la llave. Volvió a dejarla donde la tenía siempre: debajo del teclado.

* * *

Lena trabajaba en la segunda planta, en el pasillo del ala este. El despacho de IAF era más pequeño que el de Nora, más frío, con tres mesas y un olor constante a fotocopiadora sobrecalentada. Lena llevaba una sudadera verde encima de la bata blanca.

—Mira quién viene a verme —dijo Lena cuando Nora apareció en la puerta.

—Buenos.

—Has tardado en bajar. Últimamente apareces cada dos semanas y hay que aprovechar.

Nora se apoyó en el marco. Lena seguía trabajando en la pantalla —una imagen ampliada de lo que parecía una huella parcial—. Sin apartar la vista, con la mano izquierda, Lena giró el móvil hacia Nora.

—Mira. Edgar.

En la pantalla, la foto de un gato atigrado dormido sobre una camisa planchada.

—¿Cómo va, Edgar?

—Sobre la ropa limpia, como siempre. Es un don.

Nora casi sonrió.

Lena guardó el móvil, bajó el volumen de la música —algo de los ochenta que Nora no identificó— y giró la silla.

—Vidal, ¿cuándo te vas a comprar uno?

—¿Un gato?

—Los gatos no sueñan con mujeres muertas. Te vendría bien.

Nora sostuvo la mirada.

—¿Quién te ha dicho que yo sueño?

—Tienes cara de dormir mal desde antes de Navidad, te he visto dos veces este mes con café de la máquina a las seis y pico de la mañana, y cuando alguien duerme bien no entra en mi despacho antes de las diez. Saca tú la conclusión.

—A lo mejor no duermo porque me levanto a correr.

—A lo mejor corres porque no duermes. El orden causal, Vidal, no es una ciencia exacta.

Nora entró y cerró la puerta. Lena lo vio y dejó de sonreír.

—Vale. ¿Qué necesitas?

—Un favor pequeño. Fuera del expediente.

Lena arqueó una ceja.

—¿Cómo de pequeño?

—Quiero saber si las bases de datos del Ministerio del Interior, las de menores de los noventa, están cruzadas con los registros de la Seguridad Social posteriores. En concreto, si un nombre pasa por el sistema de menores en 1998 y luego cambia de comunidad, de apellido, o las dos cosas, si podemos seguir el rastro sin abrir caso.

—Podemos, pero con cobertura. ¿Por qué no abres?

—No hay delito para abrir. Solo hay una pista.

Lena dejó de teclear.

—Vidal, «una pista» lo dice la gente que tiene tres pero no quiere decirlo.

—Hoy tengo una.

—Mañana vienes con seis.

—Puede.

Lena la miró un instante más de lo necesario. Luego volvió al teclado.

—Te doy un listado preliminar mañana por la tarde, si aguantas hasta entonces. Y me debes una.

—¿Como qué?

—Como hablarme si las pesadillas se repiten.

—No son pesadillas.

—Peor. Vete. Tengo que terminar esto antes de las dos.

Nora se fue. En el fondo de la pantalla del ordenador, Edgar seguía dormido sobre la camisa planchada. Nora cerró la puerta.

* * *

El archivo general de la Policía Nacional estaba en la calle Rafael Calvo, en el ala que todavía conservaba las máquinas de microfichas que el ministerio llevaba diez años anunciando que iba a jubilar. Nora llegó a las tres menos cuarto. Aparcó en doble fila. El funcionario de turno —un hombre mayor, con chaqueta de punto encima del uniforme— le pidió la acreditación sin mirarla.

—Vidal. Me pusiste un correo la semana pasada.

—Acogidas voluntarias, 1996-2000.

—Tengo la sala B. Un momento.

La sala B era una sala de cinco metros por cuatro con tres mesas con lectores de microfichas y una bombilla fluorescente que zumbaba. En la pared, un reloj que marcaba las tres menos once y no las tres menos catorce. Nora no lo corrigió.

Le trajeron cuatro cajas. Cada caja contenía entre ochenta y cien microfichas. Cada microficha contenía entre veinte y cincuenta expedientes escaneados. Cuatro mil expedientes. Más o menos.

Nora se sentó.

La sala olía a papel prensado y a aceite de lubricar mecanismos viejos. Sobre una mesa lateral, un termo de café de la mañana, medio líquido, medio crema, que el funcionario cambiaba cada cuatro horas. Nora no se sirvió.

La primera hora la pasó sin filtrar. Leyó expedientes genéricos para entender el vocabulario. «Acogida voluntaria» aparecía una y otra vez, con la naturalidad de una figura administrativa reconocible: casos urgentes, muerte de ambos tutores, familias acogedoras preidentificadas, traslados por motivos de protección. En los papeles parecía limpia. Pero algo en las justificaciones escritas a mano —un tono, una prisa— le hizo intuir que esa misma apariencia administrativa era lo que la hacía opaca, y que iba a tener que entender la figura entera antes de fiarse de una sola línea de aquellos expedientes.

Parecía legal. Era rápido. Las niñas salían del sistema y no volvían. Nadie se quejó nunca.

A las cuatro y veinte, Nora había cribado las cuatro cajas por tres criterios sucesivos: edad entre siete y doce años, cambio de provincia en menos de cuarenta y ocho horas desde la firma de la acogida, y familia acogedora no identificada en los registros de la comunidad receptora. Hizo las listas a mano en un cuaderno pequeño que se había llevado —uno nuevo, no el de Lavapiés—.

La criba devolvió doce nombres.

Nora miró la lista. Una niña de Salamanca trasladada a La Rioja en 1999. Dos de Madrid a Extremadura en 1996. Tres de Málaga a distintos destinos entre 1997 y 1998. Una de Barcelona a Galicia en 2000. Una de siete años trasladada de Huelva a Teruel por motivos de protección, con familia receptora que figuraba pero no respondía a oficios de seguimiento desde 2004. Otra, de diez, de Zaragoza a Cáceres, con tres centros en cinco meses antes del traslado definitivo.

Y, la sexta de la lista: expediente archivado en Oviedo. Fecha de ingreso: octubre de 1998. Nombre de la menor: Carmen Soto Álvarez. Edad: 8 años. Traslado a hogar de tránsito en Madrid en 36 horas. Acogida voluntaria posterior a familia receptora: no identificable. Cierre administrativo: 2003.

«Acogida voluntaria» no era una figura prevista en la legislación de protección de menores. La normativa contemplaba guarda de hecho,

declaración de desamparo, acogimiento familiar —temporal, permanente, de urgencia, especializado— y adopción. «Acogida voluntaria», con esas palabras exactas, no figuraba en el catálogo. Era una etiqueta interna del Hogar San Marcos, sin sustento normativo, que el administrativo del centro había aplicado durante décadas a los traslados de menores fuera del circuito autorizado: sin protocolo de seguimiento, sin nombres reales en el expediente, sin oficio cruzado con la administración de destino. Una etiqueta que, leída rápido por inspectores de turno y trabajadores sociales temporales, había pasado durante años por una modalidad reglada que nadie había verificado.

Nora subrayó el nombre dos veces. No sabía por qué.

La anotó aparte, en una página del cuaderno que reservó para los que no entraban en la lista general. Las demás eran once. Esta ocupaba otra página.

El funcionario de la chaqueta de punto pasó a las cinco menos cuarto, como había pasado a las cuatro y a las tres. Traía café en un termo pequeño y preguntaba a cada investigador si quería. A Nora no le había preguntado ninguna de las veces; esta tampoco. Sabía leer las señales de las personas que no querían que les hablaran.

Eran las cinco y diez cuando Nora devolvió las cajas. El funcionario entró a avisarle que cerraban a las seis. Nora le dio las gracias, firmó la salida. Salió a la calle con el cuaderno en la mano y doce nombres en él, y con la sensación concreta —la primera del día— de que no estaba buscando fantasmas.

En la calle Rafael Calvo la luz tenía el color oblicuo de las cinco de marzo —ni frío ni cálido, ese color que en Madrid no tiene nombre porque aparece y desaparece en dos semanas al año—. Los árboles, todavía sin hojas. Una panadería abría por la tarde. Nora pasó delante sin pararse.

Guardó el cuaderno en el bolsillo interior de la chaqueta. Encima, ya plegada, la página con AMALIA.

Encendió el coche. Volvió a Canillas. Por la M-30, a la vuelta, no hubo retención.

Capítulo 3

Nueve años

—Diario de Amalia—

8 de octubre de 1999. Hogar San Marcos.

Me llamo Amalia.

Tengo nueve años. Antes me llamaba de otra manera pero aquí me llaman así y ya me acostumbré.

Este cuaderno lo pedí a la señorita Encarna, que viene tres veces por semana a hablar con nosotras una por una. Me dijo que escribir ayuda a poner las cosas en su sitio. Las hojas del cuaderno son blandas y el lápiz se gasta rápido.

Voy a escribir las cosas que pasan aquí.

Hogar San Marcos es lo que se llama un hogar de tránsito. Lo aprendí esta mañana. Llegó una niña nueva, muy pequeña, y la directora le explicó en el pasillo. «Esto es un hogar de tránsito, María. Aquí no te vas a quedar mucho tiempo. Aquí esperas a que te encuentren un sitio bueno.» María lloraba. La directora le apretó el hombro y le dijo que no se preocupara. Yo estaba al final del pasillo y oí la palabra nueva: tránsito. Después fui a la sala y la busqué en el diccionario que hay encima del aparador. Dice: «paso de un lugar a otro.»

Entonces ya sé dónde estoy. En un paso.

Aquí hay niñas que entran y niñas que salen. También hay niñas que entran y salen y vuelven. Y hay niñas que entran y no salen, pero eso no lo sé seguro porque no las conozco; me lo dijo una niña que se llama Fátima, que lleva aquí más tiempo que yo. Fátima dice que a veces las niñas se quedan hasta los dieciocho y entonces ya no son niñas y se van solas y nadie sabe adónde.

Yo voy a salir pronto.

Lo sé porque ayer por la tarde oí a la directora hablando por teléfono en su despacho. La puerta no estaba cerrada del todo. Hablaba con un señor y dijo: «Sí, sí. Esa niña. La de Gijón. No se queda aquí mucho más.» No dijo mi nombre pero solo hay una niña de Gijón en este hogar y soy yo. Me quedé un momento delante de la puerta y después me fui al patio a pensar.

Pensé en si le digo algo a Fátima. Al final no le dije nada. A Fátima le daría pena porque es buena y le da pena todo.

El señor que firma los papeles vino esta semana a las cinco de la tarde. Viene siempre a las cinco, siempre los martes. Lleva una americana gris. Voy a llamarlo, en este cuaderno, un hombre gris, porque así me acuerdo. Tiene las manos muy limpias. No me mira a los ojos cuando me habla pero me dice el nombre. Me dice: «Hola, Amalia.» Y yo digo hola.

El hombre gris huele a una cosa rara. Huele como si se hubiera puesto algo dulce y algo de alcohol al mismo tiempo. Como la farmacia cuando vas de pequeña a buscar medicinas y el farmacéutico tiene una colonia que no sabes de dónde sale. Así huele él.

El hombre gris trae una carpeta con hojas. Él firma las hojas y la directora firma las hojas. A veces me hacen firmar a mí también, en el último renglón. Pongo mi nombre, Amalia, y luego intento que la A sea igual que las otras As que he escrito, pero no siempre me sale igual.

Cuando firmo, él dice «bien» y guarda las hojas.

Cuando firma él, guarda las hojas también.

Así que firmamos los tres y luego las hojas se van.

La señorita Encarna me preguntó el otro día por qué yo no quiero hablar del padre y de la madre. Le dije que no me acuerdo bien. Es verdad a medias. Del padre me acuerdo de muchas cosas porque el padre era veterinario y yo le ayudaba con los perros chicos y se me han quedado. La madre es más difícil. La madre no se despidió

cuando me fui. La madre estaba en la cama y no se levantó. Eso es lo último que tengo.

Llevo aquí un año.

El año pasado me hice una cosa que no le he contado a la señorita Encarna. Me hice una A en la muñeca con un abrecartas de metal que había en la oficina. La hice un domingo porque los domingos no hay casi nadie. Me dolió más de lo que pensaba y tuve que hacerla en dos veces. La primera vez me asusté porque salió sangre. La segunda vez fue mejor.

Ahora la A está casi desaparecida, pero si me pongo la piel estirada todavía se ve.

No me la hice porque quisiera que me encontraran.

Me la hice para saber yo.

Ahora que voy a salir pronto me da miedo que me cambien otra vez de sitio y no me acuerde de dónde estuve antes. Porque cuando cambias mucho de sitio las cosas se borran. A mí ya se me están borrando cosas. No recuerdo de qué color era mi habitación en Gijón. Creo que era azul. Pero a lo mejor era verde. Y no me acuerdo de qué día cumplí los nueve. Tuvo que ser en mayo, porque mi cumpleaños es el veintidós de mayo, pero ese día ya estaba aquí, y no me acuerdo de lo que pasó aquel día. No me acuerdo de si alguien me dijo algo.

Por eso escribo en este cuaderno.

Si me voy, nadie va a saber a dónde. Por eso me he puesto la A. Para saber yo.

Capítulo 4

El nombre prestado

Las luces del despacho vacío zumbaban. A Nora le zumbaban también las sienes, pero menos, porque eso lo controlaba ella. Los fluorescentes los controlaba el edificio.

Eran las dos y media de la madrugada del miércoles. Nora llevaba dieciocho horas en Canillas. Había vuelto del archivo a las seis de la tarde, había bajado un minuto a la máquina de vending, había comido un sándwich mixto que tenía la fecha de fabricación del lunes, y había vuelto a subir. Sergio se había marchado a las siete y media sin hacer preguntas, aunque había pasado por su mesa y había dejado una barrita de cereales encima del teclado sin decir nada. Nora había visto la barrita cuando se había sentado a las nueve. Se la había guardado en el cajón. Todavía estaba allí.

En la pantalla, una consulta abierta al Registro Civil.

Nora había pasado las primeras tres horas después de volver del archivo cribando las cinco bases de datos a las que podía acceder con credenciales ordinarias. El acceso de nivel dos al archivo histórico de menores requería autorización específica de la Fiscalía Provincial y control de protección de datos, y eso ella no lo iba a pedir esa noche. Había descartado diez de los doce nombres: fallecidas, localizables vivas en paraderos coherentes, o casos cerrados con documentación suficiente. Quedaban dos. Una, una niña de Málaga trasladada a un pueblo de Ciudad Real en 1997, cuyo rastro administrativo terminaba en 2003 y no retomaba. La otra, Carmen Soto Álvarez, Gijón, octubre de 1998, el de Oviedo.

Nora había empezado por la de Málaga por costumbre —el orden alfabético de la lista la ponía delante—. Había dado vueltas cuarenta minutos y no había encontrado nada. La dejó para el día siguiente.

Con la Carmen Soto Álvarez, encontró la primera pieza en veintitrés minutos.

DNI emitido en Gijón en 2004, a los catorce años, con el nombre Carmen Soto Álvarez. Renovado en 2008, a los dieciocho, en Oviedo: solicitud de cambio de nombre propio al amparo de la Ley del Registro Civil, autorizada en expediente gubernativo. El nuevo DNI figuraba a nombre de María Luisa Soto Álvarez. En su vida cotidiana usaba únicamente el primer apellido. Carmen, desaparecido del documento oficial. Álvarez, conservado en el registro pero ausente del uso público.

Nora se detuvo.

Nombre prestado. El término le vino a la cabeza sin buscarlo y se le quedó dando vueltas mientras tecleaba el siguiente cruce. María Luisa Soto era el nombre que usaba la niña del autobús que iba a por pan. El nombre del horario del pediatra. El nombre de una compañera de oficina. Un nombre que no conducía a ninguna parte porque lo llevaban cincuenta mil personas en España.

Nadie que eligiera ese nombre a los dieciocho lo hacía por capricho.

Nora cruzó con el padrón municipal.

María Luisa Soto, desde 2013, empadronada en Ribadesella, Asturias. Dirección: plaza de la Iglesia, 4, 2º izquierda. Antes, entre 2008 y 2012, domicilios sucesivos en Santiago de Compostela, León y Oviedo. Entre cada domicilio, meses sin empadronamiento, lo que sugería estancias cortas o residencias no declaradas. El cambio a Ribadesella, en cambio, había sido estable: trece años largos, una sola dirección.

Nora cruzó con la Seguridad Social.

Cotizaciones eventuales desde dos mil ocho: vendimiadora en una cooperativa en Galicia, camarera en dos cafeterías de Santiago, cuidadora de personas mayores en León, librería en Santiago durante año y medio entre dos mil diez y dos mil once. Desde agosto de dos mil trece, contrato fijo en Librería Sardiñeira, S. L., con CIF y domicilio en la calle Manuel Fernández Juncos de Ribadesella.

Más de doce años en la misma librería. María Luisa Soto había dejado de moverse.

Nora buscó fotografía. En el expediente de 1998, la foto escolar que estaba en la microficha —una niña de ocho años, flequillo recto, ojos grandes, mirada directa—. En el DNI de 2008 tendría que haber otra foto, pero la consulta desde el terminal de Nora solo devolvía los campos de texto; la foto requería una solicitud formal con justificación de investigación abierta. Nora no iba a pedirla.

El teléfono del local era público. Lo tomó del registro de actividad comercial. Nora lo anotó en el cuaderno nuevo. A su lado, las demás páginas: los doce nombres del archivo general, y la página aparte con Carmen Soto Álvarez subrayada dos veces.

Debajo, escribió: María Luisa Soto. Librería Sardiñeira, Ribadesella. Plaza de la Iglesia 4.

Puso el lápiz sobre la mesa.

Eran las cuatro menos diez.

Se levantó, caminó hasta la ventana del despacho. La calle abajo, vacía salvo por una máquina barredora y dos taxis en fila a la espera de nada. Madrid en noche cerrada. Nora se quedó allí diez minutos.

Había dos decisiones. La primera: llamar al teléfono de la librería al día siguiente por la mañana. La segunda: ir. La primera era la que dictaba el procedimiento. La segunda era la que dictaba una intuición que Nora no sabía nombrar y sobre la que llevaba once días sin poder dormir.

Eligió la segunda. La primera no tenía nunca razón.

* * *

El Bar de Paco abría a las seis de la mañana para los que entraban a turno, pero hasta las siete y media no había casi nadie. Cuando Nora entró a las ocho menos cuarto, Paco estaba detrás de la barra y un hombre mayor leía el Marca en la mesa del fondo. Nada más.

—Vidal —dijo Paco, sin preguntar.

—Lo que haya.

Paco le puso un café con leche y una tostada que Nora no había pedido. Nora aceptó la tostada sin comerla. Se sentó en el taburete del medio de la barra, el que daba a la puerta. El café se fue enfriando.

Sergio entró a las ocho menos cinco.

Ni Paco ni Sergio dijeron nada durante los primeros veinte segundos. Sergio vio a Nora desde la puerta, vio la tostada sin tocar, vio el café con la espuma ya caída. Colgó la chaqueta del perchero. Se sentó en el taburete de al lado.

—Lo de siempre —dijo Paco.

—Lo de siempre —dijo Sergio—. Y otra tostada para ella, que la de hace diez minutos ya no cuenta.

—Estoy bien —dijo Nora.

—Cómete la primera.

Nora cogió la tostada. La miró. Dio un mordisco sin ganas.

Paco les trajo a los dos. Para Sergio, café solo y un pincho de tortilla. Paco se retiró al otro extremo de la barra y empezó a fregar vasos con un oído puesto y una distancia puesta.

—Vidal —dijo Sergio en voz baja.

—Qué.

—Cuéntame.

Nora dio otro mordisco. Masticó. Sabía que si no empezaba a hablar ahora no iba a hablar en toda la mañana, y en cambio Sergio iba a estar ahí esperando, sin presionar, sin moverse, hasta que arrancara.

Era una táctica que Sergio llevaba quince años usando con ella y que seguía funcionando.

Nora bebió un trago de café.

—Llevo casi dos semanas durmiendo mal.

—Eso ya lo sé.

—Sueño con una mujer. La misma.

Sergio no preguntó qué mujer. Dio un sorbo a su café.

—¿Desde cuándo?

—Veintiuno de febrero. Llevo el día apuntado. Empezó el sábado en que pasé por la ribera y vi a un perro perdido. Y a partir de ahí, todas las noches.

—¿La conoces?

—No.

—Entonces, ¿por qué la conoces?

Nora dudó. Dejó la tostada en el plato.

—Eso es lo que llevo casi dos semanas intentando saber. Como si la cabeza me llevara a un sitio y yo tuviera que mirar dónde.

Nora sacó del bolsillo de la chaqueta una página doblada dos veces. La dejó sobre la barra entre los dos. Sergio la miró sin tocarla.

—La escribí hace dos noches —dijo Nora—. No me acordaba de haberla escrito. Pero la escribí.

—Amalia.

—Amalia.

—¿Y en qué expediente está ese nombre?

—En ninguno.

Sergio levantó la vista.

—¿En ninguno?

—En ninguno abierto. Por eso vengo a contártelo en el bar y no en el despacho.

Sergio asintió con la cabeza apenas. Nora dobló la página otra vez y se la guardó.

—Sigue.

Nora siguió. Habló del archivo general. De los doce nombres. De los diez descartes. De las dos que quedaban. La de Málaga, que podía esperar. La de Gijón, que no.

—Carmen Soto Álvarez. Gijón, 1990. Ingresó en el sistema con ocho años, octubre del noventa y ocho. La trasladaron a Madrid en treinta y seis horas. Hogar de tránsito, probablemente San Marcos. Familia receptora, sin localizar. Cierre administrativo, dos mil tres.

—¿Y vive?

—Vive. Cambió el nombre propio con dieciocho. Solicitud por expediente gubernativo. Pasó a llamarse María Luisa Soto Álvarez en el documento; en la calle, solo María Luisa Soto. Anduvo cinco años por el norte sin parar mucho en ningún sitio, y desde marzo de dos mil trece, Ribadesella. Hace trece años que no se mueve. Trabaja en una librería.

Sergio miró su café.

—Una librería.

—Sí.

—Y la mujer del sueño.

—Yo no la he visto. La foto de la microficha es de cuando ella tenía ocho años. En el sueño no le veo la cara entera —los ojos, la postura, el vestido, eso sí; los rasgos concretos no—. Pero hay una presencia, Aranda, una insistencia, que no tendría si fuera invento. Mi cabeza, a las cinco y catorce, no inventa: rescata. Algún sitio he debido leer algo sobre ella sin enterarme, y ahora me está apretando para que vuelva.

Sergio dejó la taza.

Se quedó callado. La tele del fondo daba el tiempo de Asturias. Lluvia fina, siete grados, nubosidad persistente. Sergio le hizo a Paco una seña con dos dedos para una segunda ronda —Paco asintió desde el otro extremo y empezó a maniobrar la cafetera—. El sonido del molinillo llenó el bar durante diez segundos.

Cuando paró, Sergio habló.

—Vidal.

—Dímelo.

—Si la mujer está viva y no quiere ser encontrada, no tenemos derecho a encontrarla. Si no está viva, tenemos otro problema.

Nora lo miró.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes y vas a ir igual?

—Sí.

Sergio se bebió lo que le quedaba del café sin contestar.

—¿Qué necesitas?

—Cuarenta y ocho horas. No quiero abrir expediente todavía. Quiero ir, verla —si es ella—, y volver.

—Sin contarle nada a Gálvez.

—Sin contarle nada a nadie. Si vuelvo con algo, lo cuento. Si vuelvo con nada, también lo cuento, pero a posteriori.

Paco dejó los dos cafés nuevos delante de ellos. Sergio le dio las gracias con un gesto. Paco volvió a su zona.

—Vale —dijo Sergio—. Con una condición.

—Di.

—Voy contigo.

Nora abrió la boca para decir que no. Sergio levantó la mano.

—Vidal. No es negociable. Si la mujer está y se abre, puede necesitar un testigo distinto de la cara que le recuerda de mala manera a una inspectora en su puerta. Si no está, si no es ella, o si pasa cualquier cosa que no prevemos, no te voy a dejar volver sola desde Ribadesella por la A-6 a las tres de la madrugada. Elige.

Nora lo pensó un momento. Eran los últimos restos de resistencia que le quedaban.

—Bien.

Sergio sacó un billete de veinte de la cartera y lo dejó sobre la barra. Paco levantó una mano desde el otro extremo. Sergio también. Ritual viejo.

—Salimos a las diez —dijo Sergio—. Tú vas a casa, te duchas, duermes dos horas si te dejan, coges una bolsa de dos días. Yo paso a por ti.

—Puedo conducir yo.

—Yo conduzco hasta Benavente, tú de Benavente a Ribadesella. Negociación cerrada.

Nora no tenía fuerzas para discutir. Salió del bar detrás de él.

Afuera, empezaba a salir una luz de marzo débil, de las que en Madrid no iluminan sino que anuncian. Las calles de Canillas, todavía casi vacías. Un autobús vacío pasó haciendo el ruido que hacen los autobuses vacíos.

—Gracias por contármelo, Vidal.

—Ya.

—No. En serio.

Nora no dijo más. Caminaron hasta sus coches en el aparcamiento de la comisaría. Cada uno arrancó el suyo. Salieron por puertas distintas.

* * *

En Lavapiés, Nora subió los cuatro pisos con la sensación rara de quien lleva dieciocho horas fuera de casa y al volver se da cuenta de que el espacio sigue siendo suyo y al mismo tiempo no del todo. Eran las nueve menos diez.

Se desnudó en el dormitorio. Se duchó otra vez con agua fría —era ya su tercera ducha en dieciocho horas, demasiadas, pero el agua fría era lo único que la mantenía despierta entre dos compromisos—. Se secó. Se sentó al borde de la cama envuelta en una toalla y miró el reloj. Las nueve menos cinco. Sergio venía a las diez. Tenía una hora, de la cual cinco minutos los iba a usar para hacer la bolsa, cinco para bajar al coche, y cincuenta para intentar dormir.

Se tumbó. Cerró los ojos.

No durmió.

Pensó en la foto de la niña de ocho años de la microficha. Flequillo recto. Mirada directa. Pensó en una librería de Ribadesella a la que no había ido nunca y que ya empezaba a verse, con luz de norte, dentro de la cabeza. Pensó en Sergio dejando un billete de veinte sobre una barra. Pensó en su madre sin querer pensar en su madre —desde la llamada del lunes anterior llevaba dos días posponiendo el sábado de Segovia, y en algún sitio iba a tener que decidir si lo posponía otra semana o iba antes de subir al norte—. Decidió que después.

A las nueve y treinta abrió los ojos. La sábana, encima, todavía estaba lisa. No se había movido nada salvo la cabeza.

Se levantó. Vistió otra vez los vaqueros de trabajo y la misma camisa azul oscuro de la víspera, porque no le daba tiempo a planchar otra. Sacó del armario una bolsa de viaje pequeña —bandolera, gris, de las que llevaba a los operativos cortos. Metió una muda, un par de calcetines de repuesto, el cargador del móvil, un cepillo de dientes. Una bufanda. Cogió también, sin pensarlo, el cuaderno de espiral de la mesilla —el que tenía la palabra AMALIA con la página arrancada. No lo iba a usar. Pero le pareció que tenía que ir con ella.

Antes de salir miró el estante. La foto de Sara. El reloj parado.

Esta vez no movió la foto.

Cogió las llaves. Bajó los cuatro pisos. En la calle, a las diez menos tres minutos, el coche de Sergio aparcado en doble fila con los warning puestos. Sergio al volante, hablando por el manos libres con alguien —su mujer, probablemente—. Nora abrió la puerta del copiloto. Sergio le hizo un gesto pidiendo un minuto. Nora dejó la bolsa en el asiento de atrás, y se sentó.

Madrid acababa de salir de la noche.

Empezaba a llover otra vez.

Capítulo 5

Llovizna en Ribadesella

A la altura de Tordesillas Sergio bajó la radio y dijo:

—Vidal, te quedas dormida.

—No.

—Te he visto cerrar los ojos en la glorieta. Diez segundos.

Nora abrió la guantera, sacó un paquete de chicles que había olvidado allí desde el invierno y se metió uno en la boca. Sabía a frigorífico viejo. Tampoco le importaba. Lo masticó.

—¿Quieres que pare en una gasolinera?

—No. Sigo.

Sergio lo dejó pasar. Subió otra vez la radio. Sonaba un programa cultural de Radio Nacional, una mujer de voz pausada leía un poema en asturiano que Nora no entendía. Algo de un mar y una madre. La locutora explicó después en castellano que era de Andrés Brañas y que hablaba de cómo en Asturias los muertos se quedaban en casa más tiempo del que la gente quería. Sergio dijo:

—No conocía a ese.

—Yo tampoco.

—Apúntalo.

Nora no apuntó nada. Pero la frase del programa se le quedó. *Los muertos se quedan en casa más tiempo del que la gente quiere*. Por la ventanilla, los campos de Castilla pasaban en gris. Marzo seco también allí.

Veinte kilómetros antes de Benavente Sergio le dijo, sin apartar la vista de la carretera:

—¿Has hablado con tu madre?

—No.

—Hecho.

—No me preguntes más.

—No he preguntado más.

Era cierto. Sergio nunca preguntaba más. Sergio preguntaba una vez y se retiraba, y la pregunta única quedaba flotando dentro del coche durante kilómetros, y eso era lo que Nora no le perdonaba —porque la pregunta única hacía más trabajo que diez—. Nora masticó el chicle hasta que le supo a goma sola.

Pararon en Benavente a las trece y diez. Sergio repostó, compró dos cafés en vasos de plástico y dos bocadillos de jamón en una panadería de la estación. Nora comió la mitad del suyo. Pasó al volante. Sergio se durmió antes de salir del polígono.

De Benavente a Ribadesella había dos horas largas. Nora condujo despacio. El verde empezó a salir en los arcenes de la A-66, primero pequeño, después en bloques. A la altura de León empezó a llover. Una llovizna fina que no era llovizna sino esa otra cosa que en el norte se llama orbayu cuando la gente le pone nombre. Nora puso el limpia a intermitencia mínima. Las gotas no acababan de cuajar pero el parabrisas se llenaba.

Sergio se despertó en el puerto de Pajares.

—¿Dónde estamos?

—Pasando.

—Bien.

Bajaron a Asturias por el túnel. Al salir, otra Asturias: el verde más oscuro, las nubes pegadas a las laderas, la luz de tarde de primavera

norteña que en marzo todavía no era primavera del todo. Sergio se incorporó en el asiento, se frotó la cara y miró el reloj.

—Las tres y cuarto. Vamos bien.

—Llegamos a Ribadesella sobre las cuatro.

—¿Cómo se llama el sitio?

—Librería Sardiñeira. Manuel Fernández Juncos. He mirado el plano antes de salir.

Sergio movió la cabeza dos veces. Sacó del bolsillo de la chaqueta un cuaderno pequeño y un boli y empezó a escribir algo. Nora no preguntó qué. Sergio escribía cosas en cuadernos pequeños desde que Nora lo conocía. A veces eran apuntes del caso, a veces eran listas de la compra, a veces eran lo que su mujer le había pedido por el manos libres. Nora no preguntaba porque a Sergio se le respetaba el cuaderno. Era un trato no firmado.

Llegaron a Ribadesella a las cuatro menos diez de la tarde. Marzo en la costa cantábrica era un color de gris claro que no era brumoso pero tampoco era sol; era una luz que Nora no había visto en Madrid en los últimos doce años. La ría estaba tranquila. Cinco barcos pequeños amarrados, pintados de colores que en otra parte habrían sido alegres y que aquí solo eran prácticos: rojo, azul, amarillo, blanco. Una mujer mayor con un perro caminaba por el paseo marítimo. Una farola encendida antes de tiempo.

Aparcaron en una plaza pequeña a tres calles de la librería. Manuel Fernández Juncos era una calle estrecha, peatonal, con casas de tres plantas pintadas de pastel —algunas blancas, otras rosas, una azul muy clara—. La librería estaba en mitad de la calle, en el bajo de una de las pintadas de blanco. Cartel pequeño de madera, letras mayúsculas en pintura azul oscuro: SARDIÑEIRA LIBROS.

Nora se quedó un momento en el coche antes de abrir la puerta. Sergio no la metió prisa.

—Voy yo sola —dijo.

Sergio no discutió.

—Quedo contigo en el café que hemos pasado en la esquina. Si en una hora no he vuelto, llámame al móvil.

—No lleves el carnet en la mano.

Nora bajó del coche. Cruzó la calle con la chaqueta cerrada, la página de AMALIA en el bolsillo interior y el cuaderno nuevo en el bolsillo de detrás. La llovizna no le mojó.

Antes de empujar la puerta de la librería, Nora se paró tres segundos delante del escaparate. No miró los libros. Miró el reflejo. Una mujer de treinta y ocho años, chaqueta cerrada, pelo corto, cara de no haber dormido. Una inspectora —pero solo si lo sabías—. Si no lo sabías, una clienta cualquiera que quería llevarse algo. Nora estuvo a punto de pensar en Sara y no se permitió pensar en Sara. En su lugar pensó: si yo entro ahora y la mujer me ve por el reflejo del cristal del fondo antes de que yo la vea a ella, quien tiene la ventaja es ella. Empujó la puerta.

* * *

La puerta de la librería tenía una campanita encima. Nora la oyó antes de oírse a sí misma entrar.

Dentro: olor a libro y a humedad de costa, calefacción suave, una luz amarilla de bombillas viejas. Estanterías de madera oscura desde el suelo hasta el techo. Una mesa baja con novedades en el centro. Una segunda sala más al fondo, separada por un arco. En la pared, sobre la caja, tres reproducciones enmarcadas de cerámica de Sargadelos —un peregrino, una sardina, una dama—. Cuatro o cinco clientes navegando entre los estantes. Un perro pequeño dormía en una cesta junto a la puerta de la trastienda.

Nora no fue al mostrador. Fue a la mesa de novedades primero, porque era lo que habría hecho una clienta cualquiera. Cogió un libro con la cubierta naranja de una autora que no le sonaba. Lo hojeó sin leer una palabra. Lo dejó. Cogió otro. Un ensayo sobre el paisaje del Cantábrico. Lo dejó también. Por el rabillo del ojo registró el espacio:

la salida secundaria al fondo de la trastienda, que daba al patio interior; la posición del teléfono fijo sobre el mostrador; el recorrido más rápido hasta la calle si hacía falta. Lo hizo por costumbre. La librera no la había mirado todavía.

Se acercó al mostrador.

Detrás, una mujer de espaldas colocaba libros en un estante alto. Vaqueros. Jersey de lana gris hasta la cadera. Pelo castaño largo recogido en una trenza que le caía por el hombro derecho. Manga subida a medio antebrazo. Nora se quedó cinco pasos antes del mostrador.

La mujer puso el último libro en su sitio y se giró.

Nora le sostuvo la mirada porque no se le ocurrió otra cosa.

La mujer del mostrador le sostuvo la mirada también. No tres segundos. Más. Cuatro, cinco, los que hicieran falta. La cara era una cara de treinta y cinco años que Nora no había visto nunca en su vida y que sin embargo encajaba, ahora que la tenía delante, con la silueta y los ojos del sueño de las últimas once noches. Más delgada de lo que su cabeza había rellenado. Los ojos castaños más oscuros. Una marca pequeña, una cicatriz fina, en la muñeca derecha —Nora no la vio porque la manga la tapaba; la supo porque sabía que estaba—.

Hubo un instante muy corto en que la mujer dejó caer la mirada hacia el mostrador, se la limpió con un parpadeo, y volvió a subirla. Solo eso. Después pasó una mano por la trenza con un gesto pequeño, casi mecánico, como quien comprueba que algo sigue donde tiene que estar.

—Buenas tardes —dijo la mujer—. ¿En qué puedo ayudarla?

La voz era una voz tranquila. Sin temblor. Tono de librera con cliente nuevo. Nora reconoció el tono porque era el suyo cuando atendía a un testigo que no sabía todavía que era testigo.

—Buenas tardes —dijo Nora—. Estoy buscando un libro.

—Adelante. ¿Sabe el título o el autor?

—El autor sí. Andrés Brañas.

La mujer no parpadeó. Fue al estante de poesía sin mirar atrás. Caminó con la naturalidad exacta de alguien que conocía la librería de memoria. Se agachó delante del último estante por la izquierda, sacó tres libros pequeños, los puso encima del mueble, eligió uno y volvió al mostrador.

—Lo tenemos en castellano y en bilingüe. ¿Cuál prefiere?

—Bilingüe.

La mujer le pasó el libro por encima del mostrador. Nora lo cogió. Tenía las cubiertas cuidadas, el papel bueno. *La mirada del cuco*, edición de Saltadera, 2015. En la cubierta, un acantilado pequeño en cuatricromía gastada.

—Quince euros —dijo la mujer.

Nora pagó con tarjeta. La mujer le pasó el datáfono. Nora introdujo el pin. Sus manos no temblaron —Nora no era de las que temblaban —, pero sintió la mirada de la mujer en las suyas durante los dos segundos que tardó la operación. Cuando el datáfono pitó, las manos volvieron a su sitio.

—Bolsa de papel o sin bolsa.

—Sin bolsa.

La mujer le tendió el libro. Nora lo cogió. No se movió.

Hubo, entonces, una pausa.

La mujer había hecho una venta. La mujer tendría que haber dicho «que tenga buen día», haber cogido el datáfono otra vez, haberse vuelto a su trabajo. La mujer no hizo nada de eso. Se quedó con las dos manos apoyadas en el mostrador. Miró a Nora otra vez. Esta vez

con un grado más de algo que en otra cara habría sido reconocimiento pero que en la suya era solo atención.

Nora lo entendió en ese segundo. Lo entendió con una claridad que no le iba a dejar dudar después.

La mujer la había estado esperando.

No a Nora —Nora no era nadie para la mujer todavía—, pero a alguien. A cualquier persona que un día entrara por la campanita y se quedara cinco pasos antes del mostrador con la chaqueta cerrada y la cara de quien lleva once días sin dormir bien. La mujer llevaba más años esperando que Nora durmiendo mal. Había cargado el aire de la librería con esa espera, y por eso entrando dolía un poco al respirar.

Nora dijo, sin pensarlo:

—Yo no soy de aquí.

Era una frase tonta. Era la frase que no debería haber dicho una inspectora con quince años de oficio. Era la frase que dijo de todos modos.

La mujer no sonrió. Inclinó la cabeza medio centímetro hacia un lado.

—Ya lo sé.

Eso fue todo. No hubo más palabras.

Un cliente en el fondo dejó caer un libro. Otro cliente preguntó algo en voz alta sobre una guía de aves. La librera levantó la mirada hacia el cliente con la cortesía de siempre, sonrió pequeño, dijo «un momento, por favor», y volvió la mirada a Nora.

—Mañana abro a las diez y cierro a las dos —dijo.

—Vendré mañana.

—Sí. Venga mañana.

Antes de soltar el libro, la mujer dudó medio segundo. Después le añadió, en voz más baja, casi para sí:

—Si va a venir, venga sola.

Salió.

* * *

La campanita encima de la puerta sonó otra vez al salir. Afuera, llovía solo lo justo. Nora caminó hasta la esquina sin acelerar el paso. Solo cuando dobló y supo que la librería no la veía, se permitió respirar.

Sergio estaba en el café, la segunda mesa pegada al cristal, con un café cortado y un periódico que no estaba leyendo. Levantó la vista cuando Nora entró.

—¿Y?

Nora se sentó. Dejó el libro sobre la mesa.

—Es ella.

Sergio miró el libro. *La mirada del cuco*. Andrés Brañas.

—¿Hablasteis?

—Lo justo.

—¿Te ha reconocido?

—No exactamente.

—Vidal, ¿qué quiere decir «no exactamente»?

Nora pidió un café al camarero con un gesto.

—Quiere decir que esa mujer lleva veintisiete años esperando a alguien. Quien sea. Y hoy he sido yo. Mañana abre a las diez.

Volvemos a las diez.

Sergio se quedó callado. Movió el café cortado un par de centímetros sobre el platillo. Después dijo:

—¿Cómo se llama el libro?

Nora lo giró para que Sergio lo viera.

—«La mirada del cuco». Le he dicho que buscaba un autor. Andrés Brañas. Lo elegí porque sonaba en la radio cuando entrábamos en Asturias. No tenía ni idea de quién era hace cuatro horas.

—¿Y qué dice el libro?

—No lo he abierto.

Sergio cogió el libro. Lo abrió por una página al azar. Leyó tres versos en silencio. Cerró el libro.

—Te va a gustar.

Nora no dijo nada en ese momento.

—Vidal, una cosa.

Nora dejó lo que estaba haciendo.

—Mañana, cuando vuelvas, hay una decisión que tomar antes de entrar.

—Dime.

—Si esa mujer empieza a hablar, te va a contar cosas que no son de ella sola. Va a haber otros nombres. Va a haber otros sitios. ¿Vas a abrir caso o vas a llevarlo todavía por debajo?

Nora miró la mesa.

—Depende de lo que diga.

—Eso no es respuesta.

—Es la única que tengo ahora.

Sergio aceptó. Sergio aceptaba siempre las respuestas que no eran respuestas, porque sabía que con Nora la respuesta verdadera llegaba dos horas después en el coche o dos días después en el bar.

Nora miró por la ventana. La lluvia había cesado. El paseo marítimo se estaba vaciando porque empezaba a anochecer aunque todavía no fueran las cinco. Una mujer mayor con un perro —la misma mujer, el mismo perro de antes— pasaba ahora en sentido contrario. La luz que entraba por el cristal del café era la luz de norte que Nora se había imaginado sin haberla visto nunca, esa mañana en la cama de Lavapiés cuando intentaba dormir y no dormía.

Sergio dejó el libro encima de la mesa entre los dos.

—Bien hecho, Vidal.

Nora no contestó. Cogió el café que el camarero le había puesto delante. No había pedido leche y le habían puesto cortado igual; en Asturias la gente decidía por ti. Lo dejó enfriar tres minutos. Después se lo tomó de un trago.

Afuera, las farolas se encendieron.

Capítulo 6

El silencio de la librera

Por la mañana del jueves, a las nueve y cinco, Nora tomó café en la habitación del hotel Don Pepe —un hotel pequeño de tres plantas en el paseo marítimo, recomendado por Sergio porque a Sergio se lo había recomendado un primo suyo veinte años atrás—. El primo había muerto. El hotel seguía. Las habitaciones eran pequeñas pero limpias y olían a sábana de algodón y a pintura mate reciente.

Nora abrió las cortinas. La ría a esa hora era otra ría: el agua quieta tirando a verde, los barcos en posición de descanso, dos hombres mayores fumando en un banco. Empezaba a salir el sol pero salía como en marzo: a medias.

Sergio se había quedado en la habitación de al lado. Nora oyó la ducha. Le dio diez minutos antes de llamar a la puerta.

—Voy a las nueve y cuarenta y cinco —dijo cuando Sergio le abrió.

—Sí.

—Tú quédate.

—Eso ya lo dijiste anoche.

—Te lo digo otra vez.

Sergio aceptó. Llevaba pantalón de pijama y camiseta gris. Iba a desayunar abajo y a esperar.

Nora bajó al hall. Devolvió la llave de la puerta principal —el hotel cerraba el portal a las dos de la madrugada y daba llaves a los huéspedes que volvían tarde— y se la guardó otra vez en el bolsillo. Salió a la calle. La librería estaba a doce minutos a pie por el paseo marítimo y luego dos calles tierra adentro.

Caminó.

No quería llegar antes de las diez. Diez en punto era la hora que la mujer le había dicho. Diez en punto era la hora a la que la mujer la iba a esperar. Si Nora llegaba a las nueve y cincuenta y cinco, iba a estar de pie cinco minutos delante del cristal con la chaqueta cerrada y la cara de quien no había dormido bien —y eso, en una calle estrecha de Ribadesella un jueves de marzo, era llamar la atención—. Nora prefirió pasarse del barrio y dar una vuelta por la ría.

A las diez menos tres minutos llegó.

La puerta de la librería estaba entreabierta. La campanita encima sonó solo a medias cuando Nora la empujó.

Dentro: la misma luz amarilla, el mismo olor a libro y a costa, las mismas estanterías. La diferencia era que no había nadie. Ni clientes en los pasillos, ni perro en la cesta, ni músicos por la radio del fondo —la radio estaba apagada—. Solo la mujer.

La mujer estaba detrás del mostrador. Había puesto, sobre el cristal, una bandeja pequeña con dos tazas. Y un termo. Y un plato con pan y queso fresco. Tenía la trenza por delante esta vez, sobre el hombro izquierdo. Llevaba el mismo jersey gris.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días.

—Cierro la puerta.

La mujer rodeó el mostrador. Fue hasta la entrada, echó el pestillo, dio la vuelta al cartel colgado del cristal —del lado de fuera quedó cerrado—. Volvió al mostrador.

—Pase atrás —dijo—. El mostrador no es sitio.

Nora pasó. La trastienda era una habitación pequeña con una mesa de madera pequeña, dos sillas, una estantería con catálogos y un radiador encendido al mínimo. La mujer dejó la bandeja entre las dos.

—Siéntese.

—Gracias.

Se sentaron. La mujer sirvió café del termo —café cargado, fuerte, con un olor más intenso del que Nora estaba acostumbrada— y cortó dos rebanadas pequeñas de pan. Empujó una hacia Nora con un trozo de queso encima. Nora la cogió. No tenía hambre pero la cogió.

La mujer se quedó mirando su propia taza, sin tocarla.

Después dijo:

—No le voy a decir cómo me llamo.

—Vale.

—Carmen ya no soy. Carmen era yo de niña, antes del San Marcos, en Gijón. María Luisa Soto es el nombre que pedí al juzgado a los dieciocho —el legal, el que existe en los papeles del banco y en el padrón. A esa la conoce ya, supongo, si ha llegado hasta aquí.

—Sí.

—Mi nombre, el que uso yo cuando estoy sola, no se lo voy a decir hoy. A lo mejor en otra visita. Si hay otra visita.

—De acuerdo.

—¿Cómo se llama usted?

—Nora Vidal. Inspectora de la Policía Nacional, Madrid.

La mujer recibió el dato sin sorpresa. Nora pensó que probablemente ya lo tenía.

—Inspectora Vidal. ¿Cómo me ha encontrado?

—Por un expediente del archivo general. Filtré los traslados rápidos de menores entre el 96 y el 2000. Uno de los expedientes era el suyo

—el de Carmen Soto Álvarez. Lo crucé con el cambio de nombre y con el padrón. Llevaba trece años en el mismo sitio.

—Trece años.

—Sí.

La mujer bebió un trago de café. Apoyó la taza con cuidado.

—¿Y por qué me ha buscado?

Nora se quedó callada. Era la pregunta que sabía que iba a llegar y para la que no tenía respuesta limpia.

—Llevo casi dos semanas soñando con una mujer —dijo—. La mujer no era usted en concreto. Era una cara que yo no había visto en mi vida. La cara que se me dibujaba mientras dormía me llevó al archivo. No lo planteo como una visión; lo planteo como una asociación que mi cabeza no sabía explicar. El archivo me llevó a su expediente. Su expediente me llevó aquí.

—¿Soñando?

—Sí.

—Conmigo.

—Con la idea de usted. Con una idea que mi cabeza tenía y que ahora resulta que tiene su cara.

La mujer la miró. Nora aguantó. La mujer no parecía sorprendida y eso, por una razón que Nora no se explicó, era lo más inquietante de todo.

—¿Y a qué ha venido, inspectora?

—A escucharla, si quiere hablar.

—¿De qué?

—De lo que pasó cuando tenía ocho años.

La mujer cogió un trozo de queso. Se lo comió sin prisa. Se limpió la comisura del labio con el dedo. Se quedó así, con el dedo en el labio, un rato largo. Nora no la apuró.

—No estoy preparada para hablar hoy —dijo la mujer—. Tampoco estoy preparada para no hablar. Necesito unas horas. Vuelva a las cuatro. La librería cierra a las dos, como le dije ayer. Pero si vuelve a las cuatro yo estaré aquí. Le voy a entregar una cosa. Y entonces decidiremos si hablamos o no hablamos.

—¿Una cosa?

—Sí.

—Claro.

—Sola.

—Sola.

Nora dejó la taza vacía sobre la bandeja. Se levantó. La mujer también se levantó. Caminaron juntas hasta la puerta. La mujer descorrió el pestillo.

Antes de abrir, dijo:

—Inspectora.

—Dígame.

—Si decido no hablar, eso también va a ser una respuesta. ¿Lo sabe usted?

—Lo sé.

—Bien.

Abrió la puerta. La campanita sonó completa esta vez.

* * *

Nora caminó hasta el paseo marítimo. Había dejado de llover por la mañana pero el suelo seguía mojado. Llamó a Sergio desde un banco del paseo.

—¿Y?

—Vuelvo a las cuatro. Vamos a comer algo.

Comieron en un sitio de pescado al final del paseo, una casa de comidas pequeña donde el menú costaba quince euros y traía dos platos que el camarero no preguntaba —los traía—. A Nora le pusieron una sopa de pescado primero. Era una sopa de las que en Asturias, cuando alguien te la sirve, no es solo comida: es un acto de hospitalidad por defecto.

Nora la comió entera.

Sergio la observó comer sin comentarlo.

—¿Qué tienes hasta ahora? —preguntó al final.

—Que se llama de tres maneras distintas. Que la primera, Carmen, ya no es. Que la segunda, María Luisa, es la legal. Que la tercera, la suya de verdad, no me la va a decir hoy.

—¿Va a hablar?

—No lo sé. Ella tampoco.

—¿Y a las cuatro?

—Me va a dar algo.

Sergio cogió pan. Lo mojó en el caldo de la sopa que le quedaba.

—Vidal.

—Qué.

—Por si no hablamos en el coche luego, te lo digo ahora. Esa mujer no lo está improvisando.

—Ya lo sé.

—Lleva años pensando lo que te va a decir hoy.

—También lo sé.

Pidieron dos cafés. Sergio pagó. El camarero les dio las gracias con la mano.

A las cuatro menos diez Nora se levantó.

—¿Te llamo cuando salga?

—No. Vuelve al hotel cuando salgas. Yo voy a estar allí con un libro.

—¿Cuál?

Sergio sacó del bolsillo de la chaqueta el libro de Andrés Brañas. Se lo enseñó.

—Este. Lo he comprado igual que tú, pero en una librería que no era la suya. Hay una pequeña en la plaza del Ayuntamiento.

—No te vi irte.

—Has estado tres horas mirando el agua, Vidal. Te podías haber ido tú a comprarlo otra vez y no me habrías visto.

Nora sonrió pequeño. Sergio había cogido carrerilla.

—Cuatro de la tarde —dijo Nora—. Nos vemos.

Salió al paseo. La luz era distinta ahora —amarilleaba, las nubes pegadas a las laderas se habían retirado un poco, el agua brillaba en zonas—. Nora caminó hasta la librería sin mirar la hora. Ya conocía el camino.

* * *

A las cuatro en punto la puerta de la librería tenía el cartel de cerrado del lado de fuera, pero la puerta no estaba cerrada. La campanita sonó completa cuando entró.

La mujer estaba sentada detrás del mostrador con un sobre delante. Sobre marrón, tamaño cuartilla, cerrado con un clip. Encima del sobre, dos cosas: una llave pequeña, dorada, vieja, atada con un hilo de algodón blanco; y una tarjeta blanca con dos palabras escritas a mano: Banco Cantábrico. Y debajo, una dirección: Oviedo. Calle Milicias Nacionales, 7.

—Esto es para usted —dijo la mujer.

Nora se acercó al mostrador. No tocó nada todavía.

—¿Qué hay dentro de la caja?

—Veintiséis cuadernos.

—¿De qué?

—Son míos. Los he escrito desde que tenía nueve años hasta que tenía treinta y cuatro. Veintiséis. Uno por año más o menos. Algunos tienen mucho, otros poco. Todos tienen lo mismo en común: pasan cosas que en su momento no le conté a nadie.

—¿Por qué me los da?

—Porque usted me ha encontrado.

Nora cogió la llave. Pesaba poco. La metió en el bolsillo de la chaqueta junto con la tarjeta.

—¿Por qué me los da hoy y no otro día?

—Porque hoy he decidido que sí.

—¿Qué ha cambiado entre las diez y las cuatro?

La mujer la miró. Por primera vez, sonrió. Era una sonrisa pequeña y triste, pero era una sonrisa.

—Inspectora, lo que ha cambiado es que a las diez yo no estaba segura de si usted era la persona buena. A las cuatro sí.

—¿Y cómo lo ha decidido?

—Por cómo se ha ido a las diez y media. Y porque ha vuelto a las cuatro en punto y no a las cuatro y diez.

—Eso es poco.

—No para mí.

La mujer puso la mano encima de la tarjeta y se la arrimó a Nora medio centímetro.

—Hay otra cosa —dijo—. Esta tarde, mientras usted estaba con su compañero, yo cerré la librería a las dos y pasé por mi sucursal. La gestora me conoce desde 2014. Le firmé delante una autorización de acceso a la caja a su nombre. La gestora la ha sellado y la ha mandado por valija interna a Oviedo esta misma tarde. Mañana cuando usted llegue a la sucursal, la autorización va a estar en el sistema. Si no estuviera, lleve esta tarjeta, que es copia, y un teléfono: el de mi gestora. Pero va a estar.

Nora dijo que sí con la cabeza.

—Lo ha hecho usted oficial.

—Lo he hecho posible. Que es distinto. Si yo me muero esta noche, los cuadernos siguen siendo accesibles para usted. Si no, no.

—¿Por qué Oviedo y no aquí?

—Porque la caja la abrí allí, a los dieciocho, en cuanto me dieron el cambio de nombre. Vivía entonces en Oviedo. En las mudanzas posteriores —León, Santiago, aquí— me salía más barato pagar un AVE al año que abrir caja en otro sitio. Y porque, cuando uno deja en

un sitio lo que más le importa, conviene que sea un sitio donde no esté.

—¿Y los cuadernos?

—Una vez al año, en mochila. El cuaderno del año cerrado, el lomo etiquetado, y dentro de la caja. La cuota la pago por domiciliación bancaria desde el primer mes. Nunca he dejado de pagarla. Ahí están los veintiséis, en orden cronológico.

Nora cogió el sobre. Era pesado. Dentro había papeles, no notó qué. No iba a abrirlo allí.

—¿Y ahora?

—Vaya al banco. Lleve a su compañero, si quiere; el banco está a setenta kilómetros y va a ser largo. Lea los cuadernos en el orden en que estén. Cuando los haya leído, vuelva. Si quiere preguntarme cosas. O no. Eso lo decidirá usted.

—Volveré.

—Bien.

Nora se quedó un segundo más con el sobre en la mano. Quería preguntar otra cosa pero no sabía cuál.

La mujer lo notó.

—Inspectora.

—Sí.

—Hay otras niñas.

Nora la miró.

—¿Cuántas?

—No lo sé. Once o doce sé yo. Pero el hombre que firmaba los papeles llevaba haciendo eso años antes de tocarme a mí, y siguió haciéndolo años después. Cuántas son en total no lo sé. Lo que pueda decirle de ellas está en los cuadernos. Lo que no, no lo voy a inventar para usted. Lo que sé yo, no lo sabe nadie más.

—Vaya con cuidado en la carretera —añadió la mujer—. Esta noche va a llover de verdad.

—Gracias.

Salió. La campanita sonó otra vez. Afuera, la luz amarilla había desaparecido. El cielo se había puesto gris cerrado y el aire era un grado más frío que cuando había entrado. Nora caminó hasta el hotel con el sobre debajo del brazo.

Capítulo 7

Veintiséis cuadernos

La habitación del hotel tenía dos camas individuales, una a cada lado de la habitación. La de Sergio, deshecha. La de Nora, intacta. Eran las nueve menos veinte de la noche.

El sobre estaba sobre la mesita del centro, abierto, con la solapa levantada. Nora lo había abierto al volver de la librería con Sergio mirando, los dos de pie, sin sentarse. La llave dorada y la tarjeta del Banco Cantábrico ya las tenía Nora en el bolsillo interior de la chaqueta —la mujer de Ribadesella se las había puesto en la mano al cerrar la conversación, antes que el sobre—. Lo que estaba dentro del sobre, y solo eso, era una hoja de papel cuadriculado, pequeña, doblada en cuatro, con una palabra escrita a lápiz, en mayúsculas, en el centro.

MIREIA.

Sergio había cogido la hoja. La había mirado un momento. La había puesto otra vez sobre la mesita.

—¿Quién es Mireia? —dijo después.

—No lo sé —dijo Nora—. Lo voy a saber mañana.

Cenaron en el comedor del hotel. Una sopa, pescado, fruta. Sergio comió. Nora también, aunque sin gana. La camarera era una mujer de unos sesenta años que se acordaba del primo de Sergio sin que Sergio se lo recordara. Habló con él durante el segundo plato. Mientras hablaban, Nora miró por la ventana del comedor: el paseo marítimo se había vaciado, las farolas reflejaban en el asfalto mojado.

Subieron a la habitación a las diez y cuarto.

Sergio se sentó en el borde de su cama. Nora se sentó en la suya, enfrente. Entre los dos, la mesita con el sobre vacío y la hoja del nombre encima.

—Mañana a las diez en el banco —dijo Nora—. Setenta kilómetros. Hora y cuarto si vamos despacio.

—Yo conduzco a la ida.

—Voy.

—¿Qué vamos a sacar de la caja?

—Veintiséis cuadernos. Ella me lo dijo.

—¿Y qué hacemos con ellos?

—Los leo.

—¿Aquí?

—No. Volvemos a Madrid mañana mismo. Por la tarde. Los leo en el coche o en casa.

Sergio cerró los ojos un segundo. Se quitó los zapatos.

—Si en los cuadernos hay nombres, fechas, sitios concretos —y los va a haber, porque ella no nos está dando el material en blanco— nosotros mañana no vamos a estar leyendo el diario de una superviviente. Vamos a estar leyendo un expediente paralelo de un caso de menores que el sistema cerró sin que pasara nada y que ahora tenemos en una bolsa.

—Lo sé.

—Y mañana por la tarde, cuando volvamos a Madrid con la bolsa, vamos a tener que decidir si lo metemos en el sistema o no.

—Lo sabía.

—El cuándo y el cómo importan.

Nora apagó la lámpara de la mesilla suya. La habitación quedó iluminada solo por la lámpara de Sergio.

—Lo decidiremos cuando los hayamos leído —dijo.

—No del todo, Vidal. Si vamos al banco mañana con uniforme, con identificación oficial, y firmamos en el registro del banco como funcionarios, ese acto, en sí mismo, ya es un acto procesal. Aunque no abramos expediente.

—No vamos con uniforme. Yo no llevo uniforme casi nunca.

—Vamos con identificación. Hay una cámara en cada cubículo del banco. Hay un funcionario que registra la operación. Si en cinco años alguien revisa los movimientos de esa caja, va a salir tu nombre y mi nombre y el día de hoy.

—Vale.

—No te lo digo para que no vayamos. Te lo digo para que vayas sabiendo qué dejas a tus espaldas.

—Lo sé, Aranda.

Sergio apagó su lámpara.

A oscuras, después de un silencio largo, Nora dijo:

—Gracias.

—De nada.

Nora no durmió mucho. Sergio sí.

* * *

A las nueve y veinte del viernes, salieron del hotel. Sergio condujo. Nora llevaba la llave en el bolsillo interior de la chaqueta —junto a la página de AMALIA, ya muy doblada, y al cuaderno nuevo del archivo, y a la tarjeta del banco—. El bolsillo se había convertido en un pequeño expediente plegado.

Pararon en una panadería de la salida de Ribadesella, compraron café para llevar, comieron una empanada gallega cada uno. La carretera hasta Oviedo estaba húmeda. Las nubes pegadas a las laderas seguían pegadas pero más altas. A la altura de Pola de Siero salió un sol breve. Duró ocho minutos.

A las diez y veinticinco aparcaron en la calle Milicias Nacionales, en una zona azul de pago. Sergio metió monedas para dos horas. La sucursal del Banco Cantábrico estaba en un edificio antiguo de cuatro plantas, de los que tenían los entresuelos altos. La puerta de cristal tenía un anagrama pegado por dentro y un cartel de horario: lunes a viernes, de nueve a catorce horas.

Entraron.

El interior estaba menos iluminado de lo que Nora se había esperado. Madera oscura en el mostrador, moqueta granate, cuatro mesas vacías de ejecutivos al fondo, un cliente mayor en la primera ventanilla que firmaba algo despacio. Nora se acercó al puesto de información. Un hombre joven con corbata gris levantó la vista.

—Buenos días.

—Buenos. Vengo a acceder a una caja de seguridad.

—¿Tiene la llave?

—Sí.

—¿A nombre de quién está la caja?

—María Luisa Soto. Antes Carmen Soto Álvarez.

El hombre tecleó. Miró la pantalla. Tecleó otra vez.

—Tengo la caja, sí. Está activa. Figura a nombre de María Luisa Soto desde dos mil ocho, cuando se formalizó el cambio de nombre. ¿Es usted la titular?

—No. Vengo en su nombre. La titular envió ayer una autorización a esta sucursal a través de la oficina de Ribadesella.

—Un momento.

El hombre tecleó otra vez. Buscó. Asintió.

—Aquí la tengo. Llegó por valija interna anoche. Autorización de acceso de María Luisa Soto a Nora Vidal Santamaría, una única operación. Sellada por la gestora de Ribadesella. Voy a llamar a mi compañera, que es quien lleva las cajas. Un momento.

El hombre se levantó y desapareció por una puerta lateral. Volvió un momento después con una mujer de unos cuarenta años, traje gris marengo, gafas de pasta, una identificación colgada del cuello.

—Buenos días. Soy Marta Quintana, responsable de cajas de seguridad. ¿Me acompañan, por favor? Antes necesito documentación.

—Sí.

Nora le pasó la tarjeta blanca de la titular junto con su DNI. Sergio el suyo. Marta fotocopió los dos. Hizo firmar a Nora en un libro de registro encuadernado en cartoné rojo. Sergio firmó como acompañante. Marta escribió, en una columna paralela, *acceso autorizado por titular ausente, autorización en archivo y en sistema*.

Nora pensó, mientras firmaba, que Amalia había hecho ese trámite a las dos del día anterior, antes incluso de entregarle el sobre. Le había estado dando algo que ya estaba en el sistema cuando se lo dio. La librera de Ribadesella había ido más despacio que Nora durante veintisiete años y, justo en el último día, había ido más rápido.

—Síganme.

Bajaron al sótano por una escalera pequeña que en el rellano olía a polvo guardado. La cámara acorazada era una sala de tres por cuatro metros con paredes metálicas y filas de cajas alineadas como

casilleros. La caja que correspondía a la llave era una de las pequeñas de la fila de abajo. Marta metió la llave maestra del banco en la cerradura de arriba; Nora metió la llave dorada de Amalia en la cerradura de abajo. Las dos giraron a la vez. La caja salió en una bandeja larga, como las cajas registradoras antiguas.

—Pueden trabajar en el cubículo número dos. Avísenme cuando hayan terminado.

—Gracias.

Marta se retiró y cerró la puerta del cubículo. Quedaron solos.

Nora puso la bandeja sobre la mesa pequeña del cubículo. Se sentó en la silla. Sergio se sentó en la otra.

Levantaron la tapa de la caja.

Dentro, apilados en pulcritud absoluta, había veintiséis cuadernos. Tapas flexibles, tamaño escolar. Negros, marrones, azules. Algunos con goma elástica, otros sin ella. El primero arriba del todo era de tapa negra, fina, gastada en los cantos. Sergio lo cogió con cuidado.

—Mira el lomo —dijo.

Nora miró. En el lomo, en una etiqueta blanca pequeña pegada en algún momento por Amalia con bolígrafo de tinta azul, ponía: *1999*.

—El más antiguo —dijo Sergio.

Sergio lo abrió por la primera página. Nora se inclinó.

La letra era una letra pequeña, clara, de niña que escribía aplicada. Trazos un poco titubeantes pero firmes. La primera entrada empezaba así: *Hogar San Marcos. Ocho de octubre. Me llamo Amalia. Tengo nueve años.*

Sergio leyó la primera página entera en silencio. Movió los labios solo en un punto. Cuando terminó, cerró el cuaderno y se quedó mirando la tapa.

—¿Qué dice? —preguntó Nora.

Sergio tardó un instante en hablar. Cuando habló, la voz le salió igual que siempre, pero a Nora le pareció que algo en él se había desplazado mínimamente hacia un lado.

—Que el hombre que firmaba los papeles llevaba siempre americana gris. Que tenía las manos muy limpias y no la miraba a los ojos. Que olía a farmacia. Y que ella se hizo la A en la muñeca con un abrecartas que cogió de la oficina, un domingo, en dos veces porque la primera le dolió más de lo que esperaba.

Nora se quedó callada.

Sergio dejó el cuaderno encima de la mesa.

—Tenemos que llevárnoslos, Vidal. Ahora. No los podemos leer aquí.

—Ya lo sé.

Nora sacó de la mochila —que había llevado vacía desde Madrid pensando que igual hacía falta— una bolsa de tela, plegada. La desplegó. Empezaron a transferir los cuadernos uno por uno. Sergio los iba contando en voz baja al ponerlos: uno, dos, tres. Veintiséis. Dos pilas de trece dentro de la bolsa, organizadas por el orden cronológico del lomo. 1999, 2000, 2001 hasta 2024.

Cuando la bolsa estuvo cerrada, Nora la pesó con la mano. Pesaba más de lo que se esperaba. No por el papel. Por lo que el papel contenía.

Llamaron a Marta. Cerraron la caja vacía con las dos llaves a la vez. Marta hizo firmar a Nora otra vez en el libro de registro: *retirada de contenido, caja queda activa para futuras operaciones de la titular*.

No era un caso todavía. Pero Nora había aprendido, en quince años, que las cosas que un día no eran un caso podían serlo al siguiente, y que la diferencia entre una prueba y un papel sin valor se decidía casi siempre en los primeros minutos. Por eso, antes de guardar nada, hizo una cosa más. La autorización de la titular ya estaba en el

sistema del banco y sellada por la gestora de Ribadesella; la retirada constaba firmada en el libro de registro. Faltaba el estado inicial. Nora fotografió con el móvil, una por una, las veintiséis tapas y la primera página de cada cuaderno, con la fecha del teléfono visible, antes de que ninguno de los dos pasara de ahí. No era cadena de custodia —la cadena de custodia empezaba cuando empezaba un caso—, pero era el principio de un rastro: una hora, un lugar, una autorización firmada y archivada, un estado inicial documentado. Si el lunes había caso, el rastro estaría.

Subieron al hall principal. Sergio llevaba la bolsa al hombro como si fuera una bolsa de gimnasio. Salieron a la calle.

Eran las once y diez de la mañana. La luz de Oviedo era una luz distinta a la de Ribadesella, más urbana, más fría. Nora se quedó en la acera con una mano en la barandilla del banco. Sergio no dijo nada. Esperó.

—Vamos —dijo Nora al final.

Subieron al coche.

* * *

La vuelta a Madrid duró cinco horas y media porque Sergio condujo la primera mitad y Nora no pudo conducir la segunda. Se durmió en el asiento del copiloto a la altura de Benavente y no se despertó hasta Tordesillas. La bolsa de los cuadernos viajó en el asiento de atrás, sujeta con el cinturón de seguridad como si fuera un pasajero más.

Sergio condujo despacio. A la altura de Medina del Campo hizo una parada que no le contó a Nora. Apagó el motor en un área de servicio, salió del coche, caminó ocho metros, se quedó mirando el horizonte de la meseta dos o tres minutos y volvió al coche. Nora seguía dormida. La bolsa seguía en el asiento de atrás. Sergio arrancó y siguió a la misma velocidad que llevaba. Esa parada no entró nunca en ninguna conversación entre los dos.

Llegaron a Madrid pasadas las cinco. Sergio aparcó en el portal de Lavapiés.

—Te subo la bolsa.

—No hace falta.

—Sí hace falta.

Subió con ella. Dejó la bolsa en la mesa del salón. Miró el apartamento —no había estado nunca dentro, Nora cayó en la cuenta — y lo miró sin comentarlo, con la cortesía de quien entra en una casa que no es suya y entiende que no le toca opinar.

—Gracias.

—Llámame mañana.

—Vale.

—Vidal.

—Qué.

—Si te metes esta noche con el primero, llámame. No te lo voy a decir dos veces.

Sergio bajó las escaleras. Nora cerró la puerta con dos vueltas.

Se quedó de pie en el salón, con la bolsa sobre la mesa, durante un minuto largo. Después fue a la cocina, hizo café, volvió, abrió la bolsa, sacó el cuaderno marcado *1999* y se sentó.

Empezó a leer.

Afuera, en Lavapiés, llovía la lluvia que la mujer de Ribadesella le había dicho que iba a llover esa noche.

Capítulo 8

Diez años

—Diario de Amalia—

7 de octubre de 2000

He cumplido diez años hace nada. Bueno, no hace nada: hace cuatro meses y quince días. Lo tengo apuntado.

Estoy en otro sitio. Aquí no hay otras niñas. Solo yo y un señor y una señora que no son mis padres pero me dicen que ahora son mi familia. Se llaman don Tomás y doña Carmela. Tienen un piso pequeño en un pueblo que no me dicen el nombre. He preguntado tres veces y las tres veces han hecho como que no me han oído.

Salí del Hogar San Marcos hace cuatro meses. El hombre gris vino un martes —era martes, era de las cinco— y firmó papeles. Después la directora me dijo que recogiera mis cosas, que iba a ir a mi nueva familia. Yo recogí lo que tenía: el cuaderno, el lápiz, dos jerséis y un peluche que era de otra niña pero que me había dado. Y la A en la muñeca, esa no se recoge, esa va siempre.

Aquí la comida es mejor pero las niñas son peores. Como no hay niñas, lo que quiero decir es que no hay con quién jugar. En el Hogar había Fátima y otras. Aquí solo está Pepa, que es la perra de doña Carmela. Pepa es buena pero no habla.

Don Tomás dice que voy a empezar el colegio en el pueblo después de Reyes. Reyes todavía queda lejos, pero no me han dicho nada más del colegio.

* * *

14 de marzo de 2001

He vuelto a ver al hombre gris.

Hoy ha venido. No era martes, era otro día. Eso es nuevo. Yo pensaba que solo venía los martes pero hoy ha venido a casa de don Tomás y doña Carmela.

Le he abierto la puerta yo porque doña Carmela estaba en la cocina. Cuando lo he visto en el rellano me he quedado quieta. Él me ha dicho «hola, Amalia», igual que en el Hogar, sin mirarme a los ojos. Se ha sentado en el sofá del salón con doña Carmela y ha sacado papeles de una carpeta. Don Tomás también estaba.

Me han mandado a mi cuarto. Yo me he ido pero he dejado la puerta entornada un poco para oír.

Han hablado de cosas de papeles que yo no entendí del todo. Han hablado de un dinero. Han hablado de otra niña que iba a venir a un sitio que no era este, no sé bien dónde. Han firmado.

Antes de irse, el hombre gris ha pasado por la puerta de mi cuarto. Me ha mirado un segundo y ha dicho «pórtate bien, Amalia». Y se ha ido.

Hoy he mirado mejor lo que tiene en las manos. Tiene las uñas cortadas rectas. Muy limpias. Mi padre no las tenía así. Mi padre tenía las uñas con tierra. Lo recuerdo.

También huele a una cosa rara. Huele como las farmacias. A alcohol pero dulce. Es un olor que yo me acuerdo de las farmacias cuando tenía cinco o seis años y mi padre me llevaba a comprar tiritas. Pero ya no he ido a una farmacia desde hace mucho. Solo huele él.

Doña Carmela, después, ha contado dinero en la mesa de la cocina mientras yo cenaba.

* * *

2 de septiembre de 2001

Me han enseñado a leer mapas.

En el comedor hay un mapa colgado de España. Es uno de esos mapas grandes con las provincias de colores distintos. Cataluña es azul, Galicia es verde, Andalucía es naranja. Asturias es marrón. Yo nací en Asturias, en Gijón. Eso lo sé porque don Tomás un día se enfadó con doña Carmela y le dijo «esa niña vino del norte, que ya tiene su carácter». De norte solo hay una cosa, y es Asturias y Cantabria y el País Vasco. Yo sé que soy de Asturias. Lo apunto aquí para que no se me olvide.

Estoy aprendiendo dónde están las provincias. Las repito por la noche en la cama, en silencio, antes de dormir. Las del norte: Asturias, Cantabria, País Vasco, Galicia. Las del oeste: Galicia, León, Zamora, Salamanca, Extremadura. Las del centro. Las del sur. Las del este. Hasta que me sé el mapa entero.

Me lo aprendo porque cuando cambias mucho de sitio las cosas se borran. Y si te llevan otra vez, quiero saber a dónde te llevan. Quiero saber si están cerca de Asturias o lejos. Quiero saber por dónde se vuelve a casa, aunque no haya casa.

Don Tomás vio que yo miraba el mapa el otro día y me preguntó qué hacía. Le dije que estudiaba para el colegio. Don Tomás dijo «bueno, eso siempre es bueno», y se fue.

No le dije que no estoy estudiando para el colegio. Estoy aprendiendo dónde estoy yo.

Capítulo 9

Mireia

Las once de la noche del viernes encontraron a Nora en el sofá del salón con el cuaderno de 1999 cerrado sobre el regazo y otro abierto en la mano izquierda —el de 2002, marcado en el lomo con una etiqueta blanca pegada en algún momento por una Amalia ya adolescente—. Llovía fuera. Llovía la lluvia que la mujer de Ribadesella había anunciado y que efectivamente había llegado a Madrid pasada la medianoche, doce horas tarde respecto a las costas y exacta respecto a Lavapiés.

Había leído ya cuatro cuadernos seguidos.

El primero, despacio. Las tres horas que le había dejado caer la noche en el sofá, después de dejar el café sobre la mesa y sentarse, las había gastado enteras ahí. Hogar San Marcos, ocho de octubre, la voz de la niña de nueve años que aprendía a llamarse Amalia. Esa voz Nora ya la conocía sin saberlo —la había estado soñando desde el veintiuno de febrero—, pero leerla escrita le había dado otra cosa. Nora había tenido que parar dos veces durante el primero. Una al principio, una al final. Las dos paradas se entendían como pertinentes y por eso no contaban.

El segundo, más rápido. Diez años, traslado a casa de don Tomás y doña Carmela, mapas de provincias. Dinero contado en la mesa de la cocina mientras Amalia cenaba.

El tercero, más rápido todavía, porque Nora ya había aprendido la cadencia. Once años, traslados sucesivos, dos casas, una niña que aparecía y se iba, otra que llegaba y volvía a irse. La rotación constante.

El cuarto, el de 2002, era el de doce años. Y en el cuarto, en una entrada fechada el doce de octubre, era donde Amalia escribía:

Esta semana ha venido una niña nueva. Se llama Mireia. Es de Barcelona y habla raro al principio pero la entiendo. Tiene once

años, uno menos que yo. Hemos dormido en la misma habitación tres noches. La cuarta no, porque la cuarta noche ya no estaba.

Antes de irse le di el libro que más me gusta, que es el que la señorita Encarna me regaló cuando cumplí los diez. Lo tenía con todo lo demás, en la bolsa que llevo siempre. Se lo di porque ella me dijo que no tenía nada y yo pensé que un libro pesa poco y aguanta mucho. Y ella me dijo «gracias» en catalán: «gràcies». Y yo no sabía decir nada en catalán pero le dije «de nada» y ella se rio.

No sé adónde la han llevado. No me lo han dicho. Me he puesto la A en la muñeca con el dedo, encima, como hago cuando no quiero que se me olvide algo, para acordarme de Mireia. Quiero acordarme de ella. Era la más lista de todas nosotras. Y al más listo siempre se lo llevan antes. Apunto aquí lo poco que recuerdo por si algún día se me borra: la coleta torcida hacia la izquierda, una cicatriz pequeña debajo del labio, una manera de mirar las cosas como si las contara antes de mirarlas. Lo apunto porque, cuando algo importa, no se puede confiar en la memoria sola.

Nora dejó el cuaderno encima de la mesa baja del salón. Cerró los ojos.

No los cerró por sueño. Los cerró por un cálculo silencioso que se le activó en cuanto leyó el nombre.

Mireia, once años, Barcelona, 2002. La niña podía existir o no. Si existía, podía estar viva o no. Si estaba viva, podía haber dejado rastro o no. Si había dejado rastro, podía estar al otro lado de un teclado.

Si no había dejado rastro, era exactamente lo que Nora estaba esperando ver para confirmar la hipótesis que llevaba evitando desde el archivo del lunes anterior —que Amalia no era un caso aislado—.

Abrió los ojos. Se levantó. Fue a la mesa del comedor, donde tenía el portátil cerrado desde la mañana del miércoles. Lo abrió. Tecleó las credenciales.

* * *

A las once cuarenta y siete, Nora ya tenía a Mireia.

Mireia Canet Torner. Nacida Barcelona el seis de mayo de 1991. Los doce años de Amalia eran 2002 y Mireia tenía once en aquel momento, lo que la situaba en el 90 o el 91; la Seguridad Social devolvió 1991. Datos del Registro Civil: ingresada en el sistema de menores de Cataluña el dieciséis de octubre de 1999, a los ocho años, tras desestructuración familiar —el padre fallecido en accidente laboral, la madre incapaz por trastorno mental documentado—.

A los once años, en octubre de 2002, traslado a un centro de tránsito en Madrid —ningún nombre concreto en la entrada del registro, ninguno donde Nora pudiera leer San Marcos—. El cuaderno de Amalia decía que Mireia había estado tres noches en su habitación. Cuadraba.

El doce de diciembre de 2002, dos meses después del traslado a Madrid: «acogida voluntaria a familia receptora preidentificada». Provincia receptora: Almería. Familia receptora: no figuraba con nombres y apellidos en el sistema, solo con un código administrativo de cuatro cifras que ya no estaba activo en 2026.

Y a partir de ahí, nada.

Nora cruzó el nombre con seis bases de datos sucesivas. Eran consultas que quedaban registradas con su credencial: si alguien las auditaba dos meses después, tendría que justificar por qué había estado buscando a una menor desaparecida en dos mil dos sin expediente abierto en su unidad. La justificación, esa noche, no la tenía clara. Pero la consulta, sí. La Seguridad Social no tenía cotizaciones a nombre de Mireia Canet Torner desde el ingreso en el sistema. No constaba ningún DNI expedido a ese nombre —la niña no había llegado a los catorce años con ese expediente activo, o lo había hecho con otro nombre. El padrón municipal no la había recogido en ningún municipio español entre 2002 y 2026. No había nota de defunción. No había orden de búsqueda. No había declaración de ausencia legal —ese trámite lo tienen que pedir parientes, y Mireia no tenía parientes que se enterasen.

Nora escribió en el cuaderno nuevo, debajo de los doce nombres del archivo y debajo de la página aparte con Carmen Soto Álvarez subrayada dos veces:

Mireia Canet Torner. Barcelona 1991. Sistema 1999. Madrid/San Marcos octubre 2002. Almería diciembre 2002. Sin rastro desde 2002.

Más de veintitrés años sin existir.

Era casi medianoche.

Nora se quedó un rato sentada delante del portátil con las manos apoyadas en la mesa, una a cada lado del teclado. La pantalla se atenuó al cabo de dos minutos por inactividad. Nora no la tocó.

Pensó en la frase del cuaderno de Amalia. *Era la más lista de todas nosotras. Y al más listo siempre se lo llevan antes*. Pensó en una niña de once años de Barcelona que habló con Amalia tres noches y se llevó un libro que tenía once años de uso y unas iniciales escritas en la primera página por la señorita Encarna. Un libro que pesaba poco y aguantaba mucho.

Mireia Canet Torner había aguantado, parecía, dos meses más. Y después no había aguantado nada.

Nora cerró el portátil.

Cogió el móvil. Lo desbloqueó. Buscó el contacto. Sergio Aranda. Pulsó.

* * *

A las cero quince del sábado, Sergio descolgó al tercer tono.

Estaba en la cama. Nora le oyó la voz y le oyó el ruido de fondo —el hueco de aire que hace una habitación a oscuras a esa hora— y supo que lo había despertado.

—Vidal.

—Sergio.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Estás en tu casa?

—Sí.

—Anotado. Espera.

Hubo un momento de roce de tela, alguien que se levantaba de una cama con cuidado, una puerta que se abría y se cerraba, pasos cortos. Sergio había salido del dormitorio para no despertar a su mujer. Nora oyó el chasquido de un interruptor. Después un sofá que cedía y la voz de Sergio otra vez, más despierta, en otra estancia más vacía.

—Cuéntame.

—La que se llamaba Mireia. La que apareció en la hoja del sobre.

—Sí.

—Existió. Existió de verdad. Mireia Canet Torner, nacida Barcelona mil novecientos noventa y uno. Entró en el sistema de menores catalán a los ocho años, en el noventa y nueve. La trasladaron a Madrid en el dos mil dos, a los once. Pasó tres noches en la misma habitación que Amalia, en el mismo hogar de tránsito que Amalia. Coincidieron.

—¿Y después?

—Después, dos meses en Madrid. El doce de diciembre del dos mil dos figura una acogida voluntaria a una familia de Almería. Sin nombres. Solo un código administrativo que ya no está activo. A partir de ahí, nada. No hay DNI a su nombre, no hay padrón, no hay Seguridad Social, no hay defunción, no hay declaración de ausencia. Nada. En más de veintitrés años.

Sergio se quedó callado al otro lado.

Nora oyó su respiración. La oyó tomar aire, soltarlo, tomarlo otra vez.

—Vidal —dijo Sergio.

—Dímelo.

—Si hay una, hay más.

Nora no contestó. Se cambió el móvil de oreja. Miró por la ventana del salón, que daba a los tejados de Lavapiés, donde la lluvia caía sobre las antenas de las dos casas de enfrente. La luz amarilla del farol de la plaza, abajo, se quebraba en cada gota.

Era la frase que Nora había estado evitando pensar desde el lunes. Sergio la dijo a las cero dieciséis del sábado y la frase se quedó en el salón.

—Vidal, ¿estás ahí?

—Sí.

—¿Cuántos cuadernos has leído?

—Cuatro. De veintiséis.

—Para. Llevas cinco horas leyendo. Para esta noche.

—Sergio, si paro ahora, tardo más en saber.

—Si no paras, no te vas a fiar de lo que sepas. Llevas dos noches sin dormir, has hecho mil cuatrocientos kilómetros desde el martes, y acabas de descubrir que tu superviviente no es la única. Eso no se procesa con cuatro horas más de cuaderno. Hoy a las nueve estoy en tu casa con el desayuno. Empezamos juntos.

—No tienes que venir.

—Sí tengo. No es por ti. Es por mí. Yo necesito ver lo que estás viendo. Si vamos a abrir caso el lunes, no podemos abrirlo solo con lo que tú leas sola en tu sofá un viernes por la noche.

Nora se quedó callada. Era la mejor respuesta que tenía. Sergio, al otro lado, esperó los seis o siete segundos que tardó.

—Vale —dijo.

—Sergio.

—Qué.

—Mireia tenía once años. Le dio su libro favorito a Amalia. Bueno, al revés, Amalia se lo dio a Mireia. Y le dijo gracias en catalán.

Hubo un silencio.

—Vidal.

—Qué.

—Duerme. Aunque sea dos horas. Mañana lo seguimos.

—Vale.

—Y come algo.

—Buenas noches.

—Buenas.

Sergio colgó.

* * *

Nora dejó el móvil sobre la mesa baja del salón, encima del cuaderno de 2002, abierto todavía por la página de Mireia. La lluvia siguió cayendo sobre Lavapiés sin variar de intensidad.

Nora no fue a la cama.

Fue a la cocina, abrió la nevera, cogió el último yogur que le quedaba —caducaba dentro de tres días pero olía bien— y se lo comió de pie, junto al fregadero, con una cuchara pequeña de las del café. Se le pasó por la cabeza, mientras se lo comía, que era la primera vez en cuatro días que comía algo solo porque tenía hambre y no porque alguien —Sergio, normalmente— le hubiera puesto un plato delante.

Lavó la cuchara y el vaso del yogur. Los dejó secando en el escurridor.

Volvió al salón. Cerró el cuaderno de 2002, con cuidado, por la página donde estaba Mireia. Lo puso encima del de 2001, encima del de 2000, encima del de 1999, en el orden inverso al que los había leído. Una pila de cuatro.

Quedaban veintidós.

Se quedó mirando la pila durante medio minuto largo. Después miró el quinto cuaderno, el de 2003, que estaba todavía dentro de la bolsa de tela junto al sofá. Lo iba a sacar.

No lo sacó.

Apagó la lámpara del salón. La habitación quedó iluminada solo por la luz que entraba de la calle. Fue al dormitorio. Se quitó los vaqueros y la camisa azul oscura. Se puso una camiseta vieja que tenía debajo de la almohada. Se metió en la cama.

Durmió cuatro horas y media.

Soñó dos veces. La primera, con una niña de once años de Barcelona a la que no había visto nunca, que le decía «gràcies» en una habitación pequeña con dos camas. La segunda, con la mujer del vestido amarillo —Amalia— que esta vez no se le desvanecía sino que le ponía un libro en la mano, un libro pequeño con tapas amarillas, y le decía «este pesa poco y aguanta mucho».

Cuando sonó el despertador a las ocho y media, Nora ya estaba despierta desde hacía veinte minutos.

Sergio llamó al telefonillo a las nueve menos tres.

Capítulo 10

La llamada de la madre

Sergio llamó al telefonillo a las nueve menos tres de la mañana del sábado. Subió los cuatro pisos despacio. Llevaba en una mano una bolsa de papel marrón de la pastelería de la esquina de Embajadores y en la otra un termo de café. La bolsa pesaba más de lo que aparentaba.

—Pasa.

Sergio entró, dejó las cosas sobre la mesa del comedor y miró el salón. Era la segunda vez que entraba en el apartamento de Nora —la primera había sido el viernes anterior, al subirle la bolsa con los cuadernos—, pero esta vez se quedó dos segundos más mirando. El sofá. Los cuatro cuadernos apilados en orden inverso sobre la mesa baja. La bolsa de tela junto al brazo del sofá con los veintidós cuadernos restantes. La taza vacía en el escurridor. Las cortinas a medio descorrer.

No comentó nada.

—He traído ensaimadas —dijo—. Y café del bueno, no del polvo del despacho.

Nora cogió el café. Sergio la miró de más.

—¿Has dormido?

—Cuatro horas y media.

—Más que la media de esta semana.

—Sí.

Sergio sirvió dos cafés. Le puso a Nora una ensaimada en un plato. Se quedaron de pie junto a la mesa del comedor, comiendo en silencio, los dos. Sergio terminó la suya. Nora terminó media. El resto lo dejó en el plato.

—Empezamos —dijo Nora.

—Empezamos.

Pasaron al salón. Sergio cogió el cuaderno de 1999, el más antiguo. Nora cogió el de 2003, el quinto. Decidieron leer en paralelo: Sergio repasaba los que Nora ya había leído anoche, para tener su propia impresión de la voz de Amalia desde el principio; Nora seguía adelante.

Antes de empezar, Sergio había hecho una cosa que a Nora le pareció típica de él: había traído de la unidad un paquete de guantes de algodón y un fajo de fundas de plástico transparente. «Si esto acaba en un juzgado —dijo—, no quiero que la primera pregunta del abogado sea por qué los manoseó medio Lavapiés un sábado.» Así que leyeron con guantes. Cada cuaderno terminado volvía a su funda, en su orden. Y, lo que Sergio consideraba más importante: las anotaciones del caso —los nombres, las fechas, las preguntas— no se hacían sobre los cuadernos ni con ellos en la mano, sino en el cuaderno nuevo del archivo, aparte, de modo que el original no recibiera ni una marca que no fuera de Amalia. El domingo por la tarde, antes de que empezara la semana, Sergio se llevaría los veintiséis a la unidad para inventariarlos y precintarlos en regla. Hasta entonces, lo que se manejaba en el salón eran cuadernos enfundados y una hoja de registro improvisada donde Sergio apuntaba quién abría cuál y a qué hora. No era el protocolo. Era lo que se le parecía, hecho en una mesa baja un sábado por la mañana, a la espera de que el lunes lo formalizara.

Leyeron hora y media sin hablar.

A las once menos veinte, Sergio levantó la vista del cuaderno.

—Dame un minuto.

Sergio se levantó, fue al baño, volvió. Se sentó otra vez. Cogió el cuaderno otra vez. Lo cerró sin abrirlo de nuevo. Lo dejó encima de la pila.

—¿Qué? —dijo Nora.

—Nada. Solo necesitaba parar treinta segundos.

—¿Por dónde vas?

—Doce años. La parte de Mireia. Acabo de leerla.

—Ya.

—Y dos páginas más. Hay otra. En noviembre del dos mil dos.

Nora dejó el cuaderno de 2003 —que estaba a medias— y se inclinó.

—¿Otra qué?

—Otra niña que llega y se va en pocos días. Amalia no le pone nombre. Solo dice «la del jersey rojo». Y dice —déjame buscarlo.

Sergio reabrió el cuaderno. Pasó tres páginas con cuidado. Encontró la entrada. La leyó.

—«La del jersey rojo se ha ido esta mañana. Tampoco esta vez me han dicho adónde. La señorita Encarna ya no viene.»

Nora guardó silencio.

—¿La señorita Encarna ya no viene? —dijo después.

—Eso pone.

—Eso significa que entre octubre y noviembre del dos mil dos, la señorita Encarna deja de ir al hogar.

—Sí.

—Y Amalia se queda sin la única persona que la trataba como persona.

—Eso también.

Los dos sabían lo que la pieza implicaba. Si la señorita Encarna había dejado de ir, era posible que algo o alguien hubiera prescindido de ella. Las trabajadoras sociales no abandonaban hogares de tránsito por capricho. Lo hacían cuando las trasladaban, cuando enfermaban, o cuando alguien las quería fuera.

Nora cogió el cuaderno nuevo, el del archivo. Anotó en una página nueva: Encarna —apellido— desaparece San Marcos entre octubre y noviembre 02. Buscar.

—Eso lo cazo yo el lunes —dijo Sergio—. En registro de personal. ¿Tienes el apellido?

—No. Solo el nombre. Pero está limitado a un hogar concreto y un periodo de doce meses. Lo encontramos.

Sergio dejó el cuaderno encima de la pila. Cogió el siguiente, el de 2003. Iba a empezarlo cuando Nora le dijo que ese era el que ella estaba leyendo.

—Coge el de 2004 —dijo Nora—. Voy a terminar este.

Sergio cogió el de 2004. Se hicieron los dos un café nuevo. Volvieron a sentarse.

A las once y media sonó el móvil de Nora.

* * *

Estaba sobre la mesa baja del salón, en silencio. La pantalla se iluminó.

Mamá.

Nora la miró durante dos tonos antes de descolgar. Sergio, desde el sofá, también miró la pantalla. No dijo nada. Volvió al cuaderno como quien finge no estar allí.

—Mamá.

La voz de Lola llegó desde Segovia con el ruido de fondo de la cocina —la radio de fondo, una sartén que se enfriaba—. Lola no llamaba casi nunca. Las dos lo sabían. Esta era la cuarta llamada en cuatro años, las tres anteriores habían sido por funerales.

—Cariño.

—Sí.

—Tengo que enseñarte una cosa.

Nora cerró los ojos un segundo.

—¿Qué cosa?

—No te lo puedo decir por teléfono. Ven el sábado. El próximo sábado. Por favor.

Lola no decía «por favor» casi nunca. Era una palabra que reservaba para las situaciones en las que no se le ocurría otro recurso. Nora oyó el silencio detrás de la palabra y supo que su madre no quería darle más explicaciones.

—Vale —dijo Nora—. Iré.

—¿A qué hora?

—¿A qué hora te viene bien?

—A las doce. Comemos juntas.

—A las doce.

—Cariño.

—Sí.

—Gracias.

Lola colgó.

Nora se quedó con el móvil en la mano un momento antes de bloquearlo y dejarlo otra vez sobre la mesa. Sergio había levantado la vista del cuaderno y la estaba mirando.

—¿Tu madre? —preguntó.

—Sí.

—¿Está bien?

—Está. No sé si bien.

—¿Ha pasado algo?

—Quiere enseñarme una cosa. El sábado que viene, en Segovia. No me ha dicho qué.

Sergio dejó la cuestión donde estaba. No insistió.

Nora cogió otra vez el cuaderno de 2003. Lo abrió por donde lo había dejado. Las letras que un minuto antes había leído sin esfuerzo se le iban un poco fuera de foco. No por la llamada en sí —Lola, antes o después, iba a llamar pidiendo que fuera a verla—. Eso era previsible. Lo que no era previsible era que llegara este sábado, justo después de la noche de Mireia, justo el primer sábado en que Sergio estaba sentado en su salón con la mitad de los cuadernos de Amalia abiertos sobre la mesa. La coincidencia no era una coincidencia. O lo era, y entonces era peor.

—Vidal.

—Qué.

—Si necesitas ir antes, ve antes.

—Me ha dicho el sábado que viene.

—Tu madre ha dicho «el sábado que viene» porque es el día que ella ha decidido. Tú decides el tuyo. Si necesitas ir mañana domingo, ve mañana.

—No, está bien. El sábado.

Sergio se quedó mirando el cuaderno que tenía en las rodillas —el de 2004, abierto por la mitad— y después dijo, sin levantar la vista:

—Vidal.

—Qué.

—Tu madre nunca había llamado pidiéndote que vayas, ¿verdad?

—No así.

—¿Y por qué crees que llama hoy?

Nora se tomó su tiempo antes de contestar.

Pensó tres cosas.

La primera, que su madre no podía saber que Nora estaba investigando un caso de menores. Lola y la policía vivían en compartimentos estancos desde la muerte del padre.

La segunda, que su madre tenía una cosa que enseñarle. Y «cosa», en boca de Lola, podía ser cualquier cosa: una caja de fotos del padre, un libro viejo, un papel del banco, un mueble que iba a deshacer. Lola no era de dramatismos.

La tercera —y esta Nora no la dijo en voz alta —era que su madre había llamado un sábado a las once y media de la mañana, exactamente en el minuto en que Sergio estaba leyendo en su salón los cuadernos de una niña desaparecida. No era posible que Lola lo supiera. Pero algo dentro de Nora —algo que no tenía nombre y que llevaba toda la semana intentando no escuchar— registró la coincidencia como algo que no era casualidad.

—No lo sé —dijo Nora—. Pero voy a ir.

Sergio volvió al cuaderno.

Nora se quedó dos minutos más con el suyo cerrado en las rodillas. Después lo abrió.

Siguió leyendo.

* * *

Comieron a las dos. Sergio había bajado a la calle a por bocadillos a una cafetería de Argumosa porque Nora no tenía nada en la nevera más que el yogur de la noche anterior, ya consumido. Comieron en la mesa del comedor, a un lado los cuadernos cerrados, al otro los bocadillos abiertos. Nora se comió el suyo entero. Sergio lo notó pero no lo subrayó.

Tenían leídos, entre los dos, doce cuadernos de los veintiséis. Faltaban catorce. Llevaban en el cuaderno nuevo cuatro nombres anotados como pistas: Mireia Canet Torner, la del jersey rojo, una niña «de Cádiz» mencionada en 2005, y un chico —chico, no niña— del que Amalia hablaba en 2006, el único varón que pasó por el sistema de Moral en sus diarios. Cuatro nombres, cuatro casos potenciales que añadir a Mireia.

Una cosa más, que Sergio había señalado al cuaderno tres y al cinco y al siete: algunas entradas tenían anotaciones marginales en tinta distinta y letra más suelta, hechas años después por la propia Amalia al releer sus diarios. Una entrada del noventa y nueve, escrita por la niña de nueve años con Bic azul, llevaba al margen, en negro y con letra adolescente, una sola fila de cuatro palabras: «esto, entonces, no sabía decirlo así». Patrón de varios cuadernos. Dos voces dentro del mismo cuaderno, fechables por tinta y caligrafía. Para el expediente, dos capas probatorias separables. Para Nora, una prueba de que Amalia había vuelto a sus propios cuadernos durante años.

A las cinco y cuarto Sergio cerró el último cuaderno que iba a leer ese día. Era el de 2010 —Amalia tenía veinte años, ya había huido, ya estaba en el norte—. Los cuadernos posteriores serían menos relevantes para el caso y más relevantes para entender a Amalia adulta. Se los llevaría Nora a leer durante la semana.

—El lunes pido al comisario una reunión a las nueve —dijo Sergio.

—Ya.

—Vamos los dos. Le contamos lo que tenemos. Le pedimos abrir caso con cobertura.

—Hecho.

—Tú vas a Segovia el sábado que viene. No sabemos qué te va a contar tu madre. Si te cuenta algo que conecta con esto, lo añadimos al expediente. Si no, no lo añadimos. Pero lo que sea, me lo cuentas.

—Te lo cuento.

—Conforme.

Sergio se levantó. Cogió la chaqueta del perchero. Antes de salir, miró otra vez el salón —la pila de cuadernos en la mesa baja, la bolsa de tela vacía a un lado, la mesa del comedor con dos tazas usadas— y dijo lo que había estado pensando toda la mañana sin decirlo.

—Vidal, esto es serio.

Nora no lo negó.

—Todavía es una pregunta procesal el lunes. A partir del martes ya no lo es. Va a ser un caso. Y va a ser un caso en el que vas a estar tú metida más de lo que un caso requiere. ¿Estás lista?

—No.

—Bien. Era la respuesta correcta.

Sergio salió. Cerró la puerta tras de sí.

Nora se quedó en el salón sola. Eran las cinco y media de la tarde del sábado. Afuera ya no llovía pero las nubes seguían bajas. Lavapiés se preparaba para una noche de marzo en la que la gente saldría a cenar

pronto y volvería a casa pronto, porque los sábados de marzo en Madrid no eran todavía sábados de plaza llena.

Nora cogió el móvil. Releyó el registro de llamadas. *Mamá. Hoy. Once y media. Dos minutos cuarenta y un segundos.*

Lo bloqueó.

Lo dejó otra vez sobre la mesa baja, encima del cuaderno de 2003, abierto por la página donde lo había dejado.

Tenía siete días por delante.

Capítulo 11

Tres

A las nueve menos cuarto del lunes, Nora y Sergio estaban sentados en la antesala del despacho del comisario Gálvez bebiendo el café de la máquina, que era amargo y caliente y que cumplía aquella mañana las dos funciones. Sergio había llegado al despacho a las ocho y diez, había dejado su chaqueta en el respaldo de la silla y había avisado de que Nora venía en camino, porque Nora se había encontrado un atasco en la M-30 a la altura del nudo de Manoteras y había llegado a las ocho cuarenta y tres. Durante la espera, Sergio le había mostrado una hoja con el resumen procesal que se había escrito anoche —tres folios mecanografiados, tipo pliego, con la cronología, los hechos, las pistas y la solicitud concreta—. Nora la había leído dos veces sin tocarla.

En el bolso de Nora viajaba, además, un dossier de doce páginas que ella había preparado durante el sábado y el domingo sin dormir más de cuatro horas seguidas: cronología de los doce nombres del primer cribado, fotocopias de las microfichas relevantes, transcripción íntegra del expediente de Carmen Soto Álvarez, diligencia de entrega voluntaria y autorización expresa de retirada firmada por María Luisa Soto Álvarez —titular legal de la caja de seguridad, identidad documental que Amalia conservaba para los registros bancarios y administrativos—, con identificación de los agentes autorizados, relación inventariada de los veintiséis cuadernos, hoja de retirada del Banco Cantábrico de Oviedo con sello de la sucursal, identificación del empleado interviniente, hora de apertura y cierre, precinto provisional y diligencia de traslado y depósito en dependencias policiales, contraste cruzado con padrón y Seguridad Social, y una página inicial donde el sueño no apareció mencionado. El sueño se quedaba en el bolsillo. Lo que entraba al despacho de Gálvez era documentación.

—Está bien.

—¿Algo que añadir?

—No.

Sergio no insistió.

Gálvez los recibió a las nueve y dos. Sesenta y un años, pelo blanco escaso, gafas finas que se quitaba para escuchar. Comisario en activo desde hacía once años en el distrito, conocido en la jefatura por dos cosas: por no levantar la voz nunca y por firmar todo lo que firmaba sabiendo lo que firmaba. Nora lo respetaba más que a la mayoría de los superiores que había tenido. Gálvez lo sabía y por eso ese respeto tenía peso.

—Aranda. Vidal. Pasen.

Pasaron. Se sentaron.

—Tienen quince minutos. Cuéntenmelo entero.

Sergio empezó. Diez minutos exactos. Los sueños no entraron en el dossier; los nombró solo de palabra, como detonante personal de Nora —no como indicio—, para que constara en acta verbal el motivo por el que ella había bajado al archivo el martes anterior, y los dejó ahí. Habló de los doce nombres del filtrado. Habló del expediente de Carmen Soto Álvarez, del cambio de nombre a María Luisa Soto, del viaje a Ribadesella. Habló de los veintiséis cuadernos recibidos voluntariamente de Amalia Soto, retirados de la caja de seguridad del Banco Cantábrico de Oviedo con autorización expresa de la titular, inventariados, precintados y depositados en la unidad. Habló de Mireia Canet Torner, ausente de los registros desde 2002, sin defunción, sin DNI, sin nada. Habló de la señorita Encarna, todavía sin apellido, desaparecida del Hogar San Marcos entre octubre y noviembre de 2002.

Cuando terminó, Gálvez se quedó mirando la pared del fondo del despacho durante quince segundos con las gafas en la mano.

—Vidal —dijo después, sin volverse a Nora—. Una pregunta.

—Dígame.

—¿Por qué no me lo trajo el martes pasado?

—Porque el martes pasado solo tenía un nombre y un sueño. No había base.

—¿Y cuándo tuvo base?

—El viernes, cuando supe que la titular existía y vivía. El sábado por la mañana, cuando confirmé que Mireia no.

Gálvez se puso las gafas otra vez.

—Sergio sabía esto desde cuándo.

—Desde el miércoles. Vine con ella a Asturias.

—¿Por qué tampoco usted me lo trajo?

—Porque la inspectora Vidal me pidió cuarenta y ocho horas. Se las di.

—Se las dio sin avisar.

—Sin avisar.

Gálvez tomó nota. No había reproche en eso. Había, lo que era distinto, registro.

—Vale. Vamos a desplegar esto en condiciones. Me piden ustedes apertura formal de expediente. ¿Por qué hechos?

—Por «desaparición de menor en circunstancias administrativas anómalas con indicios fundados de patrón» —respondió Sergio—. Caso piloto: Mireia Canet Torner. Con la víctima superviviente Carmen Soto Álvarez como testigo principal.

—¿La víctima superviviente sabe que ustedes vienen a abrir caso hoy?

—No. Le contó a la inspectora todo lo que está en los cuadernos. Los cuadernos los entregó voluntariamente. No le hemos comunicado

todavía la apertura porque queríamos hacerlo después de tener la cobertura formal.

—Háganlo hoy, en cuanto salgan de aquí. Por teléfono. La testigo principal tiene derecho a saber que su declaración está siendo procesada antes de que figure por escrito en ningún sitio.

—Sí, señor.

Gálvez guardó silencio un buen rato más.

—La parte que me incomoda, Vidal, es que esto empezó en su cabeza con un sueño.

—A mí también, señor.

—Pero no le incomoda lo suficiente.

—No.

—Bien.

Gálvez giró el ordenador hacia ellos. Tecleó algo. Imprimió un formulario en la impresora de detrás de su silla —la impresora hizo el ruido viejo de los aparatos que llevan diez años en el mismo sitio— y firmó la hoja delante de los dos. Después se la pasó a Sergio.

—Apertura formal autorizada. Incorporen al expediente nuevo, como antecedentes y diligencias policiales previas de comprobación, todo lo actuado hasta hoy: consultas de archivo, autorizaciones, desplazamiento a Ribadesella, recepción de los cuadernos y notas de lectura. Quiero una cronología limpia, con fecha, hora, autorización utilizada y funcionario responsable de cada actuación. Yo informo a la fiscal esta mañana. La inspectora Vidal llevará la coordinación operativa. Aranda, usted se ocupa de que cada diligencia quede documentada y fechada. Informe a las dos con la lista priorizada de actuaciones de esta semana. ¿Algo más?

—Necesitamos ampliar el filtrado del archivo —dijo Nora—. Los doce nombres del primer cribado eran solo de 1996 a 2000. Mireia es de

2002. Carmen Soto es de 1998. El sistema, si es un sistema, no tiene por qué haber empezado en 1996. Querría volver al archivo y ampliar el filtro a 1988-2008. Veintiún años.

—Se lo autorizo. ¿Algo más?

—La señorita Encarna. Aranda lo está rastreando esta mañana en el archivo de personal del Ministerio. En cuanto tengamos el apellido, querría hablar con ella, si vive.

—Háganlo. Pero con cuidado. Si la señorita Encarna está viva y lleva veinte años fuera del sistema por algo que no quiere explicar, hay que tratarla como se trata a una testigo que se protegió a sí misma. No la asustemos.

—Sí, señor.

—¿Algo más?

—Nada más.

Gálvez no dijo «pueden irse» todavía. Se quedó con la hoja de apertura en la mano un segundo más de la cuenta, como si la estuviera pesando.

—Una cosa que les digo yo, no el formulario. Lo que ustedes traen aquí no es un caso contra un hombre. Es un caso contra un hombre que trabajó veintidós años dentro del sistema de protección de menores, con una directora que firmaba a su lado y un juzgado de primera instancia que validaba sus traslados. Si esto avanza, el informe final no va a decir solo que un administrativo delinquió. Va a decir que el sistema lo permitió durante décadas. Y eso, a partir de cierto nivel, no gusta. No me malinterpreten: nadie les va a cerrar el caso. Pero van a notar que las autorizaciones tardan un poco más de lo normal, que un archivo que debería llegar en dos días llega en ocho, que alguien de arriba pregunta dos veces si está todo bien atado antes de dejarles dar el siguiente paso. No es mala fe. Es un cuerpo grande protegiéndose de un diagnóstico que no quiere oír. Lo aviso para que, cuando pase, no lo lean como una señal de que van por mal camino. Es al revés: si encuentran fricción, es que están

tocando algo de verdad. Documenten todo el doble de bien. Yo aguanto desde aquí la presión que pueda. Pero aguanto mejor si cada papel que ustedes me dan es inatacable.

—Entendido —dijo Nora.

—Pueden irse.

Salieron.

En el pasillo, Sergio se guardó la hoja firmada en el bolsillo de dentro de la chaqueta. Nora respiró sin que se le notara. Habían pasado dieciocho minutos desde que entraron. Ya tenían caso.

* * *

A las once de la mañana, Nora estaba otra vez en el archivo general de la calle Rafael Calvo. El funcionario de la chaqueta de punto la reconoció sin mirar la acreditación.

—Vidal. Otra vez.

—Ampliación. 1988 a 2008.

El funcionario consultó algo en su pantalla y torció un poco la boca.

—Hasta el dos mil, fondo abierto, se lo saco. Del dos mil en adelante el fondo de menores entró en el régimen nuevo de protección de datos. Para esas cajas necesito una autorización nominal de la unidad, no vale la acreditación general. Me la firma su comisario y volvemos a empezar.

—El expediente está abierto desde esta mañana. Diligencias previas. ¿Le sirve el número?

—Me sirve el número y una llamada de su comisario diciendo que asume la consulta. Sin la llamada, las cajas del dos mil para adelante no salen de la sala cuatro. No es cosa mía, inspectora. Es que esas cajas, si alguien pregunta luego quién las tocó, tengo que poder contestar con un nombre y una firma.

Nora salió al pasillo, llamó a Gálvez, le explicó en cuatro frases. Gálvez no se sorprendió —«ya empieza», fue todo lo que dijo— y llamó él mismo al jefe del archivo. La autorización nominal llegó por fax cuarenta minutos después. Cuarenta minutos no eran nada en una investigación de veintiún años. Pero Nora los anotó igual, con la hora, en el cuaderno del archivo, porque Gálvez se lo había dicho esa misma mañana y porque cuarenta minutos por cada puerta, sumados a lo largo de un caso, eran una manera silenciosa de decirle a una investigación que no corriera tanto.

—Va a tardar más. Quince cajas, igual veinte. Voy a ir trayéndolas.

Nora trabajó en la sala B desde las once hasta las tres y cuarenta. Aplicó los mismos criterios del primer filtrado: edad entre siete y doce años, cambio de provincia en menos de setenta y dos horas —lo amplió de cuarenta y ocho a setenta y dos para no perderse casos de borde—, familia receptora no identificada en registros de la comunidad receptora. Las microfichas pasaban delante de ella en silencio, fila tras fila, año tras año. Un café del termo del funcionario a las dos. Nora aceptó esta vez. Estaba malo pero estaba caliente.

A las tres y cuarenta tenía cuarenta y siete nombres.

Doce eran los del primer cribado. Treinta y cinco eran nuevos. De los cuarenta y siete, cinco eran de antes de 1995 —el más antiguo de 1988, una niña de Sevilla trasladada a Lugo—, lo que abría la posibilidad de que el sistema, si era un sistema, tuviera ya casi cuarenta años de actividad acumulada.

Era una cifra grande. Pero los filtros estaban construidos para detectar casos sospechosos, no probados. De los cuarenta y siete, una proporción razonable iban a ser ruido —casos legítimos que cumplían los criterios técnicos sin pertenecer a ningún patrón—.

El cribado fino lo iba a hacer cruzando con los registros posteriores.

A las cuatro empezó. Le dejaron quedarse en la sala B después del horario, todavía al amparo de la llamada que Gálvez había hecho esa mañana. Pidieron pizza para cenar a las nueve. Sergio se unió a las

siete cuarenta y cinco —había cerrado a la señorita Encarna en el archivo de personal a las cinco y media, apellido Murillo, jubilada en 2003 a los cincuenta y un años por motivos de salud no especificados; vive en Cuenca; tiene teléfono fijo registrado—.

Trabajaron juntos hasta las once de la noche. La sala B, que llevaba diez años con la misma bombilla fluorescente parpadeante en una esquina, se volvió a las nueve un sitio casi habitable. Nora tendía las microfichas en la mesa larga; Sergio cruzaba los nombres con el sistema desde un portátil prestado por el funcionario de la chaqueta de punto. Hablaban poco. Lo justo: «esta no, año noventa y dos pero la familia está localizada», «esta sí, hay una desaparición de la mujer de la familia receptora en dos mil cinco que merece mirar», «esta no, fallecimiento documentado, sigamos». Avanzaban como avanza la gente que sabe que cada hora avanzaba más despacio que la anterior, pero que también sabe que pararse cuesta más caro.

* * *

A las once, los cuarenta y siete se habían reducido a siete sin rastro y cuarenta con rastro coherente —vivas con vida, fallecidas con defunción documentada, casos cerrados por reunificación familiar que se mantenía—. Los siete sin rastro eran los siete a investigar.

De los siete, tres tenían un patrón muy claro:

Carmen Soto Álvarez / María Luisa Soto. Caso modelo. Viva.

Mireia Canet Torner. Desaparecida desde 2002. Sin rastro.

Rosa Vidal-Pintor. Nacida Madrid 1996. Sistema 2004. Trasladada a «acogida voluntaria» a los ocho años. Sin rastro desde 2004. Veintidós años de ausencia.

Los otros cuatro estaban en investigación, pero los tres primeros eran los nombres que iban a entrar en el informe de Sergio el martes por la mañana. Tres casos. Tres patrones idénticos. Una víctima viva, dos no localizables. El patrón se sostenía: las tres ingresaron en el sistema entre los siete y los ocho años, las tres fueron trasladadas en menos de cuarenta y ocho horas a familias receptoras no

identificables, las tres pasaron por hogares de tránsito en Madrid antes del traslado final. Y de las tres, dos habían dejado de existir documentalmente dos meses después.

Nora imprimió las tres fichas. Las dejó alineadas sobre la mesa de la sala B, una al lado de la otra, en el orden que el sistema había devuelto: Soto, Canet, Vidal-Pintor.

Sergio leyó la última. Leyó el nombre dos veces. Leyó el apellido. Levantó la vista hacia Nora.

Nora ya lo había visto.

—Es una coincidencia. Vidal-Pintor. Compuesto. No es Vidal Santamaría.

—Lo sé.

—Estadísticamente es perfectamente posible que aparezca un Vidal entre cuarenta y siete nombres. Vidal es un apellido frecuente en España. Y los compuestos a veces vienen de un cambio legal posterior; el sistema devuelve siempre el vigente, no el del expediente original.

—Ya.

—Y aunque no fuera Vidal, daría igual. Lo importante es el patrón administrativo.

—Lo sé, Vidal. Lo sé. Pero estás repitiendo «lo sé» como quien se convence.

Nora se quedó callada.

Vidal-Pintor. Madrid 1996. Sistema 2004. La niña tenía hoy veintinueve años y había desaparecido a los ocho. Si vivía, vivía con otro nombre. Si no vivía, no figuraba en defunciones. Vidal-Pintor.

Nora cogió la ficha. La sostuvo un momento. La puso en el centro de las tres, encima de las otras dos.

—Mañana las llevamos al despacho de Gálvez —dijo Sergio—. Quedan tres semanas para reunir indicios sólidos. Tu sábado en Segovia entra en el medio. ¿Podrás?

—Podré.

—Vidal, una cosa más.

—Qué.

—El apellido es coincidencia. Pero también es la primera vez en este caso que algo te toca a ti directamente, aunque sea por azar. ¿Estás bien?

Nora miró la ficha. La cara de la niña de ocho años, foto de archivo escolar en blanco y negro, ojos grandes, mirada directa. Lo mismo que la foto de Carmen Soto. Lo mismo, probablemente, que la foto de Mireia Canet. Tres niñas idénticas y distintas en una mesa de un archivo policial a las once de la noche del lunes.

—No lo sé.

—Sí.

—Pero voy a estar bien.

—Entendido.

Recogieron. Apagaron las luces de la sala B. El funcionario de la chaqueta de punto les dijo buenas noches en la puerta. Bajaron a la calle. Era una noche de marzo seca y fría. Nora se metió la ficha de Rosa Vidal-Pintor en el bolsillo interior de la chaqueta —junto a la página de AMALIA, ya muy doblada, y al cuaderno nuevo del archivo —. El bolsillo aguantó.

Mañana empezaba el caso. Hoy, ya era un caso.

Capítulo 12

Doce años

—Diario de Amalia—

7 de febrero de 2003

Llevo aquí dos meses y medio. Aquí es la tercera casa: los Herrero, en un pueblo cerca de León que se llama Sahagún. La segunda, el Hogar San Marcos otra vez, ya no es: estuve en San Marcos casi todo el año pasado, desde que los anteriores —don Tomás y doña Carmela— dejaron de ser. A finales de noviembre me sacaron de San Marcos sin avisarme. La señora Herrero vino a recogerme en un coche pequeño y olía a cuero y a cigarrillo viejo. No me llamó por mi nombre durante todo el viaje. Me llamó niña.

Los Herrero son distintos. No es que sean mejores ni peores. Es que son distintos en otra dirección.

Don Tomás y doña Carmela me trataban como si fuera una invitada que iba a quedarse poco. Con cortesía pero sin esfuerzo. Los Herrero me tratan como si fuera una pieza de la casa. Una pieza útil. La señora Herrero fue maestra antes de jubilarse y me ha sentado en la cocina a leer en voz alta dos horas todos los días. Empezamos con un libro que se titulaba Marianela y que yo no entendía bien al principio. La señora Herrero me corregía cuando me equivocaba, paciente, sin gritar. Llevamos cinco libros leídos juntas y mi voz al leer ya no se me sale del aire.

El señor Herrero casi no me habla. Se sienta en el patio por la tarde con un periódico que no termina nunca de leer.

He aprendido cosas aquí. He aprendido a leer mejor, a escribir mejor, a coser un botón, a hacer pan, a fregar un suelo sin dejar marcas. La señora Herrero dice que esto es educación. Yo creo que es otra cosa pero no se lo digo. He aprendido también que aquí no me apuntan al colegio. Las niñas como yo no van al colegio en Sahagún porque no figuro como hija de nadie.

Me dejan vivir aquí porque soy útil. Si dejara de ser útil, me llevarían a otra casa. Así que tengo que aprender a ser útil de formas que ellos no puedan enseñarle a otra niña.

Eso es lo que pienso por la noche cuando no me duermo. Lo pienso mucho.

Mañana vamos a hacer mermelada de membrillo. La señora Herrero ha comprado siete kilos. Yo voy a pelar.

* * *

19 de marzo de 2003

Me he ido de casa.

Lo escribo así de seco porque así ha sido. Eran las cinco y media de la mañana. Me he levantado, he metido en una bolsa de tela el cuaderno, dos bragas, una camiseta, sesenta euros que llevaba ahorrando desde que llegué a esta casa —los Herrero me dan dos euros por semana «para cosas» y yo no había comprado ninguna en todo este tiempo—, y he salido por la puerta de atrás, la del huerto, que no chirría como la de delante.

He caminado seis kilómetros hasta la estación de Sahagún por la carretera vieja. Ningún coche me ha visto. Llevaba la chaqueta marrón que me hizo doña Herrero el invierno pasado. He cogido el tren regional de las siete y diez a León. Cuesta cinco euros con sesenta. He pagado con un billete de diez. La revisora no me ha preguntado nada. A lo mejor pensó que iba al instituto, aunque a esa hora y aquel día yo debería haber estado en clase.

He llegado a León a las ocho y cuarenta. He desayunado churros en la plaza Mayor. Tres euros con cincuenta. Me he sentado en un banco a mirar a la gente durante cuatro horas. He visto a una mujer que llevaba un niño en una silla y le hablaba en una lengua que no era el castellano y no era el catalán, no sé cuál. He visto a un hombre con un perro grande que se sentó en otro banco a comer un bocadillo. Le dio la mitad al perro. He visto a un grupo de niñas mayores que yo, igual quince años, que pasaron riéndose con bolsas

de una tienda. Yo no tenía bolsas de ninguna tienda. Pero estaba en León y nadie sabía dónde estaba.

He comido un menú en una cafetería al lado de la catedral. Ocho euros. Sopa, filete, flan. Por la tarde he ido a la estación otra vez y he mirado los horarios de los trenes que salían. Galicia, Madrid, Asturias, País Vasco. He pensado en coger uno. He estado quince minutos delante de las máquinas de billetes con el dinero en la mano.

No he cogido ninguno.

He vuelto en el regional de las seis y diez a Sahagún. Llegué a las ocho menos cuarto. Caminé los seis kilómetros de vuelta despacio, como si tuviera ganas de llegar.

Cuando entré por la puerta de atrás, la señora Herrero estaba en la cocina pelando patatas. No me preguntó dónde había estado. No me dijo nada de los seis kilómetros. Solo me dijo «llegas a tiempo de cenar» y me señaló el otro cuchillo para que la ayudara con las patatas.

Y entonces entendí que a los Herrero no les importaba que me fuera. Les importaba que volviera. Porque si no volvía, tenían que explicárselo al hombre gris.

* * *

Ahora son las once y media de la noche. La señora Herrero ya se ha dormido. El señor también. Yo escribo esto en mi cuarto con la luz de la mesilla.

He aprendido hoy que puedo irme. He aprendido que también puedo volver. He aprendido que el sitio adonde uno vuelve no tiene por qué ser el sitio del que uno se ha ido.

La próxima vez que me vaya, no voy a volver. Pero la próxima vez no es ahora. Ahora todavía no sé adónde ir. Cuando lo sepa, me iré.

Por eso hoy he ido a León y he vuelto. Para saber yo que puedo. Para saber yo cuándo llegue el momento.

Capítulo 13

El director

La sala de reuniones de la unidad estaba en la cuarta planta. Tenía una mesa rectangular para ocho personas, una pizarra magnética, dos ventanas que daban al patio interior y un aire acondicionado que hacía un ruido bajo permanente que la gente había aprendido a no oír. A las diez de la mañana del martes, sentadas alrededor de la mesa, había cuatro personas: Nora, Sergio, una mujer joven con coleta corta y traje gris, y un hombre de unos cuarenta y pocos con camisa azul claro y americana doblada en el respaldo de la silla.

—Ya estamos —dijo Sergio.

Nora miró a los dos nuevos.

—Inés Fuentes, agente de policía judicial, veintinueve años, dos años en homicidios antes de pasar a desapariciones. Dani Quirós, subinspector, cuarenta y tres, viene de la unidad de delitos contra la libertad sexual, donde lleva siete. Os los he traído yo. Gálvez los ha aprobado esta mañana.

Sergio añadió un detalle más, de pasada, sobre Inés: que su madre había sido trabajadora social del Ayuntamiento de Móstoles treinta años, y que eso pesaba en cómo Inés trataba a las víctimas. De Dani lo que se veía estaba a la vista: el móvil bocarriba sobre la mesa con la pantalla de bloqueo encendida medio segundo —una niña de meses, mofletes, gorro de punto, una mano de mujer fuera de plano sosteniéndola—; el tipo de los que pedían el caso difícil sin decirlo en alto.

—Bien —dijo Nora—. Bienvenidos.

—Inspectora.

—Inspectora.

Inés tenía mirada directa y un gesto pequeño en la mandíbula que delataba que estaba aguantando un café fuerte de las nueve menos

cuarto. Dani Quirós no parecía afectado por el café —su tensión se notaba en otra cosa: en la quietud absoluta de las manos sobre la mesa, una al lado de la otra, como si estuviera esperando que le dieran permiso para moverlas—. Nora reconoció el tipo. Funcionaba bien con compañeras como Inés porque era justo lo que ella no era. De Inés, además, Nora se acordaba a duras penas. Habían coincidido en un curso de actualización forense en Ávila el otoño anterior, en una mesa con seis personas más. Inés la había saludado al entrar con un movimiento pequeño de cabeza y un buenos días que estuvo medio segundo más cerca del respeto de lo que el protocolo pedía. Nora lo había guardado como dato.

—Os pongo al día en quince minutos —dijo Sergio.

Lo hizo. En quince minutos exactos repasó los cuadernos de Amalia, los tres patrones, los siete sin rastro, la apertura formal del lunes, la prioridad piloto sobre Mireia Canet Torner. Al terminar, Inés tomaba notas con boli azul en una libreta cuadriculada. Dani no había escrito nada. Lo había memorizado. Nora vio que Sergio lo había notado también.

—Preguntas.

Inés levantó el boli.

—¿La testigo principal sabe que estamos investigando?

—Lo supo ayer por la tarde. La inspectora Vidal la llamó tras la reunión con el comisario.

—¿Ha aceptado declarar formalmente?

—Cuando llegue el momento. Por ahora coopera con sus diarios. Los diarios son material de investigación.

Dani habló por primera vez.

—¿Habéis filtrado por hogares de tránsito de Madrid en los noventa y dos mil?

—Sí.

—¿Cuántos centros aparecen?

—Tres recurrentes. San Marcos en Chamartín, Nuestra Señora del Carmen en Vicálvaro, y Centro Nueva Esperanza en Toledo.

Dani movió las manos. Las puso en posición de teclear sobre la mesa, sin teclear.

—Nueva Esperanza Toledo. En esa unidad había un nombre.

—Dilo.

—Ramiro Bau. Director del centro entre 2001 y 2008.

Sergio y Nora se miraron.

—Continúa.

—En 2008 lo procesaron por abusos sobre un menor del centro. Cumplió tres años efectivos. Salió en 2011. Vive en Aranjuez. Consta en el Registro Central de Delincuentes Sexuales y de Trata de Seres Humanos. Yo no llevé el caso pero estuvo en mi unidad esos años. Sentencia 147/2008.

Hubo cinco segundos de silencio en la sala. El aire acondicionado siguió haciendo ruido.

—Cuatro de los cuarenta y siete del filtrado pasaron por Nueva Esperanza —dijo Nora—. Uno de los siete sin rastro pasó por Nueva Esperanza. Ramiro Bau, según tus fechas, era el director cuando pasaron.

—Eso puedo verificarlo —dijo Dani—. En diez minutos.

—Verifícalo.

Dani sacó el portátil de una bolsa. Lo abrió. Tecleó las credenciales del sistema interno. Mientras tecleaba, Nora se dirigió a Inés.

—Quiero que vayas al archivo de protección de menores de la Comunidad de Madrid esta tarde. Que pidas el listado completo de personal del Hogar San Marcos desde 1985 hasta su cierre. Necesitamos el contexto. La señorita Encarna Murillo, una trabajadora social que aparece en los diarios, jubilada en 2003, vive en Cuenca. Aranda la ha localizado. Pero quiero saber quién más trabajó allí los mismos años. Si hay un patrón, no se sostuvo solo.

—Voy.

—Lleva acreditación de apertura formal. Si te ponen pegas, llamas.

—Sí.

Dani levantó la vista del portátil.

—Confirmado. Bau era director cuando ingresaron las cuatro niñas del Nueva Esperanza. Las fechas cuadran.

Sergio se levantó, fue a la pizarra y escribió tres nombres en la columna de la izquierda y un nombre en la columna de la derecha. A la izquierda: *Carmen Soto / Mireia Canet / Rosa Vidal-Pintor*. A la derecha: *Ramiro Bau*. Trazó una línea entre las dos columnas. Después se quedó mirándola.

—Lo iremos a ver hoy —dijo.

—Hoy —repitió Nora.

—¿Sin avisar?

—Sin avisar. Quiero ver cómo recibe la noticia de que estamos abriendo el archivo de Nueva Esperanza.

—Vamos los dos —dijo Sergio—. Inés al archivo. Dani, tú te quedas cruzando los siete sin rastro con todos los pagadores y las familias receptoras del filtrado. Quiero saber si alguno tiene historial común. Cualquier cosa.

—Ya.

Salieron de la sala a las once y veinticinco. La reunión había durado ochenta y cinco minutos.

* * *

El archivo judicial estaba en la calle Génova, en el edificio de los juzgados. Nora y Sergio llegaron a las doce y veinte. Pidieron el expediente de Bau. La funcionaria, una mujer de unos cincuenta y cinco con gafas de cordón, se lo trajo en doce minutos en un soporte de tres tomos atados con goma elástica.

—Tienen ustedes hasta las dos.

—Suficiente.

Lo desataron en una mesa de la sala de consulta —una sala con cinco mesas, cuatro vacías, paredes de gotelé blanco y un fluorescente que zumbaba como el del archivo general pero un tono más alto—. Nora abrió el primer tomo. Sergio el segundo. El tercero —la sentencia y los anexos— quedó en medio de los dos.

Sentencia 147/2008 del Juzgado de lo Penal número 2 de Toledo, dimanante del procedimiento abreviado instruido por el Juzgado de Instrucción número 4 de Toledo. Bau había sido condenado por un delito continuado de abusos sexuales a menor de trece años, sin acceso carnal, tras la denuncia formulada en marzo de 2008 por un educador del centro que había encontrado al menor —un chico de doce años, no diez como Nora había memorizado mal— golpeando con un martillo una pared del baño a las tres de la madrugada. El educador había despertado a la niña que dormía en la habitación contigua. La niña había sido la primera testigo. Después habían venido las dos médicas forenses. Y el chico, cuando dejó de golpear la pared y se quedó sentado en el suelo del baño, había hablado.

La sentencia, en lenguaje administrativo, decía lo que tenía que decir.

—Condenado en firme —dijo Sergio.

—Condenado en firme.

Nora pasó las páginas del primer tomo. Antecedentes profesionales de Bau. Director de Nueva Esperanza desde el dos de enero de 2001 hasta su detención el veintinueve de marzo de 2008. Antes, educador en un centro de Albacete entre 1989 y 2001. Antes, profesor de educación primaria interino en colegios públicos de Castilla-La Mancha entre 1983 y 1989. Carrera larga. Carrera limpia hasta 2008.

—Sergio.

—Qué.

—Lleva veinticuatro años trabajando con menores antes de que lo pillaran.

—Sí.

—Si el caso de 2008 fue el primero que cometió, son veinticuatro años de suerte estadísticamente improbable.

—Sí.

—Y si no fue el primero, hay otros, y ninguno se denunció.

—Eso también.

Nora hizo una nota en el cuaderno nuevo. Después miró la dirección actual de Bau. Calle de los Olivos, 12, Aranjuez. Chalet adosado de dos plantas. La dirección estaba registrada como vivienda principal desde noviembre de 2011. Cinco meses después de su excarcelación.

A las dos en punto devolvieron los tres tomos. La funcionaria los recibió sin comentarios. Sergio firmó la salida. Nora pasó al baño antes de salir. Se mojó la cara con agua fría. Se miró en el espejo. Volvió.

—Comemos algo en el coche —dijo Sergio—. Aranjuez está a cincuenta kilómetros y quiero estar antes de las cuatro y media.

—Vamos.

En la A-4, después de Pinto, comieron dos bocadillos del bar de la gasolinera. Sergio condujo. Nora masticó despacio. Ninguno de los dos dijo nada los primeros veinte kilómetros. A la altura de Valdemoro, Sergio habló sin apartar la vista de la carretera.

—No vamos a sacar nada limpio hoy, Vidal. Lo sabes.

Nora siguió mirando la carretera.

—Vamos a sacar la cara que pone cuando lee los tres nombres. Eso es todo. Esa cara me sirve.

—A mí también.

Pasaron Aranjuez. Bajaron por la salida de los Olivos a las cuatro y dieciocho.

* * *

La calle de los Olivos en Aranjuez era una calle tranquila de chalets adosados separados por setos bajos. En la del número doce había un coche aparcado en la entrada, un Renault familiar de unos diez años, y una luz encendida en la planta baja a través del visillo. Eran las cuatro y veintidós. Nora aparcó en la acera de enfrente, dos casas más allá. Apagó el motor.

—¿Cómo lo abordamos?

—De usted. Profesional. Sin anuncio previo. Le decimos que se ha abierto un expediente paralelo sobre desapariciones del periodo en que él dirigía el Nueva Esperanza, y que querríamos hacerle algunas preguntas como exdirector.

—¿Le decimos los nombres?

—No. Hoy no.

Cruzaron. Sergio tocó el timbre.

Tardaron en abrir veintisiete segundos. La puerta se abrió con la cadena puesta. Una rendija de la cara de un hombre. Sesenta y ocho años, gris, gafas, mejillas hundidas. La rendija miró a Nora primero, después a Sergio, después la acreditación que Sergio sostenía a la altura del pecho.

—¿Sí?

—Buenas tardes. Inspectora Vidal y subinspector Aranda, Policía Nacional, Madrid. ¿Es usted Ramiro Bau Sánchez?

—Sí.

—Querríamos hacerle unas preguntas. ¿Podemos pasar?

Bau pensó un instante. Quitó la cadena. Abrió la puerta del todo.

—Pasen.

Los hizo pasar al salón. El salón era un salón normal de chalet adosado de Aranjuez: sofá de tela beige con dos cojines, mesa baja con un cenicero apagado y una taza de café medio vacía, televisor del mediodía con el volumen muy bajo, una alfombra. En el suelo, junto al sofá, un perro viejo de raza indefinida con el pelo gris y las patas cruzadas, durmiendo. Levantó la cabeza al verlos entrar, los miró sin alarma, la volvió a apoyar.

—Siéntense, por favor. ¿Quieren un café?

—No, gracias.

Se sentaron. Bau apagó el televisor con un mando. Se sentó en el sillón de enfrente. El perro suspiró sin abrir los ojos.

—Ustedes dirán.

—Estamos abriendo un expediente sobre desapariciones de menores procedentes de centros de protección de Madrid y alrededores entre los años 1996 y 2008 —dijo Sergio—. Como usted dirigió el Centro Nueva Esperanza durante parte de ese periodo, querríamos hacerle

algunas preguntas sobre el funcionamiento administrativo del centro en aquellos años.

Bau no se inmutó.

—Adelante.

Nora intervino.

—¿Cuántos menores ingresaron en Nueva Esperanza durante su dirección?

—No lo recuerdo con exactitud. Unos doscientos cincuenta a lo largo de los siete años. La rotación era alta. La memoria de los nombres no.

—¿De esos doscientos cincuenta, cuántos fueron trasladados a acogida voluntaria fuera del trámite de acogida formal?

—Acogida voluntaria. —Bau dejó la palabra suspendida un segundo —. Era una figura administrativa que se usaba mucho entonces. No le sabría decir el número. Pero sí, había. La autorizaba el juez de primera instancia y la firmaba un administrativo del servicio.

—¿Quién firmaba por su parte?

—El administrativo asignado al centro. Yo no firmaba. Yo aprobaba el caso, lo elevaba y el administrativo cerraba el trámite.

—¿Recuerda al administrativo?

—Pasaron varios. Cambiaban. Cuatro o cinco distintos en mis siete años.

—¿Recuerda algún nombre?

Bau se quedó callado tres segundos. La mano izquierda estaba sobre el reposabrazos del sillón. El perro volvió a suspirar.

—No con seguridad.

Sergio sacó del bolsillo una hoja con tres nombres impresos. La dejó sobre la mesa baja, dada la vuelta, para que Bau la viera.

Carmen Soto Álvarez. Mireia Canet Torner. Rosa Vidal-Pintor.

Bau leyó los tres nombres. Tardó cinco segundos largos. Después levantó la vista.

—No recuerdo a estas niñas.

—¿Está seguro?

—Pasaron muchas, inspectora.

Nora le sostuvo la mirada. Bau le sostuvo la suya. No había hostilidad en ninguno de los dos. Era el tipo de mirada que se cruzan dos personas que están midiendo, en silencio, hasta dónde la otra va a llegar. Bau parpadeó primero. Bajó los ojos a la hoja un segundo más. Después la giró hacia Sergio.

—Si me dejan los nombres por escrito y unos días, miraré entre los papeles que conservo de aquel periodo. Pero les anticipo que no conservo casi nada.

—Le dejamos copia —dijo Sergio—. Y volveremos.

—Los acompaño a la puerta.

Salieron. El perro no se movió. Bau cerró la puerta con la cadena puesta.

Cuando estuvieron de vuelta en el coche, Nora arrancó sin decir nada. Salieron de Aranjuez por la M-305 hacia la A-4. A la altura del kilómetro veintidós, Sergio habló.

—¿Te ha mentido?

—Sí.

—¿Por qué crees?

—Porque no se ha sorprendido de nada. Ni del expediente, ni de los nombres, ni de la visita.

—¿Y qué te dice eso?

—Que sabía que íbamos a venir.

Sergio bajó la mirada al volante. No añadió nada más en la siguiente media hora.

Llegaron a Canillas a las seis y cuarto. Inés tenía el listado del personal del Hogar San Marcos sobre la mesa. Dani tenía una primera tabla de cruces de los siete sin rastro con familias receptoras. Sergio cogió las dos cosas. Las puso en la pizarra. Era el martes a las siete menos veinte.

El caso ya tenía perfil de caso.

Capítulo 14

Lo que no cuadra

A las nueve menos cinco del miércoles, cuando Sergio entró en el despacho compartido, Nora ya llevaba una hora y media allí. Lo notó en tres cosas. La luz cenital encendida, que se enciende sola al detectar movimiento y solo a esa hora todavía estaba activa porque había habido movimiento sostenido. La taza de café de cartón sobre la mesa de Nora, vacía, con la marca de un labio pintado que no era de Nora —Nora no usaba pintalabios— sino del puesto del café de la calle. Allí servían la leche con un solo tipo de pintalabios marca de la casa, anaranjado, pegajoso, que se quedaba en el cartón cuando lo limpiaban con el trapo. Y el contenido de la pared del fondo: cuatro fotos de archivo, pegadas con cinta de carrocero, en el panel donde colgaba el calendario de siempre.

Cuatro fotos. La de Carmen Soto Álvarez a los ocho años. La de Mireia Canet Torner a los once. La de Rosa Vidal-Pintor a los ocho. Y, en el centro, la foto reciente de Ramiro Bau Sánchez extraída del Registro Central de Delincuentes Sexuales y de Trata de Seres Humanos, ampliada en blanco y negro hasta que se le veían las manchas de la cara.

Sergio dejó la chaqueta en el respaldo de la silla.

—Vidal.

—Aranda.

—¿Has dormido?

—Algo.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Dos horas. Tres.

Sergio miró la pared.

—¿Lleva ahí desde anoche?

—Desde las cuatro de la mañana.

—¿Qué has hecho desde las cuatro de la mañana hasta las siete y media en este despacho?

—Cruzar las fechas.

Sergio cogió una taza limpia del estante, se sirvió café de la cafetera del despacho —la cafetera estaba caliente, alguien la había puesto a las ocho menos diez, probablemente Nora— y se sentó. Bebió un trago. No habló durante dos minutos.

Después dijo:

—Cuéntame.

—Cuatro de las del filtrado pasaron por Nueva Esperanza durante la dirección de Bau. Y uno de los siete sin rastro hizo lo mismo. La fiabilidad estadística de la coincidencia es alta. La proporción de niñas del filtrado por Nueva Esperanza es del 8,5%, frente a un 2,3% que cabría esperar si el centro fuera neutro. Lo he calculado dos veces.

—Está bien calculado. Pero no es lo que me ibas a contar.

—No.

Nora se levantó, fue a la pared, señaló con el boli a la foto de Mireia.

—Mireia ingresó en el sistema catalán en el noventa y nueve. La trasladaron a Madrid en octubre del dos mil dos. Tres noches por el San Marcos, después Nueva Esperanza —un mes y medio—, dos meses antes de la acogida voluntaria a Almería en diciembre. Bau dirigía Nueva Esperanza desde el dos mil uno. Cuadra.

—Cuadra.

—Carmen Soto. Sistema en octubre del noventa y ocho. Trasladada a Madrid en treinta y seis horas, hogar de tránsito San Marcos. Bau no estaba ahí en el noventa y ocho. Dirigía un centro de Albacete.

—Eso es lo que no cuadra.

—Carmen Soto pudo pasar por Nueva Esperanza antes o después del San Marcos. Voy a comprobarlo esta mañana. Si pasó, aunque fuera dos días, Bau estaba en Albacete pero podía firmar autorizaciones por delegación.

—Vidal.

—¿Qué?

—Eso es forzarlo.

Nora se quedó callada un segundo. Después se sentó otra vez en su silla. Encendió el ordenador.

—No estoy forzándolo. Estoy probando todas las hipótesis.

—Estás probando una hipótesis, no todas. La hipótesis de Bau. Y la estás haciendo encajar antes de comprobar que encaja.

Nora no respondió. Tecleó las credenciales del sistema. Empezó a buscar el historial completo de Carmen Soto Álvarez.

Sergio se quedó mirándola dos segundos. Después se llevó el café a su mesa. Nora oyó el ruido del teclado de Sergio durante una hora y media seguida sin hablarle. Sergio escribía un informe, Nora supuso. Lo escribía porque le tocaba. Lo escribía sin dirigirle la palabra a Nora porque Nora le había dicho, sin decirlo, que no quería que le hablara. Era un acuerdo no firmado. Llevaban quince años acuerdos no firmados.

* * *

A las once menos veinte, Nora tenía la respuesta. Carmen Soto Álvarez había pasado por el San Marcos en dos tramos —de octubre

del noventa y ocho a mediados del dos mil, y otra vez a lo largo del dos mil dos, entre dos colocaciones—, lo que el hogar de tránsito tenía de hogar y muy poco de tránsito; y nunca había pasado por el Nueva Esperanza. Mireia había estado en el Nueva Esperanza un mes y medio en el dos mil dos, sí, pero la firma de la acogida voluntaria de Mireia no era de Bau. La firma era de un administrativo del servicio cuyo nombre estaba ilegible en la fotocopia.

—Sergio.

—Qué.

—Bau no firmó la acogida de Mireia.

—Vale.

—Eso no significa que no esté implicado. Bau aprobaba los casos y los elevaba.

—Vidal, te repites.

Nora no respondió. Cerró el archivo de Mireia. Abrió el de Rosa Vidal-Pintor.

Rosa Vidal-Pintor había ingresado en el sistema en el dos mil cuatro, a los ocho años, en Madrid. Nunca había estado en el Nueva Esperanza. Había pasado por el Hogar San Marcos durante diez días antes de la acogida voluntaria. Provincia receptora registrada: Almería. Lo que el expediente decía. No necesariamente dónde la niña había vivido después. La distinción entre provincia registrada y destino real era, en este sistema, algo que el cribado interno ya había aprendido a tratar como hipótesis abierta, no como dato.

Tres niñas con patrón. Una sola en Nueva Esperanza.

Nora se quedó mirando la pantalla del ordenador. La cifra de coincidencia con Nueva Esperanza ya no era del 8,5% ni era ya relevante. Era de una sobre tres, y la única era Mireia, y el firmante de la acogida de Mireia no era Bau.

Lo otro que la pantalla le decía, sin escribirlo, era cómo aquel sistema había funcionado durante veintiún años sin saltar una alerta. Cada expediente individual era impecable en lo formal: firma del administrativo, informe psicosocial, antecedentes limpios de la familia receptora, sello del juzgado de primera instancia. Los controles —cuando los había— verificaban la coherencia interna de cada expediente, no el seguimiento posterior. Una vez archivado como «cierre administrativo», el caso desaparecía del radar: no había auditoría cruzada con padrón, ni con Seguridad Social, ni con el sistema escolar. Una niña podía «cerrarse» y, durante décadas, nadie miraba si seguía existiendo en algún sitio. Pasó lo que tenía que pasar para que no se viera: nada.

—Sergio.

—Qué.

—Lo retiro. Lo de Bau.

—Bien.

—Pero no lo descarto.

—Vidal.

—Espera. Bau pudo enterarse del caso por otro lado. Por eso no se sorprendió ayer. Por eso lleva desde el dos mil once viviendo a cincuenta kilómetros de Madrid y no ha cambiado de provincia. Por eso tenía la cara de quien sabe que vamos a venir.

—O por eso. O Bau es un señor mayor con una condena cumplida que vive con su perro y que ayer se asustó cuando vio a una inspectora y un subinspector en su puerta y nos atendió bien porque sabe que cualquier paso en falso lo manda otra vez al juzgado.

Nora se quedó callada. Sergio había dicho la frase con calma. Lo cual, Nora ya lo sabía después de quince años, significaba que la frase iba a doler más de lo que dolía en el momento.

A las once y cuarto, Nora salió a por café a la calle. Tardó once minutos. Sergio, mientras tanto, descolgó las cuatro fotos de la pared y las guardó en una carpeta que dejó sobre la mesa de Nora.

Cuando Nora volvió, las fotos no estaban. La pared estaba vacía menos por la cinta de carrocero, que dejaba marca.

Nora dejó el café sobre la mesa. Miró la pared. Miró la carpeta.

—¿Las guardas tú?

—Las guardo yo. Hasta que tengamos la siguiente pista. Cuando la tengamos, las saco.

—Voy.

Sergio asintió. No dijo más.

* * *

A las diez menos cuarto de la noche, Nora estaba todavía en el aparcamiento de la comisaría, sentada en el coche, con las llaves en la mano, sin haberlas metido en el contacto. Sergio se había ido a las ocho y media, había pasado por su mesa antes de salir y le había dejado encima un sándwich envuelto en papel de pan. Nora se lo había comido a las nueve, sentada en su silla, sin ganas. Había seguido cruzando datos hasta las diez menos veinticinco.

A las nueve y cincuenta había bajado al coche para irse a casa. Había arrancado el motor. Lo había vuelto a apagar.

Marcó el número de Sergio.

Sergio descolgó al primer tono.

—Vidal.

—Sergio, tiene que ser él.

—¿Bau?

—Sí. No puede no estar implicado. No tiene sentido que dirigiera Nueva Esperanza siete años sin ver lo que pasaba. Si no firmó él, tuvo que ver al que firmaba. Si tuvo que ver al que firmaba, sabe nombres. Si sabe nombres y no nos los está dando, nos miente activamente.

—Es una de las hipótesis.

—No me digas que es una de las hipótesis.

—Es una de las hipótesis. La otra es que Bau dirigió el centro mirando a otro lado, como pasa en muchos centros, y que el firmante operaba sin que él se diera cuenta. La tercera es que Bau lo sabía pero, después de su condena, prefiere no decir nada porque no quiere otra causa abierta. La cuarta es que Bau está implicado a fondo. Tenemos cuatro hipótesis. Tú quieres la cuarta.

—Yo quiero la que sea verdad.

—No, Vidal. Tú quieres la cuarta. Y no porque sea la más probable sino porque es la que cierra el caso antes.

Nora no contestó. La luz del aparcamiento parpadeaba. Era una luz mala, naranja, de las que en marzo en Madrid hacen que los coches parezcan más viejos. La frase se quedó en el coche un momento. Sergio no la rellenó. Sergio era de las personas que aceptaban los silencios cuando los habían provocado, lo cual era una virtud y, según el día, también una herramienta. Nora lo había aprendido a lo largo de quince años. Aquella noche no tenía energía para rebatirlo.

—Sergio.

—Qué.

—Lo que tú necesitas que sea y lo que es no siempre coinciden, ¿no?

—Eso te lo dije yo el otro día.

Nora no lo discutió.

—Bien.

—Voy a casa.

—Vidal. Una cosa.

—Qué.

—Mañana tienes la entrevista con Encarna Murillo en Cuenca. Sales temprano. Conduzco yo si quieres.

—Conduzco yo.

—Vale. Pero duermes esta noche. Si no duermes, no vamos.

—Ya.

—No es chantaje. Es procedimiento. Si vas a hablar con una testigo de setenta y cuatro años que se protegió a sí misma durante veinte años, no puedes ir con la cara que tienes hoy. La asustarás antes de que abra la puerta.

—De acuerdo.

—Buenas noches.

—Buenas.

Nora colgó. Metió las llaves en el contacto. Arrancó.

En la M-30 de vuelta a Lavapiés, a las once menos diez, le sonó otra vez el móvil sobre el asiento del copiloto. No era Sergio. Era Inés Fuentes. Nora descolgó por el manos libres.

—Vidal.

—Inspectora, perdón por la hora. El listado de personal del Hogar San Marcos.

Nora bajó el volumen de la radio.

—Lo tengo. Hay una cosa que va a interesarle.

—¿Qué?

—Hay un administrativo que figura en el listado del hogar entre 1985 y 2007. Veintidós años seguidos. El más estable de toda la plantilla. Trabajó allí durante toda la etapa que cubre la testigo principal. Y siguió hasta dos mil siete. Después se jubiló.

—¿Nombre?

—Andrés Moral Escudero.

Nora estuvo a punto de salirse del carril central de la M-30.

—¿Has cruzado el nombre con los expedientes del filtrado?

—Esta noche no he podido. Mañana a primera hora.

—Hazlo en cuanto llegues. Yo voy a Cuenca con Aranda. Llámame cuando lo tengas.

—Sí.

—Buen trabajo, Inés.

—Gracias, inspectora.

Nora colgó.

A la altura de Pío XII, paró en el arcén dos minutos. Apagó el motor. Miró el móvil. No llamó a Sergio.

Iba a esperar.

Si lo de Inés era ruido, era ruido. Si era señal, mañana se vería con Encarna Murillo. Y si era la señal, la grieta iba a abrirse hacia otro lado del que Nora había estado mirando todo el día.

Arrancó.

A las once y veintidós entró en su portal de Lavapiés.

Capítulo 15

Cuenca

Salieron de Madrid a las ocho y veinticinco del jueves por la A-3. Nora condujo. No habían hablado del aparcamiento de la noche anterior. Tampoco habían hablado de Andrés Moral Escudero. Sergio había leído por encima el mensaje de Inés que Nora le había reenviado a las siete y veinte de la mañana —Andrés Moral. Administrativo San Marcos 1985-2007. Cruzo expedientes hoy. Llamo cuando tenga— y había asentido al ponerse el cinturón de seguridad.

—¿Cómo está Encarna? —preguntó cuando ya llevaban quince minutos por la autovía—. ¿Qué te dijo cuando la llamaste?

—Lo justo. Le pedí media hora. Me la concedió. No preguntó por qué.

—¿Eso te parece bueno o malo?

—No lo sé.

—Vidal.

—¿Qué?

—Si no preguntó por qué, es que ya lo sabía.

Llegaron a Cuenca a las diez y diez. Encarna Murillo vivía en un piso de la calle Cervantes, en la parte alta del casco viejo, tercer piso sin ascensor, edificio de los años setenta. Aparcaron a tres calles. Subieron a pie. Las calles estaban en cuesta. Nora notó que llevaba zapatos planos y que Sergio no.

—Llegamos antes de tiempo —dijo Sergio—. ¿Esperamos?

—Subimos a las diez y media.

—Anotado.

Esperaron en una cafetería de la esquina. Pidieron dos cafés más. Nora no se lo bebió. Sergio sí.

A las diez y veintiocho, subieron.

* * *

Encarna abrió la puerta antes de que llamaran. Probablemente los había oído subir las escaleras. Era una mujer pequeña, delgada, con el pelo gris recogido en un moño bajo y unas gafas de pasta gruesa colgadas del cuello con un cordón verde. Llevaba una rebeca azul oscuro y una falda gris hasta media pantorrilla. Setenta y cuatro años. Movimientos lentos pero precisos.

—Inspectora Vidal. Subinspector.

—Buenos días. Gracias por recibirnos.

—Pasen.

El piso era pequeño y muy ordenado. Salón pequeño con dos butacas y una mesa baja. Una cocina abierta al fondo. Dos puertas cerradas —dormitorios—. En la pared del salón, una estantería con libros, una imagen religiosa pequeña, una foto enmarcada de una mujer joven con síndrome de Down sonriendo. Encarna les indicó las dos butacas.

—Yo me siento aquí —dijo, sentándose en una silla de la mesa del comedor que arrastró hasta poner enfrente.

—¿Vive sola? —preguntó Sergio.

—Con mi hija. Está en un centro de día por las mañanas. Vuelve a las dos.

Encarna no ofreció café. Nora supo en el segundo en que se sentó que no iba a ofrecerlo. Había decidido que esto era una conversación, no una visita.

—Inspectora, antes de que empiecen, quiero decir una cosa.

—Diga.

—Llevo veintidós años esperando que alguien llamara a mi puerta. He pensado mucho qué iba a decir cuando pasara. Y he decidido que voy a decirlo todo.

—De acuerdo —dijo Nora.

—Voy a tomar notas, si no le importa.

—No me importa.

Nora abrió la libreta. Sergio sacó la suya también. Encarna esperó a que estuvieran listos.

—Trabajé en el Hogar San Marcos como trabajadora social entre febrero del noventa y cinco y junio del dos mil tres. Ocho años y cuatro meses. De los cuales fui físicamente al centro hasta noviembre del dos mil dos. Los últimos siete meses estuve de baja por una depresión que el médico de cabecera me firmó sin pedir muchas explicaciones, y que me llevó después a la jubilación anticipada. Empecé recién licenciada. Tenía cuarenta y tres años. Era el primer trabajo serio que tuve.

—¿Cómo era el centro?

—Pequeño. Treinta plazas. Niñas y niños entre seis y catorce años. Los mayores se iban a centros de mayores, los pequeños se quedaban poco tiempo, los del medio podían quedarse meses o años, dependía. La directora era una mujer que se llamaba Pilar Castro. Murió en el dos mil quince, así que no van a poder hablar con ella.

—Lo siento.

—Yo no.

Encarna lo dijo sin inflexión. Sergio levantó la vista de la libreta. Encarna no añadió nada. Continuó.

—Llegué con la idea de hacer trabajo social como nos lo habían enseñado en la facultad. Hablar con las niñas, escucharlas, acompañar el proceso. Durante los primeros años pude. Después, no tanto.

—¿Qué cambió?

—El sistema cambió. O yo empecé a verlo.

Encarna se quedó callada cinco segundos.

—Había un administrativo que firmaba los papeles. Llegaba los martes a las cinco de la tarde. Trabajaba en Servicios Sociales de la Comunidad de Madrid pero estaba asignado al San Marcos como gestor de tramitación. Andrés Moral. Educadísimo. Sin amigos en el centro. Llegaba, se sentaba con la directora, firmaban los traslados de la semana, se iba.

—¿Hablaba con las niñas?

—A veces. Las llamaba por el nombre. Les preguntaba cómo estaban. Los martes las niñas que tenían traslado a acogida voluntaria firmaban delante de él. Él decía «bien» y guardaba los papeles. No les hacía nada que se pudiera ver.

—¿Y que no se pudiera ver?

—Eso no lo sé. No fue eso lo que sospeché.

Encarna se quedó callada otro silencio. Después dijo:

—En el dos mil uno empezaron las acogidas voluntarias frecuentes. Antes había unas cuantas al año, lo normal. A partir del dos mil uno hubo una al mes, a veces dos. Siempre con familias que la directora autorizaba sin que yo viera el expediente. Yo preguntaba. La directora me decía que era información reservada. Yo insistía. Me decía que dejara de preguntar.

—¿Habló con el administrativo?

—Una vez. En el dos mil dos. Le pregunté por una niña que se había ido el lunes y a la que yo había estado preparando para una acogida formal con una familia de acogida que ya conocía. La acogida formal estaba autorizada. Pero la niña se fue antes en una acogida voluntaria a una familia que yo no conocía.

—¿Qué le dijo Moral?

—Me dijo que la familia voluntaria había sido validada por el juez de primera instancia y que era información protegida por la ley. Me dijo que confiara en el sistema. Me lo dijo sin levantar la voz, sonriendo un poco. Y al final, cuando se iba, me puso una mano en el hombro y me dijo: «Encarna, tú haces tu trabajo, yo el mío. Funcionará si cada uno hace el suyo.»

—¿Cómo se lo dijo?

—Calmado. Educado. Pero con la mano en el hombro.

Encarna se miró las manos.

—No me gustó. Pero no lo entendí del todo hasta seis meses después.

—¿Qué pasó seis meses después?

—Me ofrecieron la jubilación anticipada. Tenía cincuenta y un años. No la había pedido. Me llamaron del Ministerio diciendo que había una plaza de jubilación incentivada por reestructuración del cuerpo y que mi nombre estaba en la lista. El complemento que ofrecían era el doble de lo que me correspondía por años cotizados. Me dieron tres semanas para decidir.

—Aceptó.

—Acepté. Tenía a mi hija a cargo. Tenía hipoteca. Tenía cincuenta y un años. Me dijeron que sí o no. Dije que sí.

—¿Pidió usted irse?

—No. Y la directora me llamó al despacho el día antes de firmar la jubilación y me dijo: «Encarna, te has portado siempre bien. Esto es lo mejor para ti.» Lo dijo con la voz de quien dice cosas con segunda intención y quiere que la otra entienda la primera y la segunda al mismo tiempo. Yo entendí.

—¿Qué entendió?

—Que si no aceptaba, iba a ser difícil seguir trabajando ahí. Y que me convenía no preguntar más por las niñas que se iban.

Sergio dejó el boli sobre la mesa.

—Encarna, ¿usted llegó a sospechar concretamente de algo?

—Sospeché que las niñas iban a sitios que no eran familias acogedoras al uso. Sospeché que había dinero. Sospeché que el administrativo orquestaba algo y la directora callaba. No sospeché lo peor. Tampoco lo descarté. No tenía pruebas. Tenía un mal aire en la oficina los martes a las cinco.

—¿Por qué no denunció?

—Por miedo. Y por mi hija. Y por la jubilación. Y porque cuando una mujer de cincuenta años denuncia a un sistema y no tiene pruebas, el sistema gana siempre. Y porque pensé, durante años, que si yo no había visto pruebas, igual no las había.

Encarna se levantó.

Fue al estante de los libros. De detrás de los libros, en un hueco que no se veía a primera vista, sacó una carpeta de cartón verde. La trajo a la mesa. La abrió.

—Esto es lo que sí tengo.

Dentro había unas treinta hojas de cuaderno cuadriculado, escritas a mano. La caligrafía era pequeña, ordenada. Cada hoja tenía fecha y un nombre, a veces dos. A veces una observación corta. Nora cogió la primera. *5 marzo 2001. Inés Cabrera, 9. Acogida voluntaria.*

Familia receptora: no consta. No se ha despedido del aula. Le tenía cariño a Marisol.

—Llevo escribiendo esto desde el dos mil uno —dijo Encarna—. Lo empecé porque, después de la primera acogida voluntaria que no entendí, me di cuenta de que iba a haber más y que yo iba a olvidarme de los nombres. Lo escribía en casa. No lo enseñé nunca. Cuando me jubilé en el dos mil tres, lo guardé. Pensé que algún día alguien vendría.

Nora pasó la segunda hoja. La tercera. La sexta. Había treinta y dos nombres en total —los contó después en el coche—. Treinta niñas y dos niños. Fechas entre el cinco de marzo de dos mil uno y el catorce de mayo de dos mil tres. Veintisiete meses.

En la página fechada el doce de octubre de dos mil dos, el nombre era *Mireia Canet*. La observación: *Once años. Catalana. Tres días. La niña Carmen le dio un libro de Encarna antes de irse. Carmen lloró cuando supo que se iba.*

Nora se quedó mirando esa hoja.

—Encarna.

—¿Sí?

—¿Puedo llevarme esto?

—Pueden llevarse fotocopia. El original me lo quedo. Si tengo que declarar lo entregaré yo en su momento. Pero el original me lo quedo hasta entonces.

Sergio se levantó.

—Bajen ustedes a la papelería de la esquina. Tienen fotocopiadora. Yo me quedo aquí. Tarden lo que necesiten.

Nora cogió la carpeta. Sergio se levantó.

Antes de salir, Nora se detuvo en la puerta.

—Encarna.

—¿Sí?

—¿Por qué hoy?

Encarna la miró desde la silla de la mesa del comedor. Las gafas le colgaban del cordón verde sobre la rebeca azul oscuro. Tenía las dos manos cruzadas sobre el regazo.

—Porque ayer una agente joven me llamó preguntando por listados de personal. No me llamó a mí, llamó a registros centrales. Pero me enteré por una excompañera que sigue trabajando ahí. Y porque mi hija tiene cuarenta y un años y voy a morirme yo antes que ella, y necesito dejar las cosas en un sitio donde no sean mi problema cuando ya no esté.

Hizo una pausa. No fue una pausa de duda. Fue la pausa de quien decide añadir algo que no estaba previsto decir.

—No quiero que piense que esto me salió gratis, inspectora. Cogí la jubilación y me vine a Cuenca, que es de donde era mi madre, y aquí no conozco a nadie. Veintitrés años llevo levantándome cada mañana con la misma cuenta: treinta y dos nombres que apunté y a ninguno fui a buscar. Me dije que sin pruebas no se podía. Me lo dije bien dicho, con argumentos. Y era verdad, no se podía. Pero una cosa es que sea verdad y otra es que a una le sirva para dormir. A mí no me ha servido. Así que no, no me salió gratis. Me salió por el precio de no haber sido la persona que creí que iba a ser cuando entré en aquel centro con cuarenta y tres años y la cabeza llena de la facultad. Lo digo para que conste. No en el acta. Para usted.

Nora no apartó la vista. No dijo que la entendía, porque habría sido fácil y Encarna no estaba pidiendo que la entendieran. Dijo otra cosa.

—Las apuntó. Eso es lo que vamos a usar ahora. Las treinta y dos.

Encarna no contestó. Pero bajó la cabeza una vez, despacio, como quien acepta un recibo que llevaba mucho tiempo esperando.

Nora cerró la libreta.

—Volveremos.

—Sé que lo harán.

Bajaron a la papelería. Fotocopiaron las treinta hojas en doce minutos. Volvieron a subir. Encarna abrió la puerta antes de llamar otra vez.

—Las copias.

—Las suyas.

Encarna le dio el original. Lo metió en la carpeta verde. La llevó otra vez al hueco de detrás de los libros.

—Hasta pronto, inspectora.

—Hasta pronto, Encarna.

Bajaron las escaleras.

* * *

Dentro del coche, Nora dejó la carpeta de fotocopias en el asiento de atrás. Sergio se sentó al volante esta vez. Salieron de Cuenca por la A-40 hacia Madrid.

A los diez minutos, Nora habló.

—Sergio.

—Qué.

—Tenemos al firmante.

—Andrés Moral Escudero.

—Sí.

—Y tenemos pruebas documentales.

—Treinta y dos nombres con fecha. Sin la fuente, no valdrían en juicio. Con Encarna como testigo, tampoco —el cuaderno es notas privadas, no hay valor probatorio sin que ella se ratifique.

—Pero abre la puerta.

—Abre todas las puertas.

Sergio dijo que sí con una mano sobre el volante. No añadió nada en quince kilómetros.

A la altura de Tarancón, Nora cogió el móvil del salpicadero y llamó a Inés. Le pidió que tuviera todo el material sobre Andrés Moral Escudero listo a las dos y media en el despacho. Pidió también un informe de domicilio y situación administrativa: dirección actual, vehículo si lo tenía, situación familiar, ingresos jubilatorios, todo lo que el sistema pudiera devolver de un funcionario jubilado.

Cuando colgó, Sergio dijo:

—Mañana ya sabremos dónde vive.

—Mañana ya sabremos quién es.

Pasaron Tarancón. La A-3 estaba vacía a esa hora del jueves. Llegarían a Madrid a las dos y veinte si Sergio mantenía la velocidad.

A las dos menos diez, en el kilómetro cuarenta y siete, sonó el móvil de Sergio. Era Inés.

Sergio descolgó por el manos libres.

—Inés.

—Subinspector, inspectora —sé que están en el coche. Tres cosas rápidas.

—Dispara.

—Una: Andrés Moral Escudero. Setenta y un años. Nacido en Madrid, dos de mayo de mil novecientos cincuenta y cuatro. Jubilado del Ministerio en dos mil siete por tiempo cumplido. Vive en la calle Sandoval, dieciséis, sexto B, en Chamberí. Solo. Viudo. Sin hijos.

—Dos.

—El nombre de Andrés Moral aparece en cinco de los siete expedientes sin rastro. En cinco. Como administrativo firmante o como testigo de validación del juez. He cruzado a mano con los fondos del archivo central.

—Tres.

—El expediente del filtrado correspondiente a Mireia Canet Torner está incompleto. Falta una página. La página de la firma del administrativo. He pedido el original al archivo físico. Llega esta tarde a las cinco.

Sergio miró a Nora.

Nora miraba el parabrisas.

—Buen trabajo, Inés. Hasta las dos y media.

—Hasta las dos y media.

Sergio colgó.

A los diez kilómetros, ya en Arganda, Sergio dijo:

—Ya tenemos nombre, Vidal. Tenemos dirección. Tenemos cinco de siete. Y tenemos a la testigo del cuaderno verde.

—Sí.

—¿Por qué no se te nota más?

—Porque mañana tengo que ir a Segovia.

Sergio no contestó. Nora se quedó mirando la autovía. La carretera pasaba debajo del coche en silencio. Las nubes empezaban a bajarse sobre la sierra.

A las dos y veintitrés, Sergio aparcó delante de la comisaría de Canillas. Subieron al despacho. Inés tenía la pizarra preparada con la foto de Moral, una foto vieja del padrón, ampliada en blanco y negro. Un hombre de unos cincuenta años, calvo, gafas, sin sonrisa. Manos pequeñas apoyadas sobre las rodillas en una foto de carnet.

Nora se quedó mirando las manos.

—Ya está —dijo Sergio.

—Ya está —dijo Nora.

Capítulo 16

San Lorenzo

Salió de Lavapiés a las once y diez. La carretera de Segovia en sábado a esa hora estaba menos cargada que un viernes pero más que un domingo; la gente que iba a comer fuera de Madrid lo hacía a partir de las once y media. Nora condujo despacio por la A-6, AP-6 y AP-61. Era marzo, la sierra tenía nieve solo en las cumbres y los pinos llevaban el color que tienen los pinos cuando el invierno todavía no ha decidido marcharse.

Cogió en el copiloto un cuaderno de Amalia. El de 2010, que era el que le había tocado a Nora durante la semana. Lo había leído entero la noche del jueves, en la cama, después de Cuenca. Amalia tenía veinte años en aquel cuaderno, ya había huido, ya había llegado a Galicia, todavía no había pasado a León y a Asturias. Las entradas eran más largas y menos urgentes que las de los años en sistema. Nora lo había leído sin tomar notas, porque no era material probatorio. Era material de personaje.

A la altura de Otero de Herreros pensó en su madre.

No pensó en lo que iba a decirle ni en lo que su madre iba a decirle a ella. Pensó en algo más anterior. Pensó en la última vez que su madre y ella habían comido solas en aquella mesa del comedor de Segovia. Lo intentó calcular. Navidad de 2023. Hacía dos años y tres meses. Antes de eso, otra Navidad, la de 2022. Antes de esa, la de 2020, la del COVID, que había sido entrecortada y desde lejos. El patrón era anual y relacionado con fechas señaladas. Su madre y ella tenían un calendario de encuentros que no nombraban como calendario.

Aquel sábado no estaba en el calendario.

Nora pasó Segovia capital por la circunvalación. La casa de Lola estaba en San Lorenzo, un barrio antiguo a las afueras del casco. Un piso bajo con un patio pequeño, dos habitaciones, una cocina de los años setenta que Lola se había negado a renovar. Casa de viuda mayor que se había acomodado al espacio que ya tenía y que no iba a moverse de él hasta que la moviera otra cosa.

Aparcó delante del portal a la una y cuarenta y cinco. Llegaba puntual. Lola no era de las que abrían la puerta antes de tiempo.

* * *

Tocó al telefonillo. Subió las dos plantas. La puerta del piso ya estaba abierta cuando Nora llegó al rellano. Lola, en el marco, con la rebeca de lana azul marino y un delantal de cocina que solo se ponía cuando esperaba visita.

—Cariño.

—Mamá.

Se besaron en una mejilla. Solo una. Nora notó que su madre olía como siempre —al jabón Heno de Pravia que llevaba toda la vida usándose— y que tenía el pelo recién peinado.

—Pasa.

Pasó. La mesa del comedor estaba puesta para dos. Plato hondo, plato llano, copa de agua, copa de vino, servilleta de tela. Lola usaba los platos buenos, los del padre, los que solo sacaba en ocasiones que ella consideraba importantes.

Nora lo registró. No comentó.

—Ahora mismo te sirvo —dijo Lola—. He hecho judiones.

Nora se quitó la chaqueta.

—Siéntate.

Comieron casi en silencio durante el primer plato. Lola preguntó por el trabajo. Nora dijo que el trabajo estaba como siempre. Lola preguntó si comía bien. Nora dijo que sí. Lola preguntó por Sergio. Nora dijo que estaba bien. Y que su mujer también —aunque no recordaba si su madre sabía que Sergio estaba casado—. Lola asintió. Eran las dos y veinte.

Al segundo plato —bacalao con tomate, otro de los platos del repertorio invernal de Lola— Nora preguntó.

—¿Cómo estás tú, mamá?

Lola dejó el tenedor sobre el plato. Se limpió los labios con la servilleta. Se quedó callada cinco segundos.

—He estado pensando en cosas, cariño. Esta semana.

—¿Qué cosas?

—Cosas viejas.

—¿De cuáles?

—De las que hablamos otro día.

Las dos sabían a qué se refería. Lola no había dicho una sola palabra sobre Sara en todo lo que llevaban de comida. Nora tampoco. Y, sin embargo, las dos habían estado hablando de Sara desde que Nora había entrado por la puerta.

Lola continuó.

—Después de comer subimos al desván. Hay unas cosas que llevo dos meses queriendo enseñarte. Pero come, cariño. Que se enfría.

Nora comió.

* * *

Subieron al desván a las cuatro menos cuarto. El desván era el cuarto pequeño debajo del tejado, al que se accedía por una escalera plegable que Lola había dejado bajada. Olía a polvo limpio —Lola limpiaba el desván, también— y a cartón viejo. Había seis cajas etiquetadas con rotulador negro: Manuel · Trabajo, Manuel · Cartas, Manuel · Personal, Lola · Cocina, Sara · Colegio, Fotos · Varias.

Lola llevó a Nora a la caja de Manuel · Personal.

—La he abierto esta semana —dijo—. Llevaba sin abrirla desde que tu padre murió. He pensado en hacerlo muchas veces. No sé por qué decidí esta semana.

Nora se sentó en una silla pequeña que había en el desván —una silla de mimbre, vieja, que en otra vida había estado en el pasillo—. Lola abrió la caja.

Dentro: agendas anuales del padre del periodo 1990-2010. Cartas atadas con cordel. Fotografías sueltas en sobres marrones. Una libreta negra con goma elástica. Tres cuadernos pequeños de tapas blandas.

Lola sacó la libreta negra. La sostuvo un instante. La dejó sobre el regazo de Nora.

—Esta es del año en que pasó.

Nora la cogió. No la abrió. La sostuvo igual que la había sostenido su madre.

—Mamá.

—¿Sí?

—¿Tú la has leído?

—La he abierto. La he hojeado. Hay cosas que no entiendo y cosas que entiendo a medias y cosas que no quiero leer enteras. Eres tú la que tiene que leerla. Yo he hecho ya con lo que recuerdo lo que he podido. Tú eres policía. A lo mejor ves algo en lo que él escribió que yo no pude ver.

—Hecho.

—No tienes que leerla hoy. Llévatela a Madrid. Cuando puedas.

Nora dejó la libreta sobre la silla. Lola sacó del fondo de la caja un sobre marrón. Lo abrió. Eran fotografías. Las puso una encima de otra sobre el suelo del desván, en una pila pequeña.

—También he encontrado estas. Eran del cajón del padre. Las hizo él en alguna parte del año en que pasó. No las he visto enteras todavía.

Nora se acuclilló en el suelo del desván. Empezó a pasar las fotografías una por una. Eran fotos de los años noventa, papel fotográfico, colores que ya no eran los de los noventa porque el tiempo los había bajado un grado. La primera era de Sara con un balón en un parque que Nora no reconoció. La segunda era una foto de Lola y el padre en una cena, sonriendo, en un restaurante. La tercera era de Nora con once años en el balcón del piso antiguo de Vallecas. La cuarta era un paisaje de carretera. La quinta y la sexta y la séptima eran del portal del piso antiguo, fotos extrañas —fotos de arquitectura, no de personas—. El portal de la calle Monte Igueldo, número once. Sara salía en dos de ellas, jugando, con el flequillo que le tapaba un ojo.

La octava foto era una más del portal. Sin Sara. Solo el portal vacío visto desde la acera de enfrente.

Nora la sostuvo un momento. Después la dejó debajo de las otras. La pila quedó como estaba antes de que Nora la cogiera.

Lola, desde la silla de mimbre, no la había mirado mientras pasaba las fotos. Estaba mirando una agenda del 99. Tenía las gafas de leer puestas y leía despacio, sin urgencia. De vez en cuando, sin comentarlo, repasaba con el dedo el nombre de un médico —el doctor Valls, el psicólogo de la consulta encima del bar Vinos al que el padre había ido dos veces aquel año—.

—Mamá —dijo Nora.

—¿Sí?

—Estas fotos las hizo papá.

—Sí.

—¿Las hizo él aquel año o son de antes?

—Son de aquel año. La cámara que tenía es la cámara que él se compró en el noventa y siete, cuando ascendieron en el cuerpo. Antes de eso usaba la vieja. Estas son de papel fotográfico, de los carretes de los noventa.

—¿Y las del portal vacío?

Lola dejó la agenda sobre el regazo. Se quitó las gafas de leer. Las dejó colgar del cordón.

—Esa pregunta también me la hice yo cuando las encontré.

—¿Y qué te contestaste?

—Que tu padre, durante los meses anteriores, cuando ya sospechaba que algo no iba bien con Sara, se ponía en la calle con la cámara y fotografiaba sitios que no tenían nada interesante. Calles. Portales. Esquinas. Yo lo veía hacerlo y le preguntaba por qué, y me decía que era costumbre suya, que se había aficionado a la fotografía. Yo me lo creí porque me convenía creerlo.

—¿Y ahora qué te crees?

—Que no era una afición.

Nora no contestó. Lola tampoco añadió nada. Se quedaron las dos calladas en el desván medio minuto.

Después Lola dijo:

—Cariño, ¿tú estás trabajando en algo que tenga que ver con esto?

Nora levantó la cabeza.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque has venido. Porque te he llamado y has venido a la primera vez que te he llamado. Antes de esta semana yo te pedía que vinieras y tardabas semanas en venir. Esta vez has venido a los seis días.

—Mamá.

—No me contestes si no quieres.

—Estoy trabajando en un caso —dijo Nora—. No tiene relación directa con lo de Sara. Pero la semana pasada me ha hecho pensar otra vez en aquel año. Por eso te he hecho caso a la primera.

Lola asintió. No insistió.

—Llévate la libreta. Llévate las fotos. Llévatelo todo. Todo lo que él escribió, todo lo que él guardó, todo lo que él fotografió. Yo lo he tenido aquí quince años. Ahora es turno tuyo.

—Mamá.

—¿Sí?

—Gracias.

Lola la miró desde la silla de mimbre. Tenía las dos manos sobre la agenda del 99 cerrada en el regazo. Llevaba el pelo recién peinado, la rebeca azul marino, las gafas de leer colgadas del cordón. Setenta y un años. Una mujer que llevaba quince años abriendo la puerta del desván los miércoles con un trapo y bajándola sin mirar las cajas.

—Cariño, no tienes que dármelas. Yo no he hecho nada.

—Has guardado las cosas.

—Eso no es hacer.

—Sí lo es.

Lola apretó los labios. No contestó. Asintió pequeño con la cabeza.

A las cinco menos cuarto bajaron del desván. Nora llevaba la libreta negra con goma elástica y un sobre marrón con las fotografías. Lola las había metido en una bolsa de la compra, la del Mercadona de

Segovia, porque era lo que tenía a mano y porque a Lola le parecía absurdo dar a su hija nada importante en una bolsa pomposa.

Nora se fue a las cinco y veinte.

Antes de salir, en la puerta del piso, Lola le dio un abrazo. Era el primer abrazo que se daban madre e hija desde el funeral del padre en 2011. Quince años. Lola apretó dos segundos y soltó. No dijo nada. Nora tampoco. Un beso en la mejilla, una mano breve en el hombro, una puerta que se cerraba mientras Nora bajaba los dos pisos hasta el portal.

* * *

En el coche, antes de arrancar, Nora puso la bolsa del Mercadona en el asiento del copiloto. Sacó la libreta. La sostuvo. La hojeó dos páginas —la primera estaba en blanco, la segunda tenía la fecha enero 1998 en la esquina superior y una lista de compromisos profesionales del padre escrita con bolígrafo azul—. La cerró. La dejó sobre la bolsa.

Sacó el sobre marrón. Sacó las fotos. Pasó las ocho. Las repasó dos veces. La octava —la del portal vacío— la dejó encima del montón. La sostuvo dos minutos a contraluz contra la ventanilla del coche.

Era una foto del portal del piso antiguo de Vallecas tomada desde la acera de enfrente. Pasaje vacío. Sin Sara, sin Nora, sin nadie. La acera estaba mojada —había llovido— y la luz era de tarde de invierno. Una luz gris-amarilla. La hora aproximada, por la sombra, debían ser entre las cuatro y las cinco de la tarde. Por la luz, Nora estimó: noviembre o diciembre. 1997.

Nada en la foto era extraño. La extrañeza no estaba en lo que la foto mostraba. Estaba en el hecho de que un policía en activo, en su tiempo libre, hubiera cogido la cámara y hubiera ido a la acera de enfrente del portal de su casa para tomar una foto del portal vacío.

Y una segunda extrañeza, distinta, más pequeña, que Nora apuntó mentalmente sin desarrollar: ocho fotos del mismo portal tomadas durante dos años —siempre desde el mismo punto de la acera de

enfrente, siempre con el mismo encuadre— sugerían un padre vigilando. Pero un padre que vigila un portal durante dos años, en tiempo libre, no siempre vigila solo. A veces alguien más mira lo mismo desde otro sitio. Nora apartó el pensamiento. No era pregunta para esta tarde. Era pregunta para alguna futura.

Nora se quedó un momento más con la foto en la mano. No estaba pensando en el portal. Estaba pensando en el hombre que lo había fotografiado. A su padre lo recordaba sobre todo en negativo: la silla vacía a la hora de la cena, el teléfono sonando a horas raras, las temporadas en que volvía a casa con la cara de quien arrastra un caso dentro. De pequeña había creído que era el trabajo el que le hacía aquello. De mayor, ya en el cuerpo, había entendido que era al revés: que su padre era de los que no sabían cerrar un expediente que no estuviera resuelto, y que el trabajo solo le había dado la excusa institucional para hacer con cientos de casos lo que su carácter le habría hecho hacer de todos modos con uno.

Lo que tenía delante —ocho fotos de un portal vacío, una libreta, trece años de hojas sueltas— no era un legado de policía. Era un legado de padre. Manuel Vidal no le había dejado a su hija un caso para que lo resolviera; le había dejado la prueba de que él tampoco había podido, y de que no por eso había dejado de mirar. Nora reconocía el gesto. Lo reconocía porque era el suyo. Llevaba quince años en Canillas siendo, con las víctimas de otros, exactamente la clase de persona que su padre había sido con la suya: la que vuelve sobre lo cerrado, la que no se fía de un «cierre administrativo», la que guarda la caja por si algún día.

La diferencia era que a Nora nadie le había pedido que heredara esto. No había testamento, no había encargo, no había una frase del padre en el lecho de muerte diciéndole sigue tú. Solo había una caja en un desván que su madre había decidido abrir un martes cualquiera de marzo, veinticinco años después. La búsqueda no se transmitía con palabras. Se transmitía así: en cajas, en letra que sobrevivía a la mano que la había escrito, en un reloj parado que un hombre había decidido no arreglar. Nora no había elegido recibirla. Pero ya la tenía en el asiento del copiloto, dentro de una bolsa del Mercadona, y eso,

lo supo sin querer saberlo, era lo más parecido a una elección que iba a tener.

Nora guardó las fotos otra vez. Las metió en el sobre. El sobre, en la bolsa.

Arrancó.

A la altura del túnel del Guadarrama, le sonó el móvil. Era Sergio.

—Vidal.

—Aranda.

—¿Volviendo?

—Volviendo.

—¿Qué tal?

—Ya te contaré.

—Vale. Cuando llegues a Lavapiés llámame.

Colgó. Bajó por la AP-6 sin mirar el cuentakilómetros, sin ganas de llegar.

A las siete y veinte aparcó en su portal de Lavapiés. Subió los cuatro pisos con la bolsa del Mercadona en una mano y la chaqueta en la otra.

La libreta negra y las ocho fotografías quedaron sobre la mesa baja del salón aquella noche. Nora no las abrió.

Llamó a Sergio a las ocho menos cuarto. Le contó lo que había encontrado. No le dijo lo de la foto del portal vacío.

Algunas cosas, todavía, había que mirarlas a solas.

Capítulo 17

La librería cerrada

Salió de Madrid el domingo a las ocho de la mañana. Dejó a Sergio dormido —figurativamente; Sergio estaba en su casa con su mujer y Nora no lo había avisado de la salida—. Lo había decidido a las dos de la madrugada del sábado al domingo, sentada en el sofá con la libreta negra del padre sin abrir sobre el regazo. No la voy a abrir hasta que vuelva de Ribadesella, había pensado. Hay cosas que se leen mejor cuando otras están cerradas.

A las ocho y diez metió en la bolsa de viaje gris una muda, un cargador, el cepillo de dientes y el cuaderno de Amalia del 2014 —el que iba a leer en el viaje—. Cogió las llaves del coche. Antes de salir, sobre la mesa baja del salón, dejó la libreta negra y el sobre marrón con las ocho fotografías. La libreta encima. El sobre debajo. Sin abrir.

Le dejó un mensaje a Sergio en el buzón del móvil. Aranda, voy a Ribadesella. Vuelvo mañana lunes a primera hora. No es operativo, es seguimiento de testigo principal. Aviso a Gálvez si necesitas justificarlo.

Bajó al coche. Arrancó.

A las nueve cogió la A-6 hasta Benavente. Eran las once y media cuando paró en la gasolinera de Cea, ya por la A-66, para repostar y para cambiar al cuaderno del 2014 —había leído la mitad antes de salir de Madrid, sin tomar notas otra vez—. Amalia tenía veinticuatro años, vivía en Ribadesella desde hacía un año, había empezado a trabajar de ayudante en la librería. La voz de los cuadernos posteriores a la huida era distinta; menos urgente, menos vigilante. La voz de alguien que llevaba dos años descubriendo, despacio, que no la perseguía nadie.

Llegó a Ribadesella a las dos menos cuarto. La ría llevaba agua mansa y las nubes eran las mismas que la otra vez, pegadas a las laderas, sin decidirse a soltar lluvia o levantarse. Nora aparcó en la misma plaza pequeña a tres calles de la librería. Bajó al paseo marítimo. Comió en la misma casa de comidas en la que había

comido con Sergio la otra vez. La camarera la reconoció pero no comentó.

A las cuatro menos cuarto subió a Manuel Fernández Juncos.

* * *

La librería tenía el cartel de cerrado. La puerta, sin embargo, no estaba con la cadena puesta. Nora la empujó. La campanita encima sonó completa.

Dentro: olor a libro, olor a costa, olor a algo más que la otra vez no había estado y ahora sí estaba —pescado, cocción lenta, algo con laurel—. Amalia estaba en la trastienda. La oía moverse.

—Entre, inspectora.

Nora cerró la puerta detrás de sí. Echó el pestillo, como había hecho Amalia la primera vez. Pasó al fondo.

Amalia llevaba un delantal de cocina sobre el jersey de lana gris. Tenía las manos en una olla pequeña, sobre un fogón portátil que estaba conectado a un alargador del enchufe del despacho. La trastienda olía a pescado bueno cocinado despacio. Sobre la mesa de madera había dos boles, dos cucharas, pan en una panera.

—Le he hecho sopa.

—Acabo de comer.

—La sopa de domingo no se come por hambre. Se come por compañía.

Nora asintió. Se sentó. Amalia sirvió dos boles. Comieron en silencio durante dos minutos. La sopa era de los pescados que se quedan en la lonja al final del sábado y que un cocinero asturiano sabe convertir en algo que un madrileño no habría imaginado. Nora se la comió entera. Después dijo:

—¿Cómo se llama usted ahora, en realidad?

Amalia la miró desde el otro lado de la mesa. La pregunta no la había esperado primero, pero tampoco le sorprendió. Se quedó callada cinco segundos.

—Hoy todavía no se lo voy a decir.

—Vale.

—Otro día sí. Hoy todavía no.

—¿Por qué me lo pregunta hoy?

—Porque no he venido por información de caso. He venido por usted. Quiero saber a quién estoy viniendo.

Amalia asintió. No contestó. Sirvió pan en los dos platos.

Después dijo:

—Inspectora, le voy a contar tres cosas. Después usted me cuenta una. Luego seguimos comiendo.

—Adelante.

—La primera. Yo me firmé la A en la muñeca con un abrecartas un domingo, en el Hogar San Marcos, cuando tenía ocho años. Lo hice en dos veces porque la primera me dolió más de lo que pensaba. Eso ya lo sabe usted porque lo ha leído en el cuaderno del año noventa y nueve.

—Sí.

Amalia se subió la manga derecha del jersey. Nora vio la cicatriz por primera vez. Era pequeña, casi un centímetro, blanca, torcida, en forma de A apretada. La piel alrededor estaba lisa.

—No me la firmé para que me encontraran. Me la firmé para no perderme yo. Llevo casi tres décadas con ella. He pensado, durante años, qué iba a contarle a la persona que algún día me preguntara por ella. Pensé que nadie iba a preguntar. La semana pasada usted

entró en mi librería y supe que iba a preguntar tarde o temprano. Eso es la primera cosa.

—La primera.

Amalia se bajó la manga otra vez. Se quedó con las manos sobre la mesa, una al lado de la otra.

—La segunda. El hombre gris.

—Adelante.

—Tres cosas que sé. Tres cosas que se las puedo describir. Si las anota, las anota. Si las quiere oír y ya está, también.

—Las anoto.

Nora sacó el cuaderno nuevo del bolsillo. Lo abrió en una página en blanco. Sacó el bolígrafo.

—Una. Tenía las manos siempre muy limpias. Las uñas cortadas rectas. Como si no tocara nunca nada con ellas. Yo me fijaba en las manos de los hombres porque mi padre, antes de morirse, era veterinario y tenía las manos siempre con tierra debajo de las uñas, así que para mí era la diferencia entre el padre y los demás hombres. El hombre gris era el contrario del padre.

—Sí.

—Dos. Olía a una colonia que ya no se fabrica. La compraba en una farmacia de Chamberí —me lo dijo un día sin venir a cuento, cuando tenía yo unos doce años, como si quisiera que yo lo supiera. Se llamaba Joya de Lirio. Era de los años setenta. Yo nunca la he olido en otro lado. Si usted la encuentra alguna vez, en el sitio donde sea, esa colonia es él.

—Joya de Lirio. Anotado.

—Tres. Firmaba en letra de imprenta mayúscula. Lo hacía siempre, con todos los papeles. Yo le pregunté una vez, con once o doce años,

por qué firmaba así. Me dijo, sonriendo un poco —que era como sonreía él, siempre un poco, como si no terminara de sonreír—, que firmaba así para que no le reconocieran por la letra. Yo no entendí entonces lo que quería decir. Lo entendí más tarde.

Nora anotó las tres cosas. Subrayó la última dos veces. Levantó la vista.

—Esta es la tercera —dijo.

—Esta es la tercera.

Amalia bebió un trago de la sopa de su bol, ya tibia.

—Y ahora le voy a contar lo que no sé. Yo no sé el nombre del hombre gris. Lo conocí durante años con la cara y con los hábitos y con la firma, pero nunca con el nombre. Nadie lo decía delante de las niñas. Y ahora quiero que usted, inspectora, me diga si lo sabe.

Nora la miró. Los ojos castaños. Más oscuros ahora, en la luz de tarde de domingo de marzo, que en cualquier otra luz que Nora hubiera visto antes. Había llegado el momento.

—Sí —dijo Nora.

—Dígamelo.

—Andrés Moral Escudero. Setenta y un años. Vive en Madrid, calle Sandoval. Viudo. Sin hijos. Jubilado del Ministerio en dos mil siete. Trabajó como administrativo en el Hogar San Marcos veintidós años seguidos.

Amalia no se movió durante diez segundos. Después hizo una cosa pequeña que Nora no le había visto hacer antes: cerró los ojos, se llevó la mano izquierda —no la de la A, la otra— al pecho, encima de la rebeca, justo donde la lana se cruzaba con la clavícula. Se la puso ahí. La tuvo así seis o siete segundos. Después la bajó.

—Andrés Moral Escudero.

—Sí.

—Veintidós años seguidos.

—Sí.

—Habrá tenido a más niñas. Antes de mí. Después de mí.

—Sí.

—¿Cuántas saben ustedes que han pasado?

—Cuarenta y siete entran en nuestro filtrado entre 1988 y 2008. De esas, cuarenta tienen rastro coherente, y siete no. Las siete sin rastro las estamos investigando como prioritarias. Pero hay más. Hay listados anteriores a 1985 que él pudo gestionar. Y hay cuadernos posteriores. Estamos al principio.

—Mireia.

—Ya hemos hablado con la trabajadora social que cuidaba el centro entonces. Encarna Murillo. Ella tiene treinta y dos nombres anotados en un cuaderno propio entre dos mil uno y dos mil tres. Mireia está en su lista. La descripción de Encarna coincide con la suya, Carmen.

Amalia parpadeó. Era la primera vez que Nora la llamaba por el nombre de su expediente. Amalia no la corrigió.

—Encarna está bien.

—Está bien. Vive en Cuenca. Tiene una hija. Lo va a contar todo cuando llegue el momento.

—Tomo nota.

Amalia se quedó con la mirada a media distancia un momento. Cuando volvió a mirar a Nora, los ojos estaban enteros otra vez.

—Inspectora.

—¿Sí?

—Le pedí una. Me toca pedirle una.

—Adelante.

—No lo busque solo por las niñas.

Nora la miró.

—Búsquelo también por usted.

—¿Qué quiere decir?

—No le sé contestar. Pero llevo desde la semana pasada sospechando que usted no vino a buscarme a mí únicamente porque yo apareciera en un expediente. Y no me dijo, la otra vez, qué la había llevado al archivo a buscar. Hubo algo más. No hace falta que me lo cuente. Pero si lo busca a él, búsquelo entero. No solo por nosotras.

Amalia se levantó. Recogió los dos boles. Los llevó al fregadero pequeño del rincón de la trastienda. Los enjuagó con agua fría. Volvió a la mesa. Se sentó otra vez.

—Inspectora, ¿quiere té?

—Sí.

Amalia preparó té. Hervidor pequeño, dos bolsitas, dos tazas. La trastienda ya empezaba a oscurecerse —eran las cinco y veinte y la luz de domingo de marzo en la costa cantábrica baja deprisa—, y Amalia encendió una lámpara de mesa pequeña que daba luz amarilla. Nora sostuvo la taza entre las manos. La taza estaba caliente. Las dos manos de Nora también.

—La pregunta que le pedí —dijo Amalia.

—Ah.

—Era una. ¿Me la contesta hoy o me la cuenta otro día?

Nora sostuvo la taza un instante más. Después dijo:

—Mi hermana desapareció en mil novecientos noventa y ocho. Tenía catorce años. Yo tenía diez. Vivíamos en Vallecas. El caso no se cerró, no lo resolvió mi padre, que era policía y lo investigó hasta que murió en dos mil once. La he tenido callada durante veintisiete años. Hace unas semanas empecé a soñar con una mujer del vestido amarillo. La cara de esa mujer fue tomando forma. La forma resultó ser la suya.

Amalia bebió un trago de té.

—¿Cómo se llama su hermana?

—Sara.

—Sara.

—Sí.

—¿Y por qué cree usted que la cara que se le formaba era la mía?

—No lo sé.

—¿Cree que es porque mi caso y el suyo están relacionados?

—No lo sé. Hoy no lo sé.

Amalia asintió. Se quedó callada otro silencio. Después dijo:

—Inspectora, voy a ayudarla. Con lo de las niñas. Con lo de Moral. Con todo lo que pueda. Voy a declarar formalmente cuando me lo pidan. Voy a venir a Madrid si hace falta. Y voy a contarle lo que recuerde, todo, en el orden en el que me lo pregunte.

—Gracias.

—Pero no voy a poder ayudarla con lo de Sara. Sara no es una de nosotras. Yo lo sentiría. Si en mis años en el San Marcos hubiera pasado una niña con su descripción y su edad, yo lo recordaría. Y no la recuerdo. Lo siento.

—Vale.

—Lo de Sara es suyo, inspectora. No lo pierda en lo de las niñas. Manténgalo aparte. Manténgalo entero.

Nora asintió. Bebió un sorbo del té. Estaba caliente todavía. La lámpara amarilla parpadeó un segundo y se quedó.

—¿Cuándo vuelve a Madrid? —preguntó Amalia.

—Mañana lunes a primera hora.

—¿Dónde duerme esta noche?

—En el hotel donde dormimos la semana pasada.

—¿Sola?

—Sola.

—Esta noche puede dormir aquí. Tengo cuarto de invitados. Pequeño pero hay cama.

Nora se quedó pensando. Después negó con la cabeza, despacio.

—Gracias. Pero esta noche tengo que estar yo conmigo misma.

Amalia sonrió. Era la primera vez que Nora le veía una sonrisa entera. Pequeña pero entera.

—Bien.

Nora se levantó. Cogió la chaqueta. Cogió el cuaderno nuevo, donde había anotado las tres cosas del hombre gris. Se quedó delante de Amalia, que también se había levantado.

—Volveré.

—Lo entiendo.

Salieron juntas hasta la puerta. Amalia descorrió el pestillo. La campanita sonó cuando Nora la empujó hacia fuera. Afuera, la calle estaba vacía. Domingo de marzo en Ribadesella a las seis menos diez. Nora se volvió.

—Carmen.

—¿Sí?

—El nombre que use usted no me lo tiene que decir hoy. Pero un día que sea sábado, y vuelva yo, y haya pasado todo, me lo cuenta.

—Sí.

—Hasta entonces.

—Hasta entonces.

Amalia cerró la puerta. Nora oyó el pestillo desde fuera.

Bajó al hotel.

* * *

Esa noche, en la habitación pequeña del hotel Don Pepe, Nora abrió la ventana al paseo marítimo. Hacía frío de marzo norteño. No encendió la calefacción. Se sentó en la cama con el cuaderno nuevo y leyó las tres cosas anotadas tres veces seguidas:

1. Manos siempre muy limpias. Uñas cortadas rectas.

2. Joya de Lirio. Farmacia de Chamberí.

3. Letra de imprenta mayúscula al firmar.

Las tres cosas eran consistentes con la foto del padrón. Las manos. La calle Sandoval estaba en Chamberí, a cinco minutos andando de cualquier farmacia clásica. La letra de imprenta era la firma del expediente 404 que Sergio iba a encontrar mañana lunes en el archivo físico.

Mañana, en otras palabras, iban a tener confirmación visual del firmante.

Lo que Amalia le había dado esta tarde no era una identificación nueva. Era la coincidencia exacta entre dos descripciones —la de la víctima superviviente y la del expediente— que blindaba la investigación a Andrés Moral Escudero.

Nora cerró el cuaderno.

Se quedó mirando la ventana. Afuera, las farolas del paseo marítimo se habían encendido y la luz amarilla se reflejaba en el agua quieta de la ría.

Pensó en la otra cosa que Amalia le había dicho.

No lo busque solo por las niñas. Búsquelo también por usted.

Pensó que Amalia, sin saber nada de Sara, había dicho algo que Nora llevaba toda la semana intentando no oír. Y que se lo había dicho una mujer que no la conocía hace siete días.

Cerró la ventana. Se metió en la cama. No durmió hasta muy tarde.

Capítulo 18

Diecisiete años

—Diario de Amalia—

23 de noviembre de 2007. 4:17 de la madrugada.

Llevo cinco horas en este vagón.

Escribo con el lápiz de antes, el del tren que se gasta en lugar del lápiz pequeño porque se me ha caído al subir y se ha quedado en la vía. He cogido este otro de la bolsa. Me tiembla la mano. No tengo frío pero la mano me tiembla. He decidido escribir igual.

Salí del pazo a las cinco y media de la tarde. Los del pazo cenaban a las nueve los días de fiesta y hoy era fiesta porque era el santo de la abuela del señor. La cocina estaba llena. Yo había puesto la mesa. Cuando todos se sentaron, yo bajé al sótano a por una botella de vino que la señora me había mandado a buscar. En el sótano cogí mi diario, una muda, una camiseta, mi chaqueta marrón y los sesenta euros que llevaba ahorrando desde junio. Ya tenía la bolsa preparada en el sótano desde hacía tres semanas, escondida detrás de las cajas de manzanas.

Subí con la botella. Se la di a la señora. Le dije que iba a la habitación a por una rebeca. Salí por la puerta de servicio del fondo del pasillo, que da al patio trasero.

Caminé dos kilómetros hasta la carretera. Un camión que iba a Lugo me llevó hasta el cruce de Sarria. El camionero no me preguntó nada. Tenía sesenta años y la radio puesta. Me dejó al lado de la estación de mercancías, le dije que iba a coger un tren a casa de mi tía. Me dijo que tuviera cuidado. Le dije que sí.

Esperé en el bosque al lado de la estación dos horas. A las once de la noche pasó un tren de mercancías parándose. Yo lo había visto pasar a esa hora otras dos veces, los miércoles que yo había bajado a Sarria con la señora a hacer la compra grande del mes. Subí al

tercer vagón. Tenía la puerta corrida y dentro había sacos. Me senté entre dos.

Llevo aquí cinco horas.

No sé adónde voy. Por el sentido sé que voy hacia el norte, hacia Asturias. Por la velocidad y el ruido de las paradas calculo que estamos pasando ahora pueblos pequeños. He visto luces lejos por una rendija de la puerta del vagón.

Tengo la chaqueta puesta. Tengo el diario sobre las rodillas. Tengo el lápiz. Tengo los sesenta euros en el bolsillo interior, cosido por mí, que llevo cosiendo desde los doce años porque la señora Herrero me enseñó a coser por dentro.

Pienso en lo que pesa cada una de las cosas que llevo y en lo que no llevo. No llevo papel del DNI. Tengo diecisiete años pero puedo decir quince o dieciséis sin que se note. La gente no me pregunta DNI a mi edad. He aprendido eso también.

Pienso en cómo se entera la señora del pazo cuando la cena acabe y yo no haya vuelto del baño. La cena acaba a las once. A las once y media la señora subirá a buscarme. A las doce notará que he cogido la bolsa. A las doce y cuarto bajará al sótano y verá que falta mi diario. A las doce y media llamará al señor. A la una llamarán al hombre gris. A las cinco de la mañana, dentro de poco, el hombre gris ya estará al teléfono con alguien.

Pero el tren se está moviendo y nadie sabe en qué tren estoy. Esa parte del cálculo no la puede hacer el hombre gris. Y por eso, durante las próximas horas, soy yo la que está contando.

He pensado en escribirles algo. No al pazo. A la señorita Encarna, que ya no estaba en el San Marcos cuando yo me fui pero que sé que está en algún sitio. He pensado en escribirle una postal cuando llegue donde llegue, una postal que diga: señorita Encarna, estoy bien. No le voy a escribir. Si le escribo, le pongo encima a ella el peso de saber dónde estoy. Y la señorita Encarna, con todo lo buena que era, sería la primera que tendría miedo de no poder callarlo.

Mejor que no sepa.

He pensado también, las once horas que llevo desde que salí del pazo, en lo que voy a hacer cuando me baje del tren.

Voy a buscar trabajo. Lo que sea. Vendimia, restaurante, casa, lo que pidan. Voy a dormir en pensiones baratas las primeras semanas, con los sesenta euros y con lo que vaya ganando. Voy a hacerme un nombre nuevo. Yo creo que voy a aprender a llamarme de otra manera para que el hombre gris, si me busca, me busque a la persona que ya no soy.

Y eso me lleva a la cosa que llevo pensando todos estos años y que esta noche es por fin verdad.

No me firmé para que me encontraran. Me firmé para encontrarme yo. Y hoy he empezado a encontrarme.

La A me ha estado en la muñeca durante nueve años. Me la firmé cuando tenía ocho. Me había cambiado tres casas, dos pueblos, una región y un mar, y la A seguía donde estaba. Cuando me ponía la piel estirada por la noche, en cualquier cama de cualquier casa, allí estaba la A.

A partir de hoy, la A va a viajar conmigo hacia un sitio donde no me lleva nadie.

A partir de hoy soy yo la que llevo.

Si alguien lee esto, mi nombre no es Carmen. Pero tampoco es Amalia. Mi nombre lo decido yo a partir de ahora.

A las cuatro y diecisiete de la madrugada del veintitrés de noviembre, en un vagón de tren de mercancías que va por el norte de Galicia hacia Asturias o hacia donde sea, tengo diecisiete años y me llamo todavía Amalia porque no he tenido tiempo todavía de pensar otro nombre, pero tengo todo lo que necesito para empezar.

Tengo una bolsa.

Tengo sesenta euros.

Tengo un cuaderno y un lápiz.

Tengo una chaqueta marrón.

Tengo una A en la muñeca.

Y tengo, por primera vez en nueve años, la dirección.

Capítulo 19

Detención de Bau

A las nueve de la mañana del lunes, Sergio dejó sobre la mesa de Nora el expediente que el archivo físico había mandado a la jefatura el viernes a las cinco. Llevaba un sello de salida, una etiqueta de origen —Archivo Central de Servicios Sociales, Sala 4, Estantería 12— y una fecha en la cubierta de cartón: 12 de diciembre de 2002. MIREIA CANET TORNER · ACOGIDA VOLUNTARIA · 404.

—Cuatrocientos cuatro —dijo Sergio—. El número que faltaba.

—Tiene la firma.

—Tiene la firma.

Sergio abrió el expediente. La última hoja era una autorización formal, escrita a máquina en formato administrativo, en la que el juez de primera instancia delegaba la formalización del traslado en el administrativo del centro. La firma del juez estaba al pie con bolígrafo azul. La firma del administrativo, debajo, estaba escrita con bolígrafo negro, en letra de imprenta mayúscula, una inicial y un apellido:

A. MORAL.

Con un punto detrás de la inicial y otro detrás del apellido.

Nora la sostuvo a contraluz. La letra era la que Amalia le había descrito el domingo. Trazos rectos, sin curvas, sin enlaces. Como si el firmante no quisiera que lo identificaran por la mano. La letra de alguien que llevaba veintidós años firmando así para que nadie la cruzara.

Y había algo más en esa hoja, una cosa pequeña que Nora habría pasado por alto un mes atrás y que ahora, con todo lo que ya sabía, se le quedó mirando. En la casilla de provincia de destino ponía Almería. Pero la palabra Almería estaba escrita encima de otra, raspada con cuchilla y vuelta a mecanografiar; debajo, al trasluz, se

adivinaba el fantasma de otra provincia más corta. La corrección no llevaba ni firma ni sello marginal, como exigía el procedimiento para cualquier enmienda de un expediente ya registrado. No era un error de tecleo subsanado en regla. Era un dato cambiado después, en silencio, por una mano que tenía acceso al expediente cuando ya no debía tenerlo. Nora no supo, en ese momento, leer del todo lo que significaba. Lo anotó en el cuaderno del archivo —una línea: «exp. 404, provincia destino enmendada sin diligencia»— y siguió. Era la clase de detalle que no acusaba a nadie por sí solo, pero que, puesto al lado de otros, empezaba a dibujar a un hombre que no improvisaba: que volvía sobre lo ya archivado y lo corregía para que la niña y el papel no condujeran al mismo sitio.

—Ya lo tenemos.

—Lo tenemos —dijo Sergio.

Inés entró en el despacho a las nueve y diez. Detrás, Dani.

—Tres cosas —dijo Inés.

—Dispara.

—Una. La firma del expediente 404 coincide con la firma de Andrés Moral Escudero en su DNI archivado de mil novecientos noventa y dos. Coincide en la letra y coincide en formato. La he cotejado con un perito de letras que nos debía un favor. Hace media hora.

—Dos. He cruzado los siete expedientes sin rastro contra el listado de personal del Hogar San Marcos por tramos de fechas. En los siete, Moral firmaba o validaba como testigo en el periodo en que la niña estaba pasando por el centro. Siete de siete. Estadísticamente cero coincidencia.

—Voy.

—Tres.

—Adelante.

Inés miró a Dani. Dani se adelantó.

—Hicimos ayer una solicitud de informe de tráfico de llamadas del fijo de Ramiro Bau Sánchez en Aranjuez. Llegó esta mañana a las ocho y media. Hay un registro relevante.

Sergio dejó el expediente 404 sobre la mesa.

—Cuéntalo.

—El martes pasado, a las cinco menos dieciocho de la tarde, doce minutos después de que la inspectora y usted salieran del chalet de Bau, el fijo de Bau llamó a un número de tarjeta prepago. La llamada duró siete minutos.

—¿Tarjeta prepago?

—Sí. Comprada en una papelería del distrito de Chamberí en septiembre de dos mil veinticuatro. Registrada con DNI suplantado y dirección falsa de una calle inexistente del distrito. Sin titular útil para la investigación. Pero la triangulación de las antenas que activó esa tarjeta esa tarde la sitúa en el barrio de Chamberí, en un radio de cuatrocientos metros del piso de la calle Sandoval, número dieciséis.

—¿Y después?

—Y después, la misma tarjeta ha llamado al fijo de Andrés Moral Escudero, en Sandoval dieciséis, sexto B, cinco veces durante la última semana. La primera llamada fue el martes a las cinco y cuarenta y cinco, una hora después de la conversación con Bau. La última, ayer domingo a las nueve y media de la noche, mientras la inspectora estaba en Ribadesella. La media diaria de llamadas entre el fijo de Moral y esa tarjeta prepago en los seis meses anteriores era de cero. La frecuencia se disparó la semana pasada justo después de que la inspectora visitara a Bau. Es un patrón de aviso, no de relación habitual.

—Bau llamó a un número de Chamberí. El número de Chamberí llamó a Moral.

—Sí.

—Eso es encubrimiento.

—Y revelación de información reservada a tercero implicado en investigación abierta —añadió Sergio—. Y obstrucción.

Nora se levantó. Cogió la chaqueta.

—Llamamos a Gálvez. Pedimos detención de Bau por la mañana y vigilancia activa de Moral por la tarde. Si Moral se mueve antes de la detención de Bau, lo perdemos. Si nos movemos en orden inverso, también.

—Tendremos a la fiscal Casals y a la juez de instrucción a las once.

—Hagámoslo.

* * *

Salieron de Canillas a las trece y diez. Sergio condujo. Nora en el copiloto. Detrás, en otro coche, Dani con dos agentes uniformados. En un tercer coche, sin distintivos, una pareja de paisano que iba a quedarse en Aranjuez por si Bau intentaba avisar de algo después de la detención. La fiscal había solicitado la orden a las once y cincuenta y cinco. La juez de instrucción, con los ojos cansados de un lunes de marzo, había firmado la orden de detención por presunto delito de encubrimiento y, en su caso, revelación de actuaciones declaradas secretas, sin perjuicio de ulterior calificación, a las doce y cuarenta.

A la altura de Pinto, Sergio dijo:

—Vidal.

—Qué.

—El martes pasado tú estabas convencida de que era Bau.

—Sí.

—No lo era.

—Sí lo era. Pero no de lo que yo creía. Es de lo otro.

Sergio asintió. No añadió nada más.

A las catorce y tres llegaron a la calle de los Olivos. El Renault familiar de Bau seguía en la entrada. La luz de la planta baja estaba encendida. El perro viejo, presumiblemente, en la alfombra junto al sofá.

Aparcaron a tres casas. El otro coche, dos casas más allá. El de paisano, en la calle paralela.

Cruzaron. Sergio tocó el timbre.

Tardaron en abrir veintiún segundos esta vez.

La puerta se abrió con la cadena puesta. Era la misma rendija de la cara, las mismas gafas, la misma mejilla hundida. La rendija miró a Sergio, después a Nora, después a Dani, que se había acercado un metro detrás de los inspectores. La rendija se quedó un momento sin decir nada.

—¿Sí?

—Don Ramiro Bau Sánchez —dijo Sergio—. Queda usted detenido por presunto delito de encubrimiento y por la posible revelación de información reservada de la investigación a un tercero implicado, sin perjuicio de la calificación que resulte de las diligencias. Le leeré sus derechos. Abra la puerta, por favor.

Bau quitó la cadena.

Abrió la puerta del todo.

No protestó. No preguntó. No se sorprendió. Era la misma cara que el martes pasado.

—Pasen.

—No vamos a pasar. Acompáñenos. Tiene cinco minutos para coger lo que necesite. Mi compañera la agente —Sergio señaló a Inés, que había llegado en el otro coche y subía ahora los tres escalones del porche— le acompañará dentro.

Inés pasó detrás de Bau. Mientras esperaban en el porche, Nora oyó al perro viejo levantarse y caminar despacio por el suelo de baldosa hacia la puerta. El perro asomó la cabeza por el hueco. Olió las botas de Sergio. Miró a Nora. Volvió a olfatear a Sergio. Después se quedó allí, sentado, sin alarma, sin entender que nada estaba pasando.

Bau salió del salón con una bolsa pequeña en la mano. Llevaba un pantalón gris, una camisa azul claro, una americana negra que le hacía las mejillas todavía más hundidas. Las manos, las dos, eran grandes —Nora lo registró sin querer—. Manos grandes. Uñas anchas. Dedos largos. No las manos del hombre gris.

Bau se inclinó un segundo a despedirse del perro. El perro le dio la mano con la pata derecha, despacio, como un saludo viejo y aprendido. Bau le acarició la cabeza dos veces. Después se incorporó. Cerró la puerta del chalet con su llave. Inés precintó la puerta como testigo. Sergio se quedó la llave dentro de un sobre de pruebas etiquetado.

—¿Se ocupará alguien del perro? —preguntó.

—Una vecina suya tiene custodia provisional según la lista que figura en su declaración pública de tutor responsable. Ya la han avisado.

—Bien.

—Vamos.

Lo metieron en el segundo coche con Dani al volante y un agente uniformado al lado. Sergio condujo el primero con Nora otra vez en el copiloto. Nadie habló durante los primeros diez kilómetros del regreso a Madrid.

A la altura de Valdemoro, Nora dijo:

—Sergio.

—Qué.

—Las manos de Bau no son las del hombre gris.

—Lo sé.

—Lo confirmo.

—Ya teníamos la confirmación con la foto del padrón. Pero gracias.

Nora asintió. Miró por la ventanilla. La autovía pasaba campos de marzo a medio brotar. Las manos de Moral, sobre las rodillas, en una foto de carnet del padrón. Las manos de Bau acariciando al perro. Las manos no se podían fingir. Las manos eran lo más antiguo de cada cuerpo.

Bau no había sido la dirección del sistema; eso ya estaba confirmado. Pero no había sido un desvío. Había sido un puente lateral: el que vio sin firmar, el que avisó sin participar, el que cobró —dos veces en los noventa, según los movimientos del fijo que Inés ya había empezado a cruzar con el extracto de cuentas— sin tener que contar. Una figura necesaria para que un sistema cerrado funcionara durante veintiún años: alguien que mirara a otro lado a cambio de que el otro lado lo mirara a él. Esa figura, ahora, iba a quedar también en el expediente.

* * *

A las dieciocho horas, Bau estaba en el calabozo de Canillas con un abogado de oficio camino. La fiscal había leído el atestado y había dado el visto bueno a la investigación provisional. El juzgado había señalado para el martes a las diez la comparecencia de situación personal y medidas cautelares. Inés y Dani estaban en el despacho de la unidad ultimando el informe de detención. Sergio había bajado a la cafetería a por dos cafés y no había vuelto todavía.

Nora, sola en el despacho, miraba la pizarra.

A la izquierda, las cuatro fotos volvían a estar pegadas con cinta de carrocero —Sergio las había sacado de la carpeta esa mañana—. Carmen Soto Álvarez. Mireia Canet Torner. Rosa Vidal-Pintor. Y, abajo, el sustituto del centro: la foto del padrón de Andrés Moral Escudero, hombre calvo de unos setenta años, sin sonrisa, manos pequeñas sobre las rodillas.

Bau no estaba en la pizarra.

Bau era ya otra cosa: un caso con su propio expediente abierto, su propia investigación, su propio juzgado. Mañana se iniciaba. Pero el caso principal —el de las niñas, el del sistema, el del firmante que llevaba veintidós años validando acogidas voluntarias hacia destinos que no constaban— seguía con un solo nombre en la pizarra. Y ese nombre todavía estaba libre, en su piso de Sandoval, sin saber, todavía, que la unidad de paisano lo vigilaba desde dos coches estacionados a cien metros de su portal desde las quince y veintidós.

Nora pensó, para sí, que Bau le había enseñado dos cosas en las semanas anteriores. Que ella podía equivocarse de hombre. Y que el caso, el verdadero, no era un hombre. Era un sistema que solo necesitaba un hombre en una mesa para seguir funcionando. Lo primero la había obligado a corregir el rumbo. Lo segundo la había llevado a Moral.

Sergio volvió a las dieciocho y diecisiete con dos cafés.

—El registro del piso de Moral es el viernes a las siete de la mañana. Gálvez ha hablado con la juez. Tenemos orden.

—El viernes.

—El viernes. Hasta entonces, vigilancia activa. Si Moral se mueve, lo seguimos. Si se quita la chaqueta y va al supermercado, lo seguimos.

—Vale.

—Vidal.

—Qué.

—Cuatro días.

—Cuatro días.

Nora miró otra vez la pizarra. Cuatro días. El viernes, el piso. Hasta entonces, paciencia.

A las dieciocho y treinta y cinco, Nora cogió el móvil y llamó a Amalia desde el despacho. Le dijo, sin entrar en detalles, que habían detenido a Bau por delitos relacionados con el caso pero que el caso principal seguía abierto. Amalia escuchó. No preguntó. Al final dijo solo: «¿Y el otro?» «Para el viernes», dijo Nora. «Vale», dijo Amalia. «Llámeme cuando lo tenga.» Colgaron.

Nora volvió a la pizarra.

Se quedó mirando la foto del padrón hasta que Sergio se levantó a apagar el flexo.

En la mesilla de Nora en Lavapiés, esa noche, la libreta negra del padre sin abrir y el sobre marrón con las ocho fotografías iban a quedarse otra noche más sin tocarse.

Algunas cosas todavía tenían que esperar al viernes.

Capítulo 20

La libreta

A las nueve menos veinte de la noche del martes, Nora cerró la puerta de su piso con dos vueltas y dejó las llaves en el platillo de cerámica que tenía al lado de la entrada. Había salido del despacho a las ocho. Había bajado al coche, había arrancado, había subido por la M-30 sin tráfico —los martes de marzo, después de las ocho, eran de los pocos momentos en que la M-30 era una autovía y no un atasco —. Había aparcado en la plaza de Lavapiés a las ocho y media. Había subido los cuatro pisos despacio.

En el despacho, durante el día, Inés y Dani habían mantenido la vigilancia activa de Moral por turnos de cuatro horas. El piso de Sandoval había estado quieto. Moral había salido una vez a la una y veinte para comprar pan en una panadería de la esquina, había tardado siete minutos, había vuelto. Por la tarde no había salido. La luz de la sala se encendía a las seis y se apagaba a las ocho. Una vida lenta. No la de un hombre que se sabía perseguido. O, exactamente, la de un hombre que sí se sabía perseguido y que había decidido que la quietud era su mejor escondite.

A las nueve, Nora encendió la lámpara del salón. Se quitó la chaqueta. La colgó del respaldo de la silla del comedor. Fue a la cocina, se hizo una infusión de manzanilla —no por gusto, por costumbre adquirida durante una semana de gripe en febrero—, volvió al salón con la taza.

Se sentó en el sofá.

La libreta negra del padre estaba sobre la mesa baja, encima del sobre marrón con las ocho fotografías. Llevaba allí desde el sábado por la noche. Tres días. Nora la había mirado al pasar el domingo por la mañana antes de salir hacia Ribadesella. La había mirado el lunes por la noche al llegar de Aranjuez. Esa mañana, antes de salir al despacho, había puesto el sobre debajo y la libreta encima, en orden inverso al de Lola, sin saber por qué.

Antes de cogerla, fue a la nevera. Dentro: medio bote de aceitunas, un yogur que caducaba al día siguiente, restos de una ensalada de la semana pasada. Cerró la nevera sin coger nada. Volvió al salón. Se quedó de pie mirando la libreta dos minutos sin sentarse. Después se sentó. La taza de manzanilla le quemaba ya la mano.

Antes de abrirla, hizo una cosa pequeña. Se levantó, fue al bolso colgado del respaldo de la silla del comedor y sacó el primer cuaderno de Amalia, el de los nueve años, retirado el viernes del Banco Cantábrico de Oviedo. Lo llevó al sofá. Lo dejó sobre la mesa baja al lado de la libreta del padre, sin tocar la una con la otra. Eran dos cuadernos pequeños, los dos cerrados: el de una niña de nueve años que se había guardado a sí misma en un hogar de tránsito a lápiz, y el de un inspector de cuarenta y tantos que no había llegado a resolver lo que había escrito dentro. Nora se quedó un momento mirándolos sin abrir ninguno. Después cogió primero el del padre. El otro podía esperar. El otro, a estas alturas, sabía esperar.

Esta noche la cogió.

Era una libreta pequeña, de tapa negra con goma elástica, de las que se vendían en cualquier papelería de los noventa. La goma había cedido en los quince años desde la muerte del padre. Nora la quitó. Abrió la cubierta.

La primera página estaba en blanco.

La segunda tenía, en la esquina superior izquierda, escrito a bolígrafo azul, con la letra del padre —Nora lo reconoció con un golpe pequeño en el pecho, como un reconocimiento físico—, Manuel Vidal · Inspector · Cuaderno de notas · enero 1998.

Manuel. El padre. Nora no había leído un solo trazo de su letra desde el funeral en 2011, cuando había firmado, por delegación, dos documentos del entierro. Quince años. La letra era exactamente la que ella recordaba. Exacta y olvidada. Una letra de policía que llevaba dos décadas sin existir.

Pasó la página.

Las primeras quince hojas eran notas de trabajo del padre. Casos del primer trimestre del 98. Una declaración tomada en febrero. Una redada en Carabanchel. Un atestado por agresión. Datos secos, fechas, nombres de testigos. Letra rápida, clara, profesional. Nora las hojeó sin detenerse. No buscaba el trabajo. Buscaba el otro lado.

Pasó marzo. Abril. Mayo. Junio.

Julio.

Agosto. Una sola entrada, breve. *14 agosto: vacaciones canceladas. Caso de Móstoles complicado.*

Septiembre. Tres entradas. Una sobre un homicidio en la zona norte que el padre había llevado como segundo. Dos sobre reuniones internas del cuerpo.

Octubre.

Nora se detuvo en octubre.

La primera entrada era del *7 octubre. Mañana de mediación con el sindicato.* Notas profesionales. La segunda, del *9 octubre*, sobre un robo. La tercera, del *11 octubre*. La cuarta, del *13 octubre*. La quinta, del *15 octubre*.

La del 15 de octubre tenía un encabezado distinto. Más pequeño. Más apretado. Estaba escrita con bolígrafo negro, no azul. Y empezaba con *Sara* en la primera línea.

Nora la leyó.

Sara desaparecida desde las 17:42 del miércoles 14. Última vez vista por J. Marín, vecino del bloque, en la esquina de la plaza con la calle. Iba sola desde el portal hacia el parque. Llevaba la chaqueta de lana azul, vaqueros, zapatillas. La esquina la cruzó andando, no corriendo. J. Marín dice que había un coche aparcado junto al banco de la plaza, un Peugeot 309 blanco o crema, no recuerda matrícula. No vio quién la conducía. Una persona dentro, fumando.

Lola y N. en la plaza con la niña del Herranz a las 5. Volvieron a las 5:50. Estado de L: shock. Estado de N: no habla. Ha dejado de hablar.

Operativo policial activo desde las 19:00 del 14. Búsqueda en radio de tres kilómetros. Sin resultado.

Nora sostuvo la libreta sin leer más.

Las 17:42. Última vez vista por J. Marín, vecino del bloque, en la esquina de la plaza con la calle. Las 17:42. Su padre había escrito la hora exacta. La había sacado del testimonio de J. Marín —un nombre que Nora no recordaba, aunque, si lo pensaba, la cara de un hombre mayor con un perro de raza pequeña le venía de la infancia, alguien del barrio que iba al puesto de prensa cada mañana—. Esa hora era la que el padre había marcado como límite. Esa hora era la que había dejado parado el reloj de pulsera que ahora seguía en el estante de Lavapiés, sobre la foto enmarcada de Sara, sin moverse desde 1998.

Nora levantó la vista del cuaderno. Miró el estante.

Se levantó. Caminó los cuatro pasos hasta la pared. Cogió la foto enmarcada. La sostuvo en las dos manos. Sara, once años, sonrisa con un diente de menos. La foto estaba tomada en el patio del colegio público que había a tres calles del bloque, el San Lucas, en mil novecientos noventa y cinco. Un día normal. Sara con la trenza recién hecha por Lola. Una blusa blanca de uniforme. Los ojos directos a la cámara. Tres años antes de la desaparición. Nora la había mirado durante años sin mirarla, como se mira una cosa que está siempre en el mismo sitio. Esta noche la miró distinto. Esta noche, por primera vez en veintisiete años, vio a Sara como una niña que tuvo, con una hora exacta y un coche concreto y un testigo con apellido, un final que el padre había anotado en bolígrafo negro y había llevado consigo hasta morirse. Devolvió la foto al estante. Se sentó otra vez en el sofá.

El reloj seguía allí. Como un objeto muerto que ahora, otra vez, tenía sentido.

Nora se inclinó. Se quitó el reloj propio —el que funcionaba, el que llevaba en la muñeca desde que era inspectora— y lo dejó sobre la mesa baja, al lado del sobre marrón. Se quedó dos minutos sentada con las manos en el regazo y los dos relojes a la vista. El de su muñeca, vivo. El del estante, parado. Las 17:42.

El relojero al que su padre lo había llevado, según le había contado Lola una Navidad hacía años, había dicho que el mecanismo no estaba roto. Lo que estaba era pegado. Algo había caído dentro y había bloqueado las agujas. El padre no lo había mandado arreglar. No había explicado por qué.

Nora pensó, con una claridad que llevaba años sin haber tenido, que su padre había dejado el reloj parado a propósito.

Volvió a la libreta.

Pasó la página.

La entrada del 16 de octubre era distinta. Estaba escrita con el mismo bolígrafo negro, pero las letras temblaban más. La caligrafía era ligeramente irregular —la letra de un padre que no había dormido—. Solo tenía cinco líneas:

Nora y Lola lo vieron las dos. Las dos lo vieron. Dios mío.

Y debajo, una palabra separada del resto. Tachada con tres rayas horizontales, fuertes, hechas con bolígrafo encima. La palabra original era ilegible bajo las rayas, pero entre las rayas se distinguían los trazos de tres letras. Justo encima de las rayas, escritas con bolígrafo más fino y trazo más pequeño, dos palabras cortas que Nora no consiguió descifrar a la primera lectura, aunque la primera empezaba claramente por N.

Nora se inclinó sobre la libreta y miró las letras a contraluz de la lámpara del salón.

Tres letras. La primera, una P clara. La segunda, una A. La tercera, una R o una D. Las rayas tachaban con fuerza pero no del todo: el papel debajo conservaba la sombra de la tinta original.

PAR. O PAD.

Nora cogió el móvil. Encendió la cámara con flash. Sostuvo la libreta a contraluz. Hizo cuatro fotos de la página —dos sin flash, dos con flash—, ajustando el ángulo. Después amplió la imagen de la pantalla con dos dedos. La tercera letra era ambigua. En una foto parecía R; en otra, D. Probablemente solo un peritaje caligráfico podría descifrarla sin error. Nora no iba a pedir peritaje todavía. Las tres letras, así, sin certeza, eran exactamente lo que su padre había decidido dejar.

Tres letras tachadas con tres rayas. Como un nombre que él se había permitido escribir y luego se había prohibido a sí mismo conservar.

Pasó la página otra vez. La entrada del 17 de octubre era larga, profesional, sobre el operativo de búsqueda. Nombres de agentes, geografía, llamadas a comisarías de Cádiz, Valencia y Zaragoza por si Sara aparecía en algún punto del país. Padre policía haciendo trabajo de policía.

Después había hojas de octubre, noviembre y diciembre del 98. Un caso paralelo en Carabanchel. Notas internas. Una orden de servicio.

Y, al final del cuaderno —antes de la última hoja en blanco—, una entrada sola, fechada el 22 de diciembre. Dos meses y siete días después de la desaparición. Era una sola línea:

No es Vallecas. Es el otro. Tenía razón Lola.

Nada más.

Nora la leyó cuatro veces.

No es Vallecas. El barrio. Es el otro. No estaba claro a qué se refería. Tenía razón Lola. Su madre había acertado en algo y el padre lo había escrito.

Nora pensó, despacio: Lola. La frase tachada también tenía relación con Lola. Las dos lo vieron. Las dos lo visteis. Lola sabía algo. El padre lo había anotado y lo había tachado. El padre, al final del

cuaderno, daba la razón a Lola sobre algo que no había escrito en ninguna otra parte.

Nora cerró la libreta. La dejó sobre la mesa baja.

Se levantó. Fue a la cocina. Tiró la infusión de manzanilla sin probar. Volvió al salón. Se sentó otra vez.

Cogió el móvil. Pensó en llamar a Sergio. La pantalla mostraba la hora: las nueve y cuarenta y tres. Sergio estaría en su casa con su mujer, cenando o ya en el sofá viendo algo. Llamarle ahora era abrir esto en alto, oficialmente. Llamarle ahora era poner la libreta en el expediente del caso Moral, donde no pertenecía. La libreta era de Sara. Sara no era el caso Moral. Lo había dicho Amalia el domingo. Lo de Sara es suyo, inspectora. Manténgalo aparte. Manténgalo entero.

Nora bloqueó el móvil. Lo dejó sobre la mesa.

Volvió a la libreta. Pasó las páginas otra vez, ahora despacio, mirando los detalles que no había mirado a la primera. En una de las páginas de octubre, entre dos entradas de hechos, el padre había anotado al margen, sin desarrollar, una línea de las que un policía escribe para no olvidar un trámite: dos veces dr. valls — no sirve. Nora la leyó como lo que parecía, la nota de un hombre que había ido a un psicólogo después de perder a una hija y no había encontrado allí lo que fue a buscar, y pasó de página. La cubierta interior de delante tenía pegado, con cinta adhesiva amarillenta, un papel pequeño cuadriculado. Una nota recortada de un cuaderno mayor. Estaba escrita con el bolígrafo negro de las entradas posteriores al 14 de octubre. Era una lista, sin fecha, de cuatro nombres y un teléfono al lado de cada uno:

J. Marín —91 412 ___ ___

F. Romero —91 387 ___ ___

P. ___ —Móvil 670 ___ ___ ___

A. Castaño —91 412 ___ ___

Las cuatro últimas cifras de cada teléfono estaban borradas con tipex. Por encima del tipex, alguien —el padre, presumiblemente— había escrito con el mismo bolígrafo negro: No fiable. Solo encima del tercero, encima del nombre que empezaba por P y tenía lo demás también borrado, no había escrito nada. Solo el tipex sobre las cifras.

Nora intentó reconocer los nombres. J. Marín, vecino del bloque, era el del perro pequeño, el que iba al puesto de prensa. F. Romero le sonaba como apellido del padre de una niña del colegio, una compañera de Sara en cuarto curso. A. Castaño le venía vagamente como Anselmo Castaño, un señor mayor que vivía en el segundo derecha y que Nora había visto en velatorios de vecinos durante los noventa. Tres nombres del barrio. Tres testigos potenciales del día catorce de octubre. Y los tres figuraban como No fiable en la mano del padre.

La cuarta P. tenía borrado el nombre y el teléfono. Y no llevaba etiqueta del padre.

La cuarta P. no era no fiable. La cuarta P. era otra cosa.

Nora pensó en la palabra tachada.

P. P-A-R. P-A-D.

Pensó en lo que su padre había escrito y borrado, y lo que su padre había escrito y dejado.

A las once menos diez, cerró la libreta otra vez. La puso encima del sobre marrón con las fotografías. Se quedó mirando los dos relojes —el suyo en la mesa, el del estante— durante medio minuto.

Después cogió el suyo. Se lo puso otra vez en la muñeca. Lo miró: las once y diez de un martes de marzo. El reloj del estante seguía en las 17:42.

Mañana iba a llamar a Sergio.

Pero esta noche, todavía, era suya.

Apagó la lámpara del salón. Fue al dormitorio. Se metió en la cama vestida. Se quedó tumbada media hora con los ojos abiertos en la oscuridad.

Antes de dormir pensó en cuatro cosas, una detrás de otra, sin orden:

La hora 17:42. El nombre tachado P-A-R o P-A-D. La frase No es Vallecas. Es el otro. Tenía razón Lola. Y la lista de cuatro nombres con los teléfonos borrados.

Cuatro piezas. Una sola noche. Y un caso, el de Sara, que llevaba veintisiete años sin moverse y que esta noche, sin moverse oficialmente nada, había acabado de cambiar para siempre.

Se durmió a las doce y media.

Capítulo 21

Las dos lo visteis

A las dos de la madrugada del miércoles, Nora estaba sola en el despacho de la unidad. Había subido a las nueve y veintitrés con los cruces de Inés sobre las acogidas voluntarias del periodo 1985-1995 —los once años de Moral en el San Marcos antes del primer expediente del filtrado—. Inés había encontrado, en las nueve horas que llevaba trabajando en el archivo central, otras tres niñas del periodo anterior con perfil compatible. Tres más. Sumaban con las del filtrado ampliado hasta diez sin rastro a lo largo de veintidós años de actividad de Moral.

Diez niñas sin existir.

Nora estaba en el despacho repasando las fichas. La pizarra del fondo había crecido en una semana: ahora tenía las cuatro fotos originales —Carmen, Mireia, Rosa, Moral en el centro— y, en una columna nueva al margen, las iniciales de las otras tres: I. C. (1989) · M. F. (1991) · L. P. (1993). No podían poner las fotos porque las microfichas no las habían devuelto todavía.

I. C. era Inés Carmona, ocho años, ingresada en el San Marcos en mayo del ochenta y nueve, trasladada a familia receptora en Almería en septiembre. Sin DNI emitido, sin defunción, sin rastro desde 1989. M. F. era Mar Ferrer, nueve años, ingresada en julio del noventa y uno, trasladada a Cádiz en noviembre. Mismo patrón. L. P. era Lola Pelayo —no Lola, su madre, otra Lola—, una niña de siete años de Burgos, ingresada en febrero del noventa y tres, trasladada a Murcia en mayo. Tres niñas a las que nadie había buscado. Tres niñas a las que el sistema, durante treinta y siete años, había dado por colocadas. Tres niñas que habían dejado de existir entre los siete y los nueve años, cada una con un Moral firmando en el último folio del expediente.

A esa hora el edificio estaba prácticamente vacío. La planta cuarta solo tenía iluminadas dos despachos: el de Nora y, al fondo del pasillo, el de la guardia. La cafetera del despacho llevaba dos horas apagada. La taza vacía sobre la mesa. La libreta negra del padre, en el

bolso de Nora, debajo de la silla, sin haber sido nombrada en todo el día.

Nora no había llamado a Sergio.

Había estado a punto de hacerlo cuatro veces durante el día —al sacar la libreta del bolso a las once de la mañana, al ver la pizarra a las dos, al hablar con Inés a las cinco y media, al cerrar el ordenador a las nueve—. Las cuatro veces había decidido que era prematuro. Las cuatro veces había pensado: otro día.

A las dos y veintiocho sonó el móvil sobre la mesa.

Nora vio la pantalla. *Mamá*.

Miró la hora. Las dos y veintiocho de la mañana. Lola no llamaba a las dos y veintiocho de la mañana ni en una emergencia.

Descolgó.

* * *

—Mamá.

—Cariño.

La voz de Lola llegó con un fondo de cocina silenciosa. Lola estaba sentada —Nora oyó el roce de una silla— en el comedor de Segovia, a las dos y veintiocho, con la luz encendida. Su voz tenía el sonido de quien ha llorado un rato y ha decidido descolgar el teléfono cuando ya no le quedaban más lágrimas.

—Cariño, perdóname la hora.

—No te preocupes, mamá. ¿Estás bien?

—Estoy. No estoy bien, pero estoy.

Nora se levantó. Cerró la puerta del despacho. Volvió a la silla. No habló todavía.

Lola continuó.

—Cariño, esta semana he estado abriendo cosas del padre que llevaba quince años sin tocar.

—Sí.

—Te di la libreta de mil novecientos noventa y ocho el sábado. Esa la había hojeado yo antes. Pero hoy he abierto otra cosa.

—¿Cuál?

—La agenda del noventa y nueve. La del año siguiente. Estaba en la misma caja. No la había mirado nunca.

—¿Y?

—Hay una entrada del veintidós de enero del noventa y nueve. Tres meses y ocho días después.

—Mamá.

—Espera.

Lola no contestó cuatro segundos. Nora oyó cómo respiraba. Una respiración entera, larga, controlada.

—Tu padre escribió en la agenda del noventa y nueve, en una página suelta sin entrada profesional alrededor: *Lola me dijo que ella también lo vio. Le he creído. Las dos lo vieron.*

Nora cerró los ojos.

—Mamá.

—Espera, cariño.

—Sí.

—Tu padre lo escribió porque era verdad. Yo lo vi, Nora. Yo vi al hombre del coche que vio J. Marín. Yo lo vi desde la plaza, mientras estaba contigo y con la niña del Herranz. Lo vi y no le di importancia en ese momento. Cuando Sara desapareció esa misma tarde, después, al pensarlo todo, me di cuenta de que lo había visto. Pero no se lo dije a la policía aquellos primeros días porque yo no estaba segura. Y porque tú tampoco habías hablado durante las primeras setenta y dos horas, y tu padre y yo estábamos volcados en ti y en buscarla a ella. Y cuando se lo conté a tu padre, semanas después, ya era tarde para que el cuerpo abriera otra línea. Tu padre me creyó pero no podía hacer nada con lo que yo le contaba sin que tú confirmaras.

—Y yo no hablé.

—Y tú no hablaste, cariño. Durante semanas. Tu padre intentó hablar contigo y yo intenté hablar contigo y al final dejamos de intentarlo porque no salía. Tú a los diez años habías visto algo y habías cerrado la puerta a contarlo. Y nadie te la abrió porque nadie se atrevió a hacerlo. Eso es culpa mía.

—Mamá.

—Es culpa mía. Lo digo ahora porque hoy he leído lo que tu padre escribió y he entendido por fin que él también lo sabía, y que entre los dos te dejamos en silencio.

Nora abrió los ojos. La pantalla del móvil, sobre la mesa, marcaba 2:33. Cinco minutos de llamada. Su mano izquierda estaba en el regazo. La derecha sostenía el teléfono. No le temblaba.

—Mamá.

—¿Sí?

—Yo no me acuerdo.

—Lo sé, cariño.

—Yo sé que dejé de hablar. Eso lo sé porque tú me lo has dicho otras veces y porque está escrito en la libreta. Pero no me acuerdo de qué vi. No tengo memoria de lo que pasó esa tarde a partir de las cinco. Solo recuerdo que volvimos a casa y que después había mucha gente.

—Sí.

—Tú me estás diciendo que vi al hombre del coche.

Nora se quedó callada cinco segundos. Intentó. Cerró los ojos un momento, se concentró, intentó traer una imagen de aquella tarde antes del portal. Una plaza pequeña que ya no existía exactamente igual, una niña del Herranz que se llamaba Luisa, su madre cogiéndola de la mano. Llegaba hasta ahí. Llegaba a sentir el frío de octubre. Llegaba al ruido vago de la plaza un miércoles por la tarde. Pero el coche, el hombre, la mirada hacia el banco —eso no llegaba—. La memoria estaba cortada limpia, como con un cuchillo, exactamente en el momento en que su madre le pedía que recordara.

Abrió los ojos.

—Te estoy diciendo que tú estabas conmigo en la plaza. Yo te tenía cogida de la mano. La niña del Herranz estaba dos metros más allá. El coche estaba aparcado al lado del banco, a doce pasos de nosotras. El hombre estaba dentro fumando. Cuando Sara cruzó la calle hacia el parque, miré yo al hombre del coche, miraste tú, miramos las dos, durante cinco o seis segundos. Y yo me acuerdo de que tú me apretaste la mano un poco más fuerte. Tú a los diez años lo viste igual que yo. Lo que pasa es que tu cabeza, después, decidió que no.

—Mamá.

—Y por eso la libreta dice Las dos lo vieron. Dios mío. Lo escribió tu padre dos noches después de que Sara desapareciera, cuando me oyó decirlo a mí en voz alta por primera vez. Y escribió la frase tachada de debajo, que tú habrás leído. La escribió porque yo le di un nombre. Y al día siguiente él lo tachó. Yo no supe entonces por qué lo tachó. Lo entendí mucho más tarde.

—¿Por qué lo tachó?

—Porque el nombre que yo le di no era seguro. Yo se lo dije llorando a las cinco de la madrugada del día dieciséis. Le dije: *creo que era él. No estoy segura, pero creo que era él.* Y tu padre, al día siguiente, lo tachó. Lo tachó porque era lo que tenía que hacer un policía con un dato que no era seguro. Pero no lo borró del todo.

—Por eso lo dejó visible —dijo Nora.

—Por eso lo dejó visible —repitió Lola.

—Mamá.

—¿Sí?

—¿Cuál es el nombre?

Lola se quedó callada al otro lado.

Nora oyó la respiración. Lola respiró tres veces. Después dijo:

—Cariño.

—Sí.

—Esta noche, no.

—Mamá.

—Esta noche te he llamado para decirte que tú también lo viste. Las dos lo visteis. Eso lo escribió tu padre dos noches después. La confirmación de que no era Vallecas, la que cierra la frase tachada, esa tardó dos meses y siete días en escribirla, hasta el veintidós de diciembre. Las dos cosas están en la libreta. Ya está dicho. El nombre te lo cuento otra noche. No esta. Esta noche no me sale. He llorado dos horas antes de llamarte y no me queda más voz.

—Vale.

—¿Vale, cariño?

—Vale, mamá.

—¿Tú estás bien?

—Estoy.

—¿Estás sola?

—Estoy en el despacho. Sola en el despacho.

—Vete a casa, cariño. No te quedes ahí esta noche. Vete a Lavapiés.

—Voy.

—Y come algo cuando llegues.

—Sí, mamá.

—¿Me llamas mañana?

—Te llamo mañana.

—Anotado.

Lola colgó.

* * *

Nora se quedó con el móvil en la mano hasta que la pantalla se apagó.

Después lo dejó sobre la mesa. Las dos y treinta y nueve.

Once minutos.

Nora no se movió de la silla durante quince minutos.

Pensó, despacio, ordenadamente, en lo que su madre acababa de decir.

Yo te tenía cogida de la mano. Eso era nuevo. Nora no recordaba esa mano. Ni la suya ni la de Lola. La memoria suya empezaba en su propio portal, ya entrada la tarde, ya con su padre llamando por teléfono. Antes de eso, blanco.

Tú me apretaste la mano un poco más fuerte. Eso también. Nora no se recordaba apretando la mano de su madre. No se recordaba siquiera mirando hacia un coche. La memoria suya estaba cortada en seco.

Tú a los diez años lo viste igual que yo. Eso era lo que, durante toda la semana, Nora había estado intentando no procesar. Su madre acababa de decirlo en alto. Y, una vez dicho, Nora ya no podía deshacerlo.

A las tres menos diez, Nora cogió la chaqueta. Cogió el bolso. La libreta del padre seguía dentro del bolso, en el bolsillo lateral, donde había estado todo el día. Sacó el reloj propio de la muñeca y lo dejó sobre la mesa del despacho, al lado de la pizarra. Lo dejó allí. Mañana lo recogería.

Apagó la lámpara del despacho. La planta cuarta, sin la luz suya, quedó iluminada solo por el despacho de la guardia al fondo. Cerró la puerta con la llave que llevaba en el bolsillo. Bajó al ascensor. La pulsada del botón sonó alta en el silencio.

Esta noche iba a volver a Lavapiés con el otro reloj —el del padre— en el estante. Solo el del padre. Solo las 17:42.

Bajó al coche.

A las tres y veintidós entró en su portal de Lavapiés. Subió los cuatro pisos despacio. Abrió la puerta. Fue al salón. La libreta del padre estaba sobre la mesa baja, encima del sobre de las fotografías. El reloj parado, en el estante, sobre la foto de Sara.

Nora no comió nada al llegar. Tampoco se quitó la chaqueta.

Se sentó en el sofá.

Se quedó mirando el reloj detenido durante mucho tiempo.

A las cuatro menos cuarto, decidió tres cosas, una detrás de otra:

Una. Mañana iba a contarle a Sergio lo de la libreta. La línea de Sara dejaba de ser solo suya. Si alguien le iba a ayudar a no perderse en esto, era Sergio. Y Sergio ya había esperado lo suficiente.

Dos. El sábado iba a volver a Segovia. Esta vez sin avisar. Y Lola iba a darle el nombre.

Tres. Antes del viernes, antes del registro del piso de Moral, Nora iba a pedir a Inés que le hiciera un favor extraordinario. Cruzar el filtro de niñas con tres iniciales: P.A.R. P.A.D. P-cualquier-cosa. Tres letras del nombre que el padre había tachado. Si la cuarta P. de la lista del padre era un nombre de alguien relacionado con el cuerpo, con el barrio, con cualquier sitio que apareciera en los expedientes, Nora quería saberlo antes de que Lola se lo dijera el sábado.

Quería ir al sábado de Segovia con su propia hipótesis ya en la cabeza.

A las cuatro y diez se quedó dormida en el sofá vestida.

El reloj parado seguía marcando las 17:42.

Capítulo 22

El portal

Sergio escuchó hasta el final sin interrumpir. Eran las nueve y media de la mañana del jueves y estaban los dos en el despacho con la puerta cerrada y la cafetera apagada. Sobre la mesa de Nora, abierta, la libreta negra del padre. Al lado, las ocho fotografías del sobre marrón. Nora había llegado a las nueve y diez, le había dicho «Aranda, siéntate», y le había contado, en orden cronológico desde el sábado, todo lo que había encontrado.

Habló veintidós minutos.

Cuando terminó, Sergio no respondió. Después dijo:

—Vidal.

—Qué.

—¿Por qué no me lo contaste el sábado?

—Porque era de Sara, no del caso.

—Tu caso de Sara y tu caso de Moral son el mismo expediente desde el momento en que la inspectora a cargo del segundo eres tú con un trauma sin tratar del primero.

—No es lo mismo. No del todo.

—No del todo. Pero lo suficiente como para que yo no me entere. Vidal.

—Sí.

—No vuelvas a hacerlo.

—Vale.

—Aunque te parezca que es de tu caso personal, me lo cuentas. Yo lo proceso contigo. Si hay que mantenerlo fuera del expediente formal, lo mantenemos fuera, pero los dos. Tú no eres una unidad de uno.

—Vale, Aranda.

Cogió la libreta. La hojeó dos minutos. Leyó las entradas del 15, 16 y 22 de octubre. Miró la palabra tachada a contraluz. Pasó la página final. Vio la nota con los cuatro nombres pegada a la cubierta interior.

—J. Marín. F. Romero. P. nada. A. Castaño. Tu padre marcó tres como no fiables y dejó la cuarta sin marcar.

—Sí.

—Lola anoche te dijo que ella le dio el nombre tachado al padre.

—Sí.

—Y que no era seguro.

—Eso dijo.

—Y que no te lo va a decir hasta el sábado.

—Eso dijo.

—¿Sabes lo que vas a hacer hoy?

—Sí.

—¿Qué?

—Voy al barrio.

Sergio bajó los ojos. No protestó.

—¿A qué hora?

—Esta tarde. Voy yo sola. Llevo el coche.

—Claro.

—Llevo el móvil encendido. Si necesito algo, te llamo.

—De acuerdo.

—Y por la noche te cuento.

Sergio le pasó la libreta cerrada otra vez. Se levantó. Se sirvió un café, ahora sí. Antes de salir del despacho, se quedó un segundo en la puerta.

—Vidal.

—Sí.

—Si vas al banco de la plaza, no vayas a las seis menos dieciocho.

—¿Por qué?

—Porque es la hora. Y la hora va a estar ya cuando llegues. No tienes que reconstruirla.

Nora lo miró. Asintió despacio.

—Aranda.

—Sí.

—Voy a las seis menos dieciocho.

Sergio salió.

* * *

Nora aparcó en la calle Monte Igueldo a las tres y cuarenta y cinco de la tarde.

El barrio había cambiado. No del todo, no en lo que importaba —los bloques seguían siendo los mismos, los balcones, las antenas de televisión, la geografía global—, pero en los detalles. La calle ahora tenía una parada de autobús nueva. El bar de la esquina, donde su padre había desayunado durante quince años, ya no era un bar; era una clínica dental con cristales tintados. El kiosco de prensa del señor Marín —Nora había confirmado con Inés esa misma mañana que J. Marín era Jaime Marín, el del kiosco, fallecido en 2014— era ahora una tienda de telefonía. La plaza pequeña que estaba al final de la calle, donde Sara había desaparecido, tenía una rotonda con un olivo joven en el centro y bancos nuevos de hierro forjado pintados de verde.

Los bancos viejos, los de madera, ya no existían.

Nora cerró el coche. Caminó los doscientos metros desde donde había aparcado hasta la calle Monte Igueldo. Pasó por delante de la antigua clínica veterinaria, donde había trabajado el padre de Amalia —aunque eso era otro barrio, otra ciudad, otra niña; aun así pensó en él, brevemente, como si fuera el detalle más concreto de un día imposible—.

Llegó al portal del número once.

El portal ya no tenía la puerta verde oxidada de su infancia. Habían puesto una puerta nueva, marrón, con timbre digital, panel de aluminio brillante. Los buzones de dentro eran metálicos modernos. Nora vio, a través del cristal de la puerta, los apellidos: Pérez, López, Gómez, Vidal Santamaría —su madre había dejado el nombre en el buzón hasta el 2011, después había vendido el piso y otro propietario lo había reformado—. Había también nombres extranjeros: Iqbal, Diop, Ferreira. El barrio tenía ahora otra demografía.

Nora se quedó dos minutos delante del portal. No tocó el timbre. No tenía que entrar al piso. Lo que necesitaba estaba fuera.

Se giró hacia la plaza.

Caminó.

Doce pasos.

A los doce pasos, llegó al banco. El banco actual —uno de hierro forjado verde— estaba puesto, según calculó, en el sitio aproximado del banco viejo de madera. La distancia era exacta. Doce pasos. Nora los había contado sin querer, sin proponérselo, contando con los pies y mirando hacia delante, y se había detenido en el doce porque sus pies se habían detenido en el doce.

La memoria del cuerpo se acordaba.

Se sentó.

Eran las cuatro y media. Faltaban setenta y dos minutos para las seis menos dieciocho.

Nora se quedó sentada. No leyó nada. No miró el móvil. No cerró los ojos. Miró la plaza despacio, como si la estuviera dibujando con la vista. La rotonda con el olivo. La acera de enfrente, donde estaba la salida hacia el parque por la que había cruzado Sara aquella tarde. La calle perpendicular, donde habría estado aparcado el Peugeot 309 blanco o crema. Hoy había aparcados un Renault, un Citroën, una furgoneta de reparto con la puerta lateral abierta.

Pasó una mujer con un perro. Pasó un grupo de tres niñas mayores que volvían del instituto. Pasó un señor con bolsas de Mercadona.

A las seis menos veinticinco, una niña pequeña de unos seis años cruzó la plaza con su abuelo. La niña iba un metro por delante. El abuelo la seguía despacio, sin prisa, mirándola. La niña se paró delante del olivo. Le tocó una rama baja. Volvió a caminar. El abuelo le dio la mano cuando llegó a la calzada para cruzar.

Nora vio la mano del abuelo cogiendo la mano de la niña.

Vio la otra mano, la de la niña, encajando en la del abuelo sin pensarlo, automática.

Y entonces, durante un segundo, la mano de su madre.

No la imagen. No el recuerdo. La sensación física en su propia mano —la izquierda, la que Lola le había dicho anoche que ella le tenía cogida en aquella tarde— de una mano de mujer, fina, fría, con el anillo de oro liso que Lola siempre había llevado y todavía llevaba. La sensación duró tres segundos. La sensación se fue.

Nora cerró los ojos.

Intentó recuperarla. Intentó forzarla. No volvió.

Pero había estado.

A las seis menos dieciocho, Nora abrió los ojos. Miró la calle perpendicular. Donde habría estado el Peugeot.

No había ningún coche. La furgoneta de reparto se había ido a las seis menos veintitrés. El Renault y el Citroën seguían pero más allá. El sitio exacto donde habría estado el Peugeot estaba vacío.

Nora miró el sitio vacío durante dos minutos.

No vino nada más. Ni imagen. Ni cara. Ni hombre. Ni humo de cigarrillo. Solo la sensación de que algo, en aquella tarde de octubre de mil novecientos noventa y ocho, se había mirado desde aquel banco y desde el banco se habían visto dos cosas: la espalda de Sara cruzando hacia el parque, y, lo otro, el coche.

El coche, en la cabeza de Nora, era un agujero.

Pero ya sabía que el agujero existía.

Y un agujero, para una inspectora, era distinto a una nada.

* * *

A las seis y diez, Nora se levantó. Caminó los doce pasos de vuelta al portal. Se quedó otros dos minutos delante. Después caminó hasta el coche.

Antes de arrancar, llamó a Sergio.

—Aranda.

—Vidal. ¿Estás?

—Estoy en el coche. Vuelvo a Madrid.

—¿Qué tal?

—No me he acordado de nada concreto. Pero mientras estaba sentada en el banco, durante una pausa, sentí la mano de mi madre en la mía.

—¿La sentiste o la recordaste?

—La sentí. Sin imagen.

—Eso es algo, Vidal.

—Sí.

—¿Has visto el sitio del coche?

—Lo he visto. Es un sitio, no un recuerdo. Pero ya tengo la geografía exacta.

—De acuerdo.

—Aranda.

—Sí.

—Mañana es viernes.

—Mañana es el registro.

—¿Sale Moral del piso esta noche?

—Lleva tres días sin salir excepto a por pan. La vigilancia dice que la luz se apaga a las ocho. Tiene la rutina perfecta de un hombre que no quiere mover una pieza para no levantar el polvo. No va a salir.

—Bien.

—Vidal.

—Sí.

—Come algo cuando llegues.

Sergio colgó.

Nora arrancó. Salió del barrio por la calle Doctor Salgado, después por la M-30 hacia Lavapiés. La conducción a esa hora era lenta. Las luces ya empezaban a encenderse en los pisos. Las seis y media de un jueves de marzo en Madrid: un trozo de día que era a la vez tarde y noche, una hora de transición.

A las siete menos diez aparcó en el portal de Lavapiés. Subió los cuatro pisos.

En el salón, la libreta estaba sobre la mesa baja. El reloj parado, en el estante, marcaba las 17:42.

Nora pasó por delante del estante. Cogió el reloj parado. Lo sostuvo un momento en la palma de la mano. Le dio la vuelta.

En la parte de atrás, grabado en la chapa, había una inscripción que Nora había leído cien veces de pequeña sin que tuviera entonces ningún sentido. Decía: *Para Manuel. De L. 1985.* La L era la inicial de Lola. La fecha era el año del compromiso de sus padres. El reloj se lo había regalado su madre a su padre antes de casarse.

Nora lo dejó otra vez sobre el estante. Las agujas seguían en las 17:42, donde habían estado durante los últimos veintisiete años.

Mañana iban al piso de Moral.

El sábado iba a Segovia.

Esta noche, otra vez, era suya.

Pero ahora —y esto era nuevo— era suya con una mano en la mano que había sentido durante tres segundos en un banco verde de hierro forjado.

Una mano. Un sitio. Y un agujero.

Era, todavía, mucho más de lo que había tenido durante todo este tiempo.

Capítulo 23

Ana

A las seis y cuarenta y cinco de la mañana del viernes, dos coches sin distintivos y un furgón de la policía científica subieron por la calle Sandoval despacio y aparcaron en doble fila a treinta metros del portal del número dieciséis. El cielo de marzo todavía estaba oscuro. Las farolas seguían encendidas. La calle estaba vacía excepto por una mujer mayor que paseaba un perro al otro extremo y por el portero del bloque colindante, que ya estaba sacando los cubos de basura para la recogida de las siete.

En el primer coche iban Sergio al volante, Nora en el copiloto. En el segundo, Inés con Dani y un agente uniformado. En el furgón, dos técnicos de la policía científica con guantes y maletas de aluminio.

A las seis y cincuenta y cinco, Sergio se giró hacia Nora.

—¿Lista?

—Lista.

—Vidal.

—Sí.

—Lo de Sara entra en una caja aparte hoy. Hoy estamos por Mireia, por las seis del filtrado, por las tres del periodo anterior y por las que aparezcan ahí dentro. Sara se queda en Lavapiés. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Bien.

Bajaron del coche.

A las siete en punto, los seis cruzaron la calle. Sergio llevaba la orden judicial doblada en el bolsillo interior de la chaqueta. Inés llevaba la grabadora. Dani llevaba la radio. Los dos técnicos llevaban las

maletas. Nora no llevaba nada en las manos. Llevaba puesto el reloj propio en la muñeca otra vez. Lo había recogido del despacho ayer al volver del barrio.

Sergio tocó el portero automático del sexto B.

Tardó once segundos en sonar la respuesta.

—¿Sí?

La voz de Moral por el portero era, exactamente, la voz que Nora se había imaginado durante toda la semana. Educada. Tranquila. Sin sorpresa.

—Don Andrés Moral Escudero. Inspectora Vidal y subinspector Aranda, Policía Nacional. Tenemos orden de registro. Le pedimos que abra la puerta del portal y nos espere en el rellano de su piso.

Hubo un segundo de silencio. Después un zumbido de la puerta.

Sergio empujó.

Subieron al sexto.

* * *

La puerta del piso B estaba entornada cuando llegaron al rellano. Por la rendija se veía a Moral en el pasillo, con un pijama azul claro, una bata gris encima, las gafas puestas, las manos delante del cuerpo, una sobre la otra. La luz del pasillo del piso estaba encendida. La luz del rellano la encendió Sergio al pisar el último escalón.

Nora vio a Moral por primera vez en persona.

Setenta y un años. Calvo. Mejillas hundidas. Una cara que se podría haber cruzado con él cien veces en el metro de Madrid sin recordarla. Pero las manos. Las dos manos. Pequeñas. Uñas cortadas rectas. Limpias.

—Las manos del hombre gris.

—Pasen.

—Don Andrés —dijo Sergio sin franquear el umbral todavía—. Le mostramos la orden judicial de entrada y registro firmada por la juez de instrucción doña Amparo Quiñones, Juzgado de Instrucción número trece de Madrid. Investigación abierta por desaparición de menores en circunstancias administrativas anómalas con indicios fundados de patrón. ¿Quiere leerla?

—Confío en el juzgado.

—¿Está usted solo en el domicilio?

—Estoy solo.

—¿Hay armas en el domicilio?

—No.

—¿Hay alguien más esperado o que tenga llave?

—No.

—Don Andrés Moral Escudero, queda usted detenido como presunto responsable de los hechos investigados en estas diligencias. Se le informa de que la orden de entrada y registro y la orden de detención han sido acordadas por la juez Quiñones esta mañana.

Sergio le leyó sus derechos completos —silencio, no declarar contra sí mismo, abogado particular o de oficio, entrevista reservada, comunicación de la detención, llamada, intérprete si fuera necesario, reconocimiento forense, asistencia jurídica gratuita, impugnación de la legalidad de la detención—. Moral escuchó sin moverse.

—¿Comprende lo que le acabo de decir?

—Lo comprendo.

—Conforme.

Moral asintió. Se hizo a un lado para dejarles pasar. Los seis entraron despacio. El piso olía a lo que Amalia le había dicho a Nora cuatro días atrás. Olía a la colonia. Joya de Lirio. El olor estaba en el aire del pasillo, en el aire del salón, en el aire de la cocina cuando Inés cruzó hasta allá para abrir la ventana.

Olía a un hombre que llevaba veintidós años poniéndose la misma colonia.

Dani indicó a Moral que se sentara en el sofá del salón. El agente uniformado se quedó de pie a dos metros, sin tocarlo. Moral se sentó. Cruzó las manos en el regazo.

Sergio dio las instrucciones del registro. Los técnicos empezarían por el dormitorio principal y el despacho. Inés y Dani por la cocina, los baños y el balcón. Nora y Sergio por el salón y el cuarto que Moral usaba como sala de lectura, donde había dos butacas y la estantería más grande del piso.

Eran las siete y diecisiete cuando empezó el registro.

* * *

A las nueve y veinte, los técnicos ya habían levantado el somier y abierto el armario empotrado. Habían encontrado tres cosas: extractos bancarios del Banco Cantábrico en orden, una libreta contable sobre la pensión —que cuadraba con la jubilación oficial— y una agenda telefónica con números de clínicas, farmacias y dos contactos marcados Suministros que Inés anotó para cruzar.

En la cocina, nada. En los baños, nada. En el balcón, una jardinera con tres macetas; Inés removió la que solo tenía tierra. Nada enterrado.

Sergio y Nora habían recorrido el salón sin hallar más que objetos cotidianos: televisión vieja, equipo de música del 2008, dos estanterías con enciclopedias, manuales del Ministerio y una docena de novelas históricas. Sergio había sacado todos los libros y mirado detrás. Nada.

Pasaron a la sala de lectura.

La habitación era pequeña, cuatro metros por tres. Las dos butacas eran de cuero marrón gastado. La estantería ocupaba toda una pared, y los libros estaban ordenados con método: por materia, y dentro de cada materia, por tamaño. Historia, política, manuales de derecho administrativo, dos tomos de leyes sobre menores edición de 1985 que Sergio sacó sin tocar el polvo y dejó a un lado. Enciclopedias completas, sin un tomo fuera de sitio. Una colección encuadernada de revistas de filatelia, cada año con su lomo rotulado a mano.

Nora trabajó por la izquierda, Sergio por la derecha. Sacaron los libros uno por uno. Detrás del primer estante, polvo viejo y la pared. Detrás del segundo, lo mismo. Detrás del tercero, tampoco.

Detrás del cuarto estante el más bajo, el de la colección de filatelia había una cosa.

Nora la vio antes que Sergio.

La pared, en ese tramo, no era pared. Era un panel de cartón forrado de papel pintado con el mismo motivo que las paredes del piso. Hábilmente colocado. A la altura del estante bajo, una tira de papel pintado se levantaba mínimamente, casi invisible, en una esquina inferior.

Nora se agachó.

—Sergio.

—Sí.

—Aquí.

Sergio se agachó al lado. Vio la tira levantada. Sacó del bolsillo de la chaqueta un par de guantes y una linterna pequeña.

—¿Llamamos a los técnicos?

—Llámalos.

Inés vino con uno de los técnicos. El técnico examinó el panel un minuto. Confirmó que era un panel falso. Lo retiraron despacio, los cuatro en silencio, mientras Moral, en el sofá del salón visible desde la puerta, no se había movido.

Detrás del panel había un hueco de unos cuarenta centímetros de profundidad.

Dentro del hueco, dos cosas.

Una caja de zapatos vieja, de cartón, marca de los noventa. Y, encima, un álbum de fotografías de tapa azul, tamaño folio, con una etiqueta en la cubierta escrita a mano en letra de imprenta mayúscula.

La etiqueta decía: MIS NIÑAS.

Nora cogió aire.

Sergio sacó dos sobres de pruebas.

—Inés, fotografía la posición exacta antes de moverlo.

Inés sacó la cámara. Hizo seis fotos del hueco con el álbum y la caja en el sitio. Después Sergio se puso los guantes. Sacó primero la caja de zapatos. La dejó sobre la butaca. Sacó después el álbum.

—Vidal, ¿lo abres tú?

—Sí.

Nora se puso los guantes. Cogió el álbum por las tapas. Se sentó en la otra butaca. Sergio quedó de pie a su lado, mirando.

Abrió la primera página.

* * *

El álbum tenía cuarenta y cinco hojas plastificadas. Cada hoja contenía una sola fotografía y, debajo, una etiqueta blanca pegada con un nombre escrito en letra de imprenta de Moral. Las hojas seguían un orden: la primera foto era la más antigua —el papel, mate y amarillo, de los años ochenta—; cada una de las siguientes, un poco más reciente que la anterior. El álbum estaba montado como se monta un archivo, no como se esconde un secreto.

La primera página: una niña de unos siete años en un patio que no se reconocía. Trenza castaña. Sonrisa pequeña.

Etiqueta: **EVA.**

La segunda página: otra niña, ocho o nueve años, en una sala con paredes blancas. Pelo corto, gafas.

Etiqueta: **CARMEN.**

La tercera: una niña con jersey rojo, sentada en una silla pequeña.

Etiqueta: **ROSA.**

Nora pasó las páginas, una a una, despacio. Las niñas eran todas distintas. Edades entre seis y once. Todas con el mismo gesto contenido: el gesto de quien ha aprendido a no llamar la atención. Todas con etiquetas debajo. Los nombres no se repetían. Cada niña tenía un nombre asignado por Moral: EVA, CARMEN, ROSA, LUCÍA, INÉS, ANA, CLARA, MARTA.

Nora se detuvo en la página de ANA.

Era una niña de unos once años. Pelo oscuro, raya en medio, dos coletas. Sonrisa muy pequeña, casi inexistente. La foto estaba tomada en una habitación que parecía la de un hogar de tránsito: pared blanca, ventana cuadrada al fondo, una silla a un lado.

Nora reconoció la cara.

Era Mireia Canet Torner. La foto que Inés había sacado del archivo dos días antes —la foto de menor que Mireia tenía en su expediente

del sistema catalán— era la misma cara. La misma niña. Once años. Las dos coletas. La sonrisa pequeñísima.

Pero la etiqueta debajo no decía MIREIA.

Decía **ANA**.

Nora levantó la vista hacia Sergio.

—Sergio.

—Sí.

—Esta es Mireia.

—Lo veo.

—Aquí pone Ana.

—Lo veo.

—Las renombraba.

Sergio se quedó callado tres segundos. Se inclinó sobre el álbum. Pasó la página siguiente. La siguiente. La siguiente.

Cuarenta y cinco caras. Cuarenta y cuatro nombres alternativos —el recuadro de la sexta cara, comprobado después, tenía la etiqueta tachada con dos rayas a lápiz, sin nombre escrito—. Ninguno repetido. Ninguno coincidente con los nombres reales de las niñas que Nora ya conocía: ni Carmen Soto, ni Rosa Vidal-Pintor, ni Inés Carmona ni Mar Ferrer, aunque ahí, claro, estaba INÉS asignado a otra cara, y ROSA a otra, y CARMEN a otra. Moral usaba los nombres comunes de niñas españolas para sus etiquetas. Pero las niñas reales con esos nombres reales eran caras distintas.

Cuarenta y cinco niñas catalogadas. Cuarenta y cuatro identidades borradas y sustituidas, y la sexta —la de Carmen Soto— borrada en blanco, sin sustitución. Las del periodo de Encarna Murillo —desde dos mil uno hasta dos mil tres— estaban todas en el cuaderno verde,

que recogía además al resto de niños y niñas del San Marcos en esos años a quienes Moral no había elegido. El resto del álbum se extendía hacia atrás, hasta Angélica Rivas en mil novecientos ochenta y seis, y hacia delante, hasta dos mil siete.

Nora cerró el álbum despacio.

Lo apoyó en el regazo unos segundos antes de devolverlo a la butaca. Lo apoyó cerrado, con la etiqueta hacia abajo, mirando la pared blanca al otro lado del salón. Pensó en cuarenta y cinco niñas a las que un hombre solo, durante veintidós años, había quitado los nombres. Pensó en el peso de la palabra «todas» cuando se aplica a cuarenta y cinco caras de seis a once años. Pensó que ese peso no iba a salir del salón con ella, ni con Sergio, ni con Inés, ni con Dani; iba a quedarse en ese hueco detrás del panel falso. Pero la cuenta sí salía, y la iban a hacer ellos. Eso, hoy, era todo lo que podía hacerse. Después, volvió a coger el álbum por las tapas y a entregárselo a Sergio.

Una cosa que Nora se preguntó allí mismo, mirando el panel falso: por qué un hombre alertado tres días antes por la llamada de Bau no había destruido el álbum. La respuesta más probable, intuyó sin desarrollarla todavía, no era descuido. Era apego. Para Moral, esto no era una prueba en su contra. Era un archivo. El de las cuarenta y cinco que él creía haber colocado bien. Detrás del panel no estaba escondiéndolo; lo estaba cuidando. La diferencia importaba para entender lo que iba a pasar a partir de ahora.

—Aranda.

—Sí.

—Aquí no hay solo siete sin rastro. Aquí hay cuarenta y cinco.

—Lo sabía.

Sergio metió el álbum en una bolsa de pruebas. Cogió la caja de zapatos. La abrió. Dentro había un fajo de papeles plegados, atados con una goma elástica. Los desató. Eran copias en papel de autorizaciones de acogida voluntaria, fotocopiadas. Cuarenta y

tantas. Cada una llevaba un nombre real arriba: Mireia Canet Torner, Inés Carmona, Mar Ferrer, Carmen Soto Álvarez, Rosa Pintor —el apellido que Rosa Vidal-Pintor llevaba a los ocho años, antes de adoptar el compuesto en Oviedo a los veinticuatro—; y, abajo, una nota a lápiz pequeña, en la esquina inferior derecha, con el nombre que coincidía con la etiqueta del álbum.

Mireia Canet: ANA. Inés Carmona: EVA. Carmen Soto: no asignado; se marcó sola —era la única de las cuarenta y cinco sin nombre alternativo en el álbum, y la copia de la autorización llevaba esta nota a lápiz en lugar del nombre—. Rosa Pintor: ROSA.

Nora leyó la línea de Carmen dos veces.

Se marcó sola.

Moral lo sabía.

Sergio dejó los papeles en otra bolsa de pruebas. Hizo una seña a Inés. Inés grabó el momento en la grabadora con voz baja.

—Nueve cuarenta y tres del viernes veinte de marzo. Hueco oculto detrás de panel falso en sala de lectura del domicilio del detenido. Contenido: álbum con cuarenta y cinco fotografías y etiquetas con nombres alternativos. Caja con fotocopias de autorizaciones de acogida voluntaria con nomenclatura cruzada al lado del nombre real.

La letrada de la Administración de Justicia, presente desde el inicio del registro, confirmó el hallazgo en su acta. Las dos bolsas quedaron individualizadas, precintadas y firmadas por la letrada, Aranda como agente actuante y el técnico de Policía Científica como primer custodio. El audio de Inés se unió como soporte digital auxiliar.

Salieron de la sala de lectura. Volvieron al salón.

Moral seguía en el sofá. No había movido las manos del regazo. Levantó la vista cuando los vio entrar con las dos bolsas de pruebas.

No dijo nada.

Nora le sostuvo la mirada cinco segundos.

Moral parpadeó primero.

Nora salió de la habitación con la imagen del parpadeo en la cabeza. No se la dijo a nadie. La guardó como se guardan las cosas que pueden ser muchas cosas a la vez.

A las once y cincuenta de la mañana, Moral salió esposado, cubierto con una manta para evitar fotografías de prensa que no había, y subió al furgón policial. El registro continuaría hasta las cuatro de la tarde con los técnicos. Nora y Sergio se llevaron las dos bolsas de pruebas a Canillas en el coche de Sergio. Inés y Dani se quedaron supervisando.

En el coche, Nora puso la bolsa con el álbum sobre el asiento trasero. Sergio condujo en silencio durante cinco minutos.

—Vidal —dijo después.

—Sí.

—Esa mirada de antes.

—Cuál.

—Cuando Moral te miró desde el sofá. Tú le sostuviste la mirada cinco segundos. Él parpadeó primero. ¿Qué viste?

Nora tardó en contestar.

—No vi nada concreto.

—Pero algo viste.

—Sentí.

—¿Qué?

—Sentí que él me reconocía.

Sergio no contestó. Pasaron por la M-30 a la altura de Atocha. Las once y cincuenta y siete. La vigilancia que llevaba desde el lunes había terminado. El sospechoso estaba detenido. El álbum y los papeles eran piezas probatorias suficientes para investigación firme. La fiscal iba a tener material para sostener diligencias por cuarenta y cinco casos paralelos, no por uno, y para construir más adelante la acusación correspondiente.

A las doce y veinte, Sergio aparcó delante de Canillas.

Antes de bajar, Nora dijo:

—Sergio.

—Sí.

—Mañana voy a Segovia.

—Y Lola me va a dar el nombre.

—Cuando vuelva el domingo, te lo cuento. Sea el que sea.

—Vale, Vidal.

Bajaron del coche con las dos bolsas. Subieron a la cuarta planta. Moral ya estaba en el calabozo de la jefatura central. La fiscal había sido informada. La juez Quiñones estaba esperando el atestado preliminar para las dos.

Pero la palabra ANA, pegada con etiqueta blanca debajo de una foto de Mireia Canet Torner, era ahora la cosa más importante del expediente.

Y, de todos los nombres del álbum, era el único que Nora no podía dejar de pensar.

Capítulo 24

Andrés Moral

A las dos y cuarenta de la tarde del viernes, Sergio entró en el despacho de la juez Quiñones con el atestado preliminar en una carpeta azul de cartón fino. Nora lo acompañó. La sala era pequeña, con dos sillas para los inspectores y una mesa al otro lado donde la juez los esperaba con las gafas de leer puestas y un café medio frío.

—Adelante.

Sergio le pasó la carpeta. La juez la abrió. Leyó la primera página despacio. Pasó a la segunda. A la tercera. No dijo nada durante ocho minutos. Levantó la vista una vez, miró a Nora, no le hizo ninguna pregunta, volvió al texto. Cuando terminó, se quitó las gafas. Las dejó sobre la mesa.

—Cuarenta y cinco fotografías catalogadas con nombres alternativos. Y la testigo principal coincide con la página seis.

—Coincide —dijo Sergio—. Carmen Soto Álvarez en el expediente real; María Luisa Soto en la resolución de cambio de nombre.

—¿Aceptaría declarar en sede judicial? —La juez miró a Nora.

—Aceptaría, señoría. Lo confirmó por teléfono el lunes y por escrito el martes.

—Bien.

La juez se puso las gafas otra vez. Cogió el bolígrafo. Firmó dos hojas. Pulsó un sello. Le pasó el segundo conjunto a Sergio.

—Puesta a disposición judicial confirmada para Andrés Moral Escudero. Permanece detenido a disposición de este juzgado hasta la comparecencia de medidas cautelares. Comparecencia mañana sábado a las once en mi juzgado. La fiscal Casals estará presente.

—Sí, señoría.

—Una cosa más, Aranda.

—Diga.

—Su atestado es muy bueno. Llevo doce años recibiendo atestados de esta unidad y este es de los tres mejores que he leído en ese tiempo. Bien hecho, inspectora, subinspector.

—Gracias, señoría.

—Bien.

Salieron del despacho. En el pasillo, Sergio miró a Nora.

—Esa felicitación cuenta.

—La he oído.

—¿Vale?

—De acuerdo.

Bajaron al coche. Eran las tres y diez. A las nueve de la noche, Moral seguía bajo custodia judicial. Al día siguiente, después de la comparecencia, entraría en Soto del Real. Nora y Sergio tenían la tarde libre por primera vez en doce días.

Ninguno de los dos lo aprovechó.

* * *

A las once en punto del sábado, el guardia abrió la puerta de la sala de comparecencias del Juzgado de Instrucción número trece. Por la puerta pasaron, en este orden: la fiscal Casals —una mujer de unos cincuenta años, traje azul marino, gafas pequeñas, expediente bajo el brazo—, después una letrada de la Administración de Justicia con un cuaderno de actas. Detrás entró Andrés Moral Escudero con un agente uniformado a cada lado. Cerraba la fila Manuel Belloto, abogado de oficio asignado, un hombre joven con más cara de cansado de la que correspondía a su edad.

Moral llevaba la misma ropa con la que había salido del piso ayer al mediodía —pantalón gris, camisa azul claro, americana negra— pero la camisa, después de una noche bajo custodia, ya no estaba planchada. Las manos esposadas por delante. Las gafas puestas. La cara sin cambios respecto a las dos veces que Nora la había visto antes.

Tres sillas al frente de la sala: la juez Quiñones detrás de la mesa elevada, la fiscal a la derecha, la letrada a la izquierda. Tres sillas al fondo: el abogado, Moral en el centro, el agente uniformado.

A los lados de la sala, en bancos cortos: Nora, Sergio, Inés, Dani.

Eran las once y dos minutos.

—Comparece —empezó la juez— don Andrés Moral Escudero, nacido en Madrid el dos de mayo de mil novecientos cincuenta y cuatro, jubilado del Ministerio de Servicios Sociales, con domicilio en la calle Sandoval número dieciséis, sexto B, Madrid. Detenido el viernes veinte de marzo por orden de este juzgado en el marco de la investigación abierta por desapariciones de menores con patrón reiterado, en circunstancias administrativas anómalas con indicios fundados. La fiscal Aurora Casals solicita la comunicación formal de los hechos y de las medidas cautelares.

—Sí, señoría.

La fiscal se levantó.

—Don Andrés Moral Escudero, en las Diligencias Previas número 211/2026, a la vista de los hechos investigados entre los días cuatro y veinte de marzo, se aprecian indicios provisionales de delitos de detención ilegal agravada por afectar a menores, falsedad en documento oficial, prevaricación administrativa y entrega de menores eludiendo los procedimientos legales de guarda, acogimiento o adopción, presuntamente mediando compensación económica. Los hechos se proyectan, provisionalmente, sobre cuarenta y cinco víctimas diferenciadas. La Fiscalía se reserva

ampliar la calificación según avance la investigación sobre el destino final de las víctimas.

Moral siguió quieto.

La juez se dirigió a él.

—Don Andrés. ¿Comprende usted lo que la fiscal acaba de leer?

Silencio.

El abogado se inclinó hacia Moral. Le dijo dos palabras al oído. Moral asintió.

—Mi cliente comprende —dijo el abogado—. Y mi cliente, en uso de su derecho a guardar silencio, no va a declarar en esta comparecencia. Aportaré escrito formal por la tarde.

—Tomo nota.

La letrada escribió.

La juez bajó la cabeza un segundo.

—Don Andrés, tiene usted la oportunidad, antes de que esta comparecencia concluya, de manifestar lo que considere oportuno sobre los hechos. ¿Quiere usted manifestar algo?

Moral miró a la juez. Tres segundos.

Después dijo, por primera vez, dos palabras. Educadas. Lentas. Tranquilas.

—Nada, señoría.

La juez asintió.

—Entendido. Se acuerda la prisión provisional comunicada y sin fianza. Ingreso en el centro penitenciario que designe Instituciones Penitenciarias; previsiblemente Soto del Real. Las próximas

actuaciones se señalarán cuando las partes lo interesen y este juzgado fije calendario. Se levanta la sesión.

Eran las once y veintiún minutos.

Diecinueve minutos exactos.

La fiscal había hablado tres minutos. La juez, dos. El abogado, treinta segundos. Moral, dos palabras.

* * *

Cuando los guardias se llevaron a Moral hacia la puerta lateral por la que iba a regresar al furgón, Moral pasó por delante del banco donde estaba sentada Nora. La distancia entre los dos en ese momento fue de menos de un metro. Moral, que iba con la mirada al frente, no la miró.

Nora había hablado con Casals la tarde anterior, en el despacho de la fiscalía, sobre la posibilidad de ofrecer al investigado una diligencia separada de declaración voluntaria si la comparecencia inicial terminaba con silencio. Casals había aceptado encauzarla siempre que la sala la admitiera. La pregunta, escrita y doblada en el bolsillo de la chaqueta de Nora desde el viernes anterior, llevaba veinticuatro horas esperando este momento.

Nora levantó la voz.

—Inspectora Vidal. Señoría, antes de que se levante la sesión, solicito a la sala que se traslade al detenido una pregunta concreta a iniciativa de la policía judicial. La pregunta la formulará la sala, no esta inspectora.

La juez se detuvo a medio levantarse de la mesa elevada. La fiscal se giró hacia Nora con sorpresa contenida. El abogado abrió la boca y la cerró.

Quiñones se sentó otra vez. Hizo un gesto a la letrada de actas, que ya estaba plegando el cuaderno, para que volviera a abrirlo. La letrada lo abrió.

—Señora fiscal —dijo la juez, dirigiéndose a Casals—. Si lo considera procedente, articule la solicitud de la inspectora como diligencia separada de declaración voluntaria del investigado. Esta sala la documentará si usted la formula.

—Lo sé, señoría. Si la sala lo deniega, retiro.

Casals se levantó. Habló sin mirar a Nora, mirando a la juez.

—Señoría, interesa esta Fiscalía que, en diligencia separada de declaración del investigado, y con asistencia de su letrado, se le ofrezca la posibilidad de contestar voluntariamente a una única pregunta relativa a una de las víctimas documentadas.

La juez se quedó quieta un par de segundos. Era un silencio que sus letrados ya habían visto: la sala sopesaba el límite procesal antes de pronunciarse.

—Admitida la diligencia en términos estrictos. La pregunta la formulará esta sala, no la inspectora. Tráigame la pregunta por escrito.

Nora se levantó del banco. Caminó dos pasos hasta la mesa elevada. Le entregó a Quiñones un papel doblado por la mitad —la pregunta la tenía aprendida y escrita desde el viernes a las cinco de la tarde, cuando había terminado de hojear el álbum entero por tercera vez en la sala B—. La juez lo desplegó. Lo leyó. Asintió.

Belloto, el abogado de oficio, se puso de pie esta vez.

—Me opongo, señoría. Mi cliente no tiene obligación de declarar ni de contestar a preguntas parciales. La sede no es idónea y la indefensión potencial es manifiesta.

—Su oposición queda recogida íntegramente en acta, letrado. La diligencia es regular: se ofrece una pregunta al investigado en presencia de su letrado y se documenta únicamente su respuesta, si decide darla, o su negativa, si decide no contestar. No se valorará en su contra ni el silencio ni ningún gesto o reacción no verbal. Solo se hará constar lo que el investigado verbalice voluntariamente.

La fiscal Casals asintió desde su sitio. La letrada de actas tomó nota.

—Conste.

Quiñones se dirigió al detenido.

Moral se detuvo entre los dos guardias. No giró el cuerpo. Esperó.

—Don Andrés Moral. Antes de formularle la pregunta, le recuerdo que tiene derecho a guardar silencio, a no contestar a esta pregunta y a no declarar contra sí mismo. Su negativa no podrá valorarse en su contra. Solo se documentará la pregunta y, en su caso, la respuesta que usted decida dar voluntariamente. No se hará constar valoración alguna sobre gestos, silencios o reacciones no verbales.

La juez miró el folio.

—¿Desea contestar a esta pregunta: qué le ocurrió a Mireia Canet Torner el doce de diciembre de dos mil dos?

Hubo cuatro segundos.

La sala estuvo en silencio absoluto los cuatro segundos. La juez sentada otra vez tras la mesa elevada. La fiscal con los ojos en el detenido. La letrada con la pluma quieta. El abogado con la mano en alto a medio camino. Nora desde el banco, sin moverse. Sergio al lado. Inés y Dani al fondo. Y los dos guardias quietos a los lados de Moral, mirándolo, esperando.

Moral, que llevaba la cara mirando hacia el frente, hacia la puerta lateral, giró un poco la cabeza.

No hacia Nora.

Hacia un punto a media distancia entre la mesa elevada y la pared opuesta. Como mira un hombre que está pensando algo concreto y no quiere que la mirada coincida con quien le ha hecho la pregunta. Mantuvo la posición durante un instante.

Después parpadeó.

Después volvió a girar la cabeza al frente.

Después echó a andar otra vez, entre los dos guardias, hacia la puerta lateral.

—Consta su negativa a contestar. Se da por finalizada la diligencia —dijo la juez, dirigiéndose a la letrada de actas.

La juez carraspeó.

—Se levanta la sesión. Aranda, Vidal, mi despacho diez minutos.

Salieron.

* * *

En el despacho de la juez Quiñones, tres minutos después, los cuatro de pie. La juez detrás de la mesa, sin sentarse esta vez. La fiscal a su lado, brazos cruzados. Nora y Sergio enfrente.

—Inspectora Vidal.

—Diga, señoría.

—La pregunta que ha hecho en sala, ¿era estrictamente operativa o ha sido una provocación calculada?

—Estrictamente operativa, señoría.

—Explíqueme.

—Necesitaba ver si Moral, ante una pregunta concreta sobre una víctima documentada, daba alguna señal involuntaria. Un parpadeo, una pausa, un gesto. No esperaba respuesta verbal. La esperaba de otra clase.

—¿La obtuvo?

—Sí.

—¿Cuál?

—Ha girado la cabeza hacia un punto a media distancia. Eso significa, en el repertorio que conozco, que ha buscado en la cabeza la fecha exacta antes de decidir no contestar. Si no la recordara, no habría girado la cabeza. Ha sabido a qué doce de diciembre de dos mil dos me refería. Eso, señoría, en sí mismo, ya es información.

La juez asintió despacio.

La fiscal intervino entonces.

—Inspectora, ¿se da cuenta de que un abogado bueno, en juicio, podría argumentar que el gesto que usted describe es ambiguo y no tiene valor probatorio?

—Me doy cuenta.

—¿Y por qué la formuló?

—Porque la pregunta no era para juicio. Era para mí. Para saber si estoy persiguiendo a un hombre que sabe lo que hizo o a un hombre al que el sistema usaba sin que él entendiera. Era para saber si lo que va a venir a partir de ahora va a ser un caso que se cierra o un caso que se complica. Y ahora lo sé. Es lo primero.

La juez la miró durante cinco segundos. Después se sentó.

—Vidal.

—Diga.

—No vuelva a hacer eso en mi sala sin avisarme antes. Pero la próxima vez que tenga una intuición de esta calidad, me la trae, y la formulamos en condiciones que sí valgan en juicio. Es lo que van a tener que hacer ustedes durante los próximos meses, y la fiscal y yo vamos a estar de su lado mientras lo hagan bien. ¿Entendido?

—Entendido, señoría.

—Pueden irse.

Salieron del despacho a las doce menos cuarto.

En el pasillo del juzgado, Sergio dijo:

—Vidal.

—Qué.

—Me has avisado de la pregunta esta mañana en el coche.

—Sí.

—Y yo te he dicho que sí.

—Sí.

—Quería confirmarlo. Para que conste entre nosotros: yo te he dicho que sí.

—Bien.

—Vidal.

—Qué.

—Bien hecho.

—Voy a Segovia ahora mismo —dijo Nora—. Esta noche te llamo.

Sergio asintió. Salió del juzgado por la puerta principal, se metió en su coche aparcado a media calle y arrancó. Nora se quedó atrás. Miró el reloj. Las doce menos doce. Si salía ya, podía estar en Segovia a las dos. Lola había dicho esta vez sin avisar, pero la estaba esperando —Nora lo sabía sin haberlo confirmado, porque Lola, después de la llamada del miércoles, llevaba tres días sentada en su comedor de Segovia esperando una llamada o un timbre—.

Iba a ser un timbre.

Salió al sol de mediodía. Marzo había decidido por fin, esa semana, que el invierno se iba.

Cogió el coche. Salió de Madrid por la M-30 dirección norte. La autovía a esa hora un sábado de marzo estaba llena pero fluida.

En la radio del coche, sin que Nora la hubiera puesto, sonaba un programa cultural. Una voz de mujer decía algo sobre los muertos que escogen el día en que vuelven. Nora apagó la radio.

Llegó a Segovia a las dos menos cinco. Aparcó en la calle de su madre. Subió a pie hasta el portal. Tocó al telefonillo.

Lola descolgó al primer tono.

—¿Sí?

—Mamá.

—Sube, cariño.

Subió las dos plantas. La puerta del piso ya estaba abierta cuando Nora llegó al rellano.

Lola, en el marco, con la rebeca de lana azul marino, con los ojos rojos pero secos, con el delantal puesto. Una mujer que llevaba tres días esperando a su hija para decirle un nombre que llevaba veintisiete años sin decir.

—Pasa.

Nora pasó.

Capítulo 25

Segovia

La mesa estaba puesta para dos otra vez. Plato hondo, plato llano, copa de agua, copa de vino, servilleta de tela. Lola usaba los platos buenos —los del padre— por segunda vez en una semana. Esto, en el calendario interno de Lola, equivalía a una cosa importante.

Comieron lentejas guisadas y, después, unas merluzas pequeñas que Lola había comprado en la pescadería del mercado de San Lorenzo aquella misma mañana. La cocina olía a laurel y a aceite de oliva. La radio del comedor estaba apagada.

Hablaron poco durante los primeros veinte minutos. Lo necesario.

—¿Cómo estás del viaje?

—Bien.

—¿Has parado en algún sitio?

—No. Vine directa.

—¿No has comido nada antes?

—No.

—Pues come, cariño.

Nora comió. Lola, también, aunque despacio. La merluza estaba seca —Lola no era cocinera de pescado y lo sabía—, pero Nora se la comió entera y dio las gracias al final. Era el modo en que Nora le decía a su madre que estaba bien sin tener que decirlo.

Lola le partió el pan en cuatro trozos pequeños y los dejó al lado del plato sin decir nada. Era un gesto que llevaba haciendo desde que Nora tenía nueve años —desde una tarde de octubre en que Nora llegó a casa con la rodilla pelada y dijo que tenía hambre antes de dejar que su madre le viera la herida—. Lola entonces le partió el pan

así, en cuatro, y le dijo «come, después hablamos». Habían quedado como código entre las dos: el pan en cuatro significaba comer primero, hablar después. Lola lo seguía partiendo así veintinueve años más tarde, sin pensarlo, las mismas manos algo más pequeñas.

A las tres y cuarto, Lola recogió los platos. Los dejó en el fregadero. Se sirvió un café de cafetera vieja en una taza pequeña. A Nora le sirvió otro. Se sentó otra vez en su silla.

—Cariño.

—Sí, mamá.

—Voy a empezar. ¿Lista?

—Lista.

* * *

Lola dio un trago al café. Lo dejó sobre la mesa. Apoyó las dos manos al lado de la taza, una a cada lado. Las manos las tenía algo más pequeñas que la última vez que Nora se las había mirado —habían encogido un grado en los últimos años, como les pasaba a las manos de las mujeres que llegaban a los setenta—, pero seguían siendo las mismas.

—El nombre que yo le di a tu padre la madrugada del dieciséis de octubre del noventa y ocho era **Federico Pardo**.

Nora no se movió. Esperó.

—Federico Pardo Solís. Vivía en el bloque de enfrente del nuestro. Tercer piso, balcón con dos macetas de geranios. Era policía. Trabajaba en otra unidad, no en la de tu padre, pero se conocían del cuerpo. Tu padre lo saludaba en el portal cuando coincidían. Se tomaron café juntos dos o tres veces, en el bar de la esquina, en los años en que Federico vivió en el barrio. Federico tenía cincuenta y tantos años en el noventa y ocho. Soltero. Sin hijos. Conducía un Peugeot 309 blanco.

Lola hizo una pausa. Bebió otro trago de café.

—Yo lo había visto muchas veces aparcar el coche al lado del banco de la plaza. Era su sitio de costumbre —Federico no aparcaba en la plaza de garaje del bloque, decía que prefería verlo desde la ventana. Aquella tarde del catorce, cuando yo estaba en la plaza contigo y con la niña del Herranz, vi al hombre en el coche y la cara me sonó. No al instante —pasaron unas horas. Cuando tu padre llegó a casa esa noche y ya estaba el operativo en marcha, yo no le dije nada porque no estaba segura. La cara la había visto de espaldas, casi. Pero la noche del quince al dieciséis, cuando no podía dormir y empecé a repasar la tarde otra vez, me vino la cara de Federico Pardo. Y se la dije a tu padre llorando a las cinco de la madrugada.

—Y papá lo tachó.

—Lo tachó al día siguiente. Pero antes de tacharlo, hizo cosas. Esas no me las contó hasta noviembre.

—¿Qué cosas?

—Tu padre fue al bloque de Federico Pardo el dieciséis por la tarde, sin uniforme. Tocó al timbre. Federico no estaba. Tu padre habló con la portera. La portera le dijo que Federico se había ido a Cádiz hacía diez días por temas familiares —tenía un hermano enfermo allí— y que volvería cuando volviera. Tu padre fue a Cádiz dos días después, el dieciocho. Pidió al cuerpo de allí información. Encontró a Federico en casa de su hermano. Habló con él una hora.

—¿Y qué le dijo Federico?

—Que el catorce de octubre por la tarde había estado en Cádiz, no en Madrid. Que había dos testigos en su trabajo de Cádiz que lo habían visto ese día. Y que el coche, su Peugeot 309, lo tenía aquí, en Madrid, aparcado cerca de su casa, porque había bajado a Cádiz en avión.

Nora se quedó quieta un momento.

—Coche aquí, conductor allí —dijo Nora.

—Coche aquí, conductor allí —confirmó Lola.

—Entonces no era él.

—Tu padre verificó la coartada. Era buena. Los dos testigos del trabajo de Cádiz, comprobados. La factura del avión, comprobada. Federico Pardo no estaba en Madrid el catorce de octubre del noventa y ocho. Tu padre volvió a Madrid el veintiuno. Tachó el nombre el veintidós. Por eso el cuaderno tiene la palabra tachada con tres rayas. Tu padre se había permitido escribirla porque yo se la había dicho y porque confiaba en mí, pero después había tenido que tacharla porque era policía y la coartada era válida.

Nora guardó silencio un minuto.

Después dijo:

—Pero el coche estaba.

—El coche estaba.

—¿Quién lo conducía aquella tarde?

—Eso no lo sabe nadie. El coche estaba aparcado al lado del banco a las cinco y media, cuando yo lo vi. A las seis menos cuarto, cuando tu padre llegó a la plaza con el operativo, el coche ya no estaba. Federico, cuando volvió de Cádiz a finales de octubre, no recordaba haberle dejado las llaves a nadie. Pero —y esto, Nora, es lo que tu padre escribió con bolígrafo negro la semana de Reyes— Federico tenía un duplicado de la llave del coche escondido detrás del buzón del portal. Lo guardaba ahí desde siempre, por si se le perdían las suyas. Cualquier vecino que supiera dónde estaba el duplicado podía coger el coche.

Nora respiró. Despacio.

—Eso es lo que tu padre escribió en la entrada del veintidós de diciembre. *No es Vallecas. Es el otro*. Vallecas era Federico. *El otro* era el que cogió el coche. Y *el que cogió el coche* tenía que ser alguien del bloque, alguien que conociera el escondite del duplicado. Tu

padre estuvo los siguientes dos años cribando vecinos del bloque de Federico. Los del rellano de Federico, los del piso de arriba, los del piso de abajo, los del portal. Quince personas en total.

—¿Y?

—Y no encontró a nadie. Ningún vecino tenía perfil sospechoso. Todos tenían coartadas. Todos eran personas normales. Tu padre llegó a la conclusión, al final del segundo año, de que el que cogió el coche aquella tarde no vivía en el bloque sino que conocía a Federico Pardo lo suficiente como para saber del duplicado. Y eso reducía la lista a un puñado de personas que tu padre nunca llegó a identificar.

—¿Cuántas personas?

—No lo sé exactamente. Tu padre dejó de hablarme de eso a partir de dos mil. Yo lo dejé en paz. Era demasiado para los dos.

Nora cerró los ojos un segundo. Los abrió.

—Mamá.

—Sí.

—Federico Pardo está vivo.

Lola la miró. Asintió.

—Vivo. Setenta y nueve años. Vive en un pueblo de Cádiz desde dos mil cuatro, donde se jubiló. No volvió a Madrid después del año dos mil. Tu padre intentó hablar con él dos veces más, en dos mil cinco y en dos mil ocho. Federico no quiso reabrir el tema. Le dijo a tu padre que el coche se lo robaron y se lo devolvieron, y que él no podía decir más de lo que ya había dicho.

—¿Lo robaron y lo devolvieron?

—Eso le dijo.

—¿Tu padre se lo creyó?

—No. Pero no podía probar lo contrario.

Lola bebió otro trago de café. La taza ya estaba fría. Nora también miró la suya —fría también— y la dejó.

Después, casi de pasada, Lola añadió:

—Federico tampoco fue al psicólogo del barrio cuando lo trasladaron a Cádiz. Eso era raro. Todo el cuerpo de Madrid pasaba por consulta del doctor Valls antes de un traslado.

Nora levantó la cabeza.

—¿Doctor Valls?

—Mateo Valls. El psicólogo que tenía consulta encima del bar de la esquina, ¿no te acuerdas? Atendía a la gente del cuerpo y a vecinos del barrio. Tu padre fue dos veces, después de la desaparición de Sara. No le sirvió de mucho. Federico, en cambio, no fue ni una sola vez. Tu padre lo apuntó como dato en su libreta del 99 —Pardo no acude a Valls antes del traslado—, pero no lo desarrolló.

—Mateo Valls.

—Sí.

—¿Sigue vivo?

—Eso ya no lo sé, cariño. Yo no he sabido nada del barrio desde el dos mil once. Si quieres saberlo, lo miras tú con tus medios.

Nora apuntó en la cabeza el nombre. Lo apuntó en el sitio en el que solía guardar las cosas que no eran del caso pero podían serlo.

Lola la miró desde el otro lado de la mesa.

—Cariño.

—Sí, mamá.

—Te he dado el nombre que llevaba veintisiete años sin decir. Federico Pardo. No es la solución. Tu padre lo investigó dos años y no llegó a la solución. Yo, durante veinte años, lo he tenido en la cabeza como si fuera la solución, porque era el único nombre que tenía. Hoy, ya, sé que no era. Era un nombre que abría una puerta hacia otro nombre que no he sabido nunca.

—Mamá.

—Sí.

—Has hecho lo que tenías que hacer.

Lola apretó los labios. No contestó. Asintió pequeño.

A las cuatro y media, Lola se levantó. Recogió las dos tazas. Las llevó al fregadero. Se quedó un segundo apoyada en la encimera mirando la ventana del patio. Después se giró.

—¿Te quedas a cenar?

—No, mamá. Tengo que volver a Madrid.

—Vale.

—Pero te llamo mañana.

Lola sacó del aparador del comedor una caja pequeña de cartón. La abrió. Dentro había unas hojas plegadas de papel cuadriculado, escritas con la letra del padre con bolígrafo azul.

—Esto te lo dejas también. Son las notas que tu padre escribió sobre Federico Pardo entre el dieciséis de octubre y el veintidós de diciembre. No están en la libreta —están en un cuaderno aparte que él llamaba de descartes. Lo encontré ayer al mediodía en una caja del armario que también llevaba quince años sin abrir.

Nora cogió las hojas. Eran ocho. Las miró sin leer.

—Mamá.

—Sí.

—Gracias.

Lola se acercó a Nora. Le puso una mano en el hombro. Tres segundos. Le retiró la mano.

—Cariño, conduce con cuidado. Y come algo de cena cuando llegues.

—Sí, mamá.

—Llámame mañana.

—Te llamo.

Nora cogió la chaqueta. Cogió la caja. Salió del piso. Bajó las dos plantas. Llegó al coche a las cinco menos diez.

* * *

En el coche, antes de arrancar, sacó las ocho hojas. Las leyó por encima durante diez minutos. Eran lo que Lola había dicho —anotaciones del padre sobre Federico Pardo, los testigos de Cádiz, la coartada, la verificación, el coche, el duplicado de la llave, los quince vecinos del bloque, los dos años de cribado posterior—. Material policial. Un padre haciendo trabajo de policía sobre una pista que no llevó a ningún sitio.

Pero, en la última hoja, había una línea suelta al final, escrita con bolígrafo negro —el bolígrafo de las entradas posteriores al catorce de octubre—, sin fecha, sin contexto:

Si el que cogió el coche conocía a Federico, y Federico iba al doctor V. todas las semanas —verificar quién más iba al doctor V. los miércoles a las cinco—.

Nora leyó la línea cuatro veces.

Doctor V. Doctor Valls. Mateo Valls.

Federico iba al doctor Valls todas las semanas. Eso era nuevo. Lola lo sabía a medias y no lo había dicho —había dicho que Federico no fue a la cita anterior al traslado, lo cual sugería que Federico ya iba siempre—. Tu padre lo había ampliado: no solo iba, iba todas las semanas.

El psicólogo conocía a Federico. El psicólogo, por tanto, conocía la rutina de Federico. El psicólogo podía conocer el escondite del duplicado de la llave.

Pero esto no significaba nada por sí solo. Mateo Valls era una de las muchas personas que conocían a Federico. Tu padre no lo había desarrollado en la libreta —solo lo había anotado en una hoja de descartes y lo había dejado ahí—.

Sin embargo. Tu padre había escrito la línea con bolígrafo negro. El bolígrafo del catorce de octubre en adelante.

Nora dobló las ocho hojas. Las metió en el bolsillo lateral de la chaqueta junto con la página de AMALIA —ya muy doblada— y la tarjeta del Banco Cantábrico —la copia que Amalia le había dado el jueves anterior—. El bolsillo se había convertido, otra vez, en un pequeño expediente plegado.

Arrancó.

A las cinco y veintidós salió de Segovia por la circunvalación, dirección Madrid. La AP-61 estaba fluida. La luz de la sierra a esa hora —luz de tarde de marzo, ya con algo de primavera, todavía con algo de invierno— entraba por la ventanilla del copiloto.

A la altura del túnel del Guadarrama, Nora cogió el móvil y llamó a Sergio por el manos libres.

—Aranda.

—Vidal. ¿Estás volviendo?

—Volviendo.

—¿Tienes el nombre?

—Tengo un nombre. Federico Pardo. No es el nombre del caso de las niñas. Es un nombre de mi caso. Tenía coartada. No es él. Pero su coche sí estaba. Y alguien que conocía a Federico cogió el coche aquella tarde.

Hubo un instante al otro lado.

—Vidal.

—Sí.

—Eso es otro caso.

—Lo sé.

—Pero está abierto.

—Lo está.

—¿Vas a abrirlo formalmente?

—Todavía no. Hoy no. Esta semana no. Tengo el lunes la primera comparecencia de instrucción de Moral con la fiscal y me toca declarar. Y a partir del martes empieza la fase de comprobación de las cuarenta y cinco niñas del álbum. Lo de Sara va a esperar.

—Sí.

—Pero no se va a ir.

—No se va a ir.

—Aranda.

—Sí.

—Hay un nombre más.

—Dime.

—Mateo Valls. Psicólogo del barrio del noventa y ocho. Atendía a Federico Pardo todas las semanas. Mi padre lo apuntó en una hoja suelta y no lo desarrolló. Pero estaba con bolígrafo negro.

Sergio se quedó callado más tiempo esta vez.

—Vidal. No abras a Mateo Valls esta semana.

—No lo voy a abrir.

—Tomo nota.

—Pero el lunes pido a Inés que mire si está vivo y dónde vive.

—Eso sí. Pero solo eso.

—Solo eso.

—Buenas noches, Vidal.

—Buenas, Aranda.

Nora colgó.

Bajó por la AP-6 sin tráfico apenas. La M-30, después, fluida. A las siete menos diez aparcó en Lavapiés.

Subió los cuatro pisos. Dejó la caja de hojas del padre encima de la mesa baja del salón, al lado de la libreta y del sobre marrón con las ocho fotografías. La pila de Sara crecía.

En el estante, el reloj con las agujas paradas seguía marcando las 17:42.

Nora se sentó en el sofá. Sacó las ocho hojas del padre otra vez. Las leyó despacio, esta vez cada palabra, durante una hora. Cuando terminó, ya eran las ocho menos cuarto y afuera empezaba a oscurecerse el sábado de marzo.

Federico Pardo. Mateo Valls. Y en mitad de la pila, la foto del portal vacío del invierno del noventa y siete.

Tres piezas.

Suficientes para que Nora supiera, esta noche, que el caso de Sara iba a tardar todavía años en cerrarse.

Pero no se iba a perder.

Eso, ya, también lo sabía.

Capítulo 26

Veintidós años

—Diario de Amalia—

7 de mayo de 2013

Pongo veintidós en el título porque es la edad que he tenido durante todo el cuaderno. Cumplo veintitrés en quince días.

Llevo dos meses en Ribadesella. Bajé del autobús de Oviedo un sábado de marzo a las once y cuarenta de la mañana, con la chaqueta marrón remendada y una bolsa de tela. Me quedé treinta segundos mirando el mar al fondo de la calle, y me vino una idea que no había tenido en cinco años de moverme: aquí me puedo quedar.

No sé por qué fue Ribadesella. Había llegado a Ribadesella como había llegado a León y a Oviedo y a Santiago: porque alguien en una pensión barata me dijo que en tal sitio había trabajo, y yo cogía un autobús barato y miraba si era cierto. Aquí no he encontrado trabajo todavía. Trabajo los fines de semana de camarera en un sitio del paseo marítimo, en negro. Vivo en una pensión de una mujer mayor que me cobra ciento cincuenta euros al mes con desayuno. Como pan y queso, sopa los domingos. Llevo siete semanas contando monedas.

Pero por la mañana voy todos los días a la librería de la calle Manuel Fernández Juncos. Se llama Sardiñeira. La librera, una mujer mayor que se llama Pilar, me ha dicho que en agosto, cuando empiece la temporada alta, me va a coger como ayudante por las mañanas. Ya estamos a mayo. En tres meses tendré sueldo.

Eso es lo que quiero apuntar hoy.

He aprendido en estos dos meses que dormir mirando hacia la puerta es una forma de no descansar. Yo lo había hecho desde los ocho años. En todas las casas en las que dormí, ocho en total, dormía con un ojo abierto y la cara hacia la entrada del cuarto.

Hace tres semanas, una noche, en mi cuarto de la pensión, me desperté a las seis y media —a una hora normal, no a una hora de huida— y me di cuenta de que había dormido mirando hacia la pared. La pared, no la puerta.

Esa noche fue la primera. La siguiente, también. La tercera, también. A partir de la cuarta dejé de contar.

Sigo teniendo la A en la muñeca. La he mirado esta mañana mientras me lavaba la cara. Ya no me parece la cicatriz que era. Me parece otra cosa —un signo—. Como un sello que me puse yo a los ocho años para no perderme y que ya, ahora, no me hace falta como me hizo falta entonces. Pero la A se queda. No porque la necesite. Porque la quiero.

He elegido nombre. No lo escribo aquí porque para mí mi nombre se elige diciéndolo, no escribiéndolo. Pero lo tengo. Y por primera vez desde los ocho años, cuando alguien me dice mi nombre, sé que es el mío.

A veces vuelvo a pensar en el hombre gris. En las noches malas. Pero menos de las que pensaba que iba a pensar a los veintidós años. Sé que probablemente sigue vivo. Sé que probablemente sigue en algún sitio, jubilándose o ya jubilado, con sus uñas cortadas rectas y su colonia de farmacia. No sé si llegará un día en que alguien lo encuentre. No me planteo encontrarlo yo. Lo que yo hago —lo que llevo dos meses haciendo— es lo contrario de buscarlo: vivo. Si un día alguien viene a hablarme de él porque lo está buscando, hablaré. Hasta entonces, no hablo.

Me acuerdo a veces de las otras. Sobre todo de Mireia porque le di un libro, y los libros se acuerdan más que las personas. Si Mireia está en algún sitio con vida, con o sin nombre, sé que tiene el libro o que lo ha tenido.

Y de mi padre. Me acuerdo de mi padre —el de verdad, el veterinario, el de Gijón—, ahora ya sin pena. Han pasado dieciocho años desde que murió. Es más tiempo que el que pasé con él. Me

acuerdo de las manos suyas con tierra debajo de las uñas. Eso era lo que más me gustaba. No las manos sin tierra. Las con.

He aprendido también —y esto es lo último que voy a apuntar hoy— que un sitio se elige despacio. No me he quedado en Ribadesella porque sea bonita. Me he quedado porque, después de dos meses, mi cabeza ha bajado el ruido. La cabeza me hacía ruido durante quince años seguidos, sin parar, ni dormida ni despierta. Ribadesella es el primer sitio donde ese ruido ha bajado. No se ha apagado del todo. No se va a apagar del todo nunca. Pero ha bajado.

Eso, para una persona que se marcó una A en la muñeca a los ocho años, es bastante.

Mañana voy a la librería a las diez. Pilar me deja ayudarla con los inventarios. Por la tarde voy a leer un rato, voy a comer algo, voy a salir a dar una vuelta por el paseo si no llueve.

Es un día normal.

Llevaba quince años sin tener un día normal.

Capítulo 27

Lo que él creía

A las ocho y treinta del lunes veintitrés de marzo, Nora estaba en el despacho con la libreta verde de Encarna abierta sobre la mesa. Inés y Dani habían pasado el fin de semana cribando, los dos. Inés lo había hecho con dos columnas de colores diferentes en cada hoja —azul para hechos verificados, rojo para hipótesis— y un sistema de marcas al margen que ya nadie del equipo le preguntaba de dónde sacaba. Dani lo había hecho en silencio, con la foto de su hija de cinco meses en la mesa, bocabajo, como hacía siempre que el material le tocaba demasiado.

A las ocho cuarenta y cinco, Inés entró en el despacho. Sergio detrás.

—Vidal.

—Dime.

—Mateo Valls Garrido. Setenta y siete años. Nacido en Salamanca el dos de febrero del cuarenta y nueve. Licenciado en Medicina y Psiquiatría por la Universidad Complutense en mil novecientos setenta y cinco. Consulta privada en Madrid desde el setenta y nueve. Trabajó como asesor del cuerpo en cuestiones de evaluación psicológica entre el ochenta y el dos mil cinco. Cerró consulta privada en dos mil cinco, a los cincuenta y seis años; sin actividad profesional posterior registrada. Vive en Madrid, calle Almagro, treinta y dos, segundo izquierda. Soltero. Sin antecedentes. Sin historial sanitario relevante. Vivo. Activo según el padrón.

—¿Cuándo dejó la consulta del barrio?

—La consulta de la calle Monte Igueldo dejó de figurar en el registro de instalaciones sanitarias en mil novecientos noventa y nueve. La trasladó al centro, a la calle Almagro, donde tiene también el domicilio. Practicó hasta el dos mil cinco.

—¿Pertenecía a algún centro médico durante el periodo del noventa y ocho?

—Consulta privada exclusiva. No estaba afiliado a clínicas. Recibía pacientes por recomendación.

Sergio cogió la hoja que Inés le tendía. La leyó. La dejó sobre la mesa.

—Vidal.

—Sí.

—Esto se queda hoy aquí.

—Eso he dicho.

—Bien.

Nora cogió la hoja. La metió en una carpeta marrón sin etiqueta y la guardó en el cajón de abajo del lado izquierdo. La cerró con llave. La llave se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

Antes de salir hacia el juzgado, Nora le dijo a Sergio que más tarde tendría que escribirle a Casals: el interrogatorio del viernes requería tener a Ferraz al otro lado del cristal. Sergio asintió sin parar. Conocía a Ferraz desde un caso de catorce años antes: un patrón continuado de defraudaciones en una congregación religiosa. Lo describió con tres palabras mientras cogía su propia chaqueta: bolígrafo de cuatro colores.

—Vámonos al juzgado.

Salieron de Canillas a las nueve y treinta y cinco.

* * *

La sala de instrucción del Juzgado de Instrucción número trece era distinta a la sala de comparecencias del sábado. Más pequeña. Más cerrada. Una mesa en el centro, dos sillas de un lado y dos del otro. Al fondo, una mesa más alta para la juez. La fiscal a la derecha. Una letrada de la Administración de Justicia al lado de la juez con un ordenador portátil en lugar del cuaderno. Cámara de vídeo en una esquina del techo. Sin público. Sin Inés, sin Dani, sin Sergio dentro.

Sergio se quedó fuera, en la sala de espera de testigos, sin acceso a la declaración hasta que la juez decidiera si debía ser llamado.

Nora entró sola.

Le hicieron prestar promesa de decir verdad como testigo-funcionaria y agente actuante. Le mostraron las pruebas a tratar: el álbum MIS NIÑAS, las cuarenta y cinco autorizaciones fotocopiadas, el cuaderno verde de Encarna Murillo en copia y los veintiséis cuadernos de Amalia en relación de inventario. Las reconoció.

A las once y dieciocho la fiscal empezó.

Las primeras preguntas fueron ortodoxas, en orden cronológico: cómo había llegado al expediente de Carmen Soto Álvarez, cómo había localizado a María Luisa Soto, por qué había viajado a Ribadesella sin abrir caso, en qué momento había dado parte al comisario Gálvez, quién había firmado la autorización de apertura.

Sobre el viaje sin caso abierto, Nora explicó que tenía un nombre, un sueño recurrente y un expediente en el archivo, pero ningún hecho delictivo aparente; que abrir caso prematuramente sin testigo principal podría haber comprometido la disposición de la testigo a hablar; y que la decisión de las cuarenta y ocho horas la había validado el subinspector Aranda. Sobre la entrevista con la testigo, dijo que no había habido miedo: reticencia inicial, sí; miedo, no. La testigo había decidido cooperar antes de que la inspectora llegara. Nora respondió así, con frases medianas y sin desviarse, hasta las once y cuarenta y siete.

A esa hora, la fiscal cambió de pista.

—Inspectora, la testigo principal, la señora Carmen Soto Álvarez, en sus diarios usa repetidamente la expresión el hombre gris para referirse a la persona que ahora identificamos como el detenido don Andrés Moral Escudero. ¿En su entrevista con la testigo, le pidió usted descripción física del hombre gris?

—Sí.

—¿Qué le dijo la testigo?

—Tres datos. Que las manos eran siempre muy limpias, con las uñas cortadas rectas. Que olía a una colonia que ya no se fabrica, llamada Joya de Lirio, comprada en una farmacia de Chamberí. Y que firmaba en letra de imprenta mayúscula, deliberadamente, según le dijo a la testigo cuando ella tenía once o doce años, para que no le reconocieran por la letra.

—Hubo un silencio en la sala de cinco segundos. La letrada tecleaba. Moral, sentado al otro lado de la mesa con el abogado al lado, no se había movido durante toda la declaración. Pero cuando Nora dijo la frase para que no le reconocieran por la letra, Moral inclinó la cabeza dos grados, como quien escucha algo que reconoce.

La fiscal lo notó. La juez también. Moral lo notó también. Pero ninguno habló.

La fiscal continuó.

—¿En el registro del domicilio del detenido, se encontró material que coincida con esas tres descripciones?

—Sí. La colonia Joya de Lirio, en frasco original, en el armario del baño. Trazos de letra de imprenta mayúscula en el álbum MIS NIÑAS y en las anotaciones de la caja de zapatos. Las manos del detenido pueden observarse en cualquier fotografía o documento del expediente.

—Se hace constar la coincidencia.

La fiscal pasó a la siguiente página de su carpeta. Se quedó mirándola sin leer. Después dijo:

—Inspectora. Un cambio de pregunta. ¿Considera usted, en su criterio profesional, que el detenido don Andrés Moral Escudero comprendía la naturaleza del daño que estaba causando?

El abogado Belloto levantó la mano.

—Señoría, esa pregunta requiere de la inspectora un juicio sobre el estado mental del cliente que excede las funciones de un testigo policial.

La juez lo miró.

—Letrado, la pregunta es sobre la observación de la inspectora en el momento del registro y de la detención. No es un juicio clínico. Lo permito. La inspectora puede contestar lo que haya observado.

—Sí, señoría.

Nora pensó un momento. Después dijo:

—Mi observación, señoría, es que el detenido durante el registro del piso no presentó ningún signo de pánico, de remordimiento, de duda o de improvisación. Tampoco presentó signos de agresividad, de dominio o de placer. Lo que sí presentó fue lo que en mi unidad llamamos quietud técnica: la actitud de una persona que ha hecho durante años un trabajo que considera correcto y que, ante el cuestionamiento del trabajo, se mantiene en su valoración inicial. No vi a un hombre que entendiera estar siendo detenido por causar daño. Vi a un hombre que estaba siendo detenido por algo que él, internamente, no había clasificado como daño.

El abogado abrió la boca para protestar. La juez le hizo el gesto pequeño con la mano que le había hecho el sábado. El abogado bajó la mano.

Moral, al otro lado de la mesa, levantó la cabeza por primera vez en toda la declaración.

Miró a Nora.

Después dijo, con la misma voz educada y lenta de la comparecencia del sábado, una sola frase:

—Yo nunca firmé nada que el sistema no autorizara.

La sala se quedó en silencio.

La letrada tecleó la frase.

La juez no dijo nada.

La fiscal dijo, despacio, anotando:

—Que conste en acta la declaración voluntaria del detenido don Andrés Moral Escudero a las doce y trece minutos.

—Conste —dijo la juez.

El abogado Belloto se inclinó hacia Moral.

—Don Andrés, no diga nada más sin consultar conmigo.

Moral asintió. Volvió a mirar al frente. No habló más.

La fiscal terminó la declaración a las doce y veinticuatro. Hizo a Nora dos preguntas más, técnicas, sobre el procedimiento del registro. Después le dio las gracias. La juez agradeció a Nora la comparecencia. Le indicó que podía retirarse.

Nora se retiró.

* * *

En el pasillo del juzgado, fuera de la sala de instrucción, Sergio la esperaba apoyado en la pared con las manos en los bolsillos. La sala anexa con el monitor estaba al lado.

—¿Lo has visto?

—Lo he visto.

—Yo nunca firmé nada que el sistema no autorizara.

—Sí.

Caminaron hasta la salida del edificio sin hablar más. Bajaron las escaleras. En la calle, marzo seguía siendo marzo pero ya con un sol

de mediodía que prometía abril.

Sergio paró en la acera. Se sacó las manos de los bolsillos.

—Vidal.

—Sí.

—Lo que él se cree no importa. Lo que él hizo, sí.

—Lo sé.

—Pero te ha dicho lo que se cree.

—Sí.

—¿Qué haces con eso?

Nora lo pensó un segundo.

—Me lo guardo para cuando Dani lo interrogue. Si Moral cree que el sistema lo autorizaba todo, Dani le va a poder demostrar, expediente por expediente, que el sistema no autorizaba lo que Moral firmaba. La acogida voluntaria a familias receptoras no identificadas no estaba autorizada por nadie. La omisión deliberada del nombre real de la niña en el álbum no era un trámite. La nomenclatura paralela no figura en ninguna ley. Y los pagos en efectivo a las familias no constan en ningún registro contable del Ministerio.

—Eso es lo que le va a decir Dani.

—Eso le va a decir.

—Y cuando se lo diga, Moral se va a quedar sin la frase de hoy.

—Eso es lo que cuento.

Sergio sacó del bolsillo del pantalón una piruleta de fresa, de las que regalaban en la cafetería del juzgado para los hijos de los abogados que esperaban en el hall. La desenvolvió. Se la metió en la boca.

Nora se rió por primera vez en lo que llevaba de día.

Sergio le tendió otra que tenía en el bolsillo. Nora la cogió.

—¿De fresa también?

—De limón. Era la otra que había. La elegí pensando en ti.

—Gracias.

Caminaron hasta el coche.

A la una menos diez, Sergio condujo a Canillas. Nora en el copiloto. La piruleta de limón le duró exactamente el trayecto.

A las dos y media, Nora estaba otra vez en su despacho con la libreta verde de Encarna abierta y la carpeta marrón de Mateo Valls cerrada con llave en el cajón de abajo. Sergio estaba en su mesa terminando el informe del fin de semana para Gálvez. Inés y Dani habían bajado a comer.

A las dos y treinta y siete, sonó el teléfono fijo del despacho.

Nora descolgó.

—Vidal.

—Inspectora Vidal. Soy María Pelayo. La hermana pequeña de Lola Pelayo, la niña que entró en el San Marcos en febrero del noventa y tres. Su agente Inés Fuentes me localizó esta mañana.

Nora cogió aire.

—Señora Pelayo. Buenas tardes.

—Inspectora, mi hermana mayor desapareció a los siete años en mil novecientos noventa y tres. Yo había nacido seis meses antes. Mis padres y yo llevamos treinta y tres años buscándola. Mis padres ya murieron, pero yo, no. Nos llamaron esta mañana del cuerpo y nos

dijeron que han abierto un caso que la incluye. ¿Tiene usted un momento?

—Tengo. Cuénteme.

María Pelayo le contó. Le contó que sus padres habían enmarcado la única foto de Lola que tenían —Lola con seis años, en un parque de Burgos, con una falda de cuadros— y la habían tenido en la mesa del comedor durante treinta y tres años. Le contó que su madre había muerto en dos mil diecinueve sin saber dónde estaba la hija mayor, y que su padre había muerto en dos mil veintitrés con la misma pregunta abierta. Le contó que ella, María, había crecido siendo «la hermana de la niña que falta», una expresión que un compañero suyo había usado en quinto de primaria y que había cambiado todo. Le contó que llevaba once años en terapia y que el único día que había hablado de Lola sin llorar había sido aquella mañana, hacía dos horas, con la agente Inés Fuentes.

Hablaron treinta y dos minutos. Cuando colgaron, Nora se quedó con la mano en el teléfono un instante más antes de soltarlo.

Una de las cuarenta y cinco tenía hermana viva.

Una de las cuarenta y cinco tenía familia que nunca había dejado de buscarla. Una hermana de treinta y tres años, en Burgos, esperando.

Y todas, probablemente, iban a tener algo parecido. Hermanos, padres, hijos, sobrinos. Personas que llevaban entre veinte y cuarenta años esperando un teléfono que nunca había sonado y que ahora iba a empezar a sonar.

Sergio se quedó un momento de pie en la puerta antes de irse.

—¿Has hablado tú con Inés esta mañana?

—Sergio.

—Te ha visto guardar algo en el cajón de abajo. Le has dado a entender a Inés que no era nada urgente. ¿Es así?

—Es así.

—¿Es así de verdad o es así para hoy?

Nora levantó la vista del expediente Pelayo. Sergio no estaba enfadado. Sergio estaba con la mano en el marco de la puerta como cuando esperaba una respuesta a la que no quería poner palabras él.

—No es nada urgente, Sergio. Esta semana lo abrimos los dos.

Sergio bajó al puesto de la calle. Nora se quedó mirando el cajón de abajo y la llave en el bolsillo interior de la chaqueta.

La parte difícil del caso, Nora la entendió en ese momento, no había sido el registro del piso de Moral.

La parte difícil del caso empezaba ahora.

Capítulo 28

Rosa

Cuando Nora entró en el despacho, los cuarenta y cinco nombres ya estaban en la pizarra blanca. Eran las nueve menos diez de la mañana del martes veinticuatro de marzo.

Dani los había trabajado durante la noche con Inés. Habían dormido por turnos de hora y media en el sofá de la sala de descanso. Estaban de pie delante de la pizarra con los ojos enrojecidos y dos vasos de café del puesto de la calle. La pizarra tenía cuatro columnas. La primera, con veintidós nombres, llevaba arriba una palabra: fallecidas. La segunda, con doce nombres, decía vivas. La tercera, con ocho, decía sin paradero conocido. La cuarta, con tres, decía en estudio.

Inés había escrito junto a cada nombre la edad actual estimada, el último domicilio conocido y, donde lo había, un teléfono.

—Cuarenta y cinco nombres —dijo Dani—. Cuarenta y dos con identidad real cruzada. Tres todavía en estudio —coincidencias parciales que no acaban de encajar—.

—De las veintidós fallecidas, dieciséis con causa documentada. Seis sin causa registrada antes de los veinticinco años —dijo Inés.

—Ya.

—Las doce vivas localizables —dijo Dani—. Una es Amalia. Las otras once están en distintas comunidades. Cuatro en Asturias, dos en Cataluña, dos en Galicia, una en País Vasco, una en Madrid, una en Andalucía. Edades entre veintinueve y treinta y siete años. Inés había anotado al margen, en azul claro, lo que se sabía de cada una para que se leyeran como personas y no como filas: la de Cataluña era profesora de instituto en Manresa, tenía dos hijos pequeños; la de Andalucía trabajaba en un hospital de Cádiz, urgencias, turno de tarde; dos de las cuatro asturianas vivían en el mismo concejo de la cuenca minera sin saberlo; la de Madrid era librera, como Amalia, en un barrio de Vallecas; la del País Vasco había publicado dos años

atrás un libro de poemas bajo seudónimo que la propia Inés tenía en casa antes de saber quién lo había escrito.

Nora se acercó a la pizarra. Leyó la columna de las vivas. La segunda fila la hizo pararse.

—Rosa Vidal-Pintor —leyó—. Veintinueve años. Gijón. Empresa de logística.

—Sí —dijo Inés—. Yo también la miré dos veces.

Sergio entró en ese momento con un vaso de café en cada mano. Le dio uno a Nora. Miró la pizarra. Miró a Inés. Miró a Nora.

—¿Tú quieres que te lo diga yo o te lo dices tú?

—Es coincidencia —dijo Nora—. Tiene que ser coincidencia.

—Es coincidencia hasta que se demuestre lo contrario —dijo Sergio —. Que es lo que hacemos hoy.

Nora bebió un sorbo de café. Estaba bueno. Sergio compraba el café del puesto que estaba dos calles más allá del de la calle Mateo Inurria, porque decía que el otro lo aguaba.

—La llamo yo —dijo Nora—. La llamo desde aquí. Dani, Inés, vosotros os quedáis con el resto. Empezáis con Mireia Canet, que la tenemos confirmada por Amalia. Las otras nueve vivas las llamáis durante la mañana y la tarde. La última, la de Cataluña, la dejáis para mañana porque tiene horario distinto.

—Vale —dijeron los dos a la vez.

—Sergio.

—¿Qué?

—Te quedas. Por si dice algo.

Sergio se quedó.

Antes de marcar a Rosa, Nora cogió la libreta pequeña y anotó dos cosas en la columna de la izquierda. La primera: llamar a la fiscal Casals durante el día para confirmar la presencia de Ferraz en la sala de observación del viernes. Ferraz era el criminólogo al que Casals solía recurrir en casos de patrón continuado; había escrito el manual sobre declaraciones de delincuentes seriales de cuello blanco que Nora había leído tres veces durante la semana y quería tenerlo al otro lado del cristal cuando Moral declarara. La segunda: enviar a Casals el resumen de la pizarra antes del mediodía. Cerró la libreta.

Inés y Dani salieron. Cerraron la puerta. Nora se sentó en su silla. Sergio se sentó en la silla de Inés. Nora cogió el teléfono fijo del despacho, marcó el número de Rosa Vidal-Pintor, y puso el manos libres a un volumen bajo.

Tres tonos. Cuatro. Cinco.

—¿Sí?

La voz era adulta, sin sueño, sin alarma. Una voz que cogía teléfonos a las nueve menos cinco de la mañana sin titubear.

Nora se presentó. Inspectora Vidal, comisaría de Canillas, Madrid. Dijo el nombre completo del cargo y de la unidad. Dejó dos segundos.

—¿En qué puedo ayudarla, inspectora?

—Señora Vidal-Pintor, llamo en relación con un caso que estamos investigando. Es un caso delicado y prefiero que sea usted quien decida si quiere o no continuar la conversación. ¿Puede usted hablar?

—Puedo hablar. Estoy en mi casa. No salgo hasta las diez.

—Bien. Le voy a hacer una pregunta. Si no quiere usted contestar, dígame que no quiere y colgamos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Le dice algo el nombre Andrés Moral?

Nora oyó al otro lado un silencio que duró un momento. No fue un silencio asustado. Fue un silencio de quien acomoda algo en su sitio.

—Sí —dijo Rosa—. Ese hombre me cambió de casa cuando yo tenía ocho años. Nunca supe su nombre hasta ahora.

Sergio dejó de escribir en su libreta.

—Señora Vidal-Pintor.

—Rosa.

—Rosa. Le voy a contar lo que sé y luego le voy a pedir que usted me cuente lo que recuerde. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nora le contó. Le contó lo justo. Le contó que un hombre de setenta y un años, jubilado de servicios de menores, había sido detenido el viernes anterior. Le contó que tenía un álbum con cuarenta y cinco fichas. Le contó que ella, Rosa, era una de las cuarenta y cinco. Le contó que ya tenían a otra, una mujer que vivía en Asturias, que había sido la que les había llevado hasta el álbum.

Rosa escuchó. Cuando Nora terminó, Rosa esperó un segundo. Luego habló.

—Lo cuento yo en cinco minutos —dijo—. ¿Le viene bien?

—Me viene bien.

Rosa contó.

—Tenía ocho años cuando entró en una casa de acogida cerca de Oviedo. Sus padres habían muerto en accidente. La hermana de su madre, que era la única familia, vivía en Argentina. Estuvo seis meses. A los ocho años y medio el hombre gris la cambió. La llevaron a una casa de un matrimonio mayor en Llanes. La trataron bien.

Decentes. Le dieron de comer, le dieron colegio, le dieron ropa. Cuando cumplió los dieciocho, el matrimonio mayor le dijo, sentados en la cocina, que ella era hija suya en todo lo que importaba pero que oficialmente nunca lo había sido. Le explicaron lo que sabían. Le explicaron que habían pagado a un hombre para tenerla. Le explicaron que se habían arrepentido durante años de haberlo hecho así pero que ya no había vuelta atrás. Le pidieron perdón.

Rosa estudió Logística en Oviedo. Se fue de casa de los padres adoptivos a los veinte. Mantuvo la relación. Pidió un cambio de nombre legal a los veinticuatro, no para borrar a los padres adoptivos sino porque ella quería elegir cómo se llamaba. Mantuvo Rosa. Cambió los apellidos. Eligió Vidal-Pintor.

—Hizo terapia desde los veintiuno. Llevaba ocho años yendo. Su terapeuta era una mujer de Gijón a la que ella le tenía cariño. Le había contado todo. No tenía hijos, no tenía pareja estable, tenía su trabajo y tenía sus amigas y tenía el mar a quince minutos de su casa. Estaba bien.

—Le pregunté hace unos años a mi madre adoptiva quién era ese hombre —dijo Rosa—. Me dijo que solo lo veía en una oficina pequeña de Madrid. Le entregaba dinero. Firmaba papeles. Tenía una colonia rara que ella siempre asociaba con farmacias.

—Sí.

—¿Era un funcionario?

—Era un funcionario.

—Pensé en denunciar, pero no sabía a quién. Las dos personas que pagaron ya no están vivas. La oficina de Madrid no la encontré. Y mi terapeuta me dijo, con cuidado, que la denuncia podía ser para mí o podía ser contra ellos, y que las dos cosas eran legítimas pero no se podían hacer al mismo tiempo. Yo elegí la primera. Hice mi denuncia hacia dentro. La hice en terapia, durante años.

—Eso ha sido también una denuncia, Rosa.

—Ya.

Nora la dejó respirar. Sergio escribía. Rosa siguió.

—¿Qué necesitan ustedes de mí?

—Tres cosas. Una identificación visual de Andrés Moral. Le mandaríamos una foto y le pediríamos que la confirme o la descarte. Dos: una declaración voluntaria. Si quiere hacerla en Gijón, vamos nosotros. Si quiere hacerla por escrito, le mandamos a la agente Inés Fuentes y la formaliza con usted. Tres: si recuerda, durante el tránsito que usted hizo de los siete a los ocho, alguna otra niña con la que coincidiera, querríamos saber los nombres.

Rosa contestó las tres en orden.

—La identificación visual la hago. Cuando quieran, donde digan. Si es él, lo voy a saber. Me acuerdo de sus manos.

—¿De las manos?

—Tenía las uñas cortadas rectas. Las uñas más limpias que yo había visto en mi vida. Yo me fijé porque mi padre, el biológico, había sido carpintero y tenía las uñas siempre con una raya negra. Era mecánico de vehículos agrícolas antes, pero había hecho de carpintero los últimos años. Y este hombre, en cambio, tenía las manos como si las acabara de lavar cada vez que entraba.

—Voy.

—La declaración la hago aquí en Gijón. Mándenme a su agente. Esta semana puedo cualquier día por las tardes a partir de las cinco.

—Vale.

—Y respecto a las otras niñas. En aquella casa que en mis papeles decía Almería —pero no estaba en Almería, lo supe luego, era otro sitio, antes de Llanes— coincidí con tres. Una se llamaba Mireia. Era catalana. Llevaba allí desde antes que yo, mucho antes. Cuando me sacaron, le dejé un libro pequeño con tapas azules —ella ya guardaba

otro de antes, un libro distinto que había traído consigo de Madrid; le di el mío para que tuviera dos—. Si tienen ustedes un libro pequeño con tapas azules entre las cosas de Mireia, fui yo.

Nora apuntó.

—Las otras dos eran Carmen y Lola —dijo Rosa—. O eso me suena. Carmen tenía un acento del sur, Andalucía o Murcia. Lola era de un sitio grande, decía «la capital», a lo mejor Madrid, a lo mejor otra. Las dos se fueron antes que yo. No supe a dónde. Y le digo una cosa, inspectora: tenía ocho años. Los nombres de las niñas que pasaban por aquellas casas se me quedaron como se le quedan las cosas a una niña de ocho años. A medias.

—¿Apellidos?

—No me acuerdo. De ninguna de las dos. Si tuvieron apellidos delante de mí, no me los quedé. Allí dentro casi nadie usaba apellidos.

Sergio cerró los ojos un segundo. Carmen y Lola, sin apellido, sin provincia firme, con los rasgos que recordaba Rosa a medias y descolocados. Carmen Soto Álvarez —Amalia, viva, ya en sus manos — era de Gijón, no del sur. Lola Pelayo, la niña de Burgos del cuaderno verde, no era «de la capital». Los datos no cuadraban con las dos que el equipo ya tenía fichadas, pero tampoco los descartaban: eran nombres demasiado comunes, y el sistema de Moral había usado nombres comunes precisamente para eso. La Carmen de Rosa podía ser una cuarta niña. O la quinta. O ninguna que llegaran a poner nunca en una ficha. Sergio anotó los dos nombres en la columna de los hilos que no se cerraban.

—Bien, Rosa. Tenemos lo que necesitamos. Le enseñaremos la fotografía en diligencia formal, con acta, cuando Inés suba a Gijón. Podemos derivarla a la Oficina de Asistencia a las Víctimas del Delito que corresponda. Es un servicio público, gratuito y confidencial; puede ofrecerle información y apoyo psicológico antes, durante y después de la entrevista. Inés le pasará el contacto si usted quiere. No es obligatorio y no influye en el procedimiento.

—De acuerdo.

Nora hizo una pausa. Tenía que hacer la pregunta que llevaba toda la conversación pendiente. La hizo así, sin envolverla.

—Rosa, una cosa más. Su apellido. Vidal. Usted sabe que no tiene nada que ver conmigo, ¿verdad?

Rosa se rio bajo. Una risa de un segundo, más asentimiento que risa.

—Inspectora, yo me puse Vidal cuando me cambié el nombre. Vengo del sistema. Vidal me sonó bien. Lo elegí porque se escribe corto y suena claro.

—Aunque, si le soy sincera, ahora que me lo pregunta. A los veinticuatro, cuando estaba decidiendo apellidos, leí en la prensa de Asturias el nombre de una inspectora de Madrid en un caso que se había cerrado bien. Una mujer joven. El apellido era Vidal. Yo lo apunté en una libreta de cosas pendientes. Tres meses después, cuando hice los papeles, escogí Vidal. No me acordaba de la inspectora hasta hoy.

—Era usted, ¿verdad? —dijo Rosa.

—Era yo.

—Bueno. Ya está —dijo Rosa—. Es bonito que alguien tenga el apellido por una razón.

—Inspectora.

—Sí.

—Si me llaman a Madrid para el juicio, lo digo yo. Lo digo entero. No quiero que se quede en una declaración escrita en una carpeta.

—Anotado.

—Llevo veintinueve años esperando a alguien que me lo preguntara.

Colgaron.

Sergio se levantó a las diez menos veinte. Le tocó el hombro de Nora al pasar. Le dijo bajo, sin pararse, voy con Dani al fax. Y salió.

Nora se quedó sola.

Anotó en la libreta la cita con Inés: la identificación fotográfica de Moral se haría en Gijón, en diligencia formal y con acta, no por teléfono ni por correo. Rosa ya había dicho por dónde la haría —«me acuerdo de sus manos»—, pero eso, hasta que no estuviera en un papel firmado, no era todavía una identificación. Era una mujer que recordaba unas manos.

Después miró la pantalla un rato, sin abrir nada.

Se levantó. Dio cuatro pasos hasta la pizarra blanca y se paró delante. Las cuatro columnas seguían donde las habían dejado Dani e Inés esa mañana. La de las vivas tenía ahora una fila casi cerrada: Rosa Vidal-Pintor, Gijón, declaración voluntaria confirmada por teléfono, pendiente de identificación formal en Gijón mañana o jueves.

La pista falsa del apellido había muerto a las diez y once de la mañana del martes.

Pero la frase que Nora estaba pensando era otra. Era la de Rosa al final de la llamada: es bonito que alguien tenga el apellido por una razón.

Nora no había tenido nunca conciencia de que su apellido —el de su padre durante treinta y tantos años en Madrid, el suyo durante quince en Canillas firmando atestados— pudiera estar haciéndole compañía a alguien fuera. Funcionando, en la libreta de pendientes de una mujer joven en Oviedo, como un nombre limpio. Como algo que sirviera para empezar. Y, mientras ella se creía sola haciendo su trabajo, así había sido.

Cogió del cajón la libreta pequeña y anotó dos nombres en una página nueva: Amalia. Rosa. Dos mujeres que no eran de su familia y que llevaban parte de ella sin habérselo pedido. Pensó, sin saberlo

decir todavía, que esto era un tipo distinto de cuenta, y que iba a tardar en posarse. Tampoco había prisa.

Volvió a su silla. Se sentó. Cogió el teléfono otra vez para empezar a marcar a la juez Quiñones —había que comunicarle la declaración de Rosa y la cita de identificación formal en Gijón antes del mediodía— y, antes de marcar, se quedó mirando el cajón de abajo de su mesa.

La carpeta marrón de Mateo Valls Garrido seguía dentro, con la hoja de Inés y sus propias anotaciones. El expediente histórico del archivo central lo había consultado in situ esa semana, sin retirarlo, con autorización interna de acceso y anotación de consulta. Lo que importaba de aquella hoja no eran los datos —setenta y siete años, psicólogo retirado, consulta cerrada en dos mil cinco—, sino dos líneas: Valls había atendido a su padre dos veces el otoño del noventa y ocho, y había atendido a Federico Pardo Solís todas las semanas durante el final de los noventa, según las hojas sueltas del padre.

La llave seguía en el bolsillo interior de la chaqueta.

La cuenta de Nora hoy seguía sin estar completa.

Pero no estaba sola.

Capítulo 29

Identificaciones

A las nueve de la mañana del jueves veintiséis de marzo, la sala de identificación de Canillas estaba más iluminada que cualquier otro día.

Lo había pedido Inés. Inés había argumentado, con un escrito que la juez Quiñones ya había leído, que en una rueda de reconocimiento la iluminación podía condicionar la fiabilidad del reconocimiento. Si el testigo recordaba al sospechoso bajo una luz determinada, la sala tenía que aproximarse a esa luz. Las dos supervivientes habían recordado a Moral en oficinas y en pisos de los años noventa, con luces blancas frías. La sala estaba ahora con luces blancas frías.

Rosa había llegado de Gijón el miércoles por la tarde. Había venido por voluntad propia. Había avisado a Inés el martes por la noche con un mensaje breve: prefiero ir yo. Pago el AVE. Cumplo y vuelvo el viernes. Tenía reserva en un hotel del centro pagado por ella. No había aceptado que la jefatura se hiciera cargo del alojamiento. Llevaba una camisa azul oscura, pantalón vaquero y un bolso pequeño cruzado.

Amalia estaba conectada por videoconferencia desde dependencias judiciales de Ribadesella, con identificación previa y conexión segura, sola salvo el personal autorizado. El letrado de Moral estaba presente en la sala de Madrid, con posibilidad de formular protesta u observaciones.

Nora entró a las nueve y dos.

—Buenos días —dijo—. Inspectora Vidal. Las acompaño hoy.

Inés llevaba la mecánica del trámite. Tenía el mismo gesto pequeño en la mandíbula del primer día, el que delataba un café fuerte aguantado desde temprano, pero esta mañana la voz le salía más lenta de lo habitual, como si llevara dos días ensayándola para que no temblara delante de las testigos. Empezó por el reconocimiento

fotográfico de Amalia, porque, al no verlo en persona, el reconocimiento de Amalia era el más exigente.

La pantalla mostró cinco fotos de hombres en filas de tres y dos. Todos de edad y rasgos similares al sospechoso, peso medio, calvicie incipiente, ropa neutra. Las fotos tenían la misma luz, el mismo fondo gris.

Amalia las miró diez segundos.

—La cuatro —dijo.

—¿Está usted segura?

—Estoy segura. Es él. Las manos.

—La cuatro era Andrés Moral.

Inés anotó. La juez Quiñones, presente por videoconferencia desde su despacho, asintió. Amalia bebió un sorbo del café y dejó la taza fuera del encuadre.

—Una pregunta más, señora Soto —dijo Quiñones—. ¿Cuándo lo vio usted por última vez en persona?

—En persona, dos veces —dijo Amalia—. La primera, en el San Marcos, antes de mi salida, en torno a junio de dos mil; yo tenía diez años recién cumplidos. La última, el catorce de marzo de dos mil uno, ya en la primera casa receptora, en casa de don Tomás y doña Carmela. Vino a firmar papeles con ellos. Yo le abrí la puerta. Antes de irse pasó por la puerta de mi cuarto y me dijo «pórtate bien, Amalia». Yo tenía diez años, casi once. Después no lo volví a ver nunca más en persona.

—¿Y, después de aquello, lo había vuelto a ver en alguna fotografía?

—Nunca.

—Vale. Gracias.

Amalia asintió. Pilar permaneció disponible fuera de cámara, por si Amalia necesitaba apoyo, pero no siguió el resto de la diligencia. Amalia se retiró del encuadre de la cámara pero no cortó. La taza de café quedó visible en una esquina de la pantalla.

Después fue la rueda presencial de Rosa.

Rosa entró a la sala adyacente, separada por un cristal con película espejo. Detrás del cristal, cinco hombres en fila numerada del uno al cinco. La fila incluía a Andrés Moral en el número tres y a cuatro figurantes parecidos. Los cinco vestían prendas neutras similares —sobrecamisas grises facilitadas por la unidad— para neutralizar diferencias de vestuario.

A Rosa la acompañó Sergio.

—Tómese su tiempo —dijo Sergio—. No tiene prisa.

—No la tengo —dijo Rosa.

Rosa miró durante casi cuarenta segundos. Pasó la vista por los cinco. Volvió al uno. Volvió al cinco. Se quedó dos veces más en el tres. La quinta vez no apartó la vista.

—El tres —dijo Rosa.

—¿Está usted segura, señora Vidal-Pintor? —dijo Inés desde el atril.

—Estoy segura.

—¿Quiere usted añadir algo a la identificación?

—Quiero añadir que es él. Y que sigue sin mirar a los ojos.

Inés anotó. Quiñones asintió otra vez por videoconferencia. La rueda terminó a las nueve y diecinueve.

Cuando Rosa salió de la sala, Inés hizo una cosa que no estaba en el protocolo. Antes de archivar el acta, le enseñó a Rosa el folio donde quedaba escrita su declaración y le preguntó si quería leerlo, por si

había algo que matizar. Rosa lo leyó. Dijo que estaba bien. Inés explicó después, cuando Nora se lo comentó de pasada, que lo hacía siempre que podía: que una declaración era lo único que de un caso así le quedaba a la testigo en la mano, y que merecía que la testigo la reconociera como suya y no como un papel que otros habían escrito sobre ella. Lo decía sin énfasis, como se dicen las cosas que vienen de casa. La madre de Inés había sido treinta años trabajadora social; Inés había crecido oyendo, sin querer, el ruido que hace un sistema cuando trata a una persona como un expediente. No iba a reproducir ese ruido si podía evitarlo.

Cuando los cinco hombres se retiraron del otro lado del cristal, Andrés Moral fue el último en girarse. No buscó a nadie con la mirada. Echó a andar.

A las once y veinte, Nora bajaba por el pasillo de la cuarta planta camino de su despacho.

Acababa de salir de una reunión con la juez Quiñones, Inés y la fiscal. La reunión había durado una hora cuarenta minutos y había terminado con la confirmación de que podía practicarse una nueva diligencia de instrucción esa misma mañana. Moral iba a ser trasladado a las once y media desde Soto del Real para una diligencia vinculada a las identificaciones practicadas esa mañana. Las identificaciones habían reforzado los indicios.

El pasillo estaba en la zona intermedia de la planta. Era un pasillo de cuatro metros de ancho con suelo de granito y luces fluorescentes. Había despachos a un lado y archivos al otro. A media tarde se llenaba. A las once y veinte de la mañana solo se cruzaba alguien cada dos minutos.

Nora se apoyó en la pared del pasillo. No estaba esperando a nadie. Estaba esperando a que la cabeza se le quedara quieta antes de entrar al despacho. Llevaba siete días sin sentar la cabeza y necesitaba un momento.

Al fondo del pasillo, por la puerta de los calabozos provisionales, aparecieron los dos agentes con Moral entre ellos.

Moral iba esposado por delante. Llevaba pantalón gris, camisa blanca y una chaqueta oscura sin corbata. Las manos pequeñas con las uñas cortadas rectas se le veían entre las dos esposas. Los agentes caminaban a paso normal, ni rápido ni lento.

Nora siguió contra la pared, sin moverse.

Pensó en entrar al despacho antes de que se cruzaran. Pensó en girarse y bajar por la escalera de servicio. Las descartó las dos. No iba a desviarse de su camino por estar él ahí. Esa decisión, mínima, era la que tenía que tomar y la tomó.

Los tres avanzaron.

Cuando estaban a tres metros de Nora, una funcionaria del archivo cruzó el pasillo con un carro de expedientes. El carro hacía ruido. Los dos agentes se pararon, protocolariamente, para dejarla pasar. Moral se quedó parado entre los dos.

En esos cuatro segundos, Moral giró la cabeza medio grado. No la giró del todo —los agentes lo habrían notado—. La giró lo justo para que su voz pudiera dirigirse a Nora.

Nora no lo miró. Pero lo oyó.

—Usted y yo no somos tan distintas, inspectora.

Pausa de un segundo.

—Las dos buscamos a niñas.

La funcionaria pasó. Los agentes tiraron de Moral. Los tres siguieron por el pasillo y desaparecieron al fondo, por la puerta de la escalera de servicio que bajaba al garaje.

Nora se quedó en la pared.

Diecisiete segundos.

Veinte.

Cuando se separó del muro, las manos le temblaban. No mucho. Lo justo para verlo si se las miraba con cuidado. Las cerró en puños. Las abrió. Las cerró otra vez. Bajó la mirada al suelo de granito. El temblor seguía ahí. Pequeño. Real.

La frase de Moral no había sido una amenaza. No había sido una provocación. Si Moral hubiera querido dañar a Nora, habría dicho otra cosa. Habría dicho una frase del trabajo de ella, o una de su familia, o una de Sara. Habría dicho lo que sabía —porque Moral, en su cuarto del fondo, había leído todo lo que la prensa había escrito sobre la inspectora Vidal, y eso era información suficiente para herir si herir hubiera sido el objetivo—.

Pero Moral no había dicho ninguna de esas cosas. Había dicho la única que era verdad. Que las dos buscaban a niñas. Y que esa actividad —la búsqueda— no distinguía, en sí misma, a los que las buscaban con un fin de los que las buscaban con otro. Eso era cierto. La búsqueda como verbo era el mismo verbo. La diferencia estaba en lo que cada uno hacía con la niña encontrada. Pero el verbo, antes de la siguiente acción, era el mismo.

Y por eso a Nora le temblaban las manos. Porque acababa de oír, en boca de un hombre al que iban a meter veinte años en prisión, una frase formalmente verdadera.

Nora se quedó pensando en eso durante los siguientes segundos. Las dos buscaban a niñas. La frase no se distinguía si no se le añadía el resto. El resto eran las acciones, los cuadernos, los traslados, las recolocaciones, las niñas convertidas en trámites. El resto era lo que Moral había hecho durante veintiún años, y lo que Nora —ahora, esta semana, sin reconocérselo todavía— estaba a punto de hacer con Sara: empezar a buscarla por dentro, no para apropiársela, sino para enterrarla bien. Pero el verbo era el mismo. Y Nora, que llevaba quince años usando ese verbo con otras víctimas, no había tenido todavía que mirarlo con la propia. Esa era la herida nueva que Moral acababa de tocar sin saberlo: no la de Sara, que ya estaba allí; la de su propia búsqueda. La búsqueda como cosa que también podía deformarse. La cosa que ella tenía que decidir en qué consistía cuando llegara a casa esta noche.

Nora no entró al despacho.

Bajó al baño de la cuarta planta —un baño que casi nadie usaba porque tenía mala ventilación—, se metió en uno de los cubículos, cerró la puerta y se sentó en el inodoro tapado. No había nadie en el baño. Estuvo dos minutos así. Sin llorar, sin pensar, mirando la junta de azulejo entre dos baldosas.

Después se levantó, se mojó las muñecas en el lavabo y subió al despacho.

A las dos de la tarde, cuando Inés y Dani se fueron a comer y Sergio bajó al puesto de la calle a por dos sándwiches, Nora cerró la puerta del despacho con pestillo.

No lo hacía nunca. La puerta del despacho estaba siempre abierta o, como mucho, cerrada sin pestillo cuando una llamada exigía discreción. El pestillo era una pieza pequeña que ella misma había cambiado tres años atrás porque el original se atascaba. No lo había usado más de cuatro veces.

Lo usó.

Después fue a la mochila, sacó la libreta del padre, y la dejó encima de la mesa.

La libreta estaba ahora siempre con ella. Había empezado a llevarla la semana anterior. La metía en la mochila cada mañana al salir del piso de Lavapiés y la sacaba cada noche al volver. No la abría todos los días. La llevaba.

La abrió por la página marcada. Octubre de mil novecientos noventa y ocho.

La página tenía catorce líneas escritas con la letra del padre. La caligrafía irregular de un hombre que no había dormido. Bolígrafo negro. Algunas palabras subrayadas. Tres letras tachadas con tres rayas en el margen izquierdo, a la altura de la séptima línea. Encima de la tachadura, con bolígrafo más fino —el detalle que en la primera lectura, sin la conversación de Lola encima, Nora había registrado

solo como dos palabras pequeñas que empezaban por N—, la fórmula que su padre repetía siempre que descartaba a alguien, la misma que había escrito sobre tres testigos en la libreta del 99: No fiable. Esta vez aplicada al nombre tachado de la séptima línea, no a un testigo.

Las tres letras tachadas eran las que el peritaje no había podido descifrar. Nora había pedido el peritaje caligráfico la semana anterior, una vez abierta como diligencia separada la línea de Sara dentro del archivo personal de Manuel Vidal. El informe había llegado el jueves a primera hora: tres letras, dos posibles configuraciones, ninguna certeza. En una de las fotos forenses parecía una R. En otra parecía una D. La tercera era ambigua, bajita, con la base cerrada.

Nora se sentó. Acercó la libreta. Encendió la lámpara de mesa para tener más luz.

Las miró.

Las miró cinco minutos.

Estuvo cinco minutos pensando en todo lo que había estado evitando pensar durante seis días —desde el sábado en que su madre, en Segovia, le había dicho lo que le había dicho—.

Y entonces, por primera vez, se permitió la pregunta.

—¿Y si la palabra tachada no es una palabra?

—¿Y si es un nombre?

Nora no movió la libreta. No cogió el peritaje archivado. No llamó a Sergio. No hizo nada que tuviera consecuencias en el caso o fuera del caso. Solo se permitió la pregunta. La pregunta cabía dentro de su cabeza durante esa tarde y tenía que caber durante esa tarde antes de salir a ningún sitio.

Tres letras tachadas con tres rayas en una libreta que su padre, Manuel Vidal, había escrito en octubre de mil novecientos noventa y ocho, después de que su hija mayor desapareciera y antes de que el

caso se cerrara administrativamente. Tres letras que el padre había decidido tachar pero no borrar —porque tachar es esconder, y borrar es hacer como si nunca hubiera estado—.

Tres letras que podían ser la inicial de un nombre seguida de dos letras de un apellido.

O tres letras de un apellido entero.

O dos consonantes y una vocal sin sentido aparente.

Pero también podían ser un nombre.

Un nombre que el padre había sospechado y descartado. Un nombre que no había podido demostrar. Un nombre que no había querido dejar escrito por si la libreta caía en manos equivocadas, pero que tampoco se había permitido olvidar del todo, porque por eso lo había tachado en lugar de borrar.

Un nombre, además, sobre el que el padre había escrito tres palabras: No fiable. Y debajo del No fiable, en la línea inmediata, la frase del padre que Nora ya había leído tres veces antes con otros ojos: He hablado con él. He vuelto a hablar con él. He hablado con él una tercera vez. Cierra siempre por la misma puerta. Pero hay una cuarta vez que no quiere que haya. Lo dejo dormir. Por ahora.

Esa cuarta entrada no existía en la libreta. El padre nunca había vuelto a abrir esa línea. La había dejado dormir.

Lo dejo dormir por ahora —había escrito el padre—.

Y por ahora habían pasado veintisiete años.

Nora cerró la libreta.

La metió en la mochila otra vez. Apagó la lámpara. Se levantó. Quitó el pestillo de la puerta y se sentó otra vez en la silla.

Sergio entró tres minutos después con dos sándwiches y dos cafés. Le dejó uno en la mesa y se sentó en la silla de Inés, callado. Comieron

en silencio. Sergio no preguntó por la mañana en el pasillo. Sergio sabía esperar.

Nora dio un mordisco al sándwich.

Pensó, sin decírselo a Sergio, que hoy había hecho dos cosas nuevas. La primera era haber dejado pasar a Moral por delante sin moverse de la pared. Eso lo había sabido al hacerlo.

La segunda era haberse permitido la pregunta del padre. Eso no lo había sabido todavía. Lo iba a saber en los próximos meses, o en los próximos años, o en el siguiente caso, o en el siguiente.

De momento, hoy, era suficiente con haberla hecho.

Capítulo 30

Interrogatorio

La sala de observación de Canillas tenía tres personas dentro y un cristal ahumado al frente. Eran las diez de la mañana del viernes veintisiete de marzo.

Las tres personas eran Nora, Sergio y Ferraz. El cristal ahumado daba a la sala de interrogatorios B. Detrás del cristal, dos sillas, una mesa y un altavoz pequeño en la esquina superior. En la silla de la izquierda estaba Andrés Moral, esposas en las muñecas, manos cruzadas sobre la mesa, vestido con un chándal gris claro de la prisión provisional. En la silla de enfrente, el subinspector Dani Quirós y la fiscal Aurora Casals.

Nora se había apartado de la mesa. Lo había hecho la tarde anterior, en una conversación de cuatro frases con la juez Quiñones. Le había dicho a Quiñones que el sospechoso, durante la detención, le había dirigido la palabra en un sentido que ella consideraba que comprometía la imparcialidad del interrogatorio. No había dado más detalles. Quiñones había dicho de acuerdo. Nora dirigiría el interrogatorio desde fuera. Dani y Casals conducirían la declaración desde la sala.

Ferraz, designado como asesor técnico de la unidad y autorizado para presenciar la diligencia sin intervenir, observaba desde la sala anexa. Su presencia constaba al inicio de la grabación y había sido comunicada al letrado. Tomaba notas en una libreta pequeña con un bolígrafo de cuatro colores.

Casals comprobó que constaba autorización judicial de traslado desde Soto del Real a Canillas para la práctica de declaración policial asistida. La cámara llevaba activa desde las diez. La diligencia quedaría registrada en audio y vídeo. Casals se quitó las gafas pequeñas y las dejó sobre el expediente, abiertas, con las patillas en paralelo. Era un gesto que hacía antes de algo que iba a requerirle escuchar. Belloto, el abogado de oficio, había recibido el protocolo por escrito a las nueve y media.

La voz de Casals salió por el altavoz, metálica, neutra. Identificó la sesión, la fecha, la hora, los presentes. Leyó los derechos. Moral asintió a cada apartado. Casals le pidió que confirmara verbalmente. Moral lo hizo.

—Sí —dijo Moral—. Comprendo mis derechos.

—Letrado, ¿ha tenido usted oportunidad de asesorar a su cliente antes de esta sesión?

—La he tenido —respondió el abogado de oficio, sentado a la izquierda de Moral—. Mi cliente conoce su derecho a guardar silencio, su derecho a no declarar contra sí mismo y su derecho a que cualquier manifestación pueda ser usada en su contra. Le he advertido por escrito de las consecuencias procesales de declarar de manera amplia. Mi cliente ha decidido declarar voluntariamente, pese a mi recomendación de acogerse a su derecho a guardar silencio, y así lo hago constar a efectos de voluntariedad.

—Que conste en acta. Señor Moral, ¿confirma usted lo dicho por su abogado y desea declarar?

—Confirmo. Quiero declarar.

En la sala de observación, Ferraz anotó tres palabras: «contra consejo letrado». Subrayó la última.

Empezó Casals. Dani conducía la mecánica desde el otro asiento, con las dos manos quietas sobre la mesa, paralelas, en la misma posición que había tenido el primer día delante del café en el despacho de Gálvez. Esa quietud, que en otras ocasiones podía leerse como rigidez, en una sala de interrogatorios funcionaba como otra cosa: un punto fijo en el campo visual del detenido.

—Señor Moral. ¿Trabajó usted como administrativo en los servicios de menores entre mil novecientos ochenta y cinco y dos mil siete?

—Trabajé.

—¿Realizaba usted actividades por las que recibió compensación económica al margen de su salario oficial?

—Las realizaba.

—¿Puede describirlas?

Moral describió.

Habló durante una hora y veintidós minutos, pero no habló igual todo el tiempo. Había tramos en los que la voz le salía sin freno, con la cadencia de un informe redactado muchas veces en la cabeza: el procedimiento, los pasos, las fechas. Y había otros, más cortos, en los que la voz se le estrechaba —no se detenía del todo, pero bajaba de caudal— y Casals o Dani tenían que poner un documento sobre la mesa para que volviera a abrirse. La declaración no fue un monólogo. Fue un caudal con compuertas.

Lo que Moral contó solo, sin que se le enseñara nada, fue la estructura. Elegía niñas sin familia que las reclamara con insistencia, en tránsito, y que pasaban por su escritorio cuando él podía retrasar el papeleo. El resto lo hacía el sistema: el expediente de acogida voluntaria con la familia ya preidentificada se elevaba al juzgado entre los legítimos del mes, los informes falsificados pasaban el control formal, y el «cierre administrativo» desactivaba el seguimiento en cuanto la niña entraba en la nueva familia. El sistema, decía Moral, no fallaba: hacía lo que estaba diseñado para hacer. Lo único que él añadía era elegir. Esa parte la dio entera, ordenada, casi con orgullo de oficio.

Lo que necesitó documento fue lo demás. Cuando Casals le preguntó de dónde salían las familias receptoras, Moral dio una respuesta corta —«contactos sociales»— y se detuvo ahí. Casals esperó. Moral no amplió. Dani sacó entonces de la carpeta una fotocopia: una autorización de acogida de mil novecientos noventa y cuatro con el membrete de una parroquia del barrio de Salamanca. La puso sobre la mesa, del lado de Moral. Moral la miró un momento. Después dijo, ya con otra voz, que las familias venían de los círculos de su mujer fallecida: catequista en esa parroquia durante veintidós años, hasta

su muerte en dos mil tres; familias de otras parroquias por hermanamientos; familias de la asociación de antiguos alumnos del colegio donde ella había dado clase antes de casarse. «Mi mujer no sabía», añadió, sin que se le hubiera preguntado. La frase quedó suspendida diez segundos. Casals no la siguió. Dani tampoco. Era una pista para cruzar más adelante, no en sala.

Las cifras salieron igual: con documento delante. Moral cobraba —en los años ochenta, entre cien mil y trescientas mil pesetas por traslado; en los dos mil, entre seiscientos y dos mil euros— y lo llamaba «compensación por gestión administrativa». Pero cuando situó de memoria la compensación de uno de los traslados de los noventa en doscientas mil pesetas, Casals tenía el extracto bancario delante y le señaló que el ingreso registrado era de trescientas mil. Moral se quedó nueve segundos mirando la mesa. Después corrigió, sin disculpa: «Trescientas mil, exacto.» No fue la única vez. En una segunda ficha, Moral dio una fecha de traslado que el expediente desmentía por cuatro meses; Casals se lo marcó, Moral la corrigió con la misma economía. Ferraz, en la sala de observación, lo anotó al margen: el hombre no mentía sobre lo grande, pero redondeaba sobre lo pequeño.

Catorce familias receptoras nombradas, repartidas por seis comunidades autónomas, entre el ochenta y seis y el dos mil siete. Nombres y apellidos. Direcciones aproximadas. Algunos teléfonos que Moral todavía recordaba.

Lo que Moral no decía, en una hora y veintidós minutos de declaración, era una sola palabra: daño.

En la sala de observación, Ferraz anotó al margen, para el informe psicológico posterior, una sola línea: «control del relato; declaración como continuación de la gestión; ausencia de registro afectivo». Era la lectura clínica que se estaba dibujando esa mañana. Moral no estaba colaborando por arrepentimiento. La declaración voluntaria —contra consejo letrado, voluntariamente amplia, con tono de informe administrativo— le permitía seguir siendo, una vez más, el que ordenaba el archivo. Hablar era, para él, mantener la firma sobre la mesa.

Decía «recoloqué». Decía «me encargué». Decía «las saqué de donde no les correspondía estar». Decía «las llevé a un sitio mejor». Una vez, en una frase que Ferraz subrayó tres veces, dijo «yo cubría un hueco que el sistema dejaba abierto».

Hubo un momento, en el minuto cuarenta y ocho, en que Casals le preguntó por la frecuencia. Moral dijo: «Una niña cada pocos meses, más en los años de mayor demanda, salvo cuando se complicaba.» Dani le pidió que aclarara qué significaba «complicaba». Moral guardó silencio veinte segundos. Era la primera pausa larga de la mañana. Después, mirando un punto fijo de la mesa, dijo: «Cuando alguna familia me la devolvía. Eso pasó tres veces. Hubo que reubicar a la niña en otro sitio.» Casals no insistió. Apuntó. En la sala de observación, Ferraz subrayó tres veces el verbo «devolvía». Era la única vez, en una hora y veintidós minutos, en que Moral había usado una construcción en la que la niña era objeto, no sujeto. Una grieta del tamaño exacto de una palabra. Después la cerró. Continuó con su tono administrativo.

Hubo una cosa más, que en la sala nadie supo todavía pero que Nora anotó como sensación antes de tener prueba. La declaración, por amplia que fuera, tenía un perímetro. Moral contaba el procedimiento entero, las familias, las cifras, los pasos; contaba, con exactitud, todo lo que para él formaba parte del archivo. Pero no se adelantaba ni un metro más allá de lo que ya estaba sobre la mesa. No mencionó —y el equipo lo encontraría semanas después, cruzando los fondos del archivo central— al menos dos traslados que no figuraban en el álbum: dos niñas que habían pasado por su escritorio y que él no había catalogado entre las cuarenta y cinco. No las había olvidado. Las había dejado fuera del archivo. Y lo que quedaba fuera del archivo, para Moral, era como si no hubiera ocurrido. Confesaba el archivo. Lo demás habría que encontrarlo sin él.

Las demás preguntas eran neutras. Las respuestas eran amplias. Cada respuesta abría una caja nueva de información que el equipo iba a tardar meses en cruzar.

A las once y veintiséis, Casals pidió un descanso de quince minutos.

En la sala de observación, Nora se apoyó en la pared del fondo. El primer pensamiento, sin avisar, no fue de Moral. Fue de su padre. Su padre había muerto sin oír un descanso de quince minutos. Sergio, al lado, no dijo nada. No hacía falta.

Moral asintió. Bebió agua. Pidió permiso para ir al baño. Dani le acompañó.

La pausa larga fue a las trece y cinco.

Casals salió primero. Cruzó el pasillo hacia el dispensador. Cogió un café solo, sin azúcar. Dani salió detrás. No habló. Cogió un té. Ferraz, Sergio y Nora salieron de la sala de observación a los tres minutos. Los cinco se juntaron junto al ventanal del fondo del pasillo, donde había dos bancos y una luz natural que entraba con dificultad —el día estaba nublado—.

Nadie habló durante el primer minuto.

Bebieron.

Casals fue la que rompió.

—Va a colaborar. Su abogado interpuso el lunes recurso de reforma, subsidiario de apelación, contra el auto de prisión provisional; la juez ha desestimado la reforma esta mañana y la apelación seguirá su curso. Aun así, si Moral insiste en declarar voluntariamente, Belloto dejará constancia de que lo hace pese a su consejo. Esta tarde dejamos encarrilada la firma. El primer bloque de diligencias podría cerrarse en unas semanas.

—Va deprisa —dijo Sergio—. Tres semanas desde la apertura formal hasta el atestado. Y hechos de hace cuarenta años entrando en la misma causa, aunque no todos al mismo nivel de prescripción ni con la misma calificación.

—Va deprisa porque el material lo permite —respondió Casals—. Testigo principal íntegra, cuaderno verde con treinta y dos nombres, identificación cruzada en cinco fuentes, confesión sin negar. Los años nos obligan a hilar fino con la prescripción, pero no cierran la

causa. La continuidad del firmante y de la mecánica administrativa permite sostener, al menos provisionalmente, una unidad de plan para las falsedades y las resoluciones administrativas. Para las privaciones de libertad y las entregas de menores habrá que computar por víctima, por tramo temporal y por tipo aplicable, con especial atención a las desaparecidas cuyo paradero nunca quedó acreditado. La defensa discutirá la prescripción y la sala tendrá la última palabra. La instrucción posterior nos tendrá ocupados un año, mínimo. La búsqueda de las ocho desaparecidas, varios años. Pero la investigación policial está limpia; la instrucción será otra cosa.

—Sí —dijo Sergio.

Ferraz se acabó el café. Lo dejó en el banco junto a él. Habló con la vista puesta en la luz gris al otro lado del cristal.

—Este hombre puede acabar cumpliendo muchos años de prisión. Y va a morir convencido de que hizo el bien.

—Sí —dijo Nora.

—Lo voy a escribir en el informe con palabras técnicas. Pero la clave es esa: para él, el álbum no era una prueba. Era un archivo. El archivo de las niñas que creía haber salvado. Detrás del panel falso no estaba escondiéndolo; lo estaba cuidando.

Nora lo miró.

—Lo digo —dijo Ferraz— porque conviene que lo sepáis ahora. Cuando salga el informe, mucha gente va a leerlo y va a decir que el sistema penal es insuficiente para casos como este. Y va a tener razón. Pero el sistema penal es lo que tenemos. Esto que vamos a hacer hoy y el lunes y dentro de cuatro semanas es lo más cerca de justicia a lo que podemos llegar. No es justicia entera. Es la que cabe.

Sergio se quedó mirando su café. Lo movió un poco. Habló más bajo.

—Pero las niñas van a saber su nombre —dijo—. Las que sigan vivas. Y las familias de las que no.

—Eso es lo que importa —dijo Nora.

Casals lo apuntó. Dani asintió.

Dani se apartó tres pasos del grupo, sacó el móvil y marcó. Nora le oyó decir, en voz baja, de espaldas: «Hola. No, nada, salía un momento. ¿Ha comido bien?» Una pausa. «Vale. Esta noche llego para el baño.» Colgó en menos de un minuto. Volvió al grupo sin explicar la llamada y nadie se la preguntó. Era la tercera vez en la mañana que lo hacía. Lo hacía, Nora lo había entendido el segundo día, no porque hubiera una urgencia en casa, sino porque era su manera de poner los pies en el suelo entre una ficha y la siguiente: una hija de cinco meses al otro lado del teléfono era el contrapeso exacto de una sala donde se contaban, una a una, niñas a las que les habían quitado el nombre. Dani no hablaba de eso. Lo gestionaba con una llamada de cuarenta segundos y volvía.

Nora miró el reloj del pasillo. Faltaban siete minutos para la una y media.

—¿Continuamos a las quince y media? —dijo Casals.

—Continuamos a las quince y media —dijo Dani.

Los cinco se separaron en silencio. Nora bajó al puesto de la calle, compró un sándwich que no tenía hambre de comer, lo comió de todos modos en quince minutos sentada en un banco de la plaza, y volvió a las quince y veinte.

La segunda sesión empezó a las quince y treinta y dos.

Esta vez, Dani llevaba sobre la mesa una carpeta marrón con cuarenta y cinco fichas impresas, ordenadas por años, de mil novecientos ochenta y seis a dos mil siete. Cada ficha incluía nombre, fecha de nacimiento, centro de origen y centro de destino documentado.

Casals informó a Moral del propósito de la sesión.

—Señor Moral. Le voy a pedir que confirme o desmienta, una a una, la situación final de cada una de las cuarenta y cinco niñas que aparecen en su archivo personal. Empezaremos por las cuarenta y dos que hemos podido cruzar con identidad real. Las tres restantes quedan para después.

—De acuerdo —dijo Moral.

Empezaron por las veintidós fallecidas.

Casals leía nombre y año. Dani leía centro de origen. Moral confirmaba o aclaraba en una frase corta.

—Marta Reyes Vega. Mil novecientos ochenta y siete. Hogar San Marcos.

—Bien —dijo Moral—. La recoloqué con una familia de Bilbao en el ochenta y nueve. Buenos católicos. Murió de cáncer de mama a los veintinueve, lo leí en el periódico.

—Lourdes Beltrán Cifuentes. Mil novecientos ochenta y ocho. Centro Covadonga.

—Mal. La familia que la recibió no la trató bien. La niña se fue a los dieciséis y la familia no me lo dijo. La encontré en una pensión de Sevilla seis años después. La reubiqué con otra familia. Murió a los veintidós. Sobredosis.

—Y así con todas.

Veintidós nombres, veintidós respuestas. De doce dijo «bien», cumplimiento familiar. De diez, «mal». En tres no contestó más de medio minuto. En el séptimo —una niña ingresada en mil novecientos noventa y cuatro— el silencio duró un minuto y veinte segundos. Casals esperó sin presionar. Moral acabó respondiendo «mal» y no añadió detalle. Ferraz lo anotó con dos signos. En la sala de observación, anotaba los matices con un movimiento mínimo de la barbilla que solo Nora veía.

—Mireia Canet Torner —dijo Casals—. Mil novecientos noventa y uno. Sistema catalán.

—Mireia —dijo Moral—. El registro decía Almería, pero la trasladé a una familia de Murcia. Eso era lo habitual. El expediente oficial registraba una provincia; la niña iba a otra. Ese desajuste era lo que hacía que los protocolos de seguimiento, si alguna vez se activaban, no llegaran nunca al sitio correcto. Familia agraria, gente de campo. La quisieron mucho. Murió en un accidente con una segadora a los catorce años. Eso fue una cosa que pasó. No tiene que ver con la recolocación.

Nora cerró los ojos un segundo. Mireia. La amiga del libro pequeño con tapas azules. La amiga que Amalia recordaba. Nora oyó, sin volverse, cómo Sergio respiraba más despacio.

Rosa había dicho «en aquella casa de Almería» al teléfono el martes. Moral acababa de decir «la trasladé a Murcia». El desajuste entre lo que las niñas vivían y lo que los papeles registraban se hacía visible en una frase de cada una. Inés lo subrayó al margen del acta con dos rayas finas. Era una nota para el cruce posterior con las otras siete sin paradero. Y, debajo, una segunda nota más corta: la defunción de Mireia no había aparecido en los registros nacionales bajo su nombre real porque, según el álbum, había vivido en Murcia como «Ana»; la búsqueda había que reiniciarla por el nombre alternativo y por la familia receptora, no por «Mireia Canet Torner».

En la sala B, Casals esperó tres segundos antes de la siguiente ficha. Era el tipo de silencio que un fiscal experimentado deja cuando una respuesta merece pesar más que la siguiente pregunta. Moral no aprovechó el silencio. Esperó él también, las manos cruzadas sobre la mesa, la mirada en el papel. La pausa la sostuvo Casals. Luego siguió.

Cuando terminaron las veintidós, Casals pasó a las ocho sin paradero conocido.

Siete de ellas tenían destino. Moral lo dio. Nombres de familia, ciudades, años aproximados. Eran datos suficientes para empezar a buscar. La fiscalía iba a coordinarse con las brigadas territoriales.

La octava era distinta.

Angélica Rivas. Mil novecientos ochenta y seis. Centro Nuestra Señora del Prado.

Moral se quedó callado.

Dani esperó. Casals esperó. En la sala de observación, los tres también.

Pausa. Once segundos.

—Angélica fue la primera —dijo Moral.

—¿La primera, señor Moral?

—La primera niña que recoloqué. Mil novecientos ochenta y seis. Yo llevaba un año en el servicio. La familia receptora era una pareja sin hijos de Talavera de la Reina. Al mes y medio del traslado, la familia me llamó a la oficina y me dijo que no podían quedársela. Que la niña no se adaptaba.

—¿Y qué hizo usted?

—La recogí. Me la llevé a un piso que tenía alquilado en Madrid. Estuvo conmigo doce días. Luego le encontré otra familia, en Cuenca. Esa familia se la quedó.

—¿Sigue Angélica con esa familia?

—No lo sé. Perdí el rastro a los dos años. La familia se trasladó. Cuenca dejó de devolverme las cartas. No sé dónde está Angélica ahora.

—¿Cuánto tiempo lleva sin saber dónde está?

—Treinta y ocho años —dijo Moral.

Casals anotó.

Angélica Rivas. Mil novecientos ochenta y seis. Primera víctima. Paradero desconocido desde mil novecientos ochenta y ocho. Ferraz subrayó. Sergio, en la sala de observación, dijo bajo: ahí hay otro caso.

La sesión terminó a las dieciocho y nueve.

Moral firmó su declaración a las diecinueve y dos. La fiscal salió. Dani salió. Los agentes vinieron a por Moral y se lo llevaron al furgón. Antes de irse, Moral se giró un momento hacia el cristal ahumado. No lo hizo agresivamente. Lo hizo como quien marca el final de una reunión saludando a los presentes invisibles. Después salió.

Nora se quedó en la sala de observación.

Sergio se fue a las siete y veinte. Le dijo a Nora, antes de salir, que iba a su casa, que su mujer le había llamado dos veces durante el día, y que volvía el lunes. Nora asintió. Le dio las buenas noches. Sergio cerró la puerta con cuidado.

Ferraz se fue a las siete y veinticinco con su libreta y el bolígrafo de cuatro colores. Le dijo a Nora que tendría el informe el martes. Nora le dio las gracias.

Nora se quedó sola en la sala con la luz apagada y el cristal ahumado vacío. La silla donde había estado sentado Moral durante ocho horas seguía visible al otro lado, vacía. Las dos sillas de Dani y Casals, vacías. La mesa con la grabadora todavía conectada —alguien la apagaría más tarde—.

Pensó, antes que en nada, en una cosa pequeña y poco noble: que todo aquello —la silla vacía, las ocho horas grabadas, los cuarenta y cinco nombres— había empezado una madrugada de febrero, en su cabeza, con una mujer de vestido amarillo que no existía. Llevaba semanas sin decírselo a nadie con esas palabras. Gálvez lo había rozado en su despacho y ella lo había despachado con un «a mí también, señor», que era verdad y era insuficiente. Lo insuficiente era esto: que fiarse de la propia cabeza, cuando la propia cabeza

acertaba, no salía gratis. Quedaba un sedimento. La certeza de haber tenido razón no se parecía al alivio. Se parecía más a la deuda.

Nora pensó, sin llorar, sin moverse, sin decirlo, en las veintidós.

Carmen, Lourdes, los otros veinte nombres. Mireia, la del libro azul. Las que ya no estaban, y cuyas familias iban a saber, en las próximas semanas o meses, lo que les había pasado.

Pensó después en las doce vivas. Amalia. Rosa. Las diez que Inés iba a ir entrevistando una a una, con apoyo de la Oficina de Asistencia a las Víctimas del Delito en cada llamada. Pensó que iba a llamar a Amalia el lunes para contarle el cierre. Iba a llamar también a Rosa.

A lo largo de la tarde, Inés fue pasando hojas por debajo de la puerta. Tres llamadas hechas a tres de las doce vivas —la poeta del País Vasco, la enfermera de urgencias de Cádiz, la librera de Vallecas—, cada una con una psicóloga de la Oficina de Asistencia a las Víctimas del Delito al otro lado de la línea, cada una confirmando lo necesario sin añadir lo que no se le preguntaba. Al pie de cada hoja, una frase. La poeta: «Lo que pasó pasó antes de empezar el primer poema.» La enfermera: «Llevo dieciocho años cuidando a gente que llega herida y me lo enseñé yo sola.» La de la librera de Vallecas era una hoja más larga que las otras dos. Inés había anotado, antes de la frase, lo poco que la mujer había contado de sí misma sin que se le preguntara: que tenía treinta y cinco años, que la familia receptora la había tratado con una corrección fría que no era cariño pero tampoco era daño, y que a los diecinueve se había puesto a trabajar en una librería de viejo de Vallecas porque era el único sitio donde, de niña sin casa fija, había podido estar quieta una hora sin que nadie le preguntara de quién era. Llevaba dieciséis años en el oficio. Tenía la suya propia desde hacía seis. Y al final, la frase, dos: «Yo elegí los libros por una razón, no por otra.» Y, después de un silencio: «Si alguna vez localizan a las otras, díganme un nombre. No para hablar con ella, para colocarle un libro.» Nora las leyó. Las dejó una sobre otra en la mesa. Eran tres de doce. Quedaban siete vivas por llamar y una confirmada en Soria, fuera de la lista de la mañana.

Pensó en Angélica. Mil novecientos ochenta y seis. La primera. Treinta y ocho años sin rastro. La que Moral no sabía dónde estaba. La que iba a quedar abierta. La que, tarde o temprano, alguien iba a tener que volver a abrir.

Y entonces pensó en Sara.

Sara Vidal Santamaría. Catorce de octubre de mil novecientos noventa y ocho. Catorce años. Plaza pequeña de Vallecas.

Sara no estaba en las cuarenta y cinco fichas. No había pasado por servicios de menores. No había sido recolocada por Moral. Su caso había empezado en otro octubre, en otro barrio, con otra clase de hombre, y no se cerraba por contigüidad con este.

La de Sara seguía intacta. La de Sara seguía siendo suya.

Y la libreta del padre, en la mochila apoyada en la silla, seguía teniendo tres letras tachadas con tres rayas que podían ser un nombre.

Nora apagó la luz de la sala de observación. Salió. Cerró la puerta.

Bajó al garaje y cogió el coche.

La primera fase del caso Moral, esa que había imaginado el lunes en su forma más complicada, había durado cinco días. Lo urgente estaba cerrado; lo demás acababa de empezar.

La parte difícil de Sara —la que llevaba veintisiete años sin tocarse— empezaba el sábado por la mañana.

Capítulo 31

Ribadesella

A las diez y veinte de la mañana del sábado veintiocho de marzo, Nora aparcó el coche en una calle paralela al paseo marítimo de Ribadesella.

Había salido de Madrid el viernes por la noche y había dormido en un hotel de carretera de León. Se había levantado a las siete con un café malo y un bocadillo. Las tres horas hasta Ribadesella las había hecho con la radio apagada. La carretera de la cornisa cantábrica entraba y salía de la niebla cada quince kilómetros. En las salidas de la niebla, el mar aparecía siempre por la izquierda, gris, plano, sin barcos.

El cuerpo le había pasado factura por la noche, en el hotel de León, no durante el caso. Era algo que Nora ya conocía de otras veces y que seguía sin gustarle: mientras un caso estaba abierto, el cuerpo aguantaba: dormía cuatro horas, comía de pie, no pasaba factura. La factura llegaba después, cuando ya no hacía falta. La noche anterior, en una habitación con un radiador que sonaba, se había despertado a las tres con el corazón yendo deprisa sin motivo y la mandíbula apretada de horas. Se había quedado sentada en el borde de la cama un rato largo. No había llorado —no le salía por ahí, nunca le había salido por ahí—, pero había notado, con una claridad incómoda, que llevaba seis semanas sin habitar del todo su propio cuerpo, y que el cuerpo, paciente, la había estado esperando para cobrarse el alquiler.

Se había duchado con el agua todo lo caliente que daba el hotel. Se había mirado de refilón en el espejo empañado: cuarenta y ocho horas después del interrogatorio, una mujer de treinta y ocho años con ojeras de más y los hombros subidos hacia las orejas, como llevaba subiéndolos desde el primer sueño de febrero. Había hecho una cosa práctica, casi tonta, antes de salir: se había quedado dos minutos de pie en mitad de la habitación, respirando despacio, bajando los hombros a pulso, hasta que volvieron a su sitio. No era terapia. Era mantenimiento. Era lo que hacía en lugar de hablar con alguien de lo que le pasaba por dentro después de un caso como este,

que era una conversación que Nora llevaba quince años sin tener con nadie y que ese fin de semana, por primera vez, se le pasó por la cabeza que a lo mejor le haría falta tener.

La calle Manuel Fernández Juncos era una calle estrecha y en cuesta suave. La librería Sardiñeira estaba a media calle, con el escaparate dividido por un cristal viejo —libros nuevos a la izquierda, segunda mano a la derecha— y un letrero con una palabra escrita a mano: abierto.

Nora cerró el coche. Cogió el bolso del copiloto. La libreta negra del padre iba dentro, como siempre.

La primera vez que Nora había estado en Ribadesella había sido un jueves de marzo, con Sergio. Habían entrado en la librería como dos policías de Madrid que no sabían si la mujer que buscaban iba a estar dentro. Habían oído por primera vez la voz de Amalia detrás del mostrador y habían visto, durante los primeros tres minutos, una mujer que les había abierto la puerta con la cortesía justa de no querer abrirla. La librería había estado entonces oscura por dentro. La calle, con escarcha. Pilar, ausente.

Hoy era distinto.

Hoy Nora venía sola, sin Sergio, sin un caso por delante. Venía con el caso cerrado por detrás. Venía, esta vez, no a buscar a una mujer sino a despedirse de ella. La diferencia era pequeña —el mismo paseo marítimo, la misma calle, el mismo letrero hecho a mano—, pero la diferencia era todo.

Empujó la puerta. Una campanita sonó.

Pilar estaba detrás del mostrador con un libro abierto entre las dos manos. Levantó la vista. Le hizo a Nora un gesto pequeño con la cabeza, neutro, ni cordial ni hostil, el gesto de quien ya sabe quién entra y para qué entra.

—Buenos días —dijo Nora.

—Buenos días —dijo Pilar—. Está atrás. Le he puesto un café.

—Gracias.

Pilar señaló con la barbilla la cortina al fondo del local. Nora cruzó. La trastienda era una sala pequeña con una mesa redonda, dos sillas, una estantería de cartón con cajas y una ventana cuadrada al patio interior. Por la ventana entraba luz gris.

Amalia estaba sentada en una de las sillas. Jersey gris, vaquero, zapatos cerrados. Las manos sobre la mesa, alrededor de una taza de café sin tocar. La A en la muñeca derecha, vieja, blanca como una marca de quemadura curada hace décadas, asomaba por debajo del puño del jersey.

Nora se sentó en la otra silla.

—Hola —dijo Amalia.

—Hola.

—¿Café?

—Sí.

Amalia abrió la cortina y le pidió a Pilar otro café.

Nora bebió un sorbo. El café era de bar de pueblo bien hecho, no de máquina.

—Le voy a contar el cierre —dijo Nora.

—Cuente.

Nora le resumió lo esencial. Moral había prestado declaración el viernes. La juez había acordado su prisión provisional. Había confesado sin negar. El primer bloque de diligencias duraría semanas; la instrucción, meses; el juicio oral, todavía lejos. Para la unidad, el trabajo policial estaba cerrado. Para el juzgado, apenas empezaba la parte lenta. La A en la muñeca había cumplido el propósito para el que Amalia se la había hecho, tantos años después.

Amalia escuchó sin interrumpir. Cuando Nora terminó, bebió por primera vez de su café. Ya estaba frío.

—¿Cuántas niñas en total? —dijo Amalia.

—Cuarenta y cinco en el álbum —dijo Nora—. Cuarenta y dos identificadas. De esas cuarenta y dos, doce estaban vivas; el resto eran fallecidas o seguían sin paradero todavía.

—Mireia.

—Mireia entre las veintidós.

—Lo sabía.

—¿Cómo lo sabía?

—Una niña que cruza un sistema y desaparece sin volver a aparecer no suele aparecer luego. Lo sabía desde hace muchos años.

—¿Cómo murió Mireia? —dijo Amalia.

—Un accidente con una segadora. Catorce años. La familia receptora era de Murcia. La trataron bien.

Amalia se quedó quieta. No lloró. Pero tuvo durante diez segundos un temblor en la mano izquierda, encima de la mesa, y la dejó allí sin retirarla, mirándola, hasta que el temblor se le pasó. Catorce años, pensó Amalia, era seis más de los que ella misma había tenido cuando empezó a guardar cosas para una vida que no había sabido si iba a llegar a vivir. Mireia no había tenido tiempo de guardar nada. Once años en una habitación que no era suya, tres noches en otra que tampoco lo era, dos meses en una tercera y un campo en Murcia donde, según Moral, la habían querido. Eso era lo que había podido tener Mireia. Y le había bastado para acordarse de Amalia, en una de esas habitaciones, lo suficiente como para meterse en sus cuadernos. Cuando volvió a hablar, lo hizo despacio.

—La conocí tres noches —dijo—. Le di mi libro favorito, el que me había regalado la señorita Encarna cuando cumplí los diez años. Le

enseñé a decir gracias en castellano, ella me lo enseñó en catalán. Tenía once años y olía a champú barato. Y se acordó de mí lo suficiente como para meterse después en un cuaderno mío.

Amalia se llevó la mano izquierda a la muñeca derecha, debajo del jersey, y se apretó un segundo la A. Después la soltó. No miró a Nora al hacerlo. Era un gesto interno, no demostrativo. Lo hizo como quien se aprieta una cicatriz vieja para comprobar que sigue ahí, y a la vez para que sirva de algo.

Pausa. Cuatro segundos.

—Vale —dijo Amalia otra vez. Esta vez para sí.

Amalia bajó la vista al café. Lo movió un poco con la cuchara. No bebió.

Nora no la apresuró. Esperó. Había aprendido a lo largo de los años, escuchando a otras testigos, que la diferencia entre acompañar y empujar era pequeña pero importante; y que las personas que habían sobrevivido a aquello sabían mejor que ella cuándo era el momento de seguir. Amalia respiró por la nariz dos veces, sin levantar la vista del café. El silencio se quedó entre las dos hasta que Amalia decidió moverlo.

—¿Va a haber juicio público?

—Va a haber juicio. La acusación se apoya sobre todo en la documentación; sobre su declaración, la fiscalía decidirá.

—¿Tengo que ir?

—No necesariamente. La Fiscalía pedirá medidas de protección —videoconferencia, sala separada— y valorará si legalmente procede practicar su declaración preconstituida. La decisión final será del tribunal.

—De acuerdo.

—Si decide ir, vamos con usted. Sergio o yo. Si decide no ir, vamos también, sin verla.

—Bien.

—Lo decida cuando lo decida.

Amalia bebió el café frío. Se quedaron las dos en silencio. Por la ventana, una gaviota pasó volando bajo.

—Le voy a dar una cosa —dijo Amalia.

Amalia se levantó. Fue a la estantería de cartón. Sacó la caja del estante de abajo, la apoyó en la mesa, sacó una bolsa de tela que llevaba dentro, abrió la bolsa de tela y sacó algo del fondo.

Era un cuaderno pequeño. Tapas duras. Rosa. Una rosa apagada por los años, con marcas de uso en las esquinas y una mancha redonda en la parte de atrás que en su momento debía de haber sido café.

Amalia lo dejó encima de la mesa.

—Esto no era mío —dijo.

Nora miró el cuaderno. No lo cogió. Esperó.

—Lo encontré en casa de los Herrero, en Sahagún —dijo Amalia—. El verano del dos mil tres. Tenía trece años. Un día, moviendo una cómoda para pasar la fregona por detrás —la señora Herrero era cuidadosa con esas cosas—, lo vi. Estaba caído en el rincón entre la cómoda y la pared. Lo había dejado allí una niña antes que yo.

—¿Antes de usted hubo otra?

—Antes de mí hubo dos. La señora Herrero me lo contó una vez, sin querer, una tarde lluviosa que estaba ablandada. La primera niña fue en el noventa y cuatro y se quedó cinco años. La segunda fue en el noventa y nueve y se quedó dieciocho meses. Después fui yo. Después no hubo nadie más. Los Herrero murieron en dos mil quince, ella primero, él después.

—¿Sabe usted los nombres?

—La primera, no. La segunda creo que se llamaba Carmela, pero no estoy segura.

—¿Apellidos?

—No.

Nora cogió el cuaderno. Lo abrió. Tres páginas con letra de niña, lápiz blando, en castellano. Caligrafía de siete u ocho años. Ortografía elemental con dos faltas. La firma al final de la tercera página: una sola letra, una M mayúscula. Después, ciento treinta páginas en blanco.

—¿Lo leyó usted? —dijo Nora.

—Lo leí una vez cuando lo encontré. Cuenta cosas pequeñas. Una mascota que tuvo. Un viaje. Una clase de piano. No hay nada de Moral, ni del sistema, ni de las casas. Es un cuaderno normal de una niña normal.

—¿Por qué lo guardó usted veintitrés años?

Amalia se quedó callada cinco segundos.

—Porque no era mío —dijo—. Y porque la niña que lo había escrito tampoco se había llevado el cuaderno cuando se fue. Y eso me hacía pensar que se había ido sin querer irse. O que no había vuelto a por él. Y mientras yo lo tuviera, había constancia de que había estado.

—La tuvo a salvo.

—Llévelo usted ahora. Si la niña era una de las cuarenta y cinco, tienen ustedes el cuaderno. Si no era una de las cuarenta y cinco, también lo tienen.

—Lo llevo.

—Una cosa más, inspectora.

—Dígame.

—La M de la firma. Yo durante años pensé que era de María. Pero podría ser de Mireia.

Nora se quedó quieta un momento.

—¿Mireia podría haber pasado por casa de los Herrero antes que usted?

—Yo no la crucé en casa de los Herrero. Pero pudo hacer un tránsito anterior por Sahagún antes de la familia de Murcia. Eso lo sabrán ustedes, no yo.

—Vamos a comprobarlo.

Nora abrió el cuaderno otra vez. La M de la firma estaba inclinada a la derecha, con el palo del centro más bajo. Una M de niña pequeña. La página tenía una mancha de algo en la esquina, como un pegote viejo de plastilina o de cera. Las dos primeras páginas hablaban de un perro. La tercera, de un cumpleaños —una vela apagada antes de soplar, una broma de un primo—. La firma cerraba la tercera. Después, ciento treinta páginas blancas.

Si era de Mireia, cambiaba dos cosas. La primera: Mireia no solo había muerto en un accidente con una segadora a los catorce años; podía haber hecho antes un tránsito por Sahagún con los Herrero, poco después de entrar en el sistema, haber escrito el principio de un cuaderno y habérselo dejado caer detrás de una cómoda. La segunda era que el sistema de Andrés Moral, al menos en ese caso, había hecho dos traslados a la misma niña —el de Sahagún y el de Murcia —. Eso no estaba en la confesión de Moral del viernes. Y eso, si se confirmaba, abría una sospecha nueva: que en la confesión habría más casos con dos traslados, y que el número de víctimas vinculadas a Moral podía ser mayor que las cuarenta y cinco del álbum.

Nora cerró el cuaderno. Lo metió en el bolso. La libreta negra del padre estaba dentro. Las dos cosas iban juntas, al lado. Pesaban diferente —la libreta del padre era más gruesa— pero iban juntas.

Salieron de la librería a las doce y treinta y tres.

Pilar las despidió con el mismo gesto pequeño con el que había recibido a Nora dos horas antes. Amalia se puso un abrigo fino y unos guantes.

Caminaron juntas por el paseo marítimo hasta el faro. Eran ochocientos metros. Tardaron veinte minutos porque iban despacio. El mar seguía gris. Soplaba un viento del noroeste flojo. Una pareja con un perro venía en sentido contrario; los cruzaron sin saludarse.

—Voy a quedarme aquí —dijo Amalia—. En Ribadesella. Pilar se va a jubilar el año que viene. Me deja la librería. La vamos a seguir llamando Sardiñeira, aunque ya no sea suya. Yo aquí estoy bien. Pilar me ha ido enseñando con paciencia el oficio durante casi trece años —proveedores, pedidos, los lectores antiguos que prefieren que les recomiende ella, los nuevos del paseo marítimo que ya me preguntan a mí—. Esa parte de la cuenta, la de los lectores que me preguntan algo cada semana, también es mía.

Nora pensó, mientras la escuchaba, en lo que había visto al entrar esa mañana sin pararse a mirarlo. El escaparate de Sardiñeira estaba dividido en dos mitades por el cristal viejo: una con las novedades que mandaban los distribuidores, la otra con una selección que no obedecía a ninguna lista de ventas —libros de mar, de islas, de gente que se va a vivir lejos y aprende a quedarse—. Esa mitad la elegía Amalia; se notaba sin que nadie lo dijera. Detrás del mostrador había una banqueta alta con un cojín cosido a mano, del mismo punto por dentro que la chaqueta marrón de hacía veintitrés años. Y en la trastienda, además de la mesa redonda y las dos sillas, había una ventana pequeña que daba al patio, y en el alféizar, tres macetas con algo verde que alguien regaba. La librería había sido de Pilar durante cuarenta años. Pero la persona que vivía dentro de ella, ahora, a media mañana de un sábado, había ido haciéndola suya despacio, objeto a objeto, sin pedir permiso y sin avisar, que era —Nora lo entendió ahí— la única forma en que Amalia sabía quedarse en un sitio: no ocupándolo de golpe, sino dejando que el sitio se acostumbrara a ella.

—Y los cuadernos. Cuando ustedes terminen con ellos, cuando ya no los necesiten en el juicio ni para nada más, me gustaría que volvieran a la trastienda. No a una caja cerrada. A un estante. Si alguna vez vienen a buscarme las otras —las que falten, las siete— y quieren leer lo que yo escribí sobre los años en que estuvimos en sitios parecidos, que sepan dónde encontrarlos. No los voy a publicar. No los voy a esconder otra vez.

—Bien.

—¿Y usted?

Nora pensó un momento.

—Yo tengo una pregunta vieja que llevo veintisiete años sin hacerme. Voy a hacérmela ahora.

—¿La pregunta es de su hermana?

—La pregunta es de mi padre.

—Ah.

Llegaron al faro. Se quedaron un rato sin hablar mirando el mar. Una sola gaviota cruzaba lejos. El faro estaba pintado de blanco, con la base de piedra oscurecida por la humedad de los temporales. Amalia, en algún momento, se subió la manga del jersey hasta el codo y se miró la A en la muñeca durante medio segundo. Luego se la bajó otra vez.

—Inspectora.

—Sí.

—¿Lleva usted algo encima como yo llevo la A?

Nora pensó. No le contestó deprisa. La pregunta era directa, hecha sin teatralidad, hecha por una mujer que tenía en la muñeca, debajo del puño, una respuesta de veintisiete años a su propia pregunta. Era una pregunta que merecía respuesta.

—Llevo una hora parada en un reloj que no se mueve —dijo Nora—. Las cinco y cuarenta y dos. La llevaba en el reloj de mi padre antes de que muriera. La hora a la que mi hermana se fue, en mil novecientos noventa y ocho. Nadie paró el reloj a propósito. Se paró solo, esa tarde, por una casualidad mecánica: algo había caído dentro y había bloqueado las agujas. El relojero al que mi padre lo llevó dijo que el mecanismo no estaba roto. Mi padre, cuando se enteró de que estaba parado, decidió no mandarlo arreglar. Lo dejó así. Cuando murió en dos mil once, lo heredé yo. Lo tengo en un estante encima de una foto de Sara.

—¿No la firmó usted? —dijo Amalia.

—No la firmé yo. Me la dejaron.

—Es distinto.

—Es distinto.

—Pero también cuenta.

Nora asintió. No contestó.

Amalia miró al mar un segundo. Después habló.

—Una cosa que le iba a decir hoy. Mi nombre. El que uso yo cuando estoy sola.

—Dígamelo.

—Amalia. Ese sigue siendo. Carmen me la pusieron mis padres, que no eligieron. María Luisa Soto la elegí a los dieciocho para los papeles, porque hacía falta un nombre que el banco y el padrón pudieran escribir, y porque no quería que esos sitios escribieran Amalia. Amalia me la puse yo a los ocho. Esa es la única que decidí entera. Y por eso es la que me quedo.

—Pensó usted en cambiarla.

—A los diecisiete, la noche del tren. Lo escribí en el cuaderno. Pensé en cambiarla porque pensé que el hombre gris venía a buscar a Amalia. Después, en los años siguientes, fui dándome cuenta de que el hombre gris buscaba a Carmen Soto Álvarez, no a Amalia. Amalia no estaba en sus papeles. Amalia era mía. La que decidió cambiar la guardé donde la dejé: en la entrada de aquella noche del tren. La que vino después decidió quedarse.

—Amalia.

—Amalia.

—Inspectora.

—Sí.

—Gracias por venir.

—Gracias por escribirlo.

Volvieron por el paseo. En la puerta de la librería, Amalia le tendió la mano y Nora se la dio. La A de Amalia, debajo del puño, no se vio. Pero las dos sabían que estaba.

Nora subió al coche. Encendió el motor. Salió de Ribadesella por la carretera de la costa, hacia Oviedo, por la izquierda el mar otra vez, plano y gris.

Antes de coger la N-634, paró el coche en un mirador. Sacó el bolso del copiloto. Lo abrió. La libreta negra del padre y el cuaderno rosa de la niña sin nombre estaban juntos al fondo. Los miró un momento sin tocarlos.

Cerró el bolso. Volvió a la carretera.

Hasta entonces había llevado en el bolso una sola pregunta, callada, durante veintisiete años.

Ya no llevaba una sola.

Capítulo 32

Domingo en Segovia

A la una y diez de la tarde del domingo cinco de abril, Nora aparcó delante del portal de la casa de su madre en Segovia.

Había salido de Madrid a las once. La carretera estaba poco cargada y el cielo era de un abril que todavía no había decidido dejar atrás el invierno. Una nube larga, plana, color piedra. Sin lluvia.

Nora se quedó en el coche un minuto antes de subir.

Tenía el bolso en el asiento del copiloto. Dentro, la libreta negra del padre, el cuaderno rosa de la M, y un sobre cerrado con tres fotografías que Inés le había dado el viernes y que no había abierto todavía. El bolso pesaba. Llevaba siete días pesando.

Subió.

Lola le abrió antes de que tocara el timbre. La había visto bajar del coche. Llevaba un vestido azul oscuro de los que se ponía para misa cuando Nora era pequeña, un pañuelo claro al cuello, el pelo recogido.

—Pasa, hija. Llegas a tiempo —dijo Lola.

—Hola, mamá.

Nora pasó. La casa olía a algo cocinado con tomillo. La mesa del comedor estaba puesta con mantel blanco —no el de diario—, copa de agua, copa de vino, servilleta de tela y los platos del padre, cerámica blanca con borde verde apagado, sacados solo para días marcados. Nora los había visto encima de la mesa tres veces en los últimos siete años. Esta era la cuarta.

La cuarta vez en menos de un mes era ya otra cosa.

Comieron a la una y media. Asado de cordero, una sopa de pan y verduras que Nora llevaba años sin probar. Comieron despacio,

hablando de cosas pequeñas —la calefacción del piso, la feria del libro de Segovia—, sin que ninguna de las dos tocara todavía lo que las dos sabían que iba a venir.

Esperaron al café.

Lola lo hizo despacio en la cocina, con la cafetera italiana del padre. Cuando volvió, traía la cafetera y dos tazas. Se sentaron en el sofá, no en la mesa. El sofá tenía dos asientos y había sido del padre. Quedaba enfrente del estante con las fotografías.

Una de esas fotografías era de Sara. Once años, fondo blanco, sonrisa con un diente de menos. La que estaba también en Lavapiés, encima del reloj parado.

Nora cogió la taza. Bebió. Miró a su madre.

—Mamá, he leído la libreta de papá.

Lola no contestó deprisa. Apoyó la taza en la mesita. Se quedó mirando el suelo.

—Lo de octubre del noventa y ocho —dijo Nora—. Lo que escribió esos meses. Lo de Federico Pardo. Lo de las tres letras que tachó.

—Vale —dijo Lola.

Pausa de doce segundos.

—Yo también la he leído, cariño. Toda.

—¿Toda?

—De principio a fin. La leí dos veces. La primera, los meses después de que tu padre muriera, en dos mil once. La segunda, hace tres años. La he tenido en el cajón del aparador, en el sobre marrón. Tú sabías que estaba ahí.

—Lo sabía.

—Por eso te la di a ti la última vez. Porque ya la había leído yo dos veces.

Nora bebió otro sorbo de café. Despacio.

—Mamá. Cuéntame lo que recuerdas de aquella tarde.

Lola se quedó callada veinte segundos. Más. Nora la dejó. Lola tenía a veces que pasar por dos o tres puertas internas antes de abrir la siguiente. Esa tarde era una tarde de varias puertas.

—Estaba en la plaza —dijo Lola—. La plaza pequeña del barrio, la del banco. Tú estabas conmigo. Habíamos bajado a las cinco de la tarde con dos botellas de leche que íbamos a llevar a una vecina del cuarto, la señora Encarnación, que estaba enferma. Sara se había quedado leyendo. A las cinco y diez Sara salió del portal, cruzó la plaza y se metió por la calle del parque, sola. Dijo que iba al kiosco a comprar caramelos. Tu padre le había dado dinero esa mañana.

—Sí.

—Eso lo viste tú —dijo Lola—. Sara cruzando.

—Eso lo vi yo.

—Yo también lo vi. Estábamos sentadas las dos en el banco. Yo te tenía la mano cogida con la izquierda. Con la derecha sostenía la bolsa de las dos botellas. Sara cruzó. Le hicimos las dos un gesto con la mano. Sara nos lo devolvió. Sara siguió caminando.

—Sí.

Pausa de seis segundos. Lola siguió.

—Lo que pasó después es lo que no sé contarte bien.

—Mamá.

—Vimos algo, cariño. Las dos. Pero no sé explicarte qué. No sé si porque no sé o porque no quiero. Llevo veintisiete años intentando

saber cuál de las dos cosas es. No lo he conseguido. He llegado a pensar que las dos son. Que no sé y que no quiero.

—Vale.

—Sé que en algún momento, durante los siguientes diez minutos, pasó algo en la esquina. Algo que tú miraste mejor que yo, porque yo me distraje un instante con la bolsa, que se me había caído al lado del banco. Cuando volví a mirar, Sara ya no estaba. Y tú tenías una cara que no te había visto antes.

—¿Qué cara?

—La cara de una niña que sabe algo que no debería saber. Esa cara la tenías tú aquella tarde a las cinco y veintipocos. La tuviste durante el resto de la noche y durante todos los meses siguientes. Después dejaste de tenerla. La cara se te fue cerrando.

Nora dejó la taza en la mesita. No bebió.

En la cabeza de Nora, las horas se ordenaron solas. Las cinco y diez, Sara saliendo del portal: eso lo había contado su madre. Las cinco y cuarenta y dos, la última vez que alguien vio a Sara, ya en la esquina de la calle del parque: eso lo había escrito su padre en la libreta, con la hora sacada del testigo. Entre las dos cifras había media hora larga. Y en algún punto de esa media hora estaba lo que Nora había mirado y su madre no.

—¿Tú me preguntaste? —dijo Nora.

—Te pregunté tres veces. La tarde misma, esa noche, y a la semana siguiente. Las tres veces me dijiste que no habías visto nada. Yo no insistí más.

—¿Por qué no?

—Porque tenías diez años, cariño. Porque tu hermana acababa de desaparecer. Porque obligar a una niña de diez años a recordar lo que su cabeza no quería recordar me parecía, en ese momento, una segunda crueldad. Yo no fui capaz. Y te voy a decir más, cariño. No

fui capaz porque tenía miedo de lo que ibas a contestarme. Si me decías que sí, iba a tener que vivir sabiendo que mi hija pequeña sabía dónde estaba mi hija mayor y no me lo había dicho. Y prefería el no saber. Esa elección la hice yo. La hice mal. Lo sé desde hace mucho. Tu padre, cuando supo lo de la cara, tampoco fue capaz. Lo dejamos los dos contigo. Te dejamos guardarlo.

—De acuerdo.

—Ahora no tienes diez años.

—No los tengo.

Lola se levantó. Fue al aparador. Abrió el cajón de abajo. Sacó un sobre marrón grande, distinto del que ya le había dado a Nora antes. Volvió. Lo dejó encima de la mesita, entre las dos tazas.

—Esto es lo que falta de la libreta de tu padre —dijo Lola.

—¿Cómo que falta?

—La libreta que tienes tú llega hasta diciembre de mil novecientos noventa y ocho, cuando se cerró administrativamente el caso. A partir de ahí, tu padre escribió en otras hojas —sueltas, no en cuaderno—, y las metía en este sobre. Son trece años de hojas sueltas. Yo las he leído por encima. No las he leído del todo. Hay cosas que no he querido leer.

—Mamá.

—No quiero leerlas, Nora. Tú sí. Tú eres su hija. Y eres policía. A lo mejor ves algo que yo no.

Nora cogió el sobre. Pesaba algo. Hojas sueltas dobladas dos veces, varias decenas. Letra del padre —la misma letra de la libreta—. Fechas en la esquina superior derecha de cada hoja. La primera, enero de mil novecientos noventa y nueve. La última, según vio Nora al hojear el final, marzo de dos mil once. Tres meses antes de morir.

—Mamá. ¿Tú sabes lo que hay aquí?

—Sé que tu padre siguió pensando en aquella tarde hasta el final. Sé que no se rindió. Sé que tachó cosas, escribió otras, y dejó algunos nombres con interrogantes. No sé qué nombres. No quiero saberlo de oídas. Si lo voy a saber, quiero saberlo en orden, con su letra, contigo al lado, cuando tú lo decidas.

—Hecho.

Lola dudó un momento. Después siguió.

—Una cosa más, Nora.

—Dime.

—Los últimos meses antes de morir, tu padre intentaba hablar con alguien. No me lo dijo, pero lo oí dos veces por teléfono, en su despacho, cuando pensaba que yo estaba en la cocina. Decía la misma cosa. Decía: necesito quedar contigo una vez más. Y luego se quedaba escuchando, y luego decía: vale, llámame tú entonces. Pero la otra persona no le llamaba.

—¿Cuándo fue eso, mamá?

—Febrero del once. Y otra vez, la última, en abril. Tu padre murió el dieciséis de junio. Las dos veces que yo le oí hablar fueron antes de la última hospitalización.

—¿Tú sabes con quién hablaba?

—No. Y eso te lo digo de verdad. No lo sé. No oí ningún nombre. Solo oí esas frases.

—Vale.

—Pero te lo cuento porque a lo mejor en lo que tienes en el sobre aparece. Tu padre escribió que tenía pendiente una cuarta vez. Eso lo sé porque me lo dijo una tarde, sin decirme con quién. Me dijo: hay una cuarta conversación que no he conseguido tener todavía. Y luego se calló.

Nora asintió. No habló. Apretó el sobre con la mano.

La cuarta vez. La frase que ella había leído ya en una entrada de la libreta y que había anotado en la cabeza sin saber qué hacer con ella. No era una frase suelta. Era una conversación pendiente que el padre había estado intentando tener durante los meses anteriores a morir. Y no había podido.

Salieron de la casa a las seis menos cinco.

Lola la acompañó hasta la calle. No suelen hacerlo, pero esa tarde sí. Bajaron en el ascensor sin hablar. En el portal, Lola se paró antes de abrir la puerta de la calle. Se quedó mirando a Nora.

Después la abrazó.

Fue un abrazo breve. Nora notó las manos de su madre en la espalda —más finas de lo que recordaba—, el olor a jabón y otro más viejo a algo que había sido del padre, pegado a los jerséis de su madre durante quince años. Lola se separó.

—No estás sola, cariño —dijo Lola al oído antes de soltarla—. Lo que tengas que descubrir, lo descubrimos las dos.

Nora asintió. No habló. Si hablaba, se le iba a quebrar la voz, y ninguna de las dos quería eso ahora.

Subió al coche con el sobre marrón encima del bolso. Lola le hizo un gesto con la mano desde el portal. Nora le devolvió el gesto. Encendió el motor.

Antes de arrancar, Nora miró a su madre por el retrovisor. Lola seguía apoyada en el portal, las manos cruzadas. Setenta y un años. Veintisiete de viudedad parcial —trece con el padre todavía vivo y cabeza intacta, los otros catorce ya sin él—. Y, durante los veintisiete, una hija desaparecida que ella había seguido sin saber dónde poner. Era la primera vez en años que Nora veía a su madre como una mujer entera y no como un papel. La mujer era pequeña. Era fuerte. Estaba sola en un portal a las seis de la tarde de un domingo de abril, y era su madre.

Nora arrancó. Salió por la calle vieja del centro hacia la N-VI.

Antes de coger la autopista, paró en un mirador desde el que se veía Segovia entera. Sacó el sobre. Lo miró. Lo dejó otra vez en el bolso, encima de la libreta negra. Entre las dos cosas, ahora, había sesenta y dos hojas sueltas escritas por su padre durante los trece años que separaron el cierre administrativo del caso de su muerte, que ella, hija suya y policía, iba a leer cuando pudiera.

Cerró el bolso.

Volvió a la carretera.

Madrid estaba a una hora.

La parte difícil de Sara, esa que había empezado el sábado anterior en Ribadesella con un cuaderno rosa y la inicial de una niña, hoy había abierto otra página. La página la había abierto su madre. Y la había abierto, por primera vez en esos años, las dos juntas.

Capítulo 33

Lavapiés

Nora se puso a ordenar el piso por primera vez en cuatro meses. Eran las cinco y veinte de la tarde del sábado once de abril.

El caso Moral había quedado cerrado en lo esencial el viernes anterior, después del último bloque de identificaciones. Lo que quedaba era trabajo de instrucción, que no era el suyo, y la búsqueda de las ocho que faltaban, que tenía fechas largas. La unidad lo trataba ya como expediente en curso. Nora lo trataba ya como tarea hecha. Había otra que empezaba esta tarde, lentamente, dentro de casa, sin oficio. Esa era la que ahora tenía un sitio donde estar.

Lo otro que había aprendido en cinco semanas era que el caso Moral le había abierto una puerta dentro a la pregunta de Sara. La pregunta no había aparecido porque el caso Moral hubiera empujado nada; ya estaba ahí, esperando desde hacía veintisiete años. Pero el caso le había dado el permiso. Y eso, Nora lo sabía, era exactamente lo que tenía que vigilar a partir de ahora: no usar el siguiente caso, ni el siguiente, como excusa para sostener una búsqueda que era suya. Sara tenía que ser suya en su propio horario, no en el horario que le prestara otra víctima.

Antes de bajar al sofá, encendió el móvil. Inés le había escrito a las tres y diez. Una sola línea: La cuarta de la fila Burgos tiene rastro vivo en Soria. Confirmamos el lunes con la Oficina de Asistencia a las Víctimas. Nora leyó el mensaje dos veces. Respondió Bien y guardó el móvil. Una de las ocho dejaba de ser una de las ocho. Quedaban siete. El trabajo iba a tardar años, pero la cuenta había empezado a bajar.

Empezó por el sofá. Quitó los tres jerséis del respaldo, los dobló por la línea de los hombros como su madre le había enseñado y los metió en el cajón de los jerséis. Vació la bolsa de la lavandería de la entrada, que llevaba ahí dos semanas. Llevó al baño dos toallas que estaban en la silla del comedor. Recogió tres tazas de café del salón —dos vacías, una con un dedo de café frío del miércoles—, las llevó a la cocina, las fregó. Tiró un kleenex usado que llevaba seis días en el

suelo del pasillo y que ella había rodeado tres días seguidos sin recogerlo.

Cuando terminó la primera parte, abrió la ventana del salón. Lavapiés a las seis y diez de un sábado de abril sonaba a niños en la plaza y a una bocina lejos en el tercero de enfrente. El viento entraba con olor a primavera vieja, primavera que todavía no se había decidido. Nora se quedó dos minutos mirando por la ventana sin pensar en nada en particular.

Después fue al estante.

El estante era el mueble más importante del apartamento: una balda de madera oscura a la altura de los ojos, que el padre había colocado la semana antes de morir, en la última visita que había hecho a Lavapiés en junio de dos mil once. La balda tenía tres cosas. La foto de Sara. El reloj parado del padre, encima de la foto. Y, durante los últimos meses, varios papeles, libretas y sobres que Nora había ido amontonando ahí porque no sabía dónde ponerlos.

Nora bajó los papeles, las libretas y los sobres uno por uno. Los puso encima de la mesa baja del salón.

Decidió.

Los veintiséis cuadernos de Amalia, ya digitalizados e incorporados a la causa, quedaron preparados para su devolución. Nora cerró la caja de evidencias con una nueva tira numerada y la etiquetó con el número de diligencia y la indicación: «efectos documentales originales — devolución a titular». La entrega se haría contra firma de Amalia. Pensó, mientras lo hacía, en Angélica Rivas —primera, treinta y ocho años sin rastro, una de las siete que aún faltaban tras el mensaje de Inés—, en Mireia, la del libro azul de tapas pequeñas, y en las otras seis a las que todavía no se había llegado. La caja era de Amalia. La memoria no. La caja la apoyó en el suelo, contra la pared, junto a la puerta. La iba a llevar el viernes con Sergio en el coche.

La libreta negra del padre, completa hasta diciembre de mil novecientos noventa y ocho, y el sobre marrón con las hojas sueltas

desde enero de mil novecientos noventa y nueve hasta marzo de dos mil once, los guardó juntos en el cajón inferior de la mesa baja. El cajón tenía una pequeña cerradura —era el cajón de las cosas importantes—, lo cerró con la llave pequeña que Nora llevaba en el llavero, y dejó la llave en el bolsillo de la chaqueta. Esa llave iba a vivir ahora en ese bolsillo.

El cuaderno rosa de Amalia, el de la M, lo dejó aparte. No lo metió con los veintiséis. No lo metió con la libreta del padre. Lo puso encima de la mesa baja, a la vista. Solo. Sin nada al lado.

Eran las siete menos diez.

Nora se sentó en el sofá. Tenía delante el cuaderno rosa.

Cogió un lápiz del cajón de la mesa. Un lápiz HB, número dos, sin estrenar, de una caja que Lola le había regalado por Navidad y que Nora no había tocado.

Abrió el cuaderno.

Las primeras tres páginas seguían como Amalia se las había dado. Letra de niña, lápiz blando, ortografía elemental, una M mayúscula al final de la tercera página. Esas tres páginas no las iba a tocar. Esas tres páginas eran de otra niña y ya tenían su propia historia escrita.

La cuarta página estaba en blanco. Esa era la de Nora.

La cuarta página tenía la línea de cabecera en azul claro, márgenes a los dos lados y dos centímetros en la parte superior. Nora apoyó el lápiz a la izquierda del primer renglón. Escribió.

Amalia, gracias por firmarte. Me has enseñado cómo se empieza.

Durante veintisiete años he pensado que el silencio era una forma de respeto hacia mi hermana. Pero no era respeto. Era parálisis. Y no la estaba protegiendo. Solo no estaba buscándola.

Voy a buscarla ahora. No sé cuánto voy a tardar. No sé si la voy a encontrar. Pero voy a firmarme también. A mi manera. Cuando lo

sepa todo —si lo sé— te lo contaré. Hasta entonces, gracias por el cuaderno. Lo voy a usar.

N.

Tardó once minutos en escribirlo.

Cuando terminó, releyó la página dos veces. La primera, despacio, comprobando ortografía. La segunda, despacio también, comprobando otra cosa.

La carta no la iba a enviar. Eso lo había sabido antes de empezar a escribirla. Amalia no la necesitaba. Amalia tenía su mar gris, su librería, su pueblo elegido, su nombre nuevo, y veintiséis cuadernos cerrados en una caja en un banco de Oviedo. Amalia no necesitaba una carta de gracias de una inspectora de Madrid.

La carta era para ella, para Nora.

La carta era el modo en que Nora se decía a sí misma —por escrito, con el lápiz de su madre, en un cuaderno que había sido de otra niña — que había decidido firmarse.

Arrancó la cuarta página por la línea cosida. Lo hizo con cuidado, despacio, para no romper el resto. La hoja salió limpia.

La dobló dos veces. La metió en un sobre blanco que tenía guardado en un cajón. Sin escribir destinatario. Sin remite. Sin sello.

Abrió el cajón inferior cerrado con llave. Metió el sobre dentro, encima del sobre marrón del padre. Volvió a cerrar.

El cuaderno rosa, ahora con tres páginas escritas por una niña hace casi treinta años y una página arrancada por una mujer en abril de dos mil veintiséis, lo metió en el bolso. El lápiz también. Eso era lo que iba a llevar a partir de hoy.

El reloj del estante le había llegado por herencia, sin pedirlo. La libreta del padre, también. El cuaderno rosa, en cambio, lo había aceptado a las once y media de la mañana en una mesa de trastienda

y lo había firmado ella esa misma tarde, en su sofá, con el lápiz de su madre. Eran tres objetos distintos. El reloj decía lo que había pasado; la libreta, lo que su padre no había podido terminar; el cuaderno, lo que iba a hacer ella con todo eso.

Eso era su firma.

Eran las siete y cuarenta.

Cerró el cuaderno. Cerró el bolso. Apagó la luz del salón. Encendió la del pasillo. Cogió la chaqueta del perchero. Se puso los zapatos.

Antes de salir pasó por delante del estante. Se quedó mirando la foto de Sara. La foto y el reloj parado. Las cinco y cuarenta y dos. Llevaba veintisiete años pasando por delante de esa foto cada vez que salía y cada vez que entraba. La Sara que Nora recordaba mejor no era la de la foto, sino la de un mes después: leyendo en el suelo con las piernas cruzadas, levantando la vista cuando Nora entraba sin llamar y diciéndole sin enfado «cierra»; o la del invierno anterior, peinándole el pelo antes de la cena del colegio porque Lola había llegado tarde del trabajo. Pequeñas costumbres de una casa con dos hermanas que daba por hecho que iba a tenerlas siempre. Esta noche, por primera vez, no la miró sola. La miró con el cuaderno rosa en el bolso al lado.

Bajó a la calle.

Caminó hasta el bar de Paco por la calle Embajadores al ritmo más lento, doce minutos. Lavapiés en la primera oscuridad, las nueve menos cinco de un sábado de abril, todavía con clientela en las terrazas, los faroles encendiéndose por tramos, una pareja con un perro pequeño cruzando la plaza al fondo.

Sergio estaba en el bar, como cada sábado, en el banco del fondo, periódico del día abierto en la mesa, una caña a medio acabar.

Esta noche, sí.

Paco la vio entrar. La saludó seco con la cabeza —no sonreía nunca a los clientes— y le señaló con la barbilla el banco del fondo. Nora

cruzó. Sergio tenía el periódico abierto por la página de los obituarios, una caña medio terminada y un plato con cáscaras.

Sergio levantó la vista cuando Nora se sentó.

—Hola —dijo Sergio.

—Hola.

—¿Una caña?

—Lo mismo que tú.

Sergio le hizo a Paco el gesto. Paco trajo otra caña. La dejó. Se fue. Sergio cerró el periódico. Lo dobló. Lo apartó al borde de la mesa.

No le preguntó a Nora dónde había estado. No le preguntó por Segovia. No le preguntó por la libreta del padre. No le preguntó por la carta. No le preguntó por nada de lo que había pasado entre el viernes anterior y el sábado actual.

Sergio sabía esperar. Eso lo sabía hacer mejor que cualquier otra persona que Nora conocía. Esta noche, también, lo sabía hacer.

Nora bebió un sorbo de la caña. Estaba fría. Estaba bien.

Miró a Sergio. Sergio la miró.

Y entonces Nora hizo una cosa que hacía mucho tiempo que no hacía. Sergio la había visto hacerla pocas veces —quizás dos en siete años, quizás tres si contaba una en la que él no estaba seguro—. Pero esta noche la hizo entera. No la hizo a medias. No la hizo y la cortó. La hizo y la dejó estar.

Sonrió.

La sonrisa fue pequeña. No tenía broma detrás. No tenía cansancio. No tenía nada que devolver. Era una sonrisa de alguien que estaba donde había decidido estar, con la persona con la que había decidido estarlo, sin haberse equivocado.

Sergio le devolvió la sonrisa. La suya fue distinta —Sergio sonreía a menudo— y también esta noche.

Nora notó que sonreír sin reservas era fácil —la cara lo hacía casi sola — y que llevaba mucho tiempo sin permitírselo. No porque fuera una decisión consciente. Porque la cara, cuando se acostumbra a un gesto, lo hereda. Y la cara de Nora se había acostumbrado a otro gesto distinto, parecido por fuera al de sonreír pero que por dentro no era. Esta noche había vuelto al original. La diferencia entre los dos gestos no se podía describir con palabras, pero los dos lados de la mesa la notaron a la vez.

Bebieron.

En algún momento entre la primera y la segunda caña, sin que viniera de ningún sitio en concreto, Sergio dijo: «El lunes voy a pedir tres días.» Lo dijo mirando la barra, no a Nora. «No de baja. De permiso. Mi mujer me los lleva pidiendo dos semanas y no he encontrado el momento. Ahora sí.» Nora asintió. No comentó. Era un asunto de Sergio, que Sergio resolvía delante de ella sin pedirle opinión. Eso, en quince años de compañerismo, no había pasado más de tres veces. Las tres habían sido después de un caso largo.

Estuvieron en el bar una hora y veinte minutos. Hablaron poco. De Lola. De la feria del libro de Segovia. De una serie que Sergio estaba viendo. De los obituarios del periódico, donde Sergio había encontrado el de un compañero del cuerpo de los años noventa al que los dos conocían. De cosas pequeñas. De ninguna importante.

A las diez y cuarto, Sergio pidió la cuenta. Pagó él. Salieron.

En la calle, Sergio le tocó el hombro. «Hasta el lunes», dijeron los dos. Se fueron cada uno por su lado.

Subió los cuatro pisos sin ascensor. Abrió la puerta. Encendió la luz de la entrada. Apagó la del descansillo. Cerró.

En el salón, sobre el estante de madera, la foto de Sara y el reloj quieto seguían como siempre. Las cinco y cuarenta y dos. Pero esta

noche, por primera vez en muchos años, Nora pasó por delante del estante sin pararse a mirarlo.

No porque hubiera dejado de importarle.

Porque ya no era lo único que llevaba.

Epílogo

Sé lo que viste en la esquina

Algo más de tres semanas antes, la investigación policial principal había quedado cerrada. Inés había entrevistado, una a una, a las doce vivas inicialmente localizadas. Las catorce familias ya figuraban en las diligencias. Una de las ocho sin paradero había sido confirmada viva en Soria a principios de abril, pendiente todavía de entrevista. Nora había vuelto a las jornadas normales —ocho a tres, comida en casa, cierre del día sin pendientes—. Por primera vez en seis semanas dormía siete horas seguidas.

El lunes después del cierre, Nora hizo las dos llamadas que se había prometido en la sala de observación. La primera a Amalia. Le contó lo justo —el atestado completo, Moral en prisión provisional, la causa en manos de la instrucción— y le dijo que los veintiséis cuadernos volvían a su caja del banco de Oviedo en cuanto la diligencia de devolución estuviera firmada. Amalia escuchó sin interrumpir. Al final dijo solo una cosa: que se alegraba de no haber tenido que ir a Madrid a decirlo en voz alta delante de nadie, y que eso, para ella, también era una forma de que se hubiera hecho bien. Colgaron sin prometerse nada. Las dos sabían que no hacía falta.

La segunda llamada fue a Rosa. Rosa sí iba a ir a Madrid: lo había pedido ella, para el juicio, cuando lo hubiera. «Lo digo yo, lo digo entero», había dicho en marzo, y lo mantenía. Hablaron diez minutos. Antes de colgar, Rosa le preguntó a Nora si las otras once vivas estaban bien acompañadas, y Nora le dijo que Inés se había ocupado de eso, una a una, con la Oficina de Asistencia a las Víctimas en cada llamada. Rosa dijo «bien» y no añadió más. Era la clase de pregunta que hacía la gente que había aprendido sola a estar mal acompañada y no quería eso para nadie más.

Esas dos llamadas, más que el atestado, fueron para Nora el final del caso Moral. El atestado cerraba lo policial; las llamadas cerraban lo humano. Un caso así no terminaba cuando el sospechoso entraba en prisión: terminaba cuando las personas a las que les importaba podían volver a su horario propio sabiendo lo que había pasado.

Amalia ya estaba en el suyo. Rosa volvía al suyo. Las demás, poco a poco, con ayuda. Nora había tardado quince años en aprender que esa era la parte del trabajo que de verdad cerraba algo, y que el resto —los autos, los plazos, las calificaciones— era el cuerpo del Estado haciendo, despacio, lo que podía. El caso Moral, para ella, quedó cerrado ese lunes por la tarde, con el teléfono todavía caliente en la mano.

«Cerrado» en lo policial significaba lo concreto: atestado completo, sospechoso bajo medidas cautelares, línea principal de víctimas trabajada hasta donde la documentación permitía llegar. «Abierto» en lo judicial significaba lo que venía: instrucción con plazos largos, juicio oral en algún momento del año próximo o del siguiente, búsqueda de las siete que faltaban en fechas que se moverían a ritmo lento durante mucho tiempo. Las dos cosas convivían. Nora había aprendido en quince años que un caso podía estar cerrado para una unidad policial y, a la vez, en plena vida judicial; era la forma normal de que las cosas terminaran sin terminarse del todo. El caso Moral había entrado en esa fase. Había salido de la mesa de Nora sin salir todavía del sistema. El otro caso, el silencioso, el que llevaba veintisiete años esperando, había empezado a ocupar el lugar que el primero había dejado libre. No por urgencia. Por sitio.

El reloj parado del padre seguía marcando las cinco y cuarenta y dos. Pero Nora ya no lo miraba todas las mañanas al levantarse. Lo miraba cuando le tocaba mirarlo, que era distinto.

A las ocho menos diez de la mañana del martes cinco de mayo, Nora bajó a por el correo antes de salir hacia la comisaría.

Lavapiés a esa hora todavía estaba a oscuras por dentro de los portales. Las luces automáticas se encendían al pisar el primer peldaño y se apagaban quince segundos después. Nora bajó los cuatro pisos en quince segundos justos. Llegó al portal antes de que la luz se apagara, abrió el buzón con la llave pequeña —la del bolsillo interior de la chaqueta vivía ahora compartida con la del cajón cerrado del salón—, y sacó las cartas.

Tres facturas. Dos folletos de publicidad. Una revista de la asociación de antiguos alumnos del instituto, que llevaba mandando desde hacía veinte años y que Nora abría una vez cada tres números.

Y un sobre blanco.

El sobre era de tamaño cuartilla. Papel grueso, ligeramente amarillento —papel que llevaba tiempo guardado en algún sitio antes de ser usado—. Sin remite. Franqueado en Madrid el jueves anterior. Sello normal, no certificado.

La dirección de Nora estaba escrita a mano. Letra de imprenta mayúscula. Trazo firme. Bolígrafo negro.

Nora se quedó quieta delante del buzón.

La luz del portal se apagó. Nora no se movió a tocar el interruptor.

Conocía esa letra.

La había visto siete semanas atrás, en una hoja con el membrete del archivo central de menores, encima de la mesa del despacho de Canillas: la última hoja del expediente 404, una autorización administrativa firmada al pie en mayúsculas con inicial y apellido y un punto detrás de cada uno: A. MORAL. Trazos rectos, sin curvas, sin enlaces. Bolígrafo negro. La letra de alguien que durante veintidós años había firmado así para que nadie la cruzara.

Esta letra del sobre no era la de Andrés Moral. Eso lo supo Nora en menos de un instante. La inclinación era distinta. Las erres tenían el bucle del lado opuesto. La O era más cerrada.

Era otra mano.

Otra mano que firmaba con la misma técnica.

Letra de imprenta mayúscula. La caligrafía deliberada de quien decide no dejar firma. Moral la había usado durante veintidós años en el archivo de menores. Y alguien más la estaba usando ahora. Y esa otra persona conocía la dirección de Nora, conocía el día en que

el correo llegaba a su buzón, y había decidido —algún día concreto del mes anterior, decidiendo despacio, como deciden los que tienen tiempo— mandarle un sobre.

Nora subió al apartamento.

No llamó al ascensor —el edificio no tenía ascensor— pero subió los cuatro pisos a un ritmo distinto del que había bajado. No corrió. Subió como sube una inspectora que tiene en la mano una pieza posible de prueba sin haber decidido todavía si lo es. Cada peldaño con la misma precisión que el anterior.

Abrió la puerta. Cerró. Echó la cadena.

Fue a la cocina. Dejó el resto del correo en la encimera. El sobre, no. El sobre lo llevó a la mesa de la cocina.

No abrió el sobre. Se quedó mirándolo unos segundos. Cogió el móvil de servicio y fotografió el anverso y el reverso sin moverlo de la encimera. Después llamó a Sergio.

—Sergio. He recibido un sobre anónimo en el buzón. Letra de imprenta mayúscula. Sin remite. No lo he abierto.

—No lo abras —dijo Sergio—. No toques la solapa. ¿Lo has movido?

—Del buzón a la encimera. Sin tocarlo con las manos desnudas.

—Vale. Pásame las fotos. Yo aviso al jefe de guardia y mando a Científica a tu portal. Tú no toques nada más. ¿Tienes guantes en casa?

—Tengo.

—Póntelos para apartar lo que tengas alrededor del sobre. Despeja la mesa. No abras el sobre. Espera a Científica. Te llaman en cuarenta minutos máximo. Yo voy para allá también.

—Sí.

Colgó. Sacó del segundo cajón un par de guantes finos de látex, de los que usaba para manipular materiales en escena. Se los puso. Apartó con cuidado el correo del día, dejó despejada la encimera alrededor del sobre y volvió a mirar el anverso. El sobre estaba cerrado con la solapa intacta. No lo abrió.

La unidad de Policía Científica llegó al portal a los treinta y ocho minutos. Subieron al cuarto piso una agente y un técnico, con el material de campo. Sergio llegó cinco minutos después, con el jefe de guardia ya avisado por teléfono. La diligencia se levantó en la cocina del piso: hora de hallazgo, hora de aviso, personas presentes, fotografías previas hechas con el móvil de servicio, estado exterior del sobre. Nora firmó como receptora inicial. El técnico, como primer custodio. Abrieron el sobre con bisturí estéril por el lado largo, sin tocar la solapa, en presencia de los cuatro.

Dentro había una sola cosa.

Una fotografía.

Tamaño postal. Diez por quince centímetros. Papel fotográfico antiguo —papel mate de los años noventa, de esos que se hacían en quioscos de Kodak, con el reverso amarillento por el tiempo y los bordes un poco curvados—.

La imagen era de un portal.

Nora reconoció el portal. Calle Monte Igueldo número once, Puente de Vallecas. El piso familiar estaba en la cuarta planta. La puerta del portal, de metal, con la pintura verde oscura. La cabina del telefonillo a la derecha. La placa de números sobre la jamba. El número de la calle en azulejo cuadrado. El portal donde Nora había vivido desde los cinco años hasta los doce, y al que llevaba veintisiete años sin entrar.

Nora ya había visto fotografías de ese portal.

Las había visto en Segovia, en marzo, en una caja del padre que su madre guardaba en el desván. Eran ocho fotos del padre, tomadas

entre mil novecientos noventa y siete y mil novecientos noventa y ocho, todas del mismo encuadre, todas del portal vacío.

Esta fotografía pertenecía a la misma serie. La misma luz. El mismo ángulo. Tomada desde la acera de enfrente, desde más o menos los mismos centímetros que las del padre. Pero esta no era una de las ocho.

Esta era una novena.

Y en esta no aparecía solo el portal.

En esta, en la esquina inferior izquierda del encuadre, doce pasos a la izquierda del portal, se veía una niña.

La niña tenía diez años. Llevaba una chaqueta de color claro y unos pantalones oscuros. El pelo recogido en una coleta. Estaba de medio perfil, mirando hacia la calle del parque. La cara, aunque pequeña, era reconocible.

La niña era Nora.

Nora se quedó mirando la foto durante un minuto entero sin tocarla.

Después le dio la vuelta con el guante.

En el reverso, escrita a mano con la misma letra de imprenta mayúscula del sobre, había una sola frase, en el centro del papel, sin firma:

SÉ LO QUE VISTE EN LA ESQUINA.

Nada más.

Ni nombre, ni inicial, ni fecha. Ni dirección donde responder. Ni amenaza explícita. Una sola frase, dirigida a una persona concreta, escrita por alguien que sabía qué hacía Nora aquel tiempo largo atrás en una esquina de Vallecas a las cinco y media de la tarde de un catorce de octubre.

La frase, además, tenía un sujeto y un verbo concretos. No era yo sé lo que pasó. No era yo sé lo que viste. Era yo sé lo que viste tú. Singular. Dirigido. Tú, una niña de diez años, viste algo aquella tarde en la esquina, y yo, otra persona, lo sé. Las dos lo sabemos. Pero solo una de las dos ha decidido decírselo a la otra.

Nora no apartó los ojos. No movió las manos. No habló. Tras ella, el técnico esperaba con la bolsa de evidencias abierta y los guantes nuevos; Sergio, contra el marco de la puerta, no le pidió nada. La fotografía permaneció sobre la encimera, encuadrada por la cinta métrica, durante los segundos que Nora necesitó para mirarla entera.

El técnico embolsó la fotografía y el sobre como pruebas, los precintó y los etiquetó. Nora firmó como receptora inicial; Sergio, como segundo custodio; el técnico, como primer custodio efectivo. La diligencia recogió que la primera custodia había sido domiciliaria.

Esta vez, a diferencia del caso de Sara veintisiete años atrás, la prueba no se quedaba en una mesa esperando: salía hacia el laboratorio para revelado de huellas, análisis de papel y comparativa caligráfica. El atestado entraría en Canillas en la jornada.

Cuando los técnicos y Sergio salieron del piso a las nueve y dos, Nora se quedó sola en la cocina con la encimera vacía. La fotografía viajaba ya con Policía Científica hacia el laboratorio. El atestado completo lo iba a redactar en Canillas en cuanto llegara.

Pero antes, en esos minutos en que el piso estaba otra vez en silencio, Nora hizo otra cosa.

Cogió el bolso del respaldo de la silla. Lo abrió. Sacó el cuaderno rosa.

Lo abrió por la primera página suya —la que estaba después de las tres páginas escritas por la niña que se llamaba con M y de la página arrancada por ella misma tres semanas atrás—. Era una página en blanco. Líneas en azul claro, márgenes a los dos lados.

Cogió el lápiz HB.

Escribió, en el primer renglón, sin pensarlo dos veces, una sola línea:

Alguien me estaba mirando. Ese día también.

Cerró el cuaderno. Lo metió otra vez en el bolso.

Se puso la chaqueta.

Antes de salir, pasó por delante del estante del salón. La foto de Sara, el reloj parado, las cinco y cuarenta y dos. Nora se paró un segundo. Miró la foto. Miró el reloj. Miró la foto otra vez. Durante veintisiete años había pasado por delante de ese estante diciéndose, sin decírselo, que mirar era ya bastante. Esta mañana, por primera vez, mirar no le bastó.

Y entonces dijo, sin levantar la voz, hablando para sí en el salón vacío de su piso de Lavapiés a las nueve y siete minutos de la mañana de un martes de mayo, una frase contenida que llevaba mucho tiempo queriendo decir y que nunca había sabido cómo:

—Voy a buscarte.

Cogió las llaves del piso. Cogió el bolso. Salió.

En la calle, Lavapiés a las nueve y diez de la mañana de un martes de mayo seguía siendo Lavapiés. Una mujer barriendo la entrada de su comercio. Dos chavales con la mochila al hombro. Una bicicleta cruzando hacia Tirso. Un sol pequeño, todavía sin fuerza, abriéndose paso entre los edificios del este.

Nora caminó hacia la boca de metro.

Llevaba en el bolso, ahora, tres preguntas pendientes y un cuaderno rosa que ya no estaba en blanco.

Una de las preguntas era la antigua: quién había cogido el coche aparcado al lado del banco de la plaza aquella tarde de octubre. La libreta del padre, guardada en el cajón cerrado de la mesa baja, tenía dos nombres alrededor de esa pregunta —Federico Pardo, vivo en Cádiz, con coartada verificada en mil novecientos noventa y ocho;

Mateo Valls, psicólogo del barrio, anotado por el padre en una hoja de descartes y nunca desarrollado—. Ninguno de los dos era la respuesta. Los dos abrían hacia ella.

Las otras dos preguntas eran nuevas, y abrían hacia otro lado: la fotografía y la letra. Iban a tardar tiempo. No esta mañana.

FIN DEL LIBRO DOS

Continuará en

El testigo perfecto

Serie Nora Vidal · Libro 3

Antes de cerrar

Si has llegado hasta aquí, deseo darte las gracias, primero por comprar este libro y también por el tiempo que me has dedicado al leerlo.

Si te apetece ayudar a que otros lectores encuentren este libro, deja en Amazon una reseña con tu valoración honesta y, si puedes, escribe unas líneas con tu opinión: qué te gustó, qué no, qué te llamó más la atención.

Las palabras tuyas pesan más que cualquier descripción que yo pueda poner ahí, y son la forma que tienen los libros pequeños de no perderse.

Di lo que pienses, como lo pienses.

Helena Montero

AGRADECIMIENTOS

A Isabel M., lectora cero de todos mis manuscritos desde que los dos sabemos lo que eso significa. Ninguna de estas páginas existiría sin sus anotaciones al margen, sus llamadas a las dos de la mañana y su

costumbre de tachar adjetivos sin pedirme permiso. Este libro le costó más que el anterior, y aun así no se rindió.

A Javier R., inspector jubilado de la Brigada Central de Información, que volvió a leer los capítulos de procedimiento policial con la misma paciencia que dedicó al primer libro, y que esta vez añadió a sus correcciones algunas observaciones sobre cómo se reabre un expediente archivado hace veintisiete años sin levantar el polvo que no debe levantarse. Cualquier error de protocolo que quede es mío, no suyo.

A Carmen D., fiscal de Violencia de Género, por el segundo café largo de la serie y por explicarme cómo se documenta jurídicamente una identidad sustraída cuando han pasado tres décadas y el sistema ha protocolizado el olvido.

A la doctora Lucía P., psicóloga forense, por las horas dedicadas a que las decisiones de una niña de ocho años con un abrecartas sonaran a lo que son —supervivencia, no patología— y por seguir vigilando que las sesiones de Nora con Pablo Rivas avancen al ritmo exacto en que avanzan las cosas que no se quieren mirar.

A M., la primera persona que me contó una historia que no era la suya y confió en que yo la escribiera sin convertirla en pornografía del dolor. Dos libros después, sigo intentando estar a la altura.

A mis padres, que no leen thrillers pero leerán este también.

Y a T., por todo. Por estar. Por los domingos. Por no preguntar nunca por el libro cuando no tocaba.

La A en la muñeca

Este libro es una ficción. Los personajes, los casos, las direcciones, las redes y las instituciones que aparecen son invención mía. Cualquier parecido con hechos reales es coincidencia, salvo en lo que concierne a la geografía de Madrid, Sahagún y Ribadesella, que sí existen, y a la cantidad de niñas a quienes el sistema dio por inexistentes durante demasiado tiempo, que también.

Helena Montero
Madrid, mayo de 2026

¡ÚNETE A LA COMUNIDAD DE EDICIONES BIRONDÓN!

Si has llegado hasta aquí es porque la historia de Nora Vidal te ha atrapado. No dejes que acabe aquí. Apúntate a nuestra **newsletter** y recibe:

→ Avisos de pre-lanzamiento de nuevos libros
→ Primeros capítulos inéditos antes que nadie
→ Relatos cortos exclusivos
→ Acceso anticipado a sorteos y eventos
→ Recomendaciones de otros thrillers que no te puedes perder

Todo directo en tu bandeja de entrada. Sin spam. Solo cuando tengamos algo que valga la pena.

Escanea el código, rellena el formulario y forma parte.